

BEST SELLER DE LA LISTA DEL NEW YORK TIMES

TED DEKKER



VERDE

EL CÍRCULO LIBRO CERO



EL PRINCIPIO Y EL FIN

«Un fascinante *thriller* a
—Libro—

Lectulandia

TAL COMO PREDIJERON LOS ANTIGUOS PROFETAS, un apocalipsis destruyó el planeta en el siglo XXI. Pero, dos mil años después, Elyon puso en el mundo a un nuevo Adán. Sin embargo, esta vez Dios otorgó una ventaja a la humanidad. Lo que una vez fue invisible, ahora se podía ver. Era algo bueno y recibía el nombre de . . . Verde.

Pero el maligno Teeleh aguardaba su oportunidad en un Bosque Negro.

Entonces, en el momento menos esperado, un joven de veinticuatro años conocido como Thomas Hunter se durmió en nuestro mundo y despertó en ese futuro Bosque Negro. Se había abierto una puerta para que Teeleh arrasara la tierra. Desolados por esa desgracia, Thomas Hunter y su Círculo juraron luchar contra el tenebroso azote hasta su último aliento.

Pero ahora el Círculo ha perdido la esperanza. Samuel, el amado hijo de Thomas Hunter, ha abandonado a su padre. Se ha unido a las fuerzas oscuras para iniciar una guerra final. Thomas se siente destrozado y busca desesperadamente la manera de regresar a nuestra realidad para dar con una esquiva esperanza que podría salvarlos a todos.

Entra en este relato apocalíptico, distinto a todo lo que has leído. Una historia que enlaza con la nuestra de una manera tan ¡impactante que te hará olvidar que estás en otro mundo.

Lectulandia

Ted Dekker

Verde

Libro 0: El principio y el fin

ePUB v1.0

alexlm78 03.02.12

más libros en lectulandia.com

Titulo Original: Green
(c) 2009 Ted Dekker
Publicado por Thomas Nelson, Inc.
Traduccion: Ricardo y Mirtha Acosta
ISBN: 978-1-60255-420-7



¿Donde empieza el círculo?

A diferencia de la mayoría de series, el Círculo es realmente redondo, lo cual significa que Verde, o Libro Cero, inicia la serie para quienes aún no han leído Negro, Rojo o Blanco. No temas, la historia funciona como una sola pieza en cualquier sentido, como un círculo o un cero. La decisión es tuya. Empieza con Negro, luego lee Rojo y Blanco, y termina con Verde. O empieza con Verde y sigue con Negro, Rojo y Blanco. Zambúllete hasta el fondo.

Prólogo

SEGÚN LOS libros de historias, todo lo sucedido después del año 2010 comenzó realmente en el 4036 d.C. Empezó en el futuro, no en el pasado. Quizás confuso, pero totalmente comprensible en cuanto entiendes que algunas situaciones dependen tanto del futuro como del pasado.

Las crónicas del mundo estaban escritas en los libros de historias, esos excelentes volúmenes que registran únicamente la verdad de todo lo sucedido. La Tierra fue destruida una vez durante el siglo veintiuno, en una catástrofe vaticinada en los libros de los antiguos profetas Daniel y Juan, y luego registrada como crónicas en los libros de historias. Pero aún no había concluido el tiempo para la historia, y Elyon en su gran sabiduría puso en el planeta a un nuevo primogénito llamado Tanis.

En esta oportunidad, Elyon concedió un beneficio a los humanos: Lo que una vez fue espiritual e invisible se volvió físico y visible. Todo lo que era bueno y malo se podía ver y tocar. Sin embargo, con el paso del tiempo los seres humanos cerraron los ojos a lo que era real y dejaron de ver las fuerzas que los circundaban.

Pero allí permaneció un grupito de rebeldes que anhelaban ver a Elyon como lo vieran antes. Estaban dirigidos por un hombre que afirmaba haber visitado en sueños el siglo veintiuno.

Se llamaba Thomas Hunter.

Esta es su historia.

0

El futuro

CHELISE HUNTER, esposa de Thomas, se puso en pie al lado de su hijo, Samuel, y miró por encima del cañón, ahora atiborrado con quienes habían atravesado el desierto para asistir a la Concurrencia anual. El redoble de tambores resonaba en las paredes del desfiladero; miles de personas se arremolinaban en grupos o danzaban en pequeños círculos mientras esperaban las ceremonias finales, las cuales comenzarían cuando el sol se pusiera detrás del horizonte. La noche se llenaría de gritos de lealtad, y todos festejarían con vacas engordadas y con la esperanza de ser liberados de su tremendo enemigo: Las hordas.

Pero era obvio que Samuel, un guerrero con pesada espada y mirada furiosa, había puesto su esperanza en algo totalmente distinto. Permanecía tranquilo, pero Chelise sabía que debajo de la protección de cuero en pecho y hombros el muchacho tenía tensos los músculos, y que ya se le estaban acelerando los ojos de la mente. Corriendo en estampida para hacer la guerra.

La mujer dejó que la brisa le soplara el cabello sobre el rostro e intentó calmarse con firmes respiraciones.

—Esto es absurdo, Samuel; una total insensatez.

—¿De veras? Dile eso a Sacura.

—Ella estaría de acuerdo conmigo.

Sacura, que hasta pocos días antes tenía tres hijos, ahora solo era madre de dos. Un grupo de exploración de las hordas había atrapado y ahorcado a su hijo Richard, de quince años, cuando este se rezagó detrás de la tribu en camino a la Concurrencia.

—Entonces ella es la insensata, no yo.

—¿Crees que nuestros procedimientos pacíficos son únicamente una estrategia fortuita para sacar la mejor parte? —cuestionó Chelise—. ¿Crees que devolver

muerte con más muerte nos traerá paz? Casi todos en el valle formaron en su día parte de las hordas, incluyéndome a mí, por si debo recordártelo... ¿quieres ahora cazar a sus familias por no haberse convertido a tu manera de pensar?

—¿Y en vez de eso permitirías que nos aniquilen? ¿Cuántos de nosotros tendremos que morir antes de que te libres de este absurdo amor que tienes por nuestro enemigo?

Chelise ya no podía soportar esta réplica insolente. Recurrió a toda su fortaleza para resistir la tentación de abofetearlo ahí mismo. Pero pensó que usar la violencia en este preciso momento fortalecería el sentir de Samuel.

Y, conociéndolo, él solo se reiría. Ella sabía pelear, igual que todos, como algo tradicional, pero al lado de Samuel ella era la mariposa y él el águila.

Chelise se tranquilizó. En consideración a Jake, su hijo menor, debían seguir los caminos de Elyon. Por el bien de su padre, Qurong, comandante de las hordas, y por el de su madre. Pensando en el mundo, debían aferrarse a lo que sabían, no a lo que sus emociones exigían de ellos. Empuñar ahora las armas representaría una burla imperdonable de todo el círculo.

La mujer miró a Samuel y vio que él tenía enganchada la manga por debajo del protector del brazo izquierdo. Ella se la bajó y se la acomodó.

—Sé que es difícil —explicó, volviendo la mirada hacia los tres guardias a caballo detrás de ellos.

El grupo de Samuel lo conformaban veinticuatro, y todos mostraban la misma antipatía. Hombres honorables que estaban cansados de ver morir a sus seres queridos a manos de las hordas.

—Todos sabemos que él desborda la realidad. El solo hecho de ser hijo de Thomas no quiere decir que debas abrir nuevos caminos.

Chelise quiso consolarlo, pero el muchacho se endureció y ella supo que las palabras habían conseguido lo contrario.

—No se trata de que no tengas deseos de querer estar a la altura de él, pero...

—¡Esto no tiene nada que ver con Thomas! —la interrumpió Samuel con brusquedad, apartándose—. Quizás nadie podría estar a la altura de un hombre con su pasado. Mi preocupación es el futuro, no esa descabellada historia de estar saltando entre mundos a través de esos sueños que él tiene.

Era extraño que Samuel se refiriera a la época en que Thomas afirmara haber viajado al pasado en sus sueños. El mismo Thomas casi nunca hablaba de ese tiempo.

—Olvídate de sus sueños. Mi esposo es el líder del círculo. Él lleva la carga de mantener doce mil corazones alineados con la verdad, ¿y tú, su hijo, vas a sabotear eso?

—¿La verdad, madre? —cuestionó Samuel mordiéndose los labios y apretando la mandíbula; luego señaló hacia el sur, en dirección a Bosque Qurongi, una vez

controlado por Thomas y los guardianes del bosque, y ahora habitado por Qurong, padre de Chelise y líder de las hordas—. La verdad es que tus preciosas hordas nos odian y nos asesinan siempre que nos localizan.

—¿Qué sugieres? —gritó ella—. ¿Salir corriendo ahora, en vísperas de nuestra más grandiosa celebración, en busca de unos cuantos encostrados que ya probablemente habrán regresado a su ciudad?

Samuel bajó el brazo y volvió a mirar a sus hombres. Luego miró otra vez hacia el sur.

—Lo tenemos.

—¿A quién?

—Al encostrado que mató al hijo de Sacura. Lo tenemos prisionero en un cañón.

Chelise no supo qué contestar a esto. ¿Habían atrapado a un encostrado? ¿Quién había oído alguna vez de algo así?

—Vamos a someterlo a un juicio en el desierto —comunicó Samuel.

—¿Con qué propósito? — ¡Hacer justicia!

—¡No puedes matarlo, Samuel! ¡Se desharía la Concurrencia! No tengo que decirte lo que eso ocasionaría a tu padre.

—¿A mi padre? —objetó él, mirándola—. ¿O a ti, madre, la hija de Qurong, comandante supremo de todo lo malvado y vil?

Chelise lo abofeteó. Solo fue una palmada de lleno en la mejilla, pero el chasquido sonó como un latigazo.

Samuel sonrió. Al instante ella se arrepintió de su ira.

—Lo siento, lo siento, no quise hacer eso. ¡Pero estás hablando de mi padre! quisiste hacer eso, madre —declaró él, volviéndose y corriendo hacia el caballo.

—¿Adónde vas?

—A realizar un juicio.

—Entonces, al menos tráelo aquí, Samuel —pidió ella corriendo tras él, pero el muchacho ya estaba en la silla—. ¡Reflexiona!

—Estoy reflexionando —replicó él, luego hizo girar el caballo y pasó al lado de sus hombres, quienes lo siguieron—. Es tiempo de actuar.

—Samuel...

—Mantén esto entre nosotros, ¿de acuerdo? —advirtió él mirando por encima del hombro—. Detestaría estropear una fabulosa noche de celebración.

—Samuel. ¡No sigas con esto!

Fustigó el caballo y dejó a Chelise con el sonido del golpeteo de cascos. Oh, Elyon... el muchacho iba a ser la ruina de todos ellos.

1

THOMAS HUNTER se hallaba al lado de su esposa, Chelise, frente al poco profundo cañón con tres mil seguidores de Elyon en línea, que se habían ahogado en los estanques rojos para así librar sus cuerpos de la encostrada condición que cubría la piel de todas las hordas.

La representación de la Gran Boda había durado una hora, y estaban en la ceremonia final que llevaría a la Concurrencia a una desenfundada noche de celebración.

Según la tradición, tanto él como Chelise vestían de blanco, porque Elyon llegaría de blanco. Ella con lirios en el cabello y una larga y ondeante toga hilada en seda; él con una emblanquecida túnica, teñida de rojo alrededor del cuello para recordarles la sangre que se había pagado por esta boda.

Este era el Gran Romance, y lo más probable es que en todo el valle no hubiera un ojo sin lágrimas.

Seis doncellas también de blanco estaban arrodilladas frente a Chelise y Thomas, y cantaban la sinfonía de la Gran Boda. Sus tiernas y nostálgicas voces inundaron el valle a medida que entonaban el estribillo en melódico unísono, con los rostros resplandecientes en ansiosa desesperación.

Eres tan hermoso... tan hermoso... hermoso... hermoso...

Los tambores elevaban la intensidad de la melodía. Milus, uno de los chicos mayores, durante la noche y ante estruendosos aplausos ya había relatado la historia de ellos. Ahora Thomas rememoraba desde su posición estratégica todo lo que los había traído hasta aquí.

Diez años atrás, la mayoría de estas personas había sido parte de las hordas, esclavizadas por la enfermedad de Teeleh. El resto eran moradores del bosque que habían mantenido a raya la enfermedad bañándose en los lagos de Elyon una vez al día como él ordenara.

Luego las hordas, dirigidas por Qurong, habían invadido los bosques y

contaminado los lagos. Todos sucumbieron a la condición de encostrados, que engañaba la mente y rajaba la piel.

Pero Elyon creó una nueva manera de derrotar la maligna enfermedad: Cualquier horda debía simplemente ahogarse en uno de los estanques rojos y la condición se limpiaría para nunca regresar. Aquellos que se habían ahogado y hallado nueva vida eran llamados albinos por las hordas, porque la piel, fuera oscura o clara, era tersa.

Los albinos formaban un círculo de verdad y seguían a su líder, Thomas de Hunter.

Por otra parte, las hordas se dividían en dos razas: Hordas de raza pura, que siempre habían tenido las costras, y mestizos, que habían sido habitantes de los bosques, pero que se volvieron hordas después de la invasión de Qurong a las selvas. Los de raza pura despreciaban y perseguían a los mestizos porque antes fueron moradores de los bosques.

Eram, un mestizo, había huido de la persecución de Qurong y había aceptado a todos los mestizos que se le unieron en la profundidad del desierto norte, donde proliferaron como hordas y enemigos de Qurong. Se rumoreaba que eran casi medio millón.

Al bando que seguía a Eram lo denominaban eramitas, remanentes de los fieles que estaban tan infectados como cualquier otro encostrado. Todos padecían la condición enfermiza y apestosa que cubría la piel y nublaba la mente.

Thomas recorrió con la mirada a su desposada. Ahora la mandíbula de Chelise era tersa y bronceada... sus radiantes ojos color esmeralda una vez habían sido grises. Su largo y rubio cabello lo conformaron una vez greñas enmarañadas empapadas en pasta de most para combatir la fetidez de la enfermedad de las costras.

Chelise, de quien había nacido uno de los tres hijos de Thomas, era una visión de belleza perfecta. Y de muchas maneras todos ellos eran perfectamente hermosos, como era hermoso Elyon. Hermoso, hermoso, hermoso.

Todos ellos habían negado una vez a Elyon, su hacedor, su amante, el autor del Gran Romance. Ahora formaban el Círculo, apenas doce mil que vivían en tribus nómadas, fugitivos de los cazadores de las hordas que querían eliminarlos.

Tres mil se habían congregado al noroeste de Ciudad Qurongi en un cañón remoto y poco profundo llamado Paradose. Hacían esto cada año para expresar su solidaridad y celebrar su pasión por Elyon.

Denominaban la Concurrencia a esta reunión. Este año se realizarían cuatro, cerca de cuatro bosques en los cuatro puntos cardinales. Simplemente era demasiado peligroso que todos los doce mil atravesaran el desierto desde donde estaban dispersos, a fin de acudir a un solo sitio.

Thomas examinó los tres mil esparcidos entre las rocas y sobre la tierra, formando un enorme semicírculo frente a él. Después de tres días de prolongadas

noches y largos días saturados de risas, danzas e innumerables abrazos de afecto, lo miraban ahora en silencio y con los ojos bien abiertos.

Una gran fogata ardía a la izquierda, irradiando sombras variables sobre las atentas miradas. A la derecha brillaba el estanque rojo, negro en la noche, uno de los setenta y siete que habían localizado a lo largo y ancho de la tierra. Los barrancos rodeaban el oculto cañón, entrecortado solo por dos boquetes bastante amplios como para cuatro caballos uno al lado del otro. Había guardianes instalados en lo alto de los barrancos, con la mirada fija en el distante desierto por si hubiera algún indicio de las hordas.

¿Cuántas veces en los últimos diez años habían hallado totalmente masacrados a miembros del círculo? Demasiadas como para contarlas. Pero habían aprendido bien, internándose, rastreando los movimientos de las hordas y volviéndose invisibles en los cañones del desierto. Tan invisibles que ahora los encostrados se referían al círculo como fantasmas.

Pero Thomas sabía ahora que el mayor peligro ya no venía de las hordas. Se estaba fraguando traición en el interior del círculo.

Un caballo relinchaba en los corrales alrededor de la curva detrás de Thomas. El fuego chispeaba y crepitaba en forma de hambrientas llamas que se lanzaban hacia las brillantes olas de calor que se adentraban en el aire frío de la noche. La respiración de varios miles de cuerpos se afirmaba en medio de la mágica melodía de las doncellas.

Aún no había señal de su hijo mayor, Samuel.

Un eco siguió a la última nota, y sobre la Concurrencia cayó el silencio a medida que las doncellas retrocedían lentamente dentro de la multitud. Thomas levantó su cáliz gris, lleno hasta el borde con las sanadoras aguas rojas de Elyon sacadas del estanque.

Al unísono, los seguidores de Elyon levantaron sus copas hacia su comandante, ecuanímes y con la mirada fija. El saludo. Sus ojos miraron a los de Thomas, algunos desafiantes en la determinación de permanecer en la verdad, muchos otros humedecidos con lágrimas de gratitud por el gran sacrificio que al principio volviera rojos los estanques.

Los líderes estaban a la derecha de Thomas. Mikil y su esposo Jamous, se hallaban codo con codo y con las copas en alto, mirando al frente, esperando a Thomas. Susan, una de los muchos albinos de piel morena, y su prometido Johan, que había sido y seguía siendo un poderoso guerrero, tomados de la mano, observaban a Thomas.

Marie, hija de Thomas con su primera esposa, que ahora estaba con Elyon, se hallaba al lado de Jake, hijo menor del líder. El muchacho había cumplido cinco años un mes antes. ¿A dónde habían ido a parar todos los años? La última vez que Thomas

había hecho un alto, Marie tenía dieciséis años; ahora tenía veinticinco. Cien muchachos se habrían casado con la joven años atrás si Thomas no hubiera sido tan ultraconservador, como ella solía decir. A los dieciocho, Marie había perdido el interés en los chicos y se había dedicado a explorar el terreno con Samuel. El compromiso de la muchacha con Vadal, el hombre de tez oscura a su lado, se había dado solo después de que ella abandonara sus antiguas pasiones.

Por otra parte, Samuel aún seguía tras las suyas, con suficiente ahínco como para mantener en ocasiones a Thomas andando hasta altas horas de la noche de un lado a otro.

Y todavía sin señal del muchacho. Llevaba todo un día fuera.

El círculo esperaba, y Thomas alargó el momento casi hasta el punto de romperse. Una presencia le calentaba la nuca con expectativa. Ellos no podían ver a Elyon, no lo habían visto en muchos años, pero estaba cerca.

Elyon... como el muchacho, como el guerrero, como el león, el cordero, el dador de vida y el amante de todos. El Gran Romance de ellos era para él. Él había dado su vida por ellos, y ellos por él.

Habían usado el símbolo que les encarnaba su propia historia: Un medallón o un tatuaje moldeado en forma de un círculo con un aro exterior en verde para representar el principio, la vida de Elyon. Luego un círculo negro para recordar el golpe demoledor del maligno. Dos franjas rojas atravesaban el círculo negro: La muerte que trae vida en las aguas rojas.

Y en el centro un círculo blanco, porque estaba profetizado que Elyon volvería sobre un caballo blanco y rescataría a su novia del dragón Teeleh, que la perseguía día y noche.

Pronto, pensó Thomas. Elyon tenía que venir pronto. De no hacerlo, ellos se desharían por completo. Habían estado vagando en el desierto diez años, como israelitas perdidos sin hogar. En celebraciones como esta, rodeados de coros y danzas, todos ellos conocían la verdad. Pero cuando los cantos cesaban... cuan rápidamente podían olvidar.

Él, sin embargo, los contenía algunos minutos ahora, y todo hombre, toda mujer o todo niño de más de dos años permanecían en silencio. Hasta los bebés parecían comprender que habían alcanzado el apogeo de los tres días de celebración. Después festejarían con los cincuenta cerdos castrados que habían sacrificado y puesto sobre hogueras en la parte trasera del cañón. Danzarían, cantarían y se jactarían de todo lo digno y de algunas cosas que no lo eran.

Pero todos sabían que cada placer que saboreaban, cada esperanza que les llenaba los corazones, cada momento de paz y amor descansaba firmemente en el significado que había detrás de las palabras que Thomas pronunciaría ahora.

Su intensa voz inundó el cañón con una convicción que le produjo un temblor en

los miembros.

—Amantes de Elyon que se han ahogado en los lagos y que han recibido vida, esta es nuestra esperanza, nuestra pasión, nuestra única verdadera razón para vivir.

—Así es —manifestó Chelise con voz delicada y ahogada de emoción.

—Él habla la verdad —respondieron al unísono los tres mil. Sus melodiosas voces retumbaban por el valle.

Conocían a Elyon con muchos nombres: El Creador, quien los había formado; el Guerrero, quien una vez los había rescatado; el Dador de dones, quien les había entregado el fruto que los sanaba y los sustentaba. Pero habían acordado llamarlo simplemente Elyon varios años atrás, cuando un hereje de una tribu sureña empezó a enseñar que el mismísimo Thomas era el salvador de ellos.

—Él nos ha rescatado —exclamó Thomas con mayor intensidad—. Nos ha cortejado. Nos ha prodigado más placeres de los que podemos retener en esta vida.

—Así es —anunció Chelise.

La respuesta del pueblo inundó a Thomas como una ola, aumentando el volumen.

—Él habla la verdad.

—Ahora esperamos el regreso de nuestro rey, el príncipe guerrero que nos amó cuando aún estábamos en las hordas. Así es!

— ¡Él habla la verdad!

—Nuestras vidas son de él, nacidas en sus aguas, ¡vidas purificadas por la misma sangre que ahora levantamos hacia el cielo! Thomas pronunciaba a gritos cada palabra.

—¡Así es! —exclamaba Chelise en conformidad a lo que su esposo decía. Él habla la verdad!

Las voces de la multitud desbordaban las paredes del cañón, y se podían oír a más de un kilómetro en esta noche tranquila.

—¡Recuerden a Elyon, hermanos y hermanas del círculo! ¡Vivan para él! Atavíen a la novia, prepárense para la celebración, ¡porque él está entre nosotros!

—¡Así es!

El volumen aumentó hasta convertirse en un estremecedor rugido.

—¡Él habla la verdad!

—Hablo la verdad.

—¡Él habla la verdad!

—Hablo la verdad.

—¡Él habla la verdad!

Silencio.

—Beban para recordar. Por el Gran Romance. ¡Por Elyon! Esta vez la respuesta de ellos fue susurrada en extrema reverencia, como si cada sílaba fuera algo tan precioso como el agua roja que tenían en las manos.

—Por Elyon.

Thomas cerró los ojos, se llevó la copa a los labios, la inclinó y dejó que el agua helada se le introdujera en la boca. El rojo líquido se le arremolinó en la lengua, luego se le escurrió garganta abajo, dejándole un persistente sabor a cobre. Permitted que los suaves efectos de las primeras gotas le calentaran el estómago por un segundo, y después tragó hondo, inundando la boca y la garganta con las curativas aguas.

Estas ni por asomo eran tan fuertes como las aguas del lago verde que una vez fluyeran con la presencia de Elyon. Y no contenían las mismas cualidades medicinales del fruto que colgaba de los árboles alrededor de los estanques, pero levantaban el ánimo y producían simple placer.

Thomas tomó tres tragos completos del precioso líquido, dejando que un poco se le derramara por la barbilla, luego alejó el cáliz, aclaró la garganta con un trago final y respiró fuertemente hacia el cielo nocturno.

—¡Por Elyon!

Al unísono, los miembros del círculo despegaron las copas de la boca como guerreros deshidratados saciados con cerveza dulce.

—¡Por Elyon! —gritaron en coro hacia el cielo nocturno.

Y con ese grito se liberó el espíritu de celebración. Thomas se volvió hacia Chelise, la atrajo con el brazo libre y la besó en los húmedos labios. Mil voces se levantaron en aprobación, seguidas por ondulantes gritos procedentes de las solteras doncellas y de quienes aspiraban a pretenderlas. La risa de Chelise invadió la boca de Thomas mientras este se volvía hacia la multitud, con la copa aún en alto.

Atrajo a su esposa hacia adelante, para que todos pudieran verla.

—¿Hay aquí alguien que se atrevería a no amar como Elyon nos ha amado a todos? ¿Puede alguien no recordar la enfermedad que le cubría el cuerpo? —preguntó Thomas, luego miró a Chelise y pronunció su poético ofrecimiento con una sutil sonrisa que sin duda se quedaba corta para expresar su amor por esta mujer—. Qué belleza, qué placer, qué amor embriagador me ha dado Elyon a cambio de mis propias cenizas. En lugar de la hediondez que una vez me inundara las fosas nasales, me ha dado esta fragancia. Una princesa a quien puedo servir. Ella me aletarga la mente con desconcertantes imágenes de exquisita belleza.

Todos sabían que Thomas hablaba de Chelise, quien había sido la princesa de las hordas, la misma hija de Qurong. Ahora ella era la novia de Elyon, la amada de Thomas, y quien le había dado su hijo menor, que deslumbrado los miraba hacia arriba al lado de Marie.

— ¡Él habla la verdad! —exclamó Johan, sonriendo; luego deslizó la copa y se remojó la cabeza.

—¡Así es! —levantó la voz la multitud, seguida de más gritos y rondas de

bebidas.

También Johan había formado parte de las hordas hasta no hacía mucho, y era culpable de matar a cientos, miles para cuando todo terminó, de los seguidores de Elyon.

Thomas empujó la copa hacia la Concurrencia, sin preocuparse de que el líquido se le derramara; había setenta y siete estanques llenos con las aguas rojas, y ninguno había mostrado alguna vez indicio de secarse.

—Por las hordas.

—¡Por las hordas!

Entonces volvieron a beber, saturándose con las embriagadoras aguas en un inicio de lo que prometía ser una noche de celebración formal y sin restricciones.

—Tienes razón, padre —exclamó una voz masculina por detrás y a la derecha de Thomas, el ronco e inconfundible sonido de Samuel—. Por las hordas.

Thomas bajó el cáliz y se volvió para ver a su hijo sentado en lo alto del caballo, traspasándolo con sus brillantes ojos verdes. Cabalgaba lentamente sobre la silla del blancuzco semental, y se movía con el animal como si hubiera nacido y se hubiera criado sobre la bestia. El cabello oscuro le caía hasta los hombros, despeinado debido a una larga cabalgata. El sudor se le había mezclado con el barro rojo que él y los miembros de su banda se aplicaban en los pómulos; unas líneas le surcaban el oscurecido rostro y el cuello. Tenía abierta la protección de cuero en el pecho, dejando que el aire nocturno le enfriara directamente la piel, que aún brillaba a la luz de la luna. Tenía la nariz y los ojos de su madre.

Una punzada de orgullo partió el corazón de Thomas. Samuel podría haberse descarriado, pero esta imagen del muchacho podría haber sido la del mismísimo Thomas quince años atrás.

El sonido de los cascos del garañón resonaba mientras se acercaba a la luz de la hoguera, seguido por tres, luego cinco y después nueve guerreros que se habían levantado en armas junto con Samuel. Todos llevaban puesto el mismo uniforme de batalla de los guardianes del bosque, abandonado desde que el círculo dejara las armas once años atrás. Solamente guardias y exploradores usaban protectores de cuero para defenderse de flechas y espadas.

Pero Samuel... ningún razonamiento parecía inspirar buen sentido dentro del obstinado cráneo del joven.

El muchacho quietó el caballo con un suave tirón de riendas. Sus seguidores se detuvieron detrás de él en formación holgada que no dejaba ningún flanco débil, protocolo normal de guardianes por propias órdenes de Samuel. Él y su grupo se movían con la facilidad de guerreros experimentados.

Unas cuantas rechiflas desde diferentes puntos en la multitud avivaron la ovación para el hombre que los examinaba sin un indicio de aceptación.

—¡Oye, Samuel! ¡La fortaleza de Elyon, muchacho! —se oyó un grito, luego una pausa—. ¡Mantén los mocos en tus apestosas fosas, Samuel!

Este comentario se apartaba de la creencia general, aunque no tan distante del ánimo del círculo como había sido una vez. Thomas era muy consciente de las algarabías entre muchas tribus.

—Genial de tu parte unirte a nosotros, Samuel —dijo Thomas, inclinando el cáliz en dirección del muchacho.

Su hijo miró directamente a Chelise, inclinó la cabeza, y luego volvió a mirar a los tres mil reunidos en el anfiteatro natural.

—Por las hordas —convocó.

—Por las hordas.

Pero solamente la mitad tomó el grito para sí. Los demás, como Thomas, captaron la mordacidad en la voz de Samuel.

—¡Por las apestosas y sangrientas hordas que matan salvajemente a nuestros hijos y extienden su inmundicia por nuestros bosques! —gritó Samuel, con voz ahora intensa de burla.

Solo unos cuantos levantaron la voz.

—Apestosas y sangrientas hordas.

—Nuestros amigos, las hordas, han enviado sus disculpas por quitar la vida de los nuestros hace tres días. Nos han enviado a todos un regalo para expresar su remordimiento, y yo lo he traído a nuestra Concurrencia.

Samuel mostró la mano con la palma hacia arriba. Un objeto oscuro surcó el aire, lanzado por Petrus, hijo de Jeremiah, y Samuel lo agarró en el aire como si fuera una bolsa de agua por rellenar. Lo arrojó al suelo. El objeto rebotó una vez y rodó hasta detenerse donde la luz de la hoguera iluminó los delicados detalles del premio de los jóvenes.

Era una cabeza. Una cabeza humana. Una cabeza de las hordas con una melena de largas y enmarañadas mechas, cubierta de enfermedad.

Un frío bajó serpenteando por la columna de Thomas. Este, pensó, era el principio del fin.

2

NO HUBIERON suspiros ni exclamaciones, solo un pesado silencio. Ninguno de ellos era ajeno a la violencia. Pero entre el círculo era prohibido tomar la vida de otro ser humano, encostrado o albino.

Esto... esto parecía ser el resultado de una ejecución. Llevada a cabo por su propio hijo. Lo único que Thomas pudo oír durante un momento fueron los latidos de su propio corazón.

Vadal, hijo de Ronin, y uno de los primeros en ahogarse, caminó a tropezones hacia la cabeza cortada y observó por un instante, incrédulo. Había desaparecido toda señal de la festividad por la ceremonia de Thomas.

—¿Estás loco, amigo? —le preguntó a Samuel, girando hacia él.

—La cabeza pertenece al hombre que ahorcó a Richard, hijo de Sacura. Lo agarramos, lo procesamos y lo encontramos culpable. El castigo fue la muerte.

—No seas tonto —replicó Vadal, señalando con el dedo la cabeza que tenía cerca de los pies—. Si los matas podrías también ser de ellos. ¿Es esta tu idea?

—Esto, estúpido, es hacer la obra de Elyon —cuestionó Samuel con toda calma—. Librar al mundo de quienes se burlan de él.

—¿Solo para llegar a ser como ellos? —rebató Vadal.

—¿Te parezco un encostrado? Habiendo profanado el amor del mismo Elyon como afirmas, ¿estoy cubierto ahora de pies a cabeza con la enfermedad que caracteriza a los incrédulos? ¿Ha quitado él de mí su curación?

Thomas levantó la mano para poner un poco de orden antes de que todo el asunto se saliera de control.

—Has expresado tu opinión, Samuel. Ahora agarra tu premio, entiérralo en alguna parte lejos de aquí y vuelve a nuestra celebración.

—Eso no es lo que yo tenía en mente.

—Bájate de ese caballo —ordenó Thomas sintiendo que se le agotaba la paciencia—. Recoge esa cabeza, vuelve a montar, ¡y déjanos!

—Bueno, he ahí al padre que una vez conocí —contestó Samuel con una sonrisa en el rostro—. El comandante de los guardianes del bosque. El mundo temblaba una vez ante tu nombre.

—Y ahora tiembla ante el nombre de otro.

—¿Ah, sí? ¿Elyon? ¿Y dónde está exactamente Elyon en estos días?

—¡Ya basta! —terció bruscamente Chelise soltando el brazo de Thomas y dando un paso hacia Samuel—. ¿Cómo te atreves a hablar de tu Hacedor en tono tan insensible?

—Solo estoy expresando lo que hay en la mente de todos nosotros. ¿Amar a las hordas? ¿Por qué? Ellos nos odian, nos matan, siembran terror en nuestros campos. Arrasarían toda esta asamblea con un soplido si pudieran. Somos el vómito en las suelas de sus zapatos, y eso nunca cambiará.

—Tú una vez fuiste horda, ¡cachorro insolente! —exclamó Chelise.

Samuel acercó el caballo hasta la cabeza cercenada. Se apearon sus amigos, un grupo de luchadores de mente entumecida que habían probado tal cantidad de ansias por matar como para tener avidez de hacerlo.

—¿No creemos que llegará pronto el momento en que Elyon destruirá toda esta tierra y con ella a las hordas, y finalmente nos rescatará para nuestra felicidad?

Silencio.

—Han pasado diez años sin una indiscutible señal de que Elyon aún ronde cerca, preparándose para rescatarnos. Ustedes están demasiado ocupados huyendo y escondiéndose de esa bestia horda que es Qurong como para preguntar la razón.

—Esa bestia es mi padre —advirtió Chelise—. Yo moriría por él. ¿Y lo matarías tú?

—¿Matar a Qurong, el comandante supremo que ha jurado asesinar a nuestros hijos? —contestó Samuel después de permanecer en silencio por un instante—. ¿El encostrado que deambula hasta altas horas de la noche, envenenado por la amargura contra su propia hija porque ella lo traicionó al ahogarse? ¿Ese Qurong? ¿Aquel con quien estás obsesionada porque te concibió?

El chico habló en voz queda, cortando el silencio nocturno como una delgada navaja.

Amas a tu padre más de lo que amas a cualquiera de nosotros, madre. Si la que está ahora en el suelo fuera la cabeza de Qurong, quizás finalmente podríamos ser libres.

Samuel siempre había mostrado resentimiento por el amor de Chelise hacia el líder de las hordas, pero nunca lo había expresado con tanta claridad.

Vadal habló por Chelise, que estaba tan enojada en ese momento que parecía no poder articular palabra.

—¡Esto es una herejía! No tienes...

—Decapité esta cabeza encostrada en un cañón a treinta kilómetros de aquí — anunció Samuel haciendo caso omiso a Vadal—. Lo emboscamos y mi espada le cortó limpiamente el cuello de un solo tajo. Eso fue lo más satisfactorio que haya hecho en mi vida.

— ¡Samuel!

Esta vez el grito salió de Marie, que miraba a su hermano con el rostro enrojecido.

Thomas contuvo una terrible urgencia de saltar sobre el muchacho y azotarlo hasta que pidiera clemencia. Pero se mantuvo pegado al suelo.

—La guerra es permisible —expresó bruscamente Samuel—. Mi opinión es que la empecemos. He estado allá afuera deslizándome sigilosamente rondando a las hordas desde que cumplí quince años, y les puedo decir que con cinco mil guerreros podríamos hacer que se arrepientan del día en que mataron a uno de los nuestros.

—¡Elyon lo prohíbe! —exclamó Vadal.

—Si Elyon me dijera amablemente que estoy equivocado, renunciaría. Decimos que la maldad está en la carne, que la enfermedad sobre la piel de las hordas es maldición de Elyon. ¿Por qué entonces estoy aun libre de la enfermedad, habiendo cometido esta terrible maldad de matar a este encostrado, a no ser que Elyon lo aprobara? A menos que él me clarifique mi error, mi corazón anhelará los días en que los enfrentábamos, veinte a uno, y enrojecíamos la arena con la sangre de ellos.

—¡Eso es sacrilegio!

—¿Qué es sacrilegio? —cuestionó Samuel—. ¿Lo que Elyon mismo nos dice, o lo que nos han dicho que él dice? ¿Ha oído últimamente alguno de ustedes esta instrucción específica de parte de él? ¿O están tan embriagados con la fruta y el agua de Elyon como para notar su ausencia?

—Esto... —titubeó Vadal temblando de ira—. ¡Esto es una total insensatez!

—Solíamos celebrar el fallecimiento de cada alma, creyendo que había ido a un lugar mejor. Ahora nuestras celebraciones en los funerales están llenas de tristeza. ¿Por qué? ¿Dónde está Elyon, y dónde está este lugar mejor?

Ninguno de ellos podía negar el sutil cambio en el trato para con los muertos.

—Solíamos anhelar el día de Elyon, aferrándonos a la esperanza de que en cualquier momento vendría abalanzándose sobre las colinas para rescatarnos de una vez y para siempre. Ahora solo deseamos el día de la Concurrencia, cuando podemos beber las aguas, comer las frutas y danzar tontamente hasta altas horas de la noche. El Gran Romance se ha vuelto nuestro elíxir, un lugar en donde ocultarnos del mundo.

—Estás diciendo estupideces.

—¡Opino que revivamos los días de nuestra gloria! Aceleremos el día del regreso de Elyon. Enfrentemos a Qurong como hacen los eremitas. Tendrás que pelear primero conmigo —afirmó Vadal.

Samuel hizo girar el caballo en sus cuartos traseros para enfrentar al hombre. La cabalgadura resopló en protesta.

—Así sea —declaró, y luego gritó a toda la multitud—. Me han dicho que los seguidores de Eram también respetan el duelo como lo hicimos alguna vez. Reto a Vadal de Ronin a combatir como en los días de antaño. Aún está permitido.

¿Lo estaba? Thomas sintió que se le revolvía el estómago.

—Acepto —expresó bruscamente Vadal.

—A muerte.

— ¡Basta! —gritó Chelise; luego suavizó la voz—. Te lo advierto, Samuel.

—¿De veras? Nuestra doctrina imperante condena la violencia contra las hordas —informó el joven—, ¿pero qué dice del desafío? Durante toda la noche contamos muchas de las historias de los héroes que nos antecedieron. Elyon esto, Thomas aquello... aconsejo que dejemos que los héroes se vean en vida. Elyon salvará a aquel que hable la verdad, como antes hacía.

El argumento del muchacho tenía tanta verdad que heló la sangre de Thomas. Ante sus propios ojos estaban presenciando la más grandiosa de las amenazas a toda esa verdad. Y de la boca de su propio hijo. Pero Thomas estaba demasiado sorprendido para formular una respuesta. Este era su propio hijo, ¿por el amor de Elyon!

Chelise susurró con urgencia el nombre de Thomas, y él vio que ella empezó a mirarlo, rogándole que detuviera a Samuel.

En vez de eso, Thomas buscó con la mirada apoyo en Ronin y Johan, William, Mikil, Jamous... cualquiera de ellos. Estos lo miraron buscando guía. ¿También ellos se estaban cansando de esperar un urgente regreso, que había sido inminente por mucho más tiempo del que les importaba esperar? ¿Podría este ser el origen del titubeo en ellos?

Samuel no era el único en cuestionar si Elyon volvería realmente pronto por una «novia». Después de todo, él había dejado que los apalearan una y otra vez sin siquiera levantar un dedo. ¿Qué bien hacía ser libre de la enfermedad si se vivía en ridículo y huyendo?

—¿Ronin? —inquirió Thomas captando la mirada del amigo. El líder espiritual del clan de Thomas frunció el ceño, luego analizó a su hijo Vadal y a Samuel.

—Nadie en el círculo ha hecho un desafío por muchísimo tiempo. Nunca, que yo sepa. Es totalmente ridículo.

—¿Pero estaba declarado fuera de la ley? —presionó Samuel. Chelise abrió ambos brazos a lo ancho.

—Esto es una tremenda insensatez, este pulso para probar un argumento. ¿Y a muerte'*. —cuestionó, entonces se volvió a los demás—. ¡Vamos, Mikil! Johan, sin duda ustedes no creen que esto sea permisible.

—Es absurdo —contestó Mikil, y Johan estuvo de acuerdo, pero ninguno fue imperioso.

El temor en el estómago de Thomas se extendió. ¿Por qué, y en protesta, no se apresuraban a bajar del caballo a Samuel? ¿Albergaban ellos alguna duda? ¡Seguramente no todos!

—¿No condonó Elyon una vez nuestro uso de la fuerza? ¿Ha cambiado de parecer? ¿Cambia Elyon de opinión? Caramba, caramba, he cometido una terrible equivocación. ¡Cambiaré la manera en que se hacen las cosas! ¿Es este un Creador perfecto? —objetó Samuel sacando ventaja de la inacción de ellos; dejó que la idea calara antes de continuar—. No. Elyon sabe que es mejor amar, que todo reposa en el cumplimiento del Gran Romance, como la unión de la novia y el novio después de una noche de desconcertante celebración. Pero a veces el amor se puede expresar defendiendo la verdad. Vadal tiene esa prerrogativa. ¿No es así, Mikil?

La famosa guerrera se volvió para mirar a Thomas, ni concordando ni disintiendo con Samuel, pero con ese gesto lo estaba apoyando. ¿No comprendía ella lo que estaba haciendo? ¡Apoyar esta ridícula afirmación ante toda la Concurrencia solo podría traer devastación!

Pero el temor se abalanzó en picado por la columna vertebral de Thomas dejándolo también mudo. Una docena de años antes habría echado por tierra este duelo con algunas palabras bien dichas. Esas épocas se habían ido, siendo reemplazadas por una sabiduría que ahora parecía fallar por completo, sofocada por el temor.

—¿Se acobarda de la verdad esta Concurrencia? —desafió Samuel—. ¡Permítanme luchar como hacen los eramitas!

Thomas había arriesgado la vida en un centenar de ocasiones por amor a las hordas, para conseguir a Chelise, para seguir los caminos de Elyon, sin importar lo peligroso o brutal del sendero. Ahora ese camino había vuelto sobre sus pasos y bajaba derecho por el medio del mismísimo círculo. Siempre había dicho a los demás que el mayor peligro estaba en el interior. Esta noche finalmente ese peligro había mostrado los dientes para que todos lo vieran.

Y no había exclamaciones del círculo contra la exigencia de Samuel.

—¿Quién dice que sí? —indagó Thomas levantando la vista a las miles de miradas atentas en él.

Nadie gritó su consentimiento, como era su derecho. Pero después de algunos segundos un joven de otro clan, Andrés, si Thomas no se equivocaba, levantó la bebida.

—Yo digo que sí —expresó, dando un paso dentro de la luz de la hoguera ante la mirada de todos—. Hay un tiempo para la paz y un tiempo para la guerra. Quizás ha llegado el momento de la guerra. ¿No emprendió Elyon una vez la guerra?

Cien síes retumbaron en la noche.

Así que Samuel estaba probando los sentimientos implícitos de muchos. Esta actitud era prácticamente epidémica, un cáncer que se los consumiría vivos desde adentro.

Y esto de su propio hijo...

Thomas intentó tragar saliva, pero el temor que le hinchaba ahora la cabeza le impedía la simple acción. Se había enfrentado al mismísimo Teeleh y lo había vencido en el más sombrío de los bosques; se había desembarazado de treinta usurpadores encostrados con una sencilla y ancha navaja; había entrado en la ciudad con los vítores de cien mil gargantas que elogiaban a gritos a Thomas de Hunter, el más fabuloso guerrero que alguna vez existiera.

Pero en ese momento él solo era una cascara aterrada. Inútil contra este enemigo llamado Samuel, hijo de Hunter.

Se dio cuenta de que Samuel estaba hablando otra vez, exigiendo más de la multitud.

—¿Quién más? —estaba vociferando; y centenares concordaban con él.

—¡No sean tan estrechos de mente! —gritó William sobre todos ellos—. Siempre hemos estado de acuerdo en que se nos iba a mostrar un nuevo camino de Elyon, diferente de la espada. ¿Cambia ahora esto nuestra impaciencia? Nuestro camino es amar a nuestros enemigos, no declararles la guerra.

Mil síes y chillidos de asentimiento sacudieron el cañón. ¡Por fin! ¡Por fin algo de sensatez!

—Pero tengo el derecho de hacer este desafío, ¿verdad? —exigió saber Samuel—. Y Vadal tiene derecho de aceptar.

Los consensos animaron a la asamblea, pero ahora todas las miradas se habían vuelto hacia Ronin y Thomas.

Ronin debió haber notado la preocupación que aprisionaba a Thomas, porque se dirigió a la multitud.

—Sí, supongo que es correcto lo que Samuel dice. Nada que yo sepa ha anulado la prerrogativa que mi hijo tiene de desafiar a un duelo. Y Vadal tiene el derecho de aceptarlo o de rechazarlo, lo cual sería muchísimo más sabio. Francamente, estoy consternado de que haya una protesta entre todos ustedes. ¿Han decidido alimentar sus deseos de ver correr sangre?

—Él tiene razón —declaró Chelise—. Esta es la clase de situación que concebiríamos si fuéramos hordas.

—O bajo el antiguo Thomas —gritó una voz solitaria.

—Todo podría ser permisible, pero no todo es beneficioso —expresó Ronin, cortando cualquier otro diálogo más que podría confundirlos en su propia historia de violencia; luego se dirigió a Vadal, su hijo—. Seguro que ves la locura que hay en

esto.

—Veo la locura en lo que seduce a Samuel y a la mitad del círculo —declaró.

Samuel se bajó de la silla y cayó en tierra con un golpe de botas en la roca. Sacó la espada de la vaina, clavó la punta bronceada en la arcilla y reposó ambas manos en el mango.

—¿Qué pasa, oh favorecido? ¿Debemos probar la verdad?

¡El tonto no se estaba tomando en serio nada de esto! O peor, estaba embriagado en su propio poder y tomaba muy en serio la muerte de Vadal acepto —expresó bruscamente Vadal.

—¡No! —exclamó Marie, hija mayor de Thomas y prometida de Vadal, que caminando a paso rápido arrancó una espada de la montura más cercana a la de Samuel y la hizo girar con un lance de muñeca—. Ejercicio mi derecho de tomar el lugar de cualquier otro en un duelo.

—No seas ridícula—comentó Vadal—. ¡Retrocede!

—Cállate. Si tú tienes el derecho de tirar tu vida a la basura, yo también. Esas son las reglas.

—Eso fue hace mucho tiempo. Retrocede, ¡te lo estoy diciendo! Marie se volvió hacia el anciano Ronin?

—Ese es el derecho de ella —contestó asintiendo el líder espiritual.

Samuel sonrió, sacó bruscamente la espada, la hizo oscilar en un hábil movimiento y la giró hacia la derecha, invitando a Marie a entrar a un círculo imaginario de pelea.

—¡Detenlos! —gritó Chelise mirando a Thomas, y luego le susurró ásperamente—. Haz algo.

El no hizo nada. Casi no podía pensar con claridad, mucho menos ponerse a hacer algo de lo que más tarde no se arrepintiera. No podía detenerlos; todos ellos tenían la misma libertad de tomar sus propias decisiones.

La sonrisa había desaparecido del rostro de Samuel. Sin duda no usaría la espada contra su propia hermana. Esta era una táctica de Marie. Ella sabía que Samuel retrocedería. Este era el juego de la joven, y Thomas logró ver la sabiduría que había en ello.

—Entonces, hermana. El asunto es entre tú y yo, ¿verdad?

—Así parece —manifestó la muchacha, acercándose, llevando de modo informal la espada por detrás; con eso no engañaría a nadie, pues todos sabían que ella era un demonio con ese instrumento.

Samuel miró la hoja, apoyándose en su propia confianza.

—No soy el joven cachorro que castigaste la última vez que realizamos este juego.

—Esto no es un juego —advirtió Marie—. Estás jugando con el destino de tu

propio pueblo.

—Saldrás lastimada —indicó Samuel.

—Entonces lastímame, hermano.

3

MIENTRAS THOMAS Hunter estaba en el cañón, despejándose, Billy Rediger andaba de un lado al otro en recepción de Farmacéutica Raison, en Tailandia, dos mil años antes, en nuestra propia realidad... o en las historias, dependiendo del punto de vista.

Billy tomó un momento para apreciar los alrededores: El enorme suelo dorado de mármol, las gigantescas pinturas de una flor roja y amarilla que parecía corresponder a una variedad insectívora, el brillante papel tapiz, dos pesadas arañas de cristal que podrían aplastar un Volkswagen. La exótica fachada del gigante de los medicamentos aumentaba la obsesionante impresión que Billy tenía de Farmacéutica Raison.

Aquí es donde todo había empezado más o menos treinta y seis años antes, en este mismo edificio, justo a las afueras de Bangkok. Siete años antes de que Billy naciera y fuera llevado a toda prisa al monasterio en Colorado, donde se había criado y convertido en un fenómeno.

Aquí fue donde Thomas Hunter se había topado accidentalmente con la variedad Raison, el virus mortal que puso al mundo patas arriba. ¿Cuánta muerte significó esto? Difícilmente imaginable.

Pero peor que lo que murió fue lo que sobrevivió al descubrimiento de Hunter. ¿Qué dirían Darcy y Johnny si supieran de la obsesión que había atrapado la mente de Billy este último año? Él tenía una necesidad patológica de comprender por qué estas obras llamadas Libros de Historias le habían impactado tan profundamente la vida.

Si los dos amigos de Billy supieran de su búsqueda, habrían dejado su refugio en Colorado, y lo hubieran capturado y encerrado en una jaula; porque habrían supuesto que Billy iba por más, ¿verdad? Más que solamente lo comprensible, más que solé conectarse con su pasado, más que tan solo ir tras la verdad, más que...

—Ellas lo atenderán ahora, señor —anunció con un fuerte acento francés e' encargado de la recepción, un individuo llamado Williston.

Billy se volvió, sorprendido cuando menos lo esperaba. ¿Ellas? Él solo había

pedí' do ver a Monique de Raison.

Observó su imagen en un espejo de tres por tres metros enmarcado en pesado herraje negro. Aún vestía la misma camisa blanca que se pusiera antes de aterrizar solo ocho horas atrás. Las mechas rubias auto aplicadas en la melena roja parecían demasiado ostensibles, y no se había pasado un cepillo por la cabeza desde el despegue en Washington D.C., un día antes. He aquí Billy Rediger, uno de los tres célebres sabios superdotados que convirtieron a Paradise, Colorado, en una casa de renombre. La apariencia desaliñada tendría que ver.

Tenía veintinueve años, y estaba a punto de cumplir diecinueve. Si ellas supieran...

Billy se secó las sudadas palmas en los pantalones, se puso en la boca un poco de refrescante de canela, se enderezó el cuello, y se dirigió a paso rápido hacia la puerta mientras el pelinegro Williston se quedó mirando inexpresivamente.

—Gracias, Williston. Muchas gracias, señor. Y por supuesto, deshágase de la rubia francesa. Decídase por la chica local. Es lo que usted desea.

—¿Perdón? —cuestionó el hombre pestañeando de sorpresa.

—Deshágase de Adel. Usted cree que ella es una ramera, y tal vez tenga razón. Vaya tras la doncella... ¿cómo se llama? Betty. Sí, Betty.

El hombre se quedó estupefacto... probablemente no todos los días un extraño le decía lo que estaba pensando. Tan lejos de casa, no muchos sabían de la facultad única de Billy. Y si la sabían, solamente la asociaban con un rostro lejano visto en la Red, no con un ser humano vivo y real andando ante ellos en tres dimensiones.

Billy atravesó las puertas de tres metros y entró a una oficina blanca con coloniales ventanas enrejadas por las que se veía al fondo la espesa selva verde. En el centro del salón había un enorme escritorio de madera con una lámpara color crema que irradiaba luz ámbar sobre un immaculado cristal.

La mujer de cabello oscuro que se hallaba detrás del escritorio parecía tener menos de los sesenta años que se le atribuían... todo debido a esos fármacos que ella fabricaba, pensó Billy. Tras seis meses de investigar todo indicio de información que pudiera recoger en registros de todas partes, Billy sentía como si ya conociera a Monique de Raison.

Ella había aceptado que su padre, Jacques de Raison, le entregara el control total de Farmacéutica Raison después de que la vacuna Raison destruyera casi por completo la infame compañía. Reconstruir la despedazada imagen de la empresa no fue una tarea fácil, pero Monique se había puesto a la altura de las circunstancias y logró salir airoso. Los sagaces ojos oscuros que lo analizaban mientras él caminaba hacia ella se abrían a una mente que no dejaba escapar nada.

Billy lo sabía, porque su don era saber lo que alguien pensaba mirándole a los ojos.

Esto es lo que Monique estaba pensando en ese instante: Más joven de lo que yo esperaba, vestido como un rufián juvenil. ¿Me estará leyendo de veras la mente en este mismo momento? ¿Sabe que lo rechazaré a pesar de lo que él espera conseguir? ¿Sabe él que es un fenómeno?

—Sí, sé que soy un fenómeno —expresó Billy extendiendo la mano.

Monique lo miró por un instante, luego levantó del escritorio un par de lentes oscuros y se los puso, bloqueándose así la mente de la mirada inquisitiva del joven.

—Así que usted puede hacer lo que dicen —contestó ella correspondiendo al saludo.

—Gracias a Thomas Hunter —manifestó él, y le soltó la mano. Sí, porque sin Thomas Hunter nunca habría habido libros mágicos que lo convirtieran en el fenómeno que Billy era. Pero todo eso pertenecía al pasado. Él estaba aquí para cambiar el futuro.

Una mujer rubia como de la misma edad de Monique estaba sentada a la derecha de él, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos sobre los muslos. Ya llevaba gafas oscuras para no arriesgarse a una exposición a los curiosos ojos de él, que inmediatamente reconoció a Kara Hunter. La hermana de Thomas Hunter, guardiana de muchos secretos relacionados con la sangre que Billy estaba buscando.

Kara y Monique en una misma reunión. Había tenido mucha suerte.

Billy giró hacia Kara, que se levantó y extendió la mano.

—Sr. Rediger.

—Y usted debe de ser Kara Hunter. Ella asintió.

—Tome asiento, por favor —comunicó Monique, señalando la silla de invitados frente al escritorio.

Billy se sentó, y las dos mujeres se acomodaron en sus asientos. Las miradas fijas en él, supuso, aunque no podía estar seguro de lo que los ojos femeninos estuvieran haciendo detrás de esos cristales oscuros.

—Un día radiante, ¿no es así? —comentó él sin poder aliviar el ambiente.

—¿Qué podemos hacer por usted? —inquirió Monique.

—¿Así nada más, eh? Usted conoce a uno de los pocos seres vivos hoy día cuya vida fue profundamente impactada por el legado Hunter, ¿y eso es todo lo que se le ocurre preguntar?

—Todo ser vivo en este planeta fue profundamente impactado por mi hermano —terció Kara—. Por no decir menos. Usted tiene este interesante don porque manifiestamente entró en contacto con...

—¿Manifiestamente? ¿Qué tal concluyentemente?

—¿Concluyentemente? —intervino Monique—. ¿Y qué más ha concluido usted?

—Que hace treinta y seis años Thomas Hunter afirmó haber soñado con otra realidad. Que esta otra realidad era, de veras, real. Que los libros de historias, libros

mágicos que convertían palabras en sustancia, nos llegaron de esa realidad. Debo saberlo. Los usé. Ellos me dieron mi don.

—Evidentemente.

—Concluyentemente. ¿Sabían ustedes que escribí acerca de Thomas en los libros? Tal vez por eso él soñó lo que soñó y despertó en este otro mundo suyo. Si yo no lo hubiera escrito, él no habría ido allá, y si él no hubiera ido allá no habría sabido cómo alterar la vacuna Raison y convertirla en un virus de transmisión por aire que hizo lo que hizo. Ustedes podrían decir que yo fui quien lo inició todo. Que todo fue culpa mía, no suya, Monique.

Por el silencio de ellas, Billy supo que el papel de él en estos sucesos era nuevo para las mujeres, y continuó mientras aún giraban la cabeza.

—Por eso estoy aquí. Billy, el único que tiene un don para ver más de lo que la mayoría de personas puede ver, exactamente como Thomas Hunter tuvo un don para ver, o en su caso para soñar, lo que la mayoría no sueña. Eso me hace único, ¿no creen? Hasta podrían decir que eso me da ciertos derechos.

Kara se puso de pie y se dirigió a la ventana, con los brazos cruzados. Se volvió poco a poco, analizándolo a través de los oscuros cristales.

—Su caso es fascinante, Sr. Rediger...

—Billy. Llámeme Billy, por favor.

—Fascinante, Billy. Pero no es más de lo que ninguna de nosotras ha enfrentado. Estoy segura que usted puede apreciar eso. Como es obvio que sabe, ambas tuvimos una relación singular con Thomas. Usted salió de su experiencia con esta habilidad exclusiva de leer los pensamientos de las personas mirándolas a los ojos. Eso parece como un beneficio neto. Yo perdí un hermano. Mucha gente perdió la vida.

—¿Beneficio neto? —objetó él bruscamente, intentando conservar la calma, Pero no era tan experto en controlar sus estados de ánimo como antes—. ¿Llama usted beneficio a esta maldición? ¡Soy un bicho raro! El alma me persigue. No puedo vivir en la misma ignorancia feliz como el resto de ustedes cuando todo pensamiento malévolos está abierto para mí. Me estoy volviendo loco, y debo cortar de raíz el significado de todo esto. Acabar con ello por completo.

—Nos apenas que haya sufrido, Billy —expuso Kara, agarrándose las manos por delante—. Pero los riesgos siempre fueron más que sentimientos, suyos o nuestros. Todos hemos pagado un precio. Creo que es mejor dejar el pasado en el pasado. No creer.

—Bueno, vea, ese es sencillamente el asunto, Kara —apeló él; acentuando un poco más el nombre de ella; no debía parecer muy condescendiente—. No creo que el pasado esté en el pasado. En primer lugar, no estoy en el pasado. Estoy aquí y ahora, una consecuencia viva de las indiscreciones de su hermano.

—De acuerdo, usted es uno de los muchos efectos...

—Además está el asunto de la sangre de él.

Billy deseó poder entrar un poco en los ojos de ellas. Pero no necesitó leerles la mente para saber que había aguijoneado el nervio que había venido a pinchar.

—¿Sangre? —preguntó Monique, reclinándose en la silla.

—Sangre. El frasquito restante con sangre de Thomas Hunter que usted ha resguardado en lugar seguro. ¿Creían ustedes dos que eran las únicas que lo sabían? La experta en laboratorio que extrajo la sangre se llamaba Isabella Romain y hoy día vive en Covington, Kentucky. Naturalmente, ella se negó a decir lo que estaba pensando, pero sé con absoluta seguridad que usted, Dra. Raison, por seguridad tomó un frasquito de la sangre de Thomas Hunter.

Ellas no lo negaron.

—Y estos ojos míos sacaron a la luz algunos otros secretos —continuó el pelirrojo—. Resulta que la sangre de Thomas permitía que cualquiera que la usara despertara en la realidad de la que vinieron los libros de historias. ¿Existe realmente otra realidad? ¿O se trata de nuestro futuro? De cualquier modo, eso convierte al frasquito de sangre en un recipiente poderoso y muy divertido, ¿no lo creen ustedes? Por no mencionar una senda hacia algunos libros muy poderosos.

Billy no pudo contener la amplia sonrisa que le retorcía los labios. Se dio cuenta de que sudaba. A mares. La transpiración le goteaba desde lo alto de la frente y le pasaba por las sienes. Con cada semana que transcurría parecía tener más dificultad para mantener controlados los nervios. Los tics y el sudor eran lo peor. Estaba agradecido de haber podido suprimir los tics hasta ese momento. No empezaría a agitarse como un robot en cortocircuito antes de pedirles a estas damas que le confiaran sus más profundos secretos.

—En serio, amigas, lo sé todo —siguió hablando después de respirar hondo y de esforzarse por parecer razonable—. Y he venido a pedirles que me incluyan.

—Incluirlo? —expresó Monique con una ceja arqueada—. Confíen en mí. Úsenme. Soy todo suyo.

—Con qué fin?

—¿Con qué fin? —inquirió él; se trataba de una pregunta justa, por obvia que la respuesta le pareciera a él—. Lo siento, pasar lo que he estado experimentando hace que esa pregunta parezca un poco ridícula. Con el propósito de sobrevivir, naturalmente. Con ese fin. Para que podamos tomar este mundo desordenado y loco, y darle sentido otra vez.

—¿Y cómo se propone hacer eso?

—Para empezar, como estoy seguro de que ustedes comprenden, algunos me considerarían un fugitivo. Lo he sido dos años, desde que la Acción de Tolerancia en los fabulosos Estados Unidos de América convirtió a personas como yo en intolerantes. En dementes por lo menos. Eso no es correcto con todos. El mundo está

preparado para más que conflictos sencillos y regionales. Sin duda ustedes logran ver eso. Las mismas leyes que suponen brindar paz y amor van a producir el gran estallido, nenas.

Un poco de libertad con los coloquialismos.

—¿Y?

—Y quizás tengamos lo único que podría enderezar las cosas. Ambas miraban sin mostrar ninguna reacción.

—Debo conectarme con mi pasado —continuó Billy, levantándose y caminando de un lado al otro—. Y con el futuro. ¿Captan para qué he venido? O, en realidad, no necesito la sangre.

Silencio. Ninguna reacción muy clara.

—Creo que usted no lo comprende, Sr. Rediger —comentó Monique tras carraspear—. Aunque supiéramos dónde estuviera ese invento de su imaginación, este supuesto frasquito de sangre, ¿qué cree usted que haría con él?

—¡Entrar en los sueños de Thomas! Donde empezó todo. Por favor, no me digan que no lo han intentado.

Ninguna admisión. Ninguna negación.

—No tienen idea de cuánto trabajo se necesitó para descubrir estos tenebrosos secretos de ustedes. Solo unas pocas personas saben lo que en realidad sucedió: Que la sangre de Thomas Hunter era alterada cuando entraba a la otra realidad. Que contenía propiedades únicas. Que cuando hasta una sola gota de su sangre se mezcla con la de una persona mientras sueña, esta también puede ir donde él fue, lo cual muy bien podría ser el futuro. Eso, mis dos queridas amigas, parece un viaje muy importante. Ustedes no podrán pasar toda la vida sabiendo acerca de eso sin intentarlo a] menos una vez. Un poquito como el sexo, ¿no?

Ellas aún no parecían apreciar la absoluta sinceridad que Billy estaba exponiendo.

—¿No? —presionó él.

—No, realmente, no —contestó Monique.

—¿No lo han intentado?

—¿El sexo?

—¡La sangre!

—Ni siquiera hemos dicho que exista esta sangre de la que usted habla. De ser así, tal vez pueda decirnos dónde hallarla. Los poderes que usted describe parecen increíblemente valiosos.

De modo que iban a jugar así. Qué daría él por calarles ahora mismo las mentes.

De una u otra manera hallaría la forma de entrar a esas dos mentes.

—Genial —replicó—. Vamos entonces a fingir, ¿no?

—Por favor, Billy, siéntese —pidió Kara regresando a la silla y sentándose.

Él se volvió a sentar, consciente de que la mano derecha se le estaba curvando

levemente.

—¿Té?

—¿Té? Un poco tarde para invitarlo a comer con ellas. Por otra parte, esto al menos representaba un gran cambio en la actitud de Kara hacia él. En realidad, sí. Al menos un simulacro de amabilidad.

—No gracias, Kara. No deseo té por el momento, pero gracias por el ofrecimiento.

—Quizás fuimos un poco apresuradas en descartarlo —declaró ella sonriendo—. Intentemos un enfoque diferente, ¿de acuerdo? Después de que Thomas partiera, mi vida nunca pareció hallar su verdadero rumbo.

—Cuidado, Kara —advirtió Monique en voz baja.

Kara miró a su amiga.

—No hay problema. Es evidente que él sabe al menos algo de la verdad —respondió, luego se volvió otra vez a Billy—. Pero usted debe comprender lo peligroso que es su conocimiento. No estoy segura de que se dé cuenta. En manos equivocadas, lo que usted sabe podría producir más dolor y sufrimiento del que tal vez se imagine.

—Ah, creo que puedo imaginarlo excelentemente. ¿Por qué creen que estoy aquí? He estado pensando en ello cada minuto que he pasado despierto en el último año, siguiéndole la pista hasta ustedes dos.

—La información que tiene podría acabar con la vida como la conocemos —continuó Kara.

—Eso podría hacer bajar al gran dragón del cielo y llenar de sangre los océanos —concordó Billy—. Apocalipsis de San Juan.

Solo podía imaginarlas pestañeando detrás de las gafas. Demasiado, demasiado. Las fantasías que disfrutaba eran algo que debía mantener estrictamente para sí mismo. Ya debería saber eso. Ni siquiera estas dos tenían la capacidad de ir adónde iba la mente de él, razón por la que estaba adaptado —tal vez incluso preparado, predestinado, escogido, todas esas tonterías— para hacer lo que debía hacer ahora.

—Como una forma de expresión —continuó él, haciendo un círculo con la mano para crear un efecto—. Siendo el dragón símbolo de muerte, virus, holocausto nuclear, Armagedón. Lo importante es que, si todo es verdad, si alguien pudiera entrar a otro mundo con la sangre de Thomas, y luego regresar con innumerables secretos, podría no solo desenredar el pasado, sino también solucionar los problemas del futuro. De hoy.

—Captamos —opinó Monique.

Él no pudo dilucidar por el tono lo que ella creía de veras; se había acostumbrado demasiado a interpretar a las personas por sus mentes.

—Así que, ¿me van a permitir entrar? —indagó Billy.

—Deberíamos encerrarlo y tirar la llave, Billy —expresó Monique.

—Lo que ella quiere decir —explicó Kara—, es que ninguno de nosotros es confiable con lo que sabemos. Las dos tratamos de permanecer... reservadas. No estamos seguras de que usted valore lo difícil que puede ser eso.

—Me crié en un monasterio. Creo que eso me faculta.

—Quizás. Pero no sabemos dónde está la sangre, Billy. Ni siquiera si aún existe. Hemos quitado de nosotros ese conocimiento.

—Por el bien de todo el mundo —añadió Monique.

Tonterías. Billy supo entonces que no tenían ninguna intención de confiarle el código de sus puertas frontales, mucho menos el del más poderoso secreto que el mundo hubiera conocido. ¿Y por qué deberían hacerlo? Él mismo se había presentado un poquito como una bala perdida.

Pero ellas no lo conocían. Había danzado con el mismísimo diablo, y no dejaría que estas dos brujas le impidieran hacerlo otra vez.

—Bien, entonces tendremos que tomar esto paso a paso —manifestó Billy—~ Me estaba preguntando si me podrían recomendar un alojamiento adecuado.

La puerta se abrió de golpe y entró una joven, con un corto vestido negro a rayas delgadas. Pies descalzos, contextura pequeña. El oscuro cabello le caía holgadamente por los hombros perfectos, y los delicados ojos castaños taladraban el mundo.

—Discúlpame, madre. Siento interrumpir. Henri me dice que has decidido vender nuestro laboratorio de investigación en Nueva York. Uno de mis laboratorios, la última vez que revisé. Dime por qué Henri ha decidido decir mentiras.

—Qué bueno verte, Janae —contestó Monique con voz tranquilizadora—. ¿Cómo ha ido tu viaje a Francia?

—Como esperaba.

Ninguna otra explicación. La hija de Monique, esta despampanante criatura con fluido acento francés y que parecía tener poco más de veinte años, pareció ver a Billy por primera vez. Se giró para mirarlo y lo desolló con esa primera mirada.

¿Y quién es este mentecato? Un estadounidense, claro está, vestido para asistir a un concierto de rock. ¿Qué clase de tonta es mamá exponiéndose así en estos días? ¿Y qué pintan esas monstruosas gafas en su cara?

—Sr. Rediger, le presento a mi hija, Janae —expresó Monique; Billy vio que una delgada sonrisa en la mujer le había levantado la comisura de los labios—. Sin embargo, es probable que usted ya sepa todo de ella, ¿verdad? Quizás más que yo.

La audaz declaración dejó callada a Janae por el momento. Billy creyó que lo mejor era dejar cuestionándose a la joven.

—Quizás podrías pensar en ponerte gafas oscuras, querida Janae. Nuestro visitante de Estados Unidos parece tener la habilidad de leer las mentes.

Otra vez silencio de la enérgica muchacha. Billy decidió entonces mostrarse por

completo a la morena belleza. Uno, porque ella le parecía extrañamente irresistible;)' dos, porque creyó que era prudente darle a la chica un motivo para que lo encontrara igual de interesante.

—Mentecato —empezó él mirándola a los ojos—. Este mentecato vestido como para asistir a un concierto de rock está ahora mismo dentro de su mente, querida Janae. Y qué delicioso placer es, toda esa hostilidad y resentimiento por nunca haber conocido ¿ su padre. Él desapareció cuando usted era una niña, y hasta ahora usted está pensando que él tenía secretos que le llenarían. ¿No es eso lo que creen todos los huérfanos?

Ella parpadeó. La boca se le separó ligeramente pero contuvo la sorpresa que algunos mostraban al ser desnudados tan rápido. La muchacha ya le había gustado-

—Está bien —la animó—. Yo también soy huérfano.

—Creo que todos entendemos —opinó Monique—. Él es bastante peligroso. Yo andaría con mucho cuidado.

Pero Billy no había terminado.

—Estoy aquí por el frasquito de sangre que su madre recogió de Thomas Hunter hace tres décadas. Tal vez usted sepa dónde está. O me podría ayudar a localizarlo. El hombre muy bien pudo haber arrojado una bomba en el salón.

—¿Qué sangre? —preguntó Janae mirando a su madre.

—Esto es totalmente desatinado —expresó Kara con brusquedad, levantándose de la silla.

—Al contrario, este es el único curso atinado —replicó Billy—. Ustedes deben vigilarme. ¿Qué mejor forma que mantenerme cerca? Saben que tampoco toleraré que ninguna de ustedes me haga de niñera.

La deducción de él difícilmente pudo ser más fuerte. Tomó como una señal de interés de parte de la joven el hecho de que no rechazara de inmediato la noción de «servirle de niñera». Una mirada a los ojos femeninos lo confirmó.

Una segunda mirada, interés era un término mal escogido para describir la disposición de ella hacia él. Fascinación sería mejor. Billy se volvió hacia las dos mujeres. Estaba claro que Kara lo estaba pasando mal.

—Usted no puede...

—Está bien, Kara —manifestó Monique—. Él tiene razón. Se puede quedar en los cuartos de huéspedes hasta que satisfaga su curiosidad. Dios sabe que todas estamos mejor con él aquí, que allá afuera donde se puede causar verdadero daño.

Monique de Raison creía que podía controlarlo, pensó Billy. Si fuera cualquier otra persona, él desearía por completo la posibilidad. Pero Monique no era cualquier otra persona. Tampoco Kara.

En realidad tampoco Janae, que aún estaba tratando de entenderlo.

—Denos un momento, por favor Billy —pidió Monique—. Williston le mostrará

las habitaciones de huéspedes. Janae saldrá de inmediato.

Billy se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. El aroma almizclado del perfume de Janae lo inundó con un repentino deseo mientras pasaba a su lado. Parecieron cautivarlo esos profundos y sombríos secretos que el padre de la joven ocultara a la chica. Había algo en Janae que tiraba de él como una fuerte ola. Tómense su tiempo —expresó él, saliendo del salón.

4

El futuro

CHELISE OBSERVÓ a Samuel y Marie mirarse uno al otro en un silencio mortal, cada uno aparentemente despreocupado por la espada del contrincante, como dos gallos enfrentados, inexpresivos. Vadal se hallaba a un lado, pálido. Los otros líderes miraban, inmóviles.

Los miembros del círculo esperaban el drama que se desarrollaba como si no estuvieran seguros de lo que sucedía. Un instante antes habían estado inmersos en el amor poético de Thomas por ella y por Elyon, y al siguiente la celebración de la Concurrencia se había nivelado con este absurdo desafío a la esencia de lo que tenían por sagrado.

¡El Gran Romance se estaba debatiendo a punta de espada! ¿Era esto por lo que ella se había ahogado? Todos esperaban que Thomas actuara.

Pero Thomas no estaba deteniendo esta locura.

El pueblo de Elyon nunca había adoptado una jerarquía gubernamental que permitiera a unos pocos controlar a muchos. Guía, sí. Pero a cada persona se le animaba a seguir su corazón. Todos habían sido testigos de lo que la religión provocó cuando las hordas siguieron a sus sacerdotes, primero Ciphus, luego Witch, después Sucrow y ahora al peor de todos: Ba'al.

Thomas mostraba un disgusto particular hacia la manipulación por medio de la religión, prefiriendo la fe y el Gran Romance de Elyon. Pero esto... esto era ridículo.

Chelise lo miró y le vio la mandíbula apretada. Iba a dejar que pelearan.

Samuel saltó sobre una roca de la altura de la rodilla, plantó el pie derecho casi en lo alto, y se lanzó en una elevada voltereta sobre la cabeza de Marie. Hizo descender la espada mientras surcaba por encima de ella, un giro devastador que le hacía aprovechar al máximo no solo sus musculosos brazos sino la fortaleza de la pierna,

transferida ahora a la fuerza del impulso hacia abajo. Thomas le había dicho a Marie que partidora, como denominaban al movimiento, se remontaba a los días de guerra por la capacidad de cortar por la mitad a un guerrero, desde la cabeza hasta la entrepierna, con un solo golpe.

Marie se dobló sobre una rodilla, levantó la espada, con una mano en la empuñadura y la otra sobre la ancha hoja, y movió de un tirón el arma sobre su cabeza como un escudo. El sonido de la hoja de Samuel sobre la de Marie retumbó por el valle, resonando en los muros de los riscos.

¿Habría completado Samuel su giro si Marie no hubiera reaccionado a tiempo? El impetuoso tonto había perdido el juicio.

El entrelazado cabello de Marie se le arremolinó en la cara mientras giraba, aún sobre una rodilla, entonces se abalanzó hacia el cuerpo de Samuel antes de que él aterrizara y reorientara el rumbo.

Él la anticipó. Se las arregló de algún modo para sacar un cuchillo estriado. Con giro de muñeca lo llevó hacia atrás a lo largo del antebrazo y desvió la espada de su hermana. Aterrizó con una sonrisita, usando este impulso para lanzarse en un salto mortal hacia atrás.

Pero Marie ya estaba girando alrededor, la espada extendida para un segundo golpe, que le rayó el mentón a Samuel mientras se salía de la trayectoria.

La muchacha echó la espada hacia atrás, y Samuel se enderezó. Se tocó la barbilla, sintió la sangre fluyéndole entre los dedos, y miró, con el rostro encendido. Ella permaneció en guardia, respirando con regularidad por la nariz.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios del joven, pero esta no era la mirada de humor o de estar jugando. Era una sonrisa feroz, llena de resolución e ira.

—Ahora —declaró—. Ahora verás.

—¿Quieres matarme, Samuel? —retó ella, circulando hacia la izquierda, opuesta a él—. ¿Eh? ¿Es eso lo que Elyon te ha enseñado?

—¿Ha sido Elyon el que ha hecho sangrar primero? Juraría que has sido tú

—Solo porque desafiaste a muerte a mi amado —replicó ella.

—O por el bien de muchos.

—No me matarías, Samuel.

El respondió con una voz baja y gutural que pudo ser la de un animal, pensó Chelise.

—Entonces no me conoces.

Samuel se movió tan rápido que Marie no tuvo tiempo de desviarse. Solo pudo moverse a la derecha mientras el cuchillo salía disparado de la mano izquierda del muchacho, desgarrando el aire nocturno y clavándose firmemente en el hombro izquierdo de ella; allí tembló, y luego se aquietó, enterrado cinco centímetros en la carne.

Chelise estaba demasiado abismada para actuar ante el horror que le arrollaba la mente. Thomas solo miraba, paralizado por el ultraje o por dejar que la historia siguiera su propio curso, ella no lo sabía, pero deseó abofetearlo y decirle que los detuviera.

Vivían en un mundo cruel, pero la costumbre del círculo era evitar esta clase de brutalidad con amor, danzas y festejos hasta altas horas de la noche.

—Parad esto —ordenó Mikil, dando un paso al frente—. Por amor de Elyon, dejad esta tontería.

—¡No te metas! —bramó ahora Marie.

—Mikil tiene razón, esto no demuestra nada —manifestó Johan uniéndosele. Marie se arrancó la hoja del hombro y la arrojó en dirección a Johan.

—Retrocede!

El agarró súbitamente la hoja en el aire antes de que lo alcanzara, y rezongó. El general que había en él no había olvidado cómo moverse.

Pero antes de que cualquiera de ellos pudiera moverse para interferir, Marie saltó hacia el frente y blandió la espada.

Samuel desvió otra vez el golpe.

Marie hizo oscilar de nuevo la espada.

Luego se enzarzaron en un combate cuerpo a cuerpo, arremetiendo y eludiendo, inundando el valle con bufidos y restallidos de metal contra metal.

Los primeros sonidos de la muchedumbre llegaron en forma de suspiros cuando Marie o Samuel apenas lograban escapar de la hoja del oponente. Luego surgieron vítores de apoyo o rechazo de unos pocos cuando Marie asestó un fuerte golpe en la pierna derecha de su hermano, partiéndole en dos la protección de cuero en el muslo.

Están influyendo en la multitud —pensó Chelise—. Están haciendo a un lado el ama por Elyon y siguiendo ciegamente este desenfreno de violencia. Las ovaciones de apoyo o rechazo aumentaron en la concurrencia. Entonces alguien gritó por encima de los demás y la mente de Chelise se dividió.

—¡Acalla a la amante de las hordas, Samuel! ¡Revienta a esta hija de Qurong!

La sangre de Chelise se enfrió. El grito, un chillido agudo de mujer que se oyó por encima de los de los demás, había venido del costado derecho.

—Ellos asesinaron a mi hijo. ¡Mata a la hija de él! La venganza pertenece a Elyon y él beberá la sangre de ellos como se han embriagado con la nuestra.

No era posible que Samuel y Marie hubieran oído la voz en medio de la cacofonía de gritos y el rugido de tres mil voces gritando ahora insultos o expresando su apoyo por uno de los combatientes.

Se batían en duelo el hijastro y la hijastra de Chelise.

La voz surgió allí de nuevo, a la derecha. Ella la distinguió.

—Muerte para el hijo de Teeleh. Que Qurong y Ba'al, los siervos de Teeleh, se

puدران en el infierno. Qurong es el hijo de Teeleh, y las hordas que nos cazan son shataikis, que se sienten felices en medio de un tío de sangre.

Luego continuó aun con más atrevimiento, tanto que Chelise se olvidó de respirar.

—¡Que Qurong se pudra en el infierno, y que todos los que le brindan lealtad mueran bajo la espada de Elyon!

—¡Silencio! —gritó Chelise—. ¡Silencio!

Pero la voz apenas se le oía por encima del chasquido de espadas y los improperios a todo su alrededor. Ella vio que muchas de las personas protestaban. Pero bastantes respaldaban a Marie o a Samuel para incitarlos en su encarnizado combate.

—¡Thomas!

Se dio la vuelta y vio que Thomas había desaparecido de su lado, y rápidamente escudriñó la multitud. En vez de hallarlo, su vista fue atraída hacia una mujer parada sobre un montón de rocas, con el puño levantado hacia el cielo, mirando a Chelise. Podría haber sido por la luz de la lumbre, pero los ojos de la mujer parecían rojos en medio de la noche.

—¡Muerte para Qurong y todos sus descendientes sedientos de sangre!

Aterrada, Chelise dio un paso atrás. Su amor por las hordas era un amor personal, dirigido hacia su propio padre, Qurong, y su madre, Patricia, a ninguno de los cuales había visto en diez años. Ella se había preocupado tanto en este último año de que fueran rescatados de su enfermedad, que Thomas le pidió que dejara de proclamarlo en público. La mujer debió reprimir su incesante y afectuosa conversación acerca del líder de las hordas, quien había ordenado el exterminio de los albinos. Se rumoreaba que Qurong andaba por los pasillos de su palacio maldiciendo a los albinos que habían escapado con su hija y la habían convertido en un animal. El amor de Chelise por su padre se enfrentaba con miradas tajantes, una segura señal de que estaba probando los límites de todos.

Chelise miró a la mujer que con voz chillona despotricaba de su padre.

—«La venganza es mía», dice el hacedor de todo lo que es puro. Él cortará a la rama impura: ¡Qurong y sus sacerdotes sedientos de sangre!

Supo entonces que si esta mujer la desafiaba a pelear por el destino de su padre, aceptaría. Defendería a Qurong hasta la muerte por los insultos de esta brujaalzada sobre la piedra.

Comprendió que Marie no estaba haciendo menos. La confusión se arremolinó a su alrededor.

Marie y Samuel intercambiaron una serie de golpes contundentes, cada uno rechazado eficazmente por el otro. Pero ahora había más sangre. El muslo de Marie estaba abierto, y la cabeza de Samuel le sangraba por un lado.

Al haber procurado el derecho de matar a las hordas, limpiamente lo estaban

venciendo en una pelea justa, pensó Chelise. Se refrenó y se sacudió la idea de la mente. ¿Se había vuelto tan profundo el resentimiento hacia sus atormentadores que ya no podían tolerar el maltrato? Huir y esconderse, la muerte de un ser querido...

Solo la última semana una de las más delicadas danzarinas del campamento, Jessica del Norte, había perdido a su hijo, Stevie, cuando este salió a cazar un venado con dos de sus amigos. Eran jóvenes y valientes, y su búsqueda los había internado en el bosque, donde asesinos de las hordas llamados guturales les cayeron desde los árboles y mataron a Stevie. Jessica había llorado todo un día hasta quedar ronca.

Los pensamientos giraban en la cabeza de Chelise a paso vertiginoso, resaltados por los gritos y los choques de espada. Ambos combatientes estaban jadeando y sangrando, aferrados ahora a un objetivo único: Sobrevivir.

Chelise debía detener esto, sin importar que tuvieran derecho a competir, como afirmara Ronin. Thomas debía parar esto antes de que uno de sus hijos resultara muerto. Eso dividiría el círculo. ¡Llevaría a más muertes!

Pero ella no sabía qué hacer.

Y entonces ya no importaba, porque en el lapso en que Chelise parpadeó, Marie estaba de espaldas, intentando agarrarse a algo. Había caído al tropezar con la pequeña grieta de una roca que bordeaba la piedra lisa.

Al ver la hendidura, Samuel se lanzó de frente. No fue tras la garganta de Marie. Es lo que ella habría esperado. En vez de eso, el pie derecho del muchacho hizo contacto con el mango de la espada y la lanzó dando vueltas por el aire.

Marie había quedado desarmada.

Un rugido salió de la multitud.

La mujer con ojos rojos le gritaba a Chelise.

Samuel puso una rodilla en el estómago de Marie, evitando con eficacia que ella se liberara con un giro. La espada golpeó ruidosamente la roca a dos centímetros del cuello de la joven, salpicándole la mejilla derecha con pedazos de piedra.

Ese resonante choque de metal contra roca silenció a la Concurrencia. Pero la noche no se apaciguó. Un lamento de amargo remordimiento cortó el aire.

Chelise había oído esto, solo una vez, tres años atrás cuando veintitrés mujeres y niños fueron degollados por guturales mientras los hombres buscaban a un pequeño perdido. Thomas también había oído aquel lamento, cayó sobre las rodillas, y clamó al cielo.

La esposa de Hunter se dio la vuelta, apabullada por el grito de angustia.

Thomas estaba de rodillas sobre un barranco de ocho metros detrás de Chelise, con los brazos extendidos, sollozando al cielo nocturno.

—Elyonnnnnn... Elyonnnnnn...

Durante prolongados segundos, el líder gimio de manera imperturbable, luchando por hallar aliento, temblando como un hombre que acaba de saber que han hallado

muerto a su hijo en el fondo de un precipicio. Lágrimas le bajaban a raudales por las mejillas mientras lloraba. Por su Hacedor. Por sus hijos. Por el círculo. Por las hordas.

En todo el entorno del valle, la multitud se quedó pegada a la tierra, sobrecogida bajo este horrible sonido. Detrás Chelise, Marie y Samuel respiraban con dificultad, pero ya no había ruido de espadas oscilando.

—Se acabó —gimió Thomas—. ¡Se acabó!

—No —gritó Chelise.

—Nos has abandonado —clamó él al cielo; luego más fuerte—. ¡Nos has abandonado!

—No —volvió a gritar ella, rogándole que la oyera—. No, él no nos ha abandonado.

El pecho de Thomas subía y bajaba.

—No, Elyon no nos ha abandonado —gritó ella—. ¡No morí para esto!

Thomas bajó la barbilla y parpadeó. Parecía perdido, un caparazón del hombre le había llevado a la victoria a los poderosos guardianes del bosque de campaña en campaña, antes de que Qurong los superara. Chelise pensó por un momento que él se había perdido en la desesperanza, un hombre despojado de todo lo que una vez atesoró.

Los ojos de Thomas se aclararon lentamente y, tambaleándose, se puso de pie, mirando alrededor a la multitud. La mirada se le posó en su hijo y su hija. Marie aún yacía de espaldas, prensada por la espada de Samuel. Levántate —ordenó Thomas.

Samuel miró a su padre. No hizo ningún movimiento para renunciar a la ventaja ganada con gran esfuerzo.

—¡Levántate! —bramó Thomas con voz cargada de ira, y pareció haber agarrado desprevenido a Samuel.

Lentamente su hijo quitó la espada y retrocedió. Marie rodó y se puso de rodillas. Luego de pie. Miraron a lo alto a su padre, heridos y sangrando.

—¿Es esto a lo que hemos llegado? —preguntó Thomas—. ¿A una caterva de vagabundos dispuestos a volver a su propio cautiverio? ¿Desean volver a unirse a las hordas?

—Deberíamos matarlos, no unirnos a ellos —expresó en voz baja la mujer que había retado a Chelise, aunque muy bien pudo haber gritado. Thomas señaló con la mano hacia el horizonte. Matar es lo que ellos hacen. ¡Matarlos es unírseles!

Caminó por lo alto del barranco y, con cada pisada, Chelise sentía que le aumentaba el temor. No le gustaba la escena de desesperación que poseía a Thomas.

—¿Son las hordas lo que quieren? ¿Han perdido su fe en la diferencia entre nosotros y ellos, no es así?

—No —respondió Mikil—. No, Thomas, eso es...

—¿Están dudando que Elyon está aquí, entre nosotros? ¿Que sí le importa? ¿Que

tiene algún poder? ¿Se preguntan si él ama a su novia del modo en que una vez la amó, si el Gran Romance no se ha vuelto más que cháchara de viejos alrededor de una fogata? ¿Es eso? —gritó su desafío.

—Thomas...

—¡Basta! Ustedes tuvieron su oportunidad de defender sus corazones. Ahora es mi turno.

Las palabras enfriaron la noche. Él no se ponía así muy a menudo, pero Chelise lo conocía lo suficiente para saber que había tomado una decisión, y ninguna fuerza de este lado del cielo o del infierno la cambiaría.

—Mi propio hijo ha desafiado la mismísima estructura de nuestra manera de hacer las cosas, y ha metido a mi propia hija en una pelea a muerte. Bien. Entonces yo. Thomas de Hunter, padre de ambos y comandante supremo de este círculo, lanzare mi propio desafío.

Se puso en pie por encima de ellos, con las piernas extendidas al ancho de los hombros, los puños cerrados.

—Dirimiré este asunto de una vez por todas. Lo haré en mis propias condiciones. Veremos si Elyon nos ha abandonado. Todo hombre, toda mujer y todo niño del círculo sabrán si aquel que nos corteja, que dirige nuestro amor, es real o si no es más que charlatanería en boca de ancianos.

—Thomas, ¿estás seguro de que deseas hacer esto?

Pero él hizo caso omiso a William.

—Por este medio ejerzo mi derecho de aceptar este desafío de Samuel. ¿Aceptas? Samuel brindó una sonrisa cínica y levantó la mirada a través de sueltos mechones de cabello.

—Como quieras —contestó, luego añadió para crear un efecto—. Padre.

—Bueno. Entonces iré a las hordas y lanzaré mi desafío. Si Elyon es quien digo que es, sobreviviremos otro mes. Si no, entonces todos nosotros moriremos o nos convertiremos en hordas dentro de una semana.

Las palabras resonaron por el cañón. El fuego se estaba extinguiendo, por falta de madera. Un perro ladraba desde el campamento principal cien metros detrás del estanque rojo, donde todos habían sumergido sus copas para celebrar el amor de Elyon.

Ahora enfrentaban la muerte, y sentían pesadas las copas en las manos.

—¿Escucho alguna objeción?

—¿Cómo puedes arriesgar nuestras vidas de este modo? —algún tonto fue tan valiente que preguntó.

—¡No hay riesgo! —tronó Thomas sobre las cabezas de ellos—. Si Elyon nos falla, debemos ser encostrados. Solo seremos como deberíamos ser. Si él nos rescata, concluiremos con seriedad esta celebración.

Una profunda respiración.

—¿Alguien más?

Nadie se atrevió.

—Envíen nuestros más veloces corredores a las otras tres Concurrencias. Díganles que vengan. Viviremos o moriremos juntos como uno solo. ¿Está claro?

Aún no hubo objeción. Ni siquiera del consejo, en donde sin duda sabían lo peligroso que era este procedimiento. Pero solo sabían con seguridad que cruzarse con Thomas era inútil.

Bien —continuó Thomas—. Salgo esta noche. Samuel, Mikil, Jamous, ustedes tres y solo ustedes tres vendrán conmigo. Traigan nuestros caballos. ¿Estaba él yendo hacia las hordas, hacia el padre de Chelise, sin ella?

—Thomas... Thomas, ¡tienes que llevarme! —exclamó ella dando un paso adelante.

—No. Tu mente no está clara en cuanto a este asunto. Cómo puedes decir eso? Yo... ¡yo soy tu esposa! He dedicado mi vida...res la hija de Qurong —declaró; luego, con solo un poco más de ternura—. Por favor. No cuestiones mi criterio en este asunto.

—Entonces yo debería ir, padre —manifestó Marie.

—Samuel, Mik.il

, Jamous —decidió él, y se volvió hacia ellos—. Nadie más. Chelise, trae a mi hijo menor. Tráeme a Jake.

Luego Thomas de Hunter dio la vuelta y se metió en la noche, dejando a tres mil seres solos cerca de la fogata.

5

JANAE DE RAISON salió de la oficina de su madre y cerró tras sí la puerta, satisfecha del suave clic del pasador al engranar. Williston estaba cerca de su escritorio blanco en el atrio.

—Siéntate, Williston —comunicó ella—. La respuesta es no, no necesitaré nada más. Quizás un sandwich, pero preferiría ir a buscarlo yo misma si no te importa. Él hizo una reverencia con la cabeza.

Janae atravesó el suelo de piedra ornamental, helado en sus pies desnudos gracias al aire acondicionado. Vivir en el sur de Asia podría ser una aventura húmeda sin el zumbido de la electricidad para extraer humedad y calor de la atmósfera.

—No te importa que te despoje de ese placer, ¿verdad, Will? Sé lo mucho que lo disfrutas, pero me gustaría hacerlo —expresó ella deslizando los ojos hacia arriba y dejándolos vagar por la corbata y la chaqueta negra.

Un hombre guapo de pelo oscuro, canoso a los lados. ¿Cuántas veces de niña había fantaseado con tener una aventura apasionada con su mayordomo? Demasiadas para recordar.

Puso una mano en la mejilla de Williston y luego la retiró lentamente, dejando que las uñas le rasparan la piel.

—¿Está bien, querido Will? ¿Solo por esta vez?

—Desde luego, señora. Lo que le plazca —contestó él sonriendo.

Este era un juego en que participaban a menudo, y ambos se las arreglaban para sacarle algún placer, ella en tentarlo y él en fingir que era tentado, aunque los dos sabían que él no siempre estaba fingiendo.

Janae bajó la mano hasta la corbata del hombre, la extrajo de la camisa, y luego la dejó volver a su lugar mientras se alejaba.

—¿Dónde está él?

—¿Dónde está quién, señora?

—¿Nuestro pequeño y atractivo visitante?

—En las habitaciones de huéspedes donde lo dejé, supongo.

Parecía como si él quisiera decir más, por lo que ella dio media vuelta en el arco de entrada de cuatro metros hacia el pasillo. Te gustaría agregar algo más?

—¿No confías en nuestro invitado?

—Es un poco enervante, señora —contestó Will después de una breve pausa.

—Aja. Tal vez entonces él y yo nos llevaremos bien.

—Sí, señora —expresó él, volviendo a hacer una reverencia.

La joven se dirigió a la cocina, haciendo caso omiso de los criados, quienes se movían como fantasmas por la mansión de siete mil metros cuadrados que funcionaba como sede mundial de Farmacéutica Raison. Desempolvando, siempre desempolvando las arañas de cristal y los candeleros, las pinturas de temporada, las mesas de mármol, todo lo que tuviera una superficie lisa. Eran principalmente filipinos que hablaban perfecto inglés, y algunos malasios. Janae se había criado trilingüe, con fluencia a los ocho años en francés, inglés y tailandés, pero también había aprendido suficiente tagalo y malayo para hacerse entender.

Atravesó el comedor hacia la cocina, pensando en el visitante, en este Billy Rediger que había entrado a la casa de ellas y que había dejado hundidas a Monique y a Kara, aunque ellas nunca lo admitirían.

—Voy a preparar un par de sandwiches, Betty —informó, deteniendo a la cocinera en medio de la cocina—. ¿Me podrías conseguir una bandeja y dos vasos de leche helada?

—Sí, señora.

La muchacha sacó un plato blanco de cerámica y preparó dos sandwiches de crema de cacahuete y mermelada de fresas, cada uno con una saludable porción de caviar ruso.

Con cada pasada del cuchillo y cada inmersión de la cuchara en el frasco de caviar, la mente le volvía al hombre. A Billy. Su madre había sido inequívocamente directa en sus instrucciones para Janae. Kara había sido incluso más enérgica.

—¡Por supuesto que no hay sangre! —manifestó Kara, desechando todo el asunto con un movimiento de la mano; luego le asestó un golpe a la puerta—. Pero está él—Y mientras haya alguien afuera con esta idea ridícula, en particular alguien que pueda leer las mentes, es posible que no podamos estar seguras.

—¿Por qué? —preguntó Janae—. ¿Si no hay sangre?

—Porque una vez la hubo —contestó Monique—. Lo que el tipo dijo es parcialmente cierto. Hicimos una ampolleta con la sangre de Thomas Hunter y la guardamos en lugar seguro por varios años. Pero temimos un suceso exactamente como este, así que la envié a nuestro laboratorio en Indonesia, donde fue destruida. Hoy día no existe el laboratorio ni la sangre.

—Pero mientras ese bobo crea que la sangre existe, nos creará problemas —

añadió Kara.

—¿Y qué quieren de mí? ¿Que lo distraiga? —inquirió ella, pero estaba pensando: Oh, Dios mío, ¿y si Billy tiene razón? Es eso un problema?

—No. Creo que podría ser de los que se pueden distraer. ¿Puede de verdad leer la mente?

—Por favor, Janae. Mantenlo vigilado, pero ten mucho cuidado. Podría tratarse de un personaje más bien peligroso. Esperemos eso.

Janae agarró la bandeja cargada, rechazando la ayuda de Betty de llevar el refrigerio. Salió de la cocina y se fue por el pasillo hacia las habitaciones de huéspedes.

Había situaciones que mamá le confiaba y otras que no. Si enviaba a Janae de Raison a alguna planta o laboratorio inactivo en el mundo, ella lo pondría a producir a toda su capacidad en una semana. Pero a veces mamá la observaba del mismo modo que había mostrado para con sus enemigos. Mantén cerca a tus amigos; mantén más cerca a tus enemigos.

Monique y Kara no tenían intención de fiarse de Janae con Billy. Pretendían mantener a los dos tan cerca como fuera necesario para investigar cada movimiento.

La enorme puerta blanca que conducía a la suite de huéspedes estaba cerrada. Janae pensó en tocar, pero decidió intentar abrirla. Balanceando la bandeja en la mano izquierda hizo girar la perilla y abrió la puerta de un empujón.

El salón de huéspedes era redondo, rodeado por ventanas desde las que se divisaban prados bien cuidados y la selva al fondo. En el centro del salón se levantaba una cúpula dorada con una enorme araña metálica de luces. Unos gruesos cortinajes adornados con encajes se deslizaban majestuosamente desde lo alto de cada ventana hacia el piso de mármol.

El mobiliario era principalmente inglés antiguo, madera barnizada con colores y café envejecidos, nada demasiado oscuro. Monique prefería aquí en el trópico los colores claros a las tinturas oscuras, a diferencia de su casa en Nueva York, en la cual se veía abundante uso de madera de cerezo y caoba.

Ninguna señal de Billy. O estaba en el baño a la derecha, en el pasillo que llevaba a las habitaciones, o en la sala que funcionaba como biblioteca. Janae consideró las habitaciones con algún interés, pero al instante decidió que probablemente estaría más interesado en libros que en camas, incluso después de un largo vuelo. Giró hacia la biblioteca.

Los pies desnudos pisaban suavemente las baldosas. Ayer Giovanni le había arreglado en Nueva York las uñas de pies y manos, pintándoselas con un distinguido rojo rubí profundo que aún parecía húmedo. El corto vestido negro era ajustado, pero de la cintura hacia abajo era suelto para poder contonear los muslos.

Janae había obtenido un cinturón negro en jiu-jitsu a los diecisiete años y lo había

mantenido como una forma de ejercicio en los ocho años siguientes. Monique solía decirle: «Con un rostro hermoso puedes seducir a muchos hombres. Con una cara linda y un cuerpo enérgico puedes hacerlos babear. Pero los puedes convertir en idiotas con un rostro precioso, un cuerpo vigoroso, y una cuenta bancaria que te dé suficientes intereses para pagar el combustible de tu avión».

Hasta aquí mamá había tenido razón, aunque pasó por alto un elemento: Una mente poderosa era un afrodisíaco más eficaz que todos los demás juntos.

Halló a Billy en la sala de espaldas a ella, mirando un estante lleno de libros empastados en cuero. Los dedos recorrían lentamente los lomos, como si el hombre esperara leerlos como le había leído la mente a ella. A la familia de Janae siempre le habían fascinado los libros, y parecía que a Billy también.

—¿Hambriento ?

Él se volvió, sorprendido.

Ella se dirigió hacia una otomana de cuero y depositó allí la bandeja.

—Espero que le guste la mantequilla de maní y la mermelada con caviar. Un sabor que descubrí el verano pasado en Polonia.

Billy se quedó mirándola con sus ojos verdes. Él ya había estado en esta clase de situaciones. Por algunos segundos Janae sintió como si ella fuera la inferior aquí, y que él había venido a seducirla para conseguir el acceso al premio que buscara.

¿Estaba de veras leyéndole la mente? Eso parecía absurdo. Ella no sentía nada que sugiriera que la mente de él indagara en la suya, despegando capas de sus pensamientos, sus más profundos secretos.

—No, aún no —comentó Billy—. Dejaré esos para más tarde.

— ¿De qué está usted hablando?

—De sus secretos.

Así que era verdad.

—Por supuesto que lo es.

Janae se volvió hacia la otomana y levantó uno de los vasos. ¿Y puede usted ahora? No hubo respuesta.

No, no cuando tengo los ojos desviados o cubiertos. Qué emocionante.

Ella lo escudriñó con una larga mirada y lentamente se llevó el vaso a los labios, permitiéndole que él se arrastrara cuanto quisiera en el interior de su mente.

—¿Y qué ve ahora, eh? —indagó sorbiendo del líquido helado y sintiendo cómo se le deslizaba por la garganta—. ¿Algo agradable?

—Veo maldad —contestó él.

—¿Ah, sí? —exclamó ella conteniendo una punzada de sobresalto—. ¿Es bueno o malo eso?

—Depende.

—¿De quién, de usted o de mí?

—De nosotros —respondió él—. Depende de nosotros.

Ella supo entonces que le gustaba este pelirrojo llamado Billy. Le gustaba muchísimo.

—Siéntese conmigo, Billy. Coma conmigo. Dígame por qué ha entrado a mi mundo.

HABLARON DURANTE una hora, y con cada minuto transcurrido aumentaba la expectativa de Janae por el siguiente. Desde el momento en que Billy se le había introducido en la mente y había descubierto esta supuesta maldad en ella, supo que no podía esconderse de él.

Más descaradamente, no quería esconderse de él.

Hablaron de gran cantidad de temas, tomándose tiempo cada uno para desenredar poco a poco la vida del otro. Él había pasado la niñez en Colorado, aunque no descubrió muchos detalles, antes de convertirse en abogado defensor en Atlantic City. Luego fue a Washington con una ex novia llamada Darcy Lange.

Darcy Lange, ¿eh? ¿Habla en serio? ¿La conoce?

—Estuvo en todos los noticieros hace unos años —contestó Janae, llevando las piernas hacia atrás sobre una silla estilo Queen Anne; luego agarró una cucharadita de caviar y se la llevó a la boca—. Sorprendente criatura.

—Sí. No se puede negar eso. Éramos... usted tiene que comprender lo de Darcy y yo. Ambos empezamos jóvenes, en las... las... ¿sabe?, las bibliotecas debajo del monasterio.

—¿Monasterio? ¿La conoció en un monasterio?

—Por así decirlo —dijo él, como si estuviera ocultando algo—. Éramos muchachos, y nos separamos hasta que salió todo este asunto de la Acción de Tolerancia, cuando emergieron estos dones nuestros. Tuvimos algo, pero ahora es distinto. Nuestros intereses tienen... no están exactamente alineados.

—Mire, mi apreciadito pelirrojo, si espera que yo le abra la mente, espero que deje de ocultar la suya.

—No estoy haciendo eso.

—Está mintiendo con cada palabra —objetó ella levantándose y alejándose de las sillas—. Tal vez esto no sea una idea tan buena. Sinceramente, tengo suficiente tela que cortar. Lo que menos necesito es que un baboso juegue conmigo.

—No, no es así.

—Como sea. ¿Ha terminado? Enviaré una criada a recoger la bandeja.

—¿Qué? —exclamó él poniéndose de pie, se le derramaron en el regazo algunas migas de la servilleta—. No, eso no es lo que...

—¿Por qué, Sr. Rediger, debería prestarle la más mínima atención?

Ella sabía por qué, pero debían encontrar una forma de nivelar el campo de juego.

—Vale la pena, confíe en mí.

—No estoy de humor para confiar en un hombre que puede mirar dentro de mis ojos y ver cosas que yo ni siquiera logro ver por mí misma. Usted tiene que hacerlo mejor.

—¿Cómo?

—Para empezar, confiéselo todo. Dígame cómo llegó a leer la mente de las personas.

—Lo haré.

—Hábleme acerca de la sangre de Thomas —pidió ella caminando hacia él. Aun mientras las palabras le salían de la boca, Janae podía saborear sus ansias por cualquier cosa que Billy pudiera ofrecerle. No comprendía en sí las ansias.

Desde niña siempre le había fascinado la sangre, fuera en una película o de un corte en el laboratorio, frascos de sangre usados para interminables pruebas.

—¿Sabe usted lo de la sangre? —preguntó, poniéndose rígido.

—La mencionó en la oficina de mi madre, ¿recuerda?

—Así que eso es todo lo que sabe —opinó él escudriñándole los ojos.

Él había esperado más, ya le había examinado la mente sin encontrar nada. Pero ella no había acabado.

—He tenido algunos secretos que ni siquiera usted puede extraer, al menos no sin habilidades mucho más seductoras que leer una mente. Hábleme de esta sangre.

Billy se sentó lentamente. Cruzó una pierna sobre la otra. Janae se paró delante de él, con los brazos cruzados, desafiante.

—¿Ha oído hablar de los libros de historias? —inquirió él, luego se contestó después de mirarla a los ojos—. No, no ha oído. Se trata de un conjunto de obras que registraron la verdad de todos los acontecimientos, exactamente como sucedieron. Historia pura. Los libros de la vida, se les podría llamar. Pero no son obras comunes y corrientes. Cualquier cosa que se escriba en los libros en blanco de historias, sucederá de veras. Podrían doblegar voluntades humanas, pero no obligarlas. Por otra parte, se pueden manipular a voluntad objetos inanimados. En uno de esos libros usted podría escribir: «Esta sala es roja», y el salón enrojecería inmediatamente.

—Ahora usted está...

—Burlándose de mí —concluyó por ella—. Pero es cierto. ¿Cómo si no cree que le puedo leer la mente?

¿Qué estaba él diciendo? Una cosa era leer mentes, pero otra era volver roja una sala con unas cuantas palabras escritas en un libro.

—Otra cosa, sí, pero es verdad. Siéntese —ordenó, luego cambió de tono—. Por favor, solo siéntese y permítame explicárselo.

La joven se dejó caer en la silla, pero no se molestó en relajar los brazos.

—Por los cabos sueltos que he podido atar, los libros en blanco vinieron de otra época, probablemente dos mil años en nuestro futuro. Fueron traídos aquí por Thomas Hunter y aparecieron muchos años después en un monasterio, donde los encontré y escribí en ellos. Larga historia, cierta clase de momento decisivo que tardaría algunos días en explicar. Sin embargo, uno de los aspectos que escribí fue que yo tendría poderes especiales, los que comenzaron a manifestarse doce años más tarde.

—Así que ahora le puedo leer la mente. Es así de sencillo.

Janae desdobló los brazos y se puso las manos en las rodillas. Había un carácter tan definitivo en la voz de él que la despojó de cualquier objeción.

—Hable en serio —opinó ella.—so hago.

—Y desea saber acerca de la sangre.

—Se afirmaba que la sangre de Thomas Hunter le permitía... viajar, cambiar, como quiera llamarlo, entre aquí y allá. Cualquiera cuya sangre entrara en contacto con la de Thomas también haría el viaje, al menos en sueños. Y creo que tanto Kara Hunter como la madre suya conocen esta realidad. Creo que ambas lo hicieron.

—¿Con la sangre? —inquirió Janae con el corazón empezando a palparle de manera más deliberada—. ¿Ellas... está usted diciendo que ellas usaron esta sangre para entrar a otra realidad?

Él la miró. Janae estaba delatando su profunda atracción hacia las sugerencias de Billy, pero no se podía ocultar de él, ¿o sí? Así que la joven no lo intentó.

—¿Está usted diciendo que eso es posible?

—Creo que se ha hecho. Sé que ellas conservan un frasco de la sangre de Thomas precisamente por esta razón —informó él poniéndose de pie, caminando en un pequeño círculo, y rascándose la mejilla con los dedos—. Usted tiene que saber que estos libros de historias son mi historia. Soy quien soy debido a ellos. Mi vida esta arruinada porque...

—¿Dónde están esos libros?

Él la miró, aparentemente harto de ser interrumpido.

—¿Está usted seguro de que la sangre aún está por ahí, que existe? —inquirió Janae—. Es decir, ¿y si la destruyeron como ellas aseguran? Mi madre confesó haberla enviado a nuestro laboratorio en Indonesia, donde fue incinerada. El laboratorio ni siquiera existe hoy día.

—No se apresure. Respire hondo. ¿Cree usted que yo habría atravesado medio mundo si no estuviera seguro?

Janae se levantó, incapaz de disimular el deseo de enterarse de lo que él sabía de despojar este conocimiento de la historia de Billy para tenerlo ella. ¿Por qué? Pero aun mientras los pensamientos le susurraban en la mente, la muchacha supo que ¿' también se estaba enterando de ellos.

—¿Qué me está ocultando? —preguntó Billy guiñándole un ojo.

—Nada. ¿Cómo podría hacerlo?

—No puede. ¿Por qué entonces está tan desesperada por saber lo que sé?

—Yo... —titubeó, ¿qué podría decir si ella misma no lo sabía?—. No sé. ¿Qué haría usted si supiera que su madre tiene un frasquito de sangre que lo podría llevar a otro mundo?

El pulso de ella le martillaba ahora firmemente en los oídos.

—Creería que es ridículo —respondió por él—. ¿Pero entonces qué?

—Entonces intentaría conseguirlo —afirmó él.

—Suponiendo que exista.

—Existe.

La joven alejó la mirada e intentó calmar la ansiedad irracional para mantenerse aquí mientras él la pescaba como a un pez indefenso.

—Hasta hoy estaba convencido de que yo era la única persona del planeta cualificada para hallar y usar esa sangre —confesó Billy—. Pero ahora creo que podría haber otra.

—¿Porque me necesita?

—Porque hay algo en su interior que nunca había visto. Y he examinado las mentes de un montón de personas.

—¿Qué es eso? ¿Maldad? —preguntó ella alejándose de él—. No puedo creer que hasta hoy nunca haya oído hablar nada de esto. ¿Me lo ocultó ella todo este tiempo?

—Esa no es precisamente la clase de conocimiento que uno desea que cualquiera sepa.

—¡Soy la hija de Monique! —objetó ella volviéndose.

—Aun mayor motivo para protegerla.

El hombre creía realmente todo esto, y solo poco a poco la idea se le estaba volviendo confiable a la chica. Confiable, no razonable, en lo más mínimo, porque lo que Billy estaba sugiriendo no tenía ningún sentido. ¿Quién había oído algo así alguna vez?

Pero aquello sí tenía un timbre de confiabilidad.

—Deme unas horas y le declararé algunos aspectos que le quitarán cualquier duda de la mente —prometió Billy—. Los libros existen. Hay un diario que habla de ellos, escrito por un San Thomas hace centenares de años. A él lo llamaron Beast Hunter (cazador de la bestia). Nunca vi el libro, pero entrevisté a dos personas en Europa que sí lo vieron. Le aseguro que hay conexiones entre nuestros mundos que le harían dar vueltas la cabeza.

—Beast Hunter —repitió ella.

—San Thomas el Beast Hunter —añadió él—. Pero son los libros en blanco los

que más me interesan. Como aquellos en que escribí durante mi vida en el monasterio. Creo que aún existen, tal vez a buen recaudo de Thomas Hunter. Su sangre es una manera segura de llegar a él. Deseo que usted me ayude a encontrar la sangre.

La idea le llegó con tanta ferocidad que ella se sintió obligada a mirar hacia otro lado. Tan vivo deseo era inapropiado.

—¿Lo hará?

Lo haré, Billy. Lo utilizaré a usted para nutrir mis propias necesidades. El pensamiento la sorprendió. Al menos lo había protegido. Aclaró la mente y lo volvió a enfrentar.

—Quizás.

Janae se le acercó y dejó que una sonrisa le acariciara el rostro. Le puso la mano en el pecho y la subió por encima de la cabeza, por entre el cabello alborotado. — Podría ser divertido.

—No me importa si usted me utiliza —declaró él, cortando de plano el asunto—. Tengo que hacer esto, con o sin usted.

Interesante. A él no le molestó la farsa de ella. Esto solo aumentó su admiración hacia él.

Janae se puso de puntillas, se inclinó hacia adelante y adhirió los labios a los de él. Luego dio la vuelta y volvió a deslizarse en la silla.

—Dame más, Billy —lo tuteó—. Dímelo todo.

6

El futuro

QURONG MARCHÓ por el sendero que bordeaba el cenagoso lago en ropa de dormir, una bata blanca y púrpura tejida de seda que producía un ruido sibilante alrededor de las rodillas al extender cada pierna. La luna faltaba en el cielo oscuro. Ciudad Qurongi, llamada así en honor al comandante cinco años atrás, dormía, a no ser por el perro extraviado, los sacerdotes en el Thrall, y él.

Bueno, sí, había despertado a Patricia y a Cassak. Ningún rey debería tener que visitar al sumo sacerdote a altas horas de la noche sin su esposa y el general a la mano. Ba'al había enviado a su criado una hora antes, exigiendo que Qurong se apurara hacia el Thrall para una reunión de suma importancia.

—No corras tanto —pidió bruscamente Patricia, pisándole los talones.

—Lo único sensato que has dicho en toda la noche —contestó Qurong parándose en seco y dando la vuelta—. No entiendo por qué ese tipo insiste en que deje el palacio para reunirme con él en el Thrall a esta hora, pero, te lo juro, más vale que sea un asunto de vida o muerte, o haré que pague por esta arrogancia.

Patricia se detuvo y miró con ojos grises. Siempre había sido provocativa cuando se enojaba, pero a consecuencia del último achaque de Qurong, estos espasmos en el estómago que no lo dejaban dormir, lo único que él sentía era contrariedad. Ella había tomado un momento para embadurnarse un poco de polvo de morst en la cara y ponerse una bata negra de seda con capucha, que le cubría el cuerpo de pies a cabeza. El blanco y apagado rostro miraba fijamente desde la capucha como un fantasma. El tatuaje de tres garras engarzadas en la frente estaba perfectamente ubicado, rojo y negro contra su piel blanca.

—Cuidado con lo que dices, animal —conminó la mujer—. Aquí afuera estamos en campo abierto.

—¿Con quién? ¿Mi general, que moriría por mí? —objetó él extendiendo la mano hacia la oscura ciudad al otro costado del lago negro—. ¿O con el resto de esos roedores bajo el hechizo de Ba'al?

—¡Comandante! —exclamó ella, término que usaba cuando estaba a punto de caer en la desesperación—. ¿Te has vuelto loco?

—Sí, ¡finalmente me deschaveté! Ba'al tendrá un motivo para intentar conquistar el trono, y yo me veré obligado a matarlo. Qué tragedia. Eres adorable al sugerirlo, esposa mía.

Qurong dio media vuelta y continuó su marcha hacia el Thrall, iluminado por el resplandor de antorchas encendidas en las torres y puertas del templo. so no es lo que quise decir —objetó Patricia.

—No, por supuesto que no deseas la muerte de Ba'al. Probablemente preferirías besarle los pies.

—Eres un zoquete indeciso, Q. En un momento me despiertas insistiendo en que ofrezca un sacrificio a Teeleh para que sane tus dolencias, y al siguiente lo maldices a él y a su sumo sacerdote. ¿Qué pasa? ¿Amas a Teeleh, o lo odias?

—Le sirvo. Soy su esclavo. ¿Significa eso que deba beber su sangre y parirle los hijos?

—Si él lo demanda.

—Esperemos que este dolor en mi estómago no sea su hijo en crecimiento. so sería un espectáculo —intervino detrás de ellos Cassak, el general de alto rango.

Patricia no había terminado.

—Si sirves a Teeleh, sirves a Ba'al. Uno de estos días te entrará eso en tu gruesa mollera.

—¿Cómo serví a Witch, y después a Ciphus? Luego a Sucrow, ¿y ahora a este miserable Ba'al? — ¡Basta!

Esta vez, cuando la miró a los ojos vio que había ido demasiado lejos. Las líneas del rostro fantasmal de su esposa estaban delineadas de temor.

—¡No hablarás de ese modo acerca de él en mi presencia! —advirtió.

—¿Y qué soy yo, tu mascota para jugar? —preguntó Qurong; luego, con el puf>° cerrado exclamó—. ¡Yo soy Qurong! ¡El mundo se inclina a mis pies y se acobardó bajo mi ejército! Recuerda con quién compartes tu cama.

—Sí. Eres Qurong y amo a Qurong, líder de todo lo que está bien en este maldito mundo. No tengo pretensiones por haberte conocido, mucho menos por ser llamada esposa tuya.

Ella estaba jugando con él, pensó el comandante, solo medio seria, pero lo suficiente para que Cassak lo creyera todo.

—Y tú mostrarás tu amor por mí protegiéndome del peligro —concluyó Patricia.

—¿Estás más asustada de ese hechicero que de mí?

—Desde luego. Tú me amas. Ba'al nos odia a los dos, y su odio solo se agravaría si te oyera hablar de Teeleh o de él como lo haces.

Qurong frunció el ceño, pero ya no estaba agresivo. Una aguda punzada de dolor le traspasó el estómago, y reanudó la marcha por el sendero lodoso que llevaba al Thrall.

Caminaron en silencio hasta llegar a los amplios escalones que llevaban a la enorme puerta. A esta la protegían a cada lado estatuas de bronce de la serpiente alada, una semejanza de Teeleh que el primer sumo sacerdote, un intrigante personaje llamado Witch, supuestamente había visto en una visión. Pocos, además de los sacerdotes, habían afirmado ver a la gran bestia en los últimos veinticinco años, desde que las aguas se convirtieran en veneno. Woref, el general, había afirmado una vez haber visto a Teeleh. En el recuerdo lejano de Qurong, Teeleh era más un murciélago que una serpiente.

En realidad, Teeleh probablemente era un producto de sus imaginaciones, un instrumento que usaban los sacerdotes para mantenerse aferrados al poder. Algunas personas habían visto murciélagos shataikis que vivían en bosques negros ocultos, y algunos de los murciélagos negros parecían tener un poder inexplicable, pero nada como el poder que los sacerdotes les atribuían.

Cuando Qurong derrotó por primera vez a Thomas de Hunter y se apoderó del bosque intermedio, acababan de perder a Witch en la batalla. Al derrotar a Thomas y quedarse sin sacerdote, por prudencia Qurong aceptó la oferta del mestizo, Ciphus, de protegerlos del mal. Ciphus los introdujo a una extraña manifestación religiosa que llamaba gran romance, que incluía adorar tanto a Teeleh como a Elyon, el dios Pagano de los habitantes del bosque.

La época de Ciphus duró solo un año, hasta tres meses después que los albinos yetan con Chelise, la mismísima traidora que se había ido para envenenarlos a todos ellos en los lagos rojos. Su hija se había convertido voluntariamente en bruja.

Lo que empezó como una indulgencia hacia los albinos se convirtió en amargos recuerdos, y Qurong había apoyado totalmente la oferta de Sucrow de matar a Ciphuss y hacer volver a las hordas a la adoración a Teeleh, la serpiente alada que gobernaba los poderes del aire. En su muerte, Ciphus se convirtió en un mártir que reverenciaban todos los mestizos, envalentonando a Eram, que pronto después desertó con los demás mestizos.

El reinado de Sucrow como sumo sacerdote terminó en una inútil búsqueda de un amuleto que supuestamente tenía gran poder. Tras la muerte de Sucrow les había llegado un sacerdote del desierto, que, subido a la parte más alta de la escalera del Thrall, declaró que Teeleh lo había nombrado sumo sacerdote tanto de lo sagrado como de lo profano. Afirmó haber vivido con Teeleh hasta ahora, cuando había llegado su tiempo. Era el siervo del dragón en el cielo. Qurong había visto en el

pueblo el temor a este enjuto hechicero y estuvo de acuerdo en que fuera sumo sacerdote.

Mil veces después se dijo que esto había sido un gravísimo error. En el mejor de los casos, el equilibrio entre el poder político de Qurong y el poder religioso de Ba'al era difícil. Llegaría el momento en que Ba'al tendría que morir. Estaba totalmente lleno de sí mismo, embriagado en su propio poder.

—No me malinterpretes, mujer —declaró Qurong mientras se acercaban a los peldaños—. No estaría aquí sin un sano respeto hacia Teeleh. Apoyo todo esto...

Entonces movió las manos hacia el Thrall que surgía por encima de ellos como un negro centinela con ojos llameantes, obstruyendo la mitad del cielo.

—En más de cien ocasiones he besado los pies de la vasija de Teeleh, Ba'al, este supuesto dragón del cielo. Pero eso no significa que él sea más dios de lo que son dioses mis enemigos. Solo es carne humana que forja los ofrecimientos de un dios.

—Tan solo aleja su cuchillo de tu garganta —opinó Patricia en voz baja.

—Exactamente —concordó él, pensando que ella podía ser razonable cuando quería serlo—. Juro que a veces no sé quién es peor, los albinos, los eremitas, o mis propios sacerdotes. Ninguno de ellos me deja dormir. Se me hace un nudo en el estómago debido a todo esto.

—Ahora no —advirtió su esposa.

Uno de los vigilantes nocturnos les abrió la puerta, y se dirigieron por el piso de piedra hacia un enorme atrio rodeado por más serpientes de bronce por aquí, mi señor.

Qurong miró a su derecha, donde un encorvado sacerdote oculto bajo un mal' to negro con capucha inclinó la cabeza y se dirigió hacia el santuario sacrificial. E' sacerdote levantó el larguirucho brazo hacia una puerta grande de madera quemada por fuego y la empujó.

Luz anaranjada de una docena de llamas se desparramaba por el pasillo. En el interior se podía ver el altar sobre una plataforma, con llameantes luces a cada lado. Sobre el altar un animal sacrificado, una cabra blanca y negra atada, con patas y manos extendidas.

Pero los sacrificios de Ba'al eran más como una carnicería. Y aunque el sumo sacerdote mataba animales con la misma regularidad con que comía e iba al baño, Qurong no sabía que el tipo ofreciera sacrificios en medio de la noche.

El comandante entró al santuario, lo sagrado de lo profano, como Ba'al lo llamaba. Las llamas chisporroteaban de las antorchas en el perímetro del salón. A cada lado, gruesas cortinas de terciopelo púrpura colgaban del elevado techo, enmarcando enormes grabados dorados de la serpiente alada. Directamente detrás del altar, el mismo material bloqueaba un pasadizo arqueado, que llevaba a la biblioteca privada de Ba'al. Qurong solo podía suponer la clase de conspiración y engaño que se

estaba concibiendo detrás de esa cortina, pero esas suposiciones no eran pensamientos de dicha.

—¿Dónde está? —susurró Patricia.

—Haciendo la obra de Teeleh —contestó Qurong después de titubear.

Era bastante ofensivo que él, comandante supremo de más de tres millones de almas, hubiera aceptado salir de su casa en medio de la noche para reunirse con Ba'al. Era indignante que ahora debiera esperar en estas cámaras fantasmales mientras el hechicero se tomaba su sangriento tiempo limpiando sus ensangrentadas espadas.

Pero este no era el lugar para dejar traslucir sus emociones. Qurong sabía demasiado bien cuan venerado era Ba'al entre la gente común, en particular ahora, durante los días de la luna negra. En el último eclipse lunar Ba'al prorrumpió en el santuario y declaró que Teeleh le había mostrado una visión del venidero dragón rojo, que devoraría a los hijos de todos los que lo traicionaran. Se tendría piedad de todos aquellos que se hicieran sellar como siervos leales de Teeleh y Ba'al. Tres garras grabadas en la frente, la marca de la perfección de la bestia.

Qurong había recibido la marca de la bestia, naturalmente, pero dudaba que eso lo protegiera, suponiendo que la bestia existiera.

El sacerdote que los había traído hasta aquí subió los dos escalones hacia la plataforma, caminó lentamente alrededor del altar y separó las cortinas con una mano emblanquecida. La puerta detrás de los cortinajes se cerró suavemente y se quedaron solos.

—Esto es absurdo —musitó Qurong. —Silencio.

La cortina se separó y Ba'al entró al santuario interior, vestido con su acostumbrada túnica negra con una banda púrpura alrededor del cuello. Del pecho le colgaban capas de cuentecillas doradas, plateadas y negras. El medallón de la serpiente circular le guindaba de una cadena plateada.

El demacrado y blanco rostro del sumo sacerdote miró a Qurong desde su capucha, como un juez que juzga a su subyugado. La expresión bastó para hacer que hirviera la sangre del comandante.

El sacerdote bajó cuidadosamente las gradas de la plataforma.

—Gracias por acudir a mí a tan altas horas, mi señor —dijo con voz baja y carrasposa, el sonido de un hombre que necesita aclarar la garganta.

—Más vale que se trate de algo bueno.

Ba'al levantó el rostro hacia el líder de las hordas, y por primera vez Qurong vio que las tres marcas de garras en la frente del sacerdote se habían reabierto. Delgados rastros de sangre le corrían por las mejillas y el dorso de la nariz. El hombre era un masoquista.

—¿Bueno? —refutó Ba'al—. El verdadero hijo ha nacido, y ahora el dragón dará inicio a la guerra sobre sus hijos ilegítimos. Eso difícilmente puede ser bueno.

El religioso caminó alrededor de una mesa que había a un costado. La cabeza de cabra yacía sobre una bandeja plateada, sangrando aún, y Ba'al introdujo en la sangre la larga uña negra.

—Sin embargo, Babilonia se embriagará en su propia sangre.

—Tu cháchara sobre niños, dragones y los últimos tiempos podrá hacer desmayar a idiotas —opinó Qurong—, pero yo soy un simple mortal que esgrime la espada. No olvidemos eso aquí.

—Ah, sí, desde luego. Tu espada, tu poder, tu dominio completo sobre las hordas. Perdóname si sugiero que el dragón no mantiene a su rey en la más elevada estima. Después de todo, él fue quien te hizo rey.

Qurong no tenía paciencia para esto.

—¿Qué es eso tan urgente para que no me dejaras dormir? —Ha llegado el día de tu gloria total, mi señor, todo en buen tiempo. Pero primero debo saber quién eres y a quién sirves.

—¿Qué gloria? ¿Otro ritual a este dios que nos ha abandonado? —Recuerda dónde te hallas, mi señor.

Ba'al miró hacia las paredes con el rabillo de los ojos sin mover la cabeza, luego volvió la mirada a Qurong y se llevó los húmedos dedos a los labios.

—Él tiene oídos en todas partes —susurró el sumo sacerdote probando la sangre de cabra.

Qurong guardó silencio.

—Tu lealtad no se ha debilitado, ¿o sí, mi rey?

—¿De qué estás hablando?

—¿Crees todavía que Teeleh es el dios verdadero; que el dragón te ha entregado Babilonia?

Ba'al había comenzado este asunto de Babilonia un año atrás; Qurong no había hecho mucho caso a la sugerencia del hombre de ponerle un nuevo nombre a Ciudad Qurongi, para tal vez llamarla Dragoni o algo igual de ridículo.

—¿Qué he hecho que haga suponer alguna disminución en mi lealtad? —exigió saber.

—¿Crees aún que somos la abominación desoladora, la gran Babilonia del dragón? ¿Crees que somos los instrumentos de Teeleh para aplastar la rebelión de aquellos que se le oponen? ¿Crees que es nuestra prerrogativa y nuestro privilegio, nuestro deber, escurrir la sangre de todo albino vivo? ¿Crees que de tiempos pasados vendrá una albina con cabeza de fuego, quien librára al mundo de las aguas envenenadas y nos llevará de vuelta hacia Paradise?

Ahora estaban volviendo a andar antiguas sendas, estas profecías que Ba'al había sacado de sus supuestas visiones.

Sin embargo, Qurong le otorgaría el beneficio de la duda.

—Eso es correcto.

—¿Crees que tu propia hija, Chelise...?

—No tengo hija —interrumpió el monarca.

El sacerdote estaba incitándolo, sabiendo cómo ese nombre lo había perseguido en sus pesadillas durante muchos años.

—...que Thomas y la mujer a su lado dirigen la rebelión contra Teeleh.

—Sigue con eso, sacerdote. Seguramente no me trajiste aquí para recordarme todo lo que sé.

Ba'al lo miró por algunos segundos, luego volvió la espalda y caminó hacia un Meritorio a lo largo de una pared. Su voz era apenas más que un ronco susurro. — ¿Has considerado ahogarte alguna vez, mi señor?

Qurong no pudo responder inmediatamente. ¿Qué clase de blasfemia era esta?

Patricia se le puso al lado e hizo una reverencia.

—Perdóname, mi sacerdote, pero estás yendo demasiado lejos —manifestó ella con voz tensa y fuerte—. Una acusación de esta clase es peligrosa.

—Desde luego —coincidió volviéndose el sacerdote, que había levantado un pequeño rollo del escritorio y lo sostenía con las manos como garras—. No estoy acusando. Lo entenderás muy pronto. Pero necesito una respuesta.

Qurong escupió a un costado y no hizo ningún intento de recubrir sus palabras con nada que no fuera el sentimiento que le hinchaba la mente.

—Si yo pudiera hacerlo personalmente atravesaría con mi espada a todo albino que aún respira.

—¿Y el ahogamiento? —insistió Ba'al mientras una débil sonrisa se le dibujaba en el rostro.

—Es rebeldía contra mi reino y todo lo que nos es sagrado. Los torcidos caminos de Thomas ahogarían a todas las hordas y derribarían este mismísimo Thrall. Preferiría ahogarme en un baño de veneno.

—¿Cómo te atreves a hacerlo pasar por esto? —retó Patricia; la solidaridad de su esposa le recordó a Qurong por qué la amaba como lo hacía.

—Solo un recordatorio de quiénes son nuestros enemigos. Los eramitas, sí, pero Thomas y su círculo constituyen el verdadero azote de nuestro mundo.

—No necesito tus sermones —expresó el líder de las hordas—. Y no subestimes a Eram o su ejército. Están aumentando más que nosotros, y no se esconden como los albinos. Creo que deberían preocuparte.

—Te aseguro que los enemigos de Teeleh son albinos, no hordas. Estos últimos serán desechados fácilmente cuando llegue el momento adecuado.

—Me inclino ante el dictamen de Teeleh —reconoció Qurong inclinando 1' cabeza, sabiendo que ya no podía seguir tomando esta posición sin lanzar sospechas sobre su lealtad.

—Entonces bebe para él —declaró Ba'al, levantando una copa al lado de la cabeza de cabra—. Bebe la sangre de cabra ofrecida al dragón, y te diré cómo él te entregara a tus enemigos sobre una mesa de carnicero.

El sacerdote se deslizó por el suelo y alargó la copa plateada, repleta de sangre roja.

Qurong agarró el cáliz, consciente de que la mano aún le temblaba por ser acusado de tal traición, sin importar que solo fuera insinuada. Se llevó el recipiente a los labios y bebió todo el contenido. El conocido sabor de sangre cruda le colmó la boca le calentó el estómago.

Ba'al había instituido la bebida de sangre, afirmando que el espíritu de Teeleh, en realidad la misma descendencia de Teeleh, venía por sangre. Efectivamente, los shataikis eran seres asexuales, ni masculinos ni femeninos. Se reproducían por medio de sangre.

Se afirmaba que a Teeleh le servían doce reinas, como las reinas de las colmenas. Pero ni ellas ni sus obreras tenían género y transmitían su semilla a través de sangre al morder las larvas producidas por las reinas. A veces Ba'al se refería a una reina como una hembra y a veces como un macho, pero en la manera de pensar de Qurong todo eso no era más que tonterías.

Los shataikis eran simplemente bestias.

Sin embargo, el sabor había caído bien a la mayoría de encostrados, incluyendo a Qurong. Calmaba por varias horas el dolor y el escozor en la escamada piel, y en este mismo instante le apaciguó el tormento en el estómago. Por desgracia, ahora había más de tres millones de hordas viviendo en siete bosques, y no había suficiente sangre, lo que la convertía en un valioso producto básico controlado por los templos.

Escurió la copa.

—Por Teeleh, mi señor y maestro —recitó, y le devolvió el cáliz a Ba'al—. No me vuelvas a probar, sacerdote.

El siniestro sacerdote le pasó el rollo.

—¿Qué es esto?

—Un mensaje que me llegó hace una hora. Léelo.

Qurong desplegó el papel manchado y miró la parte de arriba. Era un comunicado de... el emblema circular en la parte superior le taladró la mente. Dirigió la mirada a la parte inferior y vio el nombre: Thomas de Hunter.

—Sí —explicó Ba'al con desprecio—. Él muestra el rostro después de todos estos años.

—¿Quién? —exigió saber Patricia.

Thomas de Hunter —contestó el sacerdote. El nombre pronunciado pareció extraer la energía del salón. Patricia permaneció en silencio. El corazón de Qurong duplicó lentamente el ritmo. La última comunicación con alguien entre el liderazgo

albino había venido tres meses después de la partida de Chelise, cuando el líder de las hordas declaró guerra abierta contra los albinos. Desde entonces los guturales y la guardia élite de Ba'al habían acorralado a más de mil, pt ninguno de entre los líderes originales. Ellos se habían ido a profundos escondites.

Qurong se acercó a las antorchas sobre la pared detrás de él y leyó el escrito el papel:

A Qurong, comandante supremo de las hordas

Y Ba'al, siniestro sacerdote de Teeleh, shataiki del infierno

Saludos del círculo, seguidores de Elyon muertos a la enfermedad y resucitados con esperanza para el regreso de Elyon, quien destruirá todo lo que es inicuo y rehará todo lo que es bueno.

Han pasado diez años y ustedes aún persiguen de forma despiadada a mi pueblo, creyendo falsamente que hemos entendido mal a los encostrados enfermos a quienes ustedes gobiernan. No hemos hecho la guerra a su pueblo, aunque tenemos la capacidad de hacerlo. No les hemos quemado sus cosechas, ni robado sus caravanas, ni les hemos causado daño en manera alguna. Sin embargo, ustedes nos persiguen al interior del desierto y nos asesinan donde nos encuentran.

Está en nuestros mejores intereses acabar con esto. Por consiguiente, les lanzamos un desafío:

Tomen un contingente de sus más reverenciados y malvados sacerdotes y reúnanse conmigo en el lugar alto con Qurong y su guardia armada. Me presentaré con tres de mis más confiables seguidores. No más. Allí, en Ba'al Bek, sabremos la verdad.

Si Elyon se niega a mostrar su poder sobre Teeleh, entonces yo, Thomas Hunter, líder del círculo, me entregaré y haré saber la ubicación de cada tribu conocida por mí, y ustedes se desharán de los albinos de una vez por todas. Ellos renunciarán a su ahogamiento y se convertirán en hordas o morirán a manos de ustedes.

Si Teeleh se niega a mostrar su poder sobre Elyon, entonces usted, Qurong, y solo usted, se ahogará y se convertirá en albino.

Si me traicionan y conspiran para matarme antes de que se cumplan por completo las condiciones de este acuerdo, entonces tendrán mártires en Thomas de Hunter y tres de sus seguidores de confianza. Los espero en Ba'al Bek.

Thomas de Hunter

—¿Qué quiere el traidor? —exigió saber Patricia.

—Ha lanzado un desafío. Cierta clase de duelo entre su dios y Ba'al. En Ba Bek, el lugar alto.

—¿Con qué propósito?

—¿Qué se supone que debo hacer con esta locura? —preguntó Qurong volviéndose hacia Ba'al.

—¿Qué locura? —inquirió bruscamente Patricia, arrancando el rollo de los dedos de él y leyéndolo.

Su esposo no le hizo caso.

—¿Puede tu dios cumplir ese desafío?

—¿Mi dios? Teeleh es el único dios verdadero, y es tan tuyo como mío. ¿O vacilas tan fácilmente tras unas cuantas palabras de tu invencible rival?

Ba'al vio claramente una oportunidad aquí. Era humillante en sí que debieran tomar en serio el desafío de un grupo de vagabundos esparcidos. Pero era imperdonable que este simple desafío, aunque equivocado, debiera enervarlo. ¿Quién se creía que era Thomas de Hunter al lanzar un reto tan ridículo?

Qurong sintió una punzada de dolor en el estómago y se dirigió a la mesa, donde había un ánfora de vino al lado de dos copas de plata.

—¿Me sacaste de mis desvelados sueños para esto?

—Con perdón de ustedes... —dijo Cassak, su general, sosteniendo ahora el rollo—. Si esto es verdad, si el líder de todos los albinos es tan tonto como para esperarnos en Ba'al Bek, fácilmente podríamos acabar con su vida. Y con las vidas de sus tres seguidores. Hasta de Chelise, si ella está con él.

Patricia lo miró. Ella aún se aferraba a la imprudente creencia de que un día iba a recuperar a su hija. Cassak era un necio al no entender cómo funciona el corazón de una mujer. Qurong tendría que hablar con él.

—Liquidar a Thomas no es una propuesta fácil. Aunque se le pudiera atrapar o matar, él tiene razón; sería visto como un mártir y reemplazado por otra docena como él- Se está burlando de nosotros con esta carta.

—¿Lo está? —inquirió Ba'al.

¿Sugieres que tomemos esto en serio?

—¿Dudas que yo pueda destruirlo en este jueguito suyo? —respondió el sacerdote.

—No sé. ¿Puedes?

He aquí la verdadera pregunta, comprendió él. Al hacerla había traicionado sus propias dudas en el poder de Teeleh.

—¿Has visto últimamente la evidencia de Elyon? —insistió Ba'al—. No, porque no hay ángeles llamados roushes ni un dios llamado Elyon. Son invenciones de la imaginación de los albinos. Las aguas rojas que beben los infectan con una enfermedad que les desnuda la piel y les fríe la mente. Todos sabemos que es así.

—¿Y si te equivocaras? Si Teeleh, que tampoco está demasiado ansioso de mostrar el rostro, no aparece y los aplasta, ¿entonces qué? ¿Bebo el agua roja de ellos? ¿Te has vuelto loco?

—A diferencia de ti, veo a Teeleh con frecuencia. Créeme, él es tan real como tu propia carne llena de costras. ¿No lo ves? Thomas de Hunter nos está facilitando la;

cosas. El dragón rojo que gobierna los siete cuernos devorará a ese niño albino y ¿t una vez por todas terminará con la época del círculo. Tu guerra sobre ellos ha tenido el efecto deseado. Nos están rogando, con desesperación —dictaminó Ba'al mordiendo cada palabra y enterrándose las negras uñas en su apretado puño.

Por primera vez se le presentaba a Qurong el atractivo de tener a toda la insurgencia albina en una bandeja de colores.

—Señor —terció Cassak dando un paso al frente—. Perdone el comentario, pero no hay garantía de que esta no sea una trampa para matarlos tanto a usted como al sumo sacerdote.

—No se les atribuye violencia —objetó Qurong.

—No, pero podrían tomarlo a usted por la fuerza y obligarlo a ahogarse Podrían...

—¿Funcionan los venenos del agua roja si se obliga a alguien a ahogarse?

—No lo sé —contestó el general—. El asunto es que esto no se debe hacer bajo las condiciones de él. Deberíamos llevar el ejército. Hasta los eramitas se envalentonan porque no es posible capturar a Thomas de Hunter. Parecemos insignificantes incapaces de matar a este tipo. He aquí nuestra oportunidad. Podríamos entonces golpear a un desmoralizado Eram y asegurar la victoria.

Qurong observó a Ba'al. Ahora comprendía por qué el sacerdote lo había convocado aquí. Esta batalla se pelearía y se ganaría en los cielos, no con espadas. Esfera un asunto para Ba'al, no para Qurong. El siniestro sacerdote solo necesitaba f consentimiento y el acto de presencia del líder.

—Hunter verá nuestro ejército y se irá —expresó manteniendo la mirada fija el sacerdote—. Esas no fueron sus condiciones.

—No si yo comandara a los guturales —añadió Cassak.

El ala militar del templo consistía de cinco mil asesinos muy bien entrenados' quienes comúnmente se les mencionaba como guturales, denominados así en recuerdo de los menos perspicaces homicidas entre los guardianes del bosque, antes de * derrotados y asimilados por las hordas. Realmente, la mayor parte de los guardianes originales del bosque salieron de Qurongi y se unieron a Eram en el desierto norte. Los más grandes combatientes de las hordas eran ahora eramitas.

Pero los eramitas eran enormemente superados por todo su ejército, se recordó Qurong. Sus propios guturales también estaban obteniendo fortaleza. Todo el asunto era una absurda confusión. El odiaba con pasión a los albinos, pero temía más a los eramitas, a pesar de lo que dijera Teeleh. Dudaba de casi todo lo atribuido al dios murciélago, a quien ninguno de ellos había visto desde hacía mucho tiempo.

—Quizás. Pero nuestro siniestro sacerdote podría tener razón; esta es una guerra que se debe emprender en un frente distinto. Y si él está en lo cierto y puede convidar a este dragón rojo de Teeleh a acudir a la invitación, nos desharemos de una vez por todas de esta espina en el pie.

—Aunque... —empezó a objetar Cassak, pero titubeó en el siguiente punto obvio.

—Adelante, dilo.

—Teeleh lo prohíbe, pero yo debo servir a mi rey —continuó Cassak haciendo una reverencia de respeto a Ba'al—. Pero si, por improbable que sea, este dragón al que servimos no devora a ese muchacho albino, seguramente nadie estará sugiriendo que Qurong haga lo que Thomas ha exigido y beba del veneno rojo.

La mención del veneno acuchilló el abdomen de Qurong, y se preguntó si su dolor de estómago de estos últimos treinta días sería resultado de mala comida. O peor, de verdadero veneno. Servido por Ba'al. O por un espía eramita.

—No tengo intención de acercarme, mucho menos de entrar, en uno de sus malditos lagos rojos —espetó bruscamente—. Pero si Ba'al falla en su promesa de convocar a la bestia tendré permiso de él para arrojarlo a las aguas envenenadas.

El comandante hizo una pausa, con la mirada fija en el sacerdote.

—¿O no?

Las tres heridas recién abiertas en la frente del hechicero brillaron a la luz. Sus delgados labios se transformaron en una sonrisa. El malvado era tanto serpiente como ser humano.

He vivido en el seno de Teeleh. Él nunca permitirá que yo sufra ningún daño.

—Es un día de marcha —contestó Qurong asintiendo—. Saldremos por la mañana. Trae a los guturales.

7

THOMAS HIZO arrancar su brioso alazán y miró hacia el valle Beka, un irregular cañón de piedra. El caballo resopló y eludió un escorpión azul que se escurría a través de la arena.

Hunter mantuvo firme la montura con un suave chasquido de lengua y levanto la mirada hacia el lugar alto en la lejanía. Los cañones se levantaban hacia una meseta que se distendía en lo alto, haciéndola lucir embarazada. ¿De qué? Thomas solo pude suponer maldad.

Esta era Ba'al Bek. La meseta más elevada en esta parte del desierto. Un lugar reclamado por el sumo sacerdote. Un cometa, o quizás el puño de Elyon, parecía haber aterrizado en el centro de la elevación, creando un enorme cráter del tamaño de Ciudad Qurongi.

—No me gusta esto, Thomas —opinó Mikil a su lado, escupiendo a un lado- Todo este valle apesta a muerte.

—Azufre —explicó él.

—Llámalo como quieras, ella tiene razón —opinó Jamous a la izquierda de Thomas, tras aclararse la garganta—. Huele como si se levantara del infierno de Teeleh.

Luego el líder extrajo fruta de pulpa roja y la mordió. Un solo mordisco podía; mantener en movimiento a un hombre durante un día. Cada uno de ellos cargar* un pequeño surtido de varias frutas arrancadas de los árboles cerca del estanque rojo. Algunas alimentaban; otras tenían valor medicinal. Sin la fruta, el círculo segur* mente habría sido exterminado por las hordas mucho tiempo atrás. Era la principal ventaja de ellos, permitiéndoles sanar de prisa y viajar durante días dentro del profundo desierto sin ninguna otra fuente de comida o bebida.

Fruta del lago. Muy apreciada por los albinos, amarga para las hordas.

Habían salido de la Concurrencia una hora después del ultimátum de Thom3> y la noche sin luna en el desierto los recibió en perfecto silencio. No hubo grandes

víttores, ni ninguno de los acostumbrados abrazos o deseos de un viaje seguro, ni peticiones de que Elyon bendijera la misión.

Thomas había llevado a su hijo Jake al desierto durante media hora, asegurándole al muchacho el eterno amor que tenía por todos ellos. Pasara lo que pasara, Jake nunca debía abandonar su amor por Elyon, instó Thomas. Nunca.

—por supuesto que no, padre. Nunca.

Meciendo al chico en un abrazo, Thomas había contenido lágrimas de agradecimiento, preocupado de que estas pudieran verse como una señal de temor. Los niños no necesitaban más preocupación.

Luego Thomas se había unido a Chelise, besándola de manera apasionada, y desviándole la insistencia de ir con él. Le había enjugado las lágrimas. Entonces montó su corcel y cabalgó desierto adentro con su compañía escogida: Su guerrera más experimentada, Mikil, que años atrás dejara las armas junto con los demás; el esposo de ella, Jamous; y Samuel, su porfiado hijo, que podría ser la muerte de todos ellos.

—Tu hijo ya debería habérsenos unido —expresó Mikil, mirando hacia el sur del desierto—. Podría estar muerto.

—O ha salido corriendo —manifestó Jamous.

Thomas había escrito su desafío en papel, había puesto su sello en la parte superior, lo había enrollado, y había exigido que Samuel lo entregara a las hordas en Qurongi. Dispuso que el muchacho se les reuniera en Puerta del Infierno, este estrecho paso dentro del valle Beka. Luego, juntos continuarían hacia el lugar alto y esperarían la respuesta de Qurong.

—Se necesitaría un batallón de encostrados para derribar a Samuel —comentó Thomas—. Creo que puede entregar un mensaje a un guardia en las afueras de Qurongi. Ya vendrá.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—El desea esto tanto como yo.

—Entonces los dos se han deschavetado —gruñó Mikil.

Si no me hubieras salvado el pescuezo mil veces te haría pasar por la espada Por eso.

Y si tú no hubieras salvado el mío muchas veces te lo retorcería —replicó ella; 'as observaciones mordaces entre ellos les levantaba el humor.

Thomas observó a su comandante de mayor confianza, ya a sus treinta años, aún sin Hijos, por decisión propia, y todavía la guerrera completa que había sido cuando matar encostrados era una obsesión. La mejilla bronceada de la mujer estaba marcada Por una cicatriz, apenas visible tras las hebras de cabello oscuro.

—Además, hemos renunciado a nuestras espadas —dijo ella, y luego le guiñó un ojo—. ¿Recuerdas?

El debió reír, aunque débilmente. Todos ellos eran guerreros de corazón. Dada la oportunidad de tomar las armas contra un enemigo, se meterían ahora de lleno en la tarea.

Pero las hordas ya no eran su enemigo, sino la enfermedad.

Como lo era Teeleh, que había maldecido a la humanidad con el padecimiento. La forma de destruir la condición no tenía nada que ver con la espada y sí todo que ver con el corazón. Solo amando a las hordas podían tener esperanza de persuadir a algunos encostrados de librarse de su vida enferma, ahogarse en las aguas de Elyon y resucitar otra vez a la vida.

—Créeme —contestó él, volviendo la mirada hacia el lugar alto—, si la espada pudiera librar al mundo de la maldición de Teeleh, me pondría al lado de Samuel. En su inmadurez, el chico ha perdido de vista la senda y se ha vuelto impaciente por la meta.

—Por tanto, ahora arriesgas el pescuezo de todos nosotros para demostrar que él se equivoca —comentó Jamous.

—¿Crees que estamos arriesgando nuestras vidas? ¿Así que dudas de que Elyon nos salvará? Has probado mi teoría.

—Tonterías. Solo estoy...

—Dudas del poder de Elyon para salvarnos. Si hasta mis ancianos dudan, entonces soy el único que cumple con su deber. Veremos si tu duda está justificada o es tu deber poner a prueba el poder de Elyon.

—No lo pongo a prueba a él —objetó Thomas—. Examinó mi propio corazón. Y el de Samuel. Y ahora el tuyo y el de Mikil. ¿Objetas? Jamous miró adelante, callado. No se atrevió a objetar. Pero otra voz rompió el silencio.

—Yo objeto, padre —dijo Samuel guiando su caballo desde un afloramiento de rocas a la izquierda de ellos.

El muchacho se había quitado la pintura roja del rostro y tenía agarrado el cabello en una cola de caballo. Había llegado al paso antes que ellos.

—Tienes buenas intenciones, pero tus métodos no funcionan —explicó el joven—. Diez años de huir y esconderte lo han demostrado. Adelante, prueba cualquier cosa que quieras.

Eran las primeras palabras dichas por Samuel desde que salieran, y Thomas no estaba seguro de si merecían una respuesta. El tiempo de hablar había pasado. Apretó la mandíbula y se alejó de su hijo.

—Oh, por favor, no pensarás que habría matado de veras a mi hermana, ¿verdad?

—¿Entregaste el mensaje?

—Naturalmente. Sin derramar sangre, solo por ti.

Samuel se paró en seco al lado de él y miró por encima de los cañones.

—No seas tan idealista, padre. Este no es uno de tus sueños. No estamos en las

historias, emprendiendo la guerra contra algún virus. Estamos en un desierto y nuestro enemigo usa espadas para destripar a nuestros hijos. Cuando termine este jueguito tuyo nos entregarás a las hordas y algunos de nosotros no iremos fácilmente. Entonces tendremos nuestra guerra.

—Cierra tu hocico, muchacho —ordenó bruscamente Mikil—. Muestra un poco de respeto. Esto aún no ha terminado.

—Con mucho gusto —contestó Samuel, y luego musitó—. De todos modos ya acabé de hablar.

Las historias. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Thomas pensara en la época en que había soñado con otro lugar? En estos días, aquellos en quien él confiaba casi ni hablaban del tema. En un momento llegó a creer que en realidad él había venido de las historias, donde sí, un virus hizo estragos en todo lo que consideraba sagrado.

La vacuna Raison. Ahora eso parecía muy lejano. Un sueño de un sueño. Pero Samuel lo había oído todo y no había olvidado nada.

Thomas espoleó el caballo y lo enfiló dentro del paso. Samuel tenía razón; habían concluido la conversación.

CHELISE CAMINÓ alrededor de la tienda, con las manos en las caderas. Su hijo Jake, corría a toda velocidad, espada de madera en mano, matando imaginarios shataikis que atacaban por todas partes. ¿O eran encostrados el enemigo del niño?

¡Basta, Jake! Por última vez, deja esa maldita vara de madera antes de que hagas algún daño real.

El chiquillo de cinco años se detuvo y levantó la mirada hacia ella. Los rubios rizos le caían sobre los redondos ojos verdes. Ella debería cortar esos mechones antes de que parecieran gigantes manojos de trigo del desierto.

—Déjala a un lado, Jake —declaró Marie, mirando a su hermano—. Tú sabes lo que sucede cuando te entusiasmas más de la cuenta.

Las heridas de Marie estaban casi curadas. Había pasado una jornada desde que le aplicaran el claro néctar de ciruelas verdes. Solamente el tajo más profundo a través del estómago, dejado al descubierto entre la blusa y la falda, era aún apenas visible. Si Samuel la hubiera atravesado con la espada, sin duda habría perecido. No había resucitación de la muerte, ni siquiera con cien frutas.

—No eres ejemplo —la amonestó Chelise.

—Por favor, mamá, ya superamos eso.

—Aún me cuesta creer que nos sometieras a esa demostración de brutalidad. Todos hemos estado sometidos a peores.

—Peleaste contra tu hermano, por amor de Elyon. Y él —miró a Jake, que aún las miraba—, es también tu hermano. ¿Qué clase de tontas ideas supones que tendré que arrancarle de la mente ahora al pequeño? ¿Pensaste en eso?

—Defendí la verdad. Si eso tiene un precio, que así sea.

Sí, por supuesto, la verdad. Toda la familia iba a arder en una pira funeraria en defensa de la verdad. Por noble que este asunto pudiera parecer, a Chelise no tenía por qué gustarle.

—Déjanos solas, Jake. Busca a Johnny o Britton y encontrad alguna travesura que no tenga nada que ver con pelear.

—Sí, mamá.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

El niño soltó la espada de madera, un regalo de Samuel precisamente. Jake saltó sobre las colchonetas y se escabulló entre las batientes lonas como si estuvieran hechas de aire.

La mayor parte de la industria que ellos tenían involucraba trigo del desierto, el cual, aparte de lechos de cactus, era una de las abundantes fuentes de alimentación en el desierto. Había fruta, por supuesto, pero solo se hallaba cerca de los estanques rojos.

Igual que las hordas que ocuparan el desierto antes que los albinos, estos usaban el trigo del desierto por algo más que sus granos. Los tallos se podían reducir a hebras o tejerse en gruesas esterillas. Con la ayuda del colorante de las rocas, unas cuantas tiendas del círculo podían convertir un rinconcito del desierto en una colorida flor.

—Siéntate, madre. Me estás sacando de quicio —acusó Marie.

Chelise se sentó en una mecedora que Thomas había fabricado de madera, uno de los pocos muebles que llevaban con ellos cuando huían de las hordas. Ella entendía la frustración de Samuel, pero no lograba comprender el plan que él tenía para resolverla.

—¿Están en camino las otras tribus? —preguntó Marie.

—Probablemente nuestros mensajeros están llegando hasta ellas. Pero estarán aquí en tiempo récord, puedes contar con eso. Espero que tu padre sepa lo que hace. Es muy peligroso tener a tantos juntos en un lugar. No tenía derecho a dejarme atrás.

—Él también es Thomas —objetó Marie—. Thomas de Hunter. ¿Sabes a cuántas huidas imposibles ha sobrevivido? ¿A cuántos ejércitos ha derrotado? ¿Cuántas veces ha tenido razón?

—Pero esta vez creo que se equivoca —contradijo Chelise poniéndose de pie, sin deseos de seguir sentada balanceándose—. Va a echar a perder todo al instante, y aunque ganara este temerario juego, Qurong no cumplirá su parte. Traicionará a Thomas.

—Bueno, tú deberías saberlo —comentó Marie atravesando la habitación y sentándose en la silla que Chelise había dejado vacía. Sí es.

Ella conocía a su padre. Era tan terco como una muía. Aún más inamovible que Thomas.

—Por eso es que estás tan enojada, ¿verdad? —cuestionó Marie—. Esto tiene más que ver con Qurong que con Thomas.

—No sé qué quieres decir. Por supuesto que se trata de mi padre, pero esto no es un juego. Solo que es... ¡es imposible!

Chelise sintió el calor en el rostro pero no pudo detenerlo.

—Creo que ese es el punto —opinó Marie tranquilamente, mirando un tazón de ruta rodeado por una docena de almohadas azules sobre la estera en que se reclinaban para comer—. Imposible para nosotros, imposible para Samuel. Imposible para todos menos para uno.

La joven cambió la mirada hacia Chelise.

¿Y si él tiene razón? ¿Y si gana este duelo contra Qurong? -Mi padre no se ahogará. No de este modo. ¿Cómo entonces?

Chelise se alejó, conteniendo lágrimas de frustración. Por unos momentos ninguna de las dos habló. La mecedora chirrió cuando Marie se levantó y se ubicó detrás de Chelise; luego le puso la mano en el hombro, la misma que apenas ayer dominara |5 espada con maestría y esquivara a Samuel. Pero ahora era tierna y firme.

—Entonces vamos —pidió Marie calmadamente—. Vamos a tu padre, Qurong líder de las hordas, y salvemos a mi padre, Thomas de Hunter, líder del círculo.

—Elyon sabe cuánto deseo eso. Cuánto lo necesito. Salvar a mi padre es lo único con que sueño, ¿sabes? —confesó Chelise, arrugándosele el semblante en profunda cavilación.

—Si lo que dices es verdad, si Qurong traicionará a papá, entonces tenemos que ir.

—Thomas discreparía.

—Desde luego. El diría que Elyon lo protegerá —expresó Marie, retirando la mano y rodeando a Chelise—. Pero Samuel tiene razón: En realidad nadie ha visto a Elyon en diez años.

—No me digas que peleaste con tu hermano dudando en el corazón.

—¿Sinceramente? Creo que peleé con Samuel para luchar con mis propios demonios de duda. ¿Me hace eso tan equivocada como él? Suponiendo que él esté equivocado.

Así que hasta la hija de Thomas estaba albergando dudas. La situación era peor de lo que Chelise había imaginado. Thomas tenía razón al lanzar este desafío. El círculo se estaba fracturando. Todo se estaba desbaratando.

—¿No apruebas mi sinceridad? —inquirió Marie al notar el cambio en ella.

—¿Sinceridad? Ya no sé qué es sincero. Lo único que sé es que tenemos un problema, Thomas tenía razón en cuanto a eso —objetó Chelise, y se alejó un paso de Marie—. Y sé que temo por la vida de él.

—¿Adónde vas?

—A hablar con el consejo. O con lo que queda. ¿Por qué?

—Porque tienes razón. Tenemos que ir tras él.

8

JANAE ESTABA absorta en las historias de Billy, sabiendo que cada sílaba que él expresaba era una simple e inalterada realidad. Ella había vivido una mentira, y este inverosímil individuo del otro lado del océano la había hallado y le había traído la verdad.

La joven escuchaba mientras él recontaba historias del monasterio en Paradise, Colorado, donde por primera vez encontrara los libros de historias siendo niño. Y Janae sabía que, igual que él, ella tenía que tocar uno de estos libros aunque fuera lo último que hiciera antes de morir.

Había oído hablar de los enormes gusanos en los interminables túneles debajo del monasterio, y batalló contra el deseo de fletar inmediatamente un avión, volar a Paradise, y ver por sí misma si algunos de esos gusanos aún sobrevivían. Al igual que los libros, sin duda los bichos se habían generado en otro mundo. Sin embargo, ¿estaban aquí, en esta realidad?

Pero lo que le hizo secar la boca fue la afirmación de Billy de que Thomas no era el único que había atravesado el puente hacia esa otra realidad o, si se quiere, que había vuelto del futuro.

Kara había ido. Y regresado.

Monique, su propia madre, había ido. Y vuelto.

¿Cómo? Usando la sangre de Thomas. La idea, una vez calada en ella, era demasiado para absorberla en una sesión.

—Quieres decir que cuando te quedas dormido...

—Estando en contacto con la sangre de Thomas —interrumpió Billy, haciendo como si se cortara el dedo con la uña—. Más exactamente, mientras tu sangre esté en contacto con la de Thomas.

—¿Y despiertas así sin más en este otro lugar?

Parece descabellado, pero hay bastantes pruebas. Yo, para empezar. Los libros...

—Hasta que te quedas dormido allá, en cuyo caso despiertas aquí —concluyó

Janae, en su propia idea—. Como si todo el asunto fuera solo un sueño. Con la diferencia que para nada es un sueño.

—Correcto. Eso es lo que he concluido hasta aquí.

—¿Y sabes con seguridad que esta sangre aún existe?

—¿Cuántas veces necesitas que te lo diga, Janae? ¿Crees que hice todo esto, venir hasta aquí, por haber visto tu foto en la revista People y decidir que debía tenerte? ¿Cómo diciéndome: «Ya sé, inventaré historias acerca de libros que pueden transportarnos entre realidades y fingir poder leer los pensamientos de la joven, de modo que la impresione»?

Janae lo miró, cautivada por la idea de que en este momento él le estaba leyendo la mente. Se paró y lo pasó rozando, sonriendo tímidamente. Había algo más en Billy que la atraía, y no tan solo una promesa de aventura. Él había hecho salir lo irracional en ella. Quizás debería entregarse sin fingimientos.

—Ven conmigo —dijo estirando la mano para agarrar la de él.

Billy aceptó de buena gana, y los dos vagaron por la suite, aún de la mano.

—A partir de ahora esto se queda entre nosotros —manifestó ella—. Sabes que no conseguirás nada de mi madre.

—Quizás.

—No quizás. Ella no me ha dicho una palabra de esto, lo cual solo puede significar que ha ocultado la verdad por buenas razones.

—Guardar el secreto no nos dará lo que necesitamos.

—Por supuesto que no, cariño. Yo puedo conseguir eso. Pero necesito saber que puedo confiar en ti.

—¿Confiar en mí? Soy yo el que comparte secretos aquí.

—Mira dentro de mí —pidió ella poniéndole la mano libre en el pecho y deteniéndolo suavemente—. Dime si no estoy compartiendo contigo mis más profundos secretos.

Los ojos de Billy miraron los de Janae. La joven pensó en su padre, en lo que sabía, lo cual no era mucho y había sido íntimamente protegido. Y con la mente le dijo a Billy que lo hallaba intrigante.

Imágenes del pasado saltaron a la mente de Janae: La primera vez que habrá supervisado una reunión de junta directiva a los veintiún años de edad, su primer amor, la época en que la atraparon en Nueva York por posesión de drogas y en que pasó toda una noche en la cárcel. Pero al final su mente dependía de él. De Billy. De este hombre que había caído del cielo y en breves horas se las había arreglado para ¿Despojarla de sus secretos.

Ella lo encontraba apasionante. Atractivo. Casi irresistible. No solo de manera física, sino espiritual. Emocional. No comprendía la razón. Qué importa que no la comprendiera.

—¿Ves? Puedes ver el interior de mi corazón y saber que puedes confiar en mí. Y yo también debo saber que puedo confiar en ti.

Janae aún tenía la mano de él entre las suyas, y la notó fría y sudorosa. Pero por otra parte, estaba acostumbrada al efecto que producía en los hombres.

—Nuestro secreto —expuso ella, tragando saliva.

—Nuestro secreto —repitió él después de carraspear.

—Espero poder confiar en ti —declaró ella y lo besó suavemente en los labios. Se volvió para guiarlo. Pero Billy dio un paso atrás.

—¿A dónde estamos yendo? —inquirió él mirando nerviosamente el atrio detrás de ella.

—¿No lo sabes? —manifestó ella regresándolo a ver—. ¿No me has leído la mente?

—Lo sé. Aprender a vivir con mis habilidades me ha enseñado a... bueno, tú sabes... a ir con la corriente.

—Fingiendo no saber. Por no querer parecer atrevido al mostrar tu superioridad sobre los demás en el salón. ¿Correcto?

—Algo así.

—No te preocupes, siento lo mismo la mitad del tiempo.

—Entonces comprenderás cuando digo que no tengo interés en deambular por complejo, fingiendo estar interesado en la disposición del terreno. Es una pérdida de tiempo.

—Una mujer necesita tiempo...o tengo tiempo.

—¿Es así como quieres jugar? —indagó ella escrutándolo con la mirada. No quiero jugar. Esta necesidad lleva más de un año urgiéndome. Es como una presencia. Tengo que saber si está aquí. La sangre.

Billy se volvió y se dirigió hacia la suite de huéspedes. —¿Adónde vas?

No sabes dónde está, puedo ver eso. Y no tienes idea de cómo conseguirla.

¡Qué rudo! ¿Dónde se había criado este impertinente para creer que podía irse como si nada sin ninguna consideración por su anfitriona, que prácticamente se [e había desnudado? El tipo era exasperante.

Él era... como ella.

—Tranquilízate —expresó ella bruscamente, dirigiéndose tras él hacia las habitaciones—. Tú respira hondo. Bien.

La joven cerró la puerta principal de la suite.

—Estoy tan ansiosa como tú, pero...

—Hace apenas unas horas que sabes de los libros —interrumpió él, volviéndose—. No me hables de lo ansiosa que estás. La idea de que esos libros existen sería un pensamiento apasionante para cualquiera, ¿pero por qué estás tan... atolondrada en cuanto a esto? No puedo verlo en tu mente y, francamente, es un poco molesto.

Esa era una duda justa. Ella había dicho la verdad. Era inútil fingir con él.

—No sé.

—No, no sabes —concordó él—. Y esa es la parte más aterradora. Hace tus ansias casi... inhumanas.

—¿Qué esperas de mí? —inquirió Janae calmándose—. Me dices todo esto, ¿y esperas que me ponga a tamborilear en la mesa y acepte ayudarte?

—Pues sí. Así es.

—Por favor. Cien puntos se me han conectado en la cabeza, ¿y ahora quieres que tome una siestecita?

—No se te han conectado puntos en la cabeza, Janae. Ese es el problema. No se te han encendido las luces en el cerebro. Yo podría ver eso. Pero cuando miro en tu interior veo algo más.

—¿Es así? ¿Y qué ves?

—Tu corazón. Tus deseos. Todos son siniestros.

—Como los tuyos —declaró ella, porque no podía pensar en no defenderse. Lo que el tipo afirmaba era ridículo. Ella no era más perversa que el que estaba a su lado.

—He pasado por esto antes —confesó Billy alejándose y yendo hasta una de las ventanas desde las que se veía el césped—. Observando esta clase de tenebrosidad.

—Sin embargo, ¿es ahora blanco tu corazón? —retó ella acercándosele por detrás y siguiéndole la configuración de los músculos con los dedos—. ¿Temes que la maliciosa Janae traiga todo a la memoria? ¿Ah? ¿Es eso?

—No —negó él meneando lentamente la cabeza—. Esto solo me recuerda que lo que estamos haciendo, que lo que estoy haciendo, no es correcto.

Billy se dio media vuelta, y ella vio que se le habían humedecido los ojos. —No obstante, parece que no puedo remediarlo. El poder que hay en esa san- are... en esos libros... no tienes idea de cuánto daño pueden causar —exteriorizó él alejando la mirada, y una lágrima le bajó por la mejilla.

Por un momento ella creyó que él podría estar arrepintiéndose de todo lo que acababa de convencerla que hiciera. El pánico le hormigueaba en la mente. No podía dejarlo hacer eso.

¿Por qué no, Janae? ¿Qué te está sucediendo?

La muchacha estaba segura de una cosa: Billy no podía dejar este lugar hasta que ella supiera todo lo que él sabía. Y más.

Janae debía hallar esa sangre. Sola, si tenía que ser de esa manera.

—Sé cómo te sientes —afirmó ella, e hizo una pausa—. Yo, en realidad, no. No participo de tu arrepentimiento. Pero tienes razón, tengo deseos en mí que no logro comprender. Y creo que tú tienes esos mismos anhelos.

Janae se le acercó y le recorrió delicadamente las uñas por el cuello y el mentón. Al alborotarle el cabello vio que tenía lleno de pecas el cuero cabelludo. Le sobresalía

la vena en la garganta, y ella se la palpó suavemente.

—Si tus deseos son como los míos, entonces no podrás resistirlos —expresó ella—. Tu destino es encontrar esa sangre. Ir al otro lado.

Billy la observó por un momento, luego tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Tienes razón. Lo sé. Pero eres la primera persona que he conocido que lo sabe tan bien como yo. Al mirar al interior de tus ojos, siento como si estuviera viendo dentro de mí mismo, todo lo cual es un poco perturbador.

Janae se sintió atraída por el cuello pálido de él, tan suave y tierno, tan vulnerable; tan lleno de vida. Se inclinó hacia adelante y le susurró en el oído, acariciándole el lóbulo con los labios.

—Entonces confía en mí, Billy. Tú y yo somos iguales. Somos el uno para el otro en más de una manera.

Ella se distrajo por un instante con su propia audacia, con su flagrante intento de aducción. Esto no era típico.

Pero otro pensamiento le calmó la inquietud. ¿Quién exactamente estaba aquí seduciendo a quién? Billy le había hecho perder la cabeza en cuestión de horas. ¿Estaba el Jugando con ella?

Janae se apartó y fue hasta una garrafa de cristal. Se sirvió una bebida y la bebió de un trago. Al volverse hacia Billy, él la estaba mirando, inexpresivo. Analizándola La ventaja de él sobre ella era injusta.

También era parte de lo que le hacía irresistible.

—Por consiguiente —declaró ella, sirviéndose otro trago—. ¿Qué hay? ¿Estamos cambiando de parecer?

—No era consciente de que hubiéramos resuelto algo —objetó él, yendo hacia la garrafa.

Billy agarró el recipiente de manos de ella y se sirvió un trago. Lo bebió haciendo un sonido seco.

—Se rumorea que Thomas no fue el único en entrar en ese mundo —continuó a media voz, como si lo que estuviera a punto de decir ahora fuera de la mayor importancia; entonces caminó hasta una silla reclinable color ciruela, se sentó, y cruzó las piernas—. Muchos otros más han venido y se han ido. Pero supe de uno que vino y se quedó. Un fantasma llamado shataiki en aquel mundo. Se llamaba Alucard, y era una criatura de la noche.

Janae sintió que el pecho se le tensaba.

—Está bien, ya me has confundido —comentó ella, pero eso no era lo que pensaba; alejó la mirada para que él no pudiera escudriñarle el interior de la mente—. ¿Qué quieres decir con una criatura de la noche?

—No sé mucho. Pero sé que extienden su semilla por medio de la sangre.

—¿Por la sangre?

—La información es imprecisa, pero sí. Eso creo. Así es como se reproducen. La chica sacó a empujones sus pensamientos antes de que él pudiera robárselos de la mente.

—A menos que creas que podemos atar a mi madre y curiosearle los ojos abiertos para que le puedas saquear la mente, solo existe un modo de averiguar si sabe dónde está la sangre.

—Ya he pensado en eso —confesó Billy.

—No querrás intentarlo. Créeme. Ella te tendrá muerto o tras las rejas antes que puedas usar lo que sabes.

—De acuerdo.

—Mi madre debe recuperar voluntariamente la sangre.

—Es evidente.

—Sé cómo hacer eso —señaló Janae volviéndose.

Entonces lo miró a los ojos y dejó que él captara lo que ella sabía. Esta vez la joven casi pudo sentir la invasiva mirada del hombre. Los ojos masculinos se agrandaron poco a poco; luego parpadeó dos veces. Billy se puso de pie, pálido.

—En serio?

—Yo debería saberlo. Es mi laboratorio.

—La variedad Raison B?

—Una mutación del virus que puso patas arriba al mundo entero hace treinta años. No es de transmisión aérea. Pero no hay antiviral conocido. Si nos inyectamos con ella...

—Tu madre se verá obligada a usar la sangre de Thomas, porque demostró ser resistente al virus original —le terminó la frase Billy—. ¿Y si no tiene la sangre? ¿O si no funciona?

Janae alargó la mano hacia la garrafa y expresó lo que él ya sabía, porque una cosa así se debía expresar en voz alta.

—Entonces ambos moriremos.

9

El futuro

EL ELEVADO cráter de Bek Ba'al era como de un kilómetro de ancho, circundado por una gruesa franja de tierra y rocas. Lo pudo haber creado un meteoro de los cielos, el puño de un gigante, o un eructo de Teeleh, en opinión de Thomas.

Lo que él sí sabía a ciencia cierta era que toda la meseta apestaba a carne podrida de encostrado.

Los cuatro albinos habían cruzado los cañones y ahora se hallaban sobre sus caballos, mirando hacia el lugar alto tras del cual se ocultaba un sol rojo en el occidente. Detrás de ellos, los desfiladeros les proveían protección de cualquier ataque.

Hacia el frente, el terreno yermo subía hasta una hilera sencilla de altas rocas que circundaban el famoso altar de piedra de Bek Ba'al. Esta era la primera vez que Thomas veía el altar. El círculo había penetrado a las profundidades del desierto casi seis años después de que Qurong volcara toda su ira sobre ellos.

—Tenemos compañía —comunicó Mikil.

Thomas levantó la mirada hacia el borde opuesto y vio el estandarte púrpura sobre la cima. Luego más estandartes, y después cabezas y caballos.

—Qurong ha aceptado el desafío —anunció Mikil—. No me gusta nada, Thomas. Esto no puede ser bueno.

Las hordas marchaban en dos columnas, cada una dirigida por un contingente de dos docenas de guturales, luego los sacerdotes. Docenas de sacerdotes. Seguía¹¹ llegando, doscientos sacerdotes o más, según cálculos de Thomas.

Oh, Elyon, ¿qué he hecho?

Ba'al estaba en una litera, meciéndose en los hombros de ocho criados. Ataviados con uniforme completo de batalla, Qurong cabalgaba erguido sobre un corcel negro

frente al siniestro sacerdote. Su propia guardia, treinta o cuarenta de la caballería encostrada, cabalgaban a cada lado de él. Usaban espadas, hachas de batalla, hoces y quizás el arma más aterradora de su arsenal: Una cadena que tenía dos bolas con púas, que se podían lanzar para derribar presas desde cincuenta metros. Una maza.

El tintineo de mil campanillas en los bordes de las túnicas de los sacerdotes sonaba como un desierto lleno de cigarras a inicios de la tarde.

—Somos ratones entre leones —comentó Jamous—. ¿Estás seguro de esto, Thomas?

—Creí que dijiste sacerdotes solamente —advirtió Mikil, que ya había enfrentado su parte de grandes obstáculos, pero nunca este, y ya hacía mucho tiempo—. ¡Han traído medio batallón!

—Para defenderse, no para eliminarnos —tranquilizó Thomas.

El caballo de Samuel golpeó el suelo con los cascos. Una sonrisa le retorció la cara al muchacho.

—Todavía nos temen. ¿Qué te dije? Podemos eliminarlos.

—¿Cuatro contra centenares? —Se burló Mikil—. Aun en nuestra «gloria plena», como te gusta llamarla, estas habrían sido probabilidades irrealizables.

—Posiblemente —musitó Jamous.

Samuel cobró nueva vida en presencia de sus enemigos.

—Los sacerdotes están desarmados. Al menos podemos agarrar a Qurong y a ese brujo. Eso haría retroceder a las hordas. Sin cabeza, las serpientes se arrastran hacia sus cuevas.

Thomas casi hace la observación de que fue la necedad de Samuel lo que los había traído aquí en primera instancia. O de que un sumo sacerdote muerto simplemente será reemplazado por otro vivo. O de que estos no eran los verdaderos enemigos; el verdadero enemigo los estaba vigilando desde lo alto de alguna cima escondida en algún lugar. Teeleh y sus huestes infernales, los shataikis.

Pero el caso es que Samuel dudaba de Teeleh y los shataikis, y hasta de Elyon.

Thomas dirigió el caballo cuesta abajo.

—¿Estás seguro, Thomas? —inquirió Mikil espoleando el caballo para seguirlo.

Thomas mantuvo la mirada en el séquito que serpenteaba sobre la cima. Unos bueyes transportaban seis enormes cofres que reposaban sobre carros. Luego las cabras al trote. Él no estaba seguro de qué sorpresa estaría preparando Ba'al, pero dudaba que a Teeleh le gustaran las cabras. Todo esto era para ostentar.

—Thomas —rogó Mikil poniendo su caballo al lado del de él—. Dime por favor que has pensado detenidamente las cosas.

—¿Y me lo preguntas ahora? ¿No es un poco tarde?

—No creí que llegaríamos a esto. Has estado introspectivo.

—Mi estado de ánimo se acaba de iluminar, Mikil. Por primera vez en mucho

tiempo me siento como si no tuviera nada que perder.

—Solo tu fe —objetó Samuel, colocándose al lado.

—Si Elyon no se muestra esta noche, solo significa que me quiere muerto —aseveró Thomas.

—Y también a las hordas. Thomas le concedió esto a su hijo.

—Si pierdo este desafío, entonces supondré que el método de la paz ha pasado, y derribaré tantas hordas como pueda antes de que se me cambie la piel.

—¿Volverá Thomas Hunter a matar? —se burló Samuel—. ¿He oído bien?

—Thomas Hunter morirá. Otra vez.

—¿Les dirás dónde están nuestros campamentos?

—Como prometí.

Se dirigieron a Bek Ba'al, en fila de a cuatro, enfrentando un séquito que los hacía parecer diminutos.

—Y si triunfas en este desafío —preguntó Mikil—, si Elyon se aparece, ¿esperas de verdad que Qurong acepte venir con nosotros y ahogarse?

—Ya estuvo de acuerdo.

—Te traicionará —objetó Samuel—. Pero no creo que tengas mucho de que preocuparte allí; él no va a perder este desafío.

—Quizás no —contestó Thomas mirándolo—. Pero si pierde habré ganado de nuevo a mi propio hijo, y eso para mí vale la traición de Qurong.

Samuel intentó sonreír. Los labios retorcidos se veían ridículos en el sonrojado rostro del joven.

Las altas rocas que circundaban el altar se elevaban ahora sobre ellos, rojas en medio de la puesta del sol. Ya no habría luz dentro de una hora. Thomas hubiera preferido enfrentarse a Ba'al a plena luz del día, pero así resultaban las cosas.

Qurong y su siniestro sacerdote habían llegado al lugar elevado y esperaban que la hueste de sacerdotes tomara su posición a la izquierda del altar. Los guturales se estaban desplegando a cada lado como si esperaran un ataque desde el terreno alto.

—Imagina lo que podríamos hacer con una docena de arqueros —indicó Samuel, examinando el borde del cráter—. En cuestión de minutos los convertiríamos en alfileteros.

Él tenía razón. Una docena de años antes, este plan habría provisto la perfecta emboscada para los guardianes del bosque. Thomas comprendía los deseos de Samuel de destruir a sus enemigos. Era el instinto más natural que poseía el ser humano.

Amar al enemigo. Esta era la escandalosa enseñanza de Elyon. Iba totalmente contra la naturaleza humana.

A Thomas se le ocurrió entonces que Eram, el mestizo del norte, podría fácilmente entrar a toda velocidad con su ejército, rodear el cráter y destruir a todos

sus enemigos, tanto a los albinos como al líder de las hordas, en un solo ataque.

—Dinos qué hacer —expuso Mikil rápidamente, intranquila.

—Lo haré. Tan pronto lo sepa.

—Elyon ayúdanos a todos.

—¿No es esa la idea? ¿Ver si esas palabras tienen algún significado? Como una flecha hacia el centro de la oscuridad, Thomas guió a los cuatro más allá del anillo de rocas. Había pasado bastante desde que estuviera tan cerca de carne encostrada. Había olvidado lo rancia que era. Solo al acercarse más vio la razón: Ninguno de los sacerdotes se había aplicado pasta de morst.

Se detuvo entonces frente a Ba'al, que aún se hallaba en su acolchado trono bajo el toldo de seda. Sus criados lo habían bajado. Qurong miró hacia la derecha, negándose a honrarlos con una mirada directa. Su general, el llamado Cassak, si Thomas no se equivocaba, se hallaba en estoico silencio al lado, con los ojos fijos en Ba'al.

¿Quién dirigía a las hordas en estos días, de todos modos? ¿Ba'al o Qurong? Ambos, supuso. La escuálida serpiente esgrimía el poder de Teeleh sobre el pueblo, y el musculoso guerrero esgrimía la espada.

Baal se puso de pie y dio un paso al frente. Un atuendo negro de seda se le adhería al cuerpo desde las axilas hasta los talones. Una banda púrpura envuelta alrededor del cuello le colgaba hasta el estómago. Pero los hombros estaban desnudos, blancos, huesudos.

Tres cicatrices le marcaban la frente. Todos los demás usaban las mismas marcas, algo que los exploradores de Thomas habían informado por primera vez un año atrás.

—He venido a hablar con Qurong —declaró Thomas—. No con su criado.

Ba'al no mostró señal de molestia por este solapado insulto, pero Qurong |0 tomaría en cuenta.

—Bienvenido, anémico —contestó el siniestro sacerdote—. El comandante supremo, soberano de los humanos, siervo de Teeleh nuestro amo, ha aceptado tu desafío.

—Entonces deja que el amo hable por sí mismo. ¿O es tu marioneta? Esta vez el párpado izquierdo del brujo se contrajo.

—No supongas que todos los hombres se rebajarían a hablar contigo, albino.

—Pero tú sí. Llevo más de diez años esquivando la sentencia de muerte dictada sobre mí y mi esposa... Creo que eso me da el derecho de ser reconocido por el soberano de esta tierra —expuso Thomas mirando a Qurong.

—Entonces quizás te sobreestimas tanto como sobrevaloras a tu Dios.

—Para averiguar eso hemos venido aquí —replicó Thomas—. No dejes que se te suba aún todo el vestido de seda para la danza. Insisto en hablar con tu líder.

Ba'al se quedó con la mirada fija. Sus ojos grises no mostraban emoción,

resentimiento ni señal de que Thomas lo ofendiera. Este era un individuo malvado, más shataiki que humano, pensó Thomas. La noche parecía haberse vuelto excesivamente fría.

—¿Podríamos prescindir por favor de todo ese rebuscado juegucito? —habló Qurong, mirando a Thomas por primera vez—. Has lanzado un desafío, lo he aceptado. Mi sacerdote invocará el poder de Teeleh y tú podrás clamar a tu Dios. Nos hemos incomodado mucho para ajustarnos a este juego tuyo. Sugiero que empecemos. ¿Qué tienes exactamente en la cabeza?

—Cualquier cosa que tu siniestro sacerdote disponga.

Ninguno de los tres detrás de Thomas pronunció una palabra ni se movió. Baal mantenía la embrujadora y fija mirada puesta en él. Con un poco de imaginación, Thomas pudo ver el traicionero cerebro detrás de esos ojos que giraban como un escarabajo atado a una cuerda. Por interminables momentos, el único sonido provenía ocasional bufido o cambio de posición del caballo de un gutural.

—¿Es ese tu hijo? —preguntó Ba'al, mirando a Samuel.

—Veo que ustedes han aceptado mutilarse la frente —comentó Thomas— esa la marca de tu bestia?

El fantasma blanco en forma humana llamado Ba'al, que era el más malvado de todos en las hordas, levantó la mano y señaló hacia el horizonte con un huesudo dedo.

—Desde el oriente el pálido traerá paz y comandará el cielo. Purgará la tierra con un río de sangre en el valle de Miggdon. Nosotros nos ofreceremos a él en ese día de ajuste de cuentas. La pregunta es: ¿Lo harán ustedes?

—No. No lo haremos. Nos sometemos a Elyon y a nadie más.

El sacerdote lo miró. Tenía la boca delgada como papel, apenas más que pliegues de carne blanca para protegerse de los bichos la dentadura. El religioso se llevó una mano a la cabeza y chasqueó dedos tan frágiles que Thomas se preguntó cómo el chasquido no los rompió.

—Lo veremos, albino.

Dos de los sacerdotes se apresuraron hacia uno de los carros tirados por bueyes. Mientras uno desenganchaba la bestia, el otro extraía del cofre una larga manta blanca de seda. Luego un cáliz plateado.

Los demás observaban inexpresivos mientras los dos sacerdotes agujoneaban al toro hacia adelante, lo ataban a uno de los cuatro anillos de bronce sobre el altar y colocaban la manta blanca sobre el lomo de la bestia. Uno de ellos ató en lo alto un almohadón de color rubí. Una silla. Los sacerdotes volvieron a toda prisa a sus puestos, haciendo tintinear campanillas al arrastrar los pies. Toda la operación no tardó más de dos docenas de segundos.

Thomas no comprendía lo que Ba'al deseaba demostrar al ensillar un buey, pero no le sentaba bien la mirada continua y firme del sujeto.

—¿Te gusta el espectáculo de sangre, Thomas? —preguntó Ba'al.

—No en particular.

Querido Elyon, no mantengas ahora oculto el rostro, no ahora. Todo el mundo está observando, y estoy imposibilitado. Entonces, como una reflexión tardía: Da la señal y yo cercenare por ti la cabeza de los hombros de este hombre.

Sugiero que te acostumbres a esto, albino. Porque nuestro dios demanda sangre. Pozos de sangre. Ríos de sangre. Sangre del cuello de los tuyos.

—Tu dios, Teeleh —replico Thomas y escupió a un lado—, quizás sea un inguinario...

Baal se movió mientras Thomas hablaba, sacando una espada que llevaba oculta por detrás, y acuchilló al toro con deslumbrante velocidad. La hoja se asentó en el 1110 del animal, justo por encima de las paletillas, y le atravesó limpiamente por la mitad del cuello.

La espada de Samuel raspó la vaina mientras la desenfundaba.

La cabeza del buey se deprendió del tronco y fue a parar en tierra con un sonido sordo. Por un prolongado momento el animal se quedó inmóvil, inconsciente de la sangre que le salía a borbotones desde las arterias hacia el suelo. Entonces dio medio paso y se desplomó.

Un suave lamento surgió de los doscientos sacerdotes, que ahora se bamboleaban en sus túnicas negras. La matanza había sido tan fulminante que Thomas ni siquiera pensó en reaccionar.

—Acepta mi ofrenda, Teeleh, el único y verdadero dios de todo lo que vive y respira, dragón del cielo —exclamó Ba'al hacia el aire nocturno, extendiendo los brazos a lado y lado—. Que tu venganza se cumpla por medio de mis manos.

El religioso bajó la cabeza y miró a Thomas.

—Diles a tus amigos que dejen caer las armas.

Los lamentos cesaron.

—Te digo que no. A ti y a todo encostrado —vociferó Samuel.

—Díselo —repitió Ba'al dejando caer su propia espada.

—Suéltala, Samuel.

—Padre...

—Todos ustedes, ¡dejen caer sus armas!

Ellos no estaban aquí para luchar o para defenderse por sí mismos. Tardaron unos segundos, pero Thomas oyó caer las espadas. Qurong seguía sobre el caballo, mirando al toro muerto mientras dos sacerdotes entraban corriendo y recogían las armas del suelo. Los guturales habían cerrado cualquier vía de escape, dejándoles desprotegida solamente la retaguardia.

—Esto solo es un buey, y no basta para saciar al dios verdadero —expresó Ba'al—. Los riesgos aquí son demasiado grandes para una muestra común de lealtad.

Luego señaló hacia sus fieles reunidos.

—Pondré la vida de los fieles súbditos de Teeleh contra la de un solo albino. Veremos a cuál libera el verdadero dios.

Las implicaciones atravesaron el pecho de Thomas como una espada. Su propia vida contra la de estos bamboleantes brujos. La mente se le atascó ante la idea. ¿Qué estaba sugiriendo el sacerdote, que Thomas se pusiera sobre el altar y aguantara la espada como había pasado con el buey?

Pero él había venido aquí a morir o ser salvado. Cualquier titubeo más solo provocaría burlas hacia todo lo que él representaba.

—Contra tus brujos, y tú —exclamó Thomas—. Acepto.

Entonces la mirada de Ba'al subió por encima del hombro derecho de Thomas.

—Todos nosotros desangraremos y confiaremos en que nuestro amo muestre su poder como lo ha hecho en el pasado. Todos ellos. Y luego tu hijo. Y después yo.

—¡Nunca! —exclamó Thomas horrorizado—. Yo personalmente, no mi hijo.

—¿No confías en que tu dios libere incluso a este único albino? ¿Está tu hijo fuera del alcance de Elyon?

—Yo decido por mí, no por mi hijo —determinó Thomas, pero la mente ya le estaba clamando a Elyon.

Lo habían engañado. Lo habían acorralado. La mente le gritó que veía la trampa, pero no la manera de liberarse.

—Elyon... —pronunciaron entonces sus labios, en un susurro apenas audible—. Elyon, te ruego...

—No le he preguntado a tu hijo por su fe en este Dios a quien sirves —declaró Ba'al—. Te estoy preguntando si tú tienes la fe para poner la vida de él en manos de tu Dios.

Thomas sintió que se le deslizaba el salvavidas. Había esperado cualquier situación posible menos esta. ¿Cómo podía ofrecer a su propio hijo? Crees que Elyon salvará a tu hijo? El frío aire nocturno se había vuelto glacial.

—Elyon no tiene límites.

—Padre...

—¿Y si tu hijo no está de acuerdo? —interrumpió Ba'al—. ¿Debilitaría eso tu fe? ¿Te aterrará que Teeleh robara a tu hijo del mismo modo que tú robaste a la hija de Qurong?

Chelise. Qurong seguía sentado, con la mandíbula apretada.

—Escúchame, insignificante y escuálido brujo —replicó Thomas—. Mi hijo, igual que Chelise, decide por sí mismo si vive o muere. Él no es un buey al que tú matas.

Creí que Elyon y Teeleh eran los que decidían quién vive o muere. Solo estoy preguntando si tú, no tu hijo, dará a Elyon la oportunidad de decidir.

El rostro de Thomas se llenó de irritación. Pero en realidad estaba atrapado por C' desafío de este miserable patético. Si demoraba en dar su consentimiento, solo mostraría su duda. Había venido aquí a probar su fe en Elyon, y ya estaba aleteando por ahí como gallina herida.

Pero no lograba animarse a decirlo. No podía quedarse aquí y...

¿Quieres nadar conmigo?

El pulso de Thomas se aceleró.

Nada en mis aguas, Thomas.

La lejana voz susurró. La misma voz que había oído una ocasión en la parte más profunda de las aguas de Elyon. Una voz de niño, muy tierna, llena de vida y picardía Elyon...

—¿Qué te diré, mi señor? —le dijo Ba'al a Qurong—. Te he dado una victoria matando solamente un toro. El gran Thomas de Hunter no tiene...

—Acepto tu desafío —interrumpió bruscamente Thomas—. Ofreeceré a mi hijo, Pero no puedo hablar por él.

—No. Pero yo sí puedo —afirmó Ba'al asintiendo.

Thomas giró en su caballo y sintió que la sangre se le iba del rostro. Los guturales habían cerrado las brechas entre las rocas cincuenta metros detrás de Mikil, Jamous y Samuel. Ninguno de estos tenía armas.

No había escape, ni siquiera para un combatiente del calibre de Samuel.

Ba'al iba a desangrar a su hijo.

—Ven, mi amo —susurró Ba'al con voz temblorosa—. Entra en tu siervo.

Seis guturales caminaron desde la izquierda, espada en mano. No vacilaron como lo harían si enfrentaran un guerrero armado de los guardianes, sino que se abalanzaron hacia Samuel, embistiéndole el caballo. Uno de ellos colocó una larga cadena alrededor del cuello del muchacho y tiró fuertemente.

—Padre...

—¡Déjenlo ir! ¡Suéltelo! —gritó Thomas, e hizo girar el caballo hacia la refriega, pero la empuñadura de una espada le golpeó el mentón, y lanzó a ciegas el puño.

Sintió que los nudillos se le hundían en esponjosa carne encostrada. El guerrero al que había herido gimió y osciló la lanza como un garrote que rebotó en el hombro de Thomas.

A su desesperación se le unió pánico. Aunque tuviera una oportunidad de vencer a los guturales, traicionaría su propio desafío intentando algo tan ridículo.

Thomas volvió a girar hacia Ba'al, tragándose el pavor que le surgía en e' estómago.

—¡Este no fue mi desafío!

El siniestro sacerdote miraba el sombrío cielo, con las manos levantadas 1

temblando.

—Es el mío —replicó bajando la cabeza.

Lamentos y susurros se extendieron entre los sacerdotes de Ba'al, que miraban el ennegrecido cielo. Thomas levantó la mirada.

A primera vista pareció como si una gigantesca nube negra hubiera flotado sobre el lugar alto y estuviera girando lentamente... un huracán de varios kilómetros sobre [as cabezas de ellos.

Pero Thomas vio que no se trataba de una nube. Por primera vez en muchos años estaban apareciendo los shataikis. Cientos de miles de las negras bestias miraban hacia abajo con ojos rojos, reunidos para observar la matanza...

Elyon... Querido Elyon, ayúdanos...

10

CHELISE HIZO detener la cabalgadura con un fuerte tirón, clavando los talones en los estribos de cuero. Echó su peso hacia atrás para compensar la súbita detención. La cenicienta yegua, criada para confundirse en lo profundo del desierto, resopló sacudió la cabeza, protestando por el protector de bronce que se le clavaba en la carne. El cielo... había algo anormal en el cielo.

—¿Qué pasa? —gritó Marie, moviendo la cabeza alrededor mientras pasaba como una bala, y obligando también a su caballo a parar en seco—. ¿Qué es eso?

—Yo... —balbuceó Chelise mirando la nube negra en el lejano y ennegrecido horizonte; algo tocante a la escena le hizo correr un frío por el cráneo—. Yo...

—¿Qué es? —preguntó Marie siguiéndole la mirada y contemplando igual que Chelise—. ¿Una nube?

—Se está moviendo.

—Todas las nubes se mueven. ¿Qué bicho te ha picado? Sobre el lugar alto, como si...

—Shataikis —susurró Marie.

Los caballos resoplaban debido a la carrera, pero esta única palabra pronunciada por Marie le cayó a Chelise como una patada en el estómago. Ella no lo había indicado pero ahora que Marie había explicado el enorme y turbulento torbellino, la espantosa certidumbre de que su hija tenía razón le clavó las garras alrededor de la garganta.

Shataikis.

—Eso es imposible —logró expresar finalmente.

—Están sobre el lugar alto, Bek Ba'al —declaró Marie moviéndose en la silla—

—Pero... ¿aceptó entonces Qurong el desafío de Thomas?

—A menos que se hayan reunido en desafío a la presencia de Thomas en la tierra sagrada de esa gente —opinó Marie haciendo mover otra vez la nerviosa cabalgadura hacia Chelise, y observando de nuevo a los shataikis—. Sería el primer albino en

ingresar al maldito lugar de adoración.

—Pero nadie ha visto a los shataikis por años. ¿Has visto uno alguna vez? ^

Tal vez sí. En cierto momento pensé que sí, pero fácilmente pudo haber sido solo una sombra. Esto es...

Marie parecía no poder formar los pensamientos alrededor de la idea de que estuvieran viendo shataikis de verdad. Pero no podía haber ninguna duda. Esa era una enorme nube de murciélagos, cada uno del tamaño de un perro sabueso si las leyendas eran correctas, apiñados tan apretadamente que desde esta distancia parecían una sólida masa.

—Demasiados...

Chelise había convencido por fin al consejo de que Qurong y Ba'al aceptarían el reto de Thomas solo si intentaban engañarlo. Sostuvo que Qurong nunca se rebajaría tanto en su mente como para ir con Thomas si perdía el desafío. La única persona remotamente capaz de ganar el corazón del líder de las hordas era su propia hija, Chelise.

Marie se ganó el derecho de ir por haber defendido la honra de Thomas al pelear con Samuel en lugar de Vadal.

Dejaron a Jake con Susan, que se quejó amargamente de que una guerrera de su calibre debería ir con Marie y Chelise.

Después de ocho duras horas de cabalgata estaban a menos de medio camino. Pero tenían fruta; no se detendrían.

—No vamos a lograrlo —comentó Chelise, con el corazón palpitándole en los oídos—. Si ya empezaron este desquiciado juego, llegaremos demasiado tarde.

—No estoy segura de que podamos hacer algo si...

—Entonces vete a casa —replicó bruscamente Chelise—. No fue idea mía que vinieras.

—Tranquila. No estoy cuestionando nuestra decisión. Solo afirmo lo evidente. No tendríamos la más mínima oportunidad contra eso —expresó Marie señalando la nube de shataikis que giraba lentamente en el negruzco cielo.

—Te has olvidado de Elyon. Casi matas a tu hermano por su honor...

—Nunca mataría a Samuel.

—¿Y dudas sin embargo del poder de Elyon?

—Si las cosas dependen de Elyon, ¿para qué entonces nos necesita? Él tiene allí a Thomas. ¿Qué bien haríamos dos más allí?

—Qurong...

—Puede ser vencido por Elyon mucho más fácilmente que por ti —la interrumpió Marie; luego añadió en un tono menos sarcástico—. Bueno, así me parece.

—Eres demasiado parecida a tu padre —comentó Chelise—. Todo el mundo debería cuidarse personalmente, ¿no es verdad? Tu independencia solo es eficaz

cuan, do no existe verdadero peligro.

Ella espoleó el caballo, y la bestia arrancó al instante.

—Si Elyon pudiera chasquear los dedos y ganarse el corazón de cualquiera, hace mucho tiempo las hordas habrían concurrido en masa a los lagos rojos —continuó Chelise en voz bastante alta—. Es obvio que no es así como funciona esto.

—No estoy insinuando que no debamos ir, madre, pero Thomas y yo no somos los únicos obstinados. Papá sabía que tu amor por Qurong podría hacer peligrar la misión, por no mencionar tu vida. Creo que esa nube solo aumenta las probabilidades. No hagas algo apresurado.

—¿Es ahora la juventud la que aconseja?

—¡No soy una niña! Soy la única que está aquí para mantener tus posaderas fuera de problemas.

—No soy ninguna tonta.

—No, pero el amor es ciego. Y tú, madre, te encegueces cuando de tu padre se trata.

Había algo de verdad en lo que Marie expresaba. Chelise daría su vida por salvar a Qurong, si Elyon lo requería. Pero su amor por Qurong no la hacía estúpida.

—Está bien, protégeme las posaderas —manifestó Chelise poniendo el corcel a pleno galope—. A este paso no vas a tener esa oportunidad, porque todo habrá acabado cuando lleguemos allá.

Hizo una breve oración, rogándole a Elyon que conservara a todos con vida hasta que ella pudiera aparecer allá y enderezar la situación. Inmediatamente, se reprochó tal arrogancia.

—¿Cuándo llegaremos? —inquirió, exhalando.

—No podemos presionar así a los caballos toda la noche. Al amanecer. En el mejor de los casos.

Gracias a Elyon que habían llevado la fruta sanadora.

11

EL LABORATORIO privado fue construido bajo tierra, y afianzado con hormigón reforzado, a mitad de camino entre los laboratorios de Farmacéutica Raison en Bangkok y la mansión sobre el prado sur. El razonamiento de Monique para escoger el sitio era sencillo: Cualquier ataque sobre el complejo se centraría en los edificios, no en el césped entre ellos. Todas las muestras cruciales se almacenarían en las instalaciones de casi dos mil metros cuadrados donde se realizaban las investigaciones más secretas.

Lo llamaban Zona Cero, sede de algunos de los materiales biológicos potencialmente más destructivos del planeta. La vacuna Raison B para empezar.

Janae hizo pasar por el lector electrónico su tarjeta de seguridad, oyó que se desengranaba la cerradura magnética y regresó a ver a Billy, a quien le sudaba la frente. Los ojos de él la miraron rápidamente y regresaron otra vez a la puerta de metal. La joven la abrió de un empujón y entró en el pasillo.

—Cierra la puerta detrás de ti. Y date prisa. Simplemente porque sea medianoche no quiere decir que seguridad no sepa ya que se ha usado mi tarjeta de entrada. No me sorprendería que mi madre les hubiera dado instrucciones de alertarla cada vez que yo entre.

—¿Tanto desconfía de ti?

—No. Normalmente no. Pero tú estás aquí, ¿no es así? El sabueso pelirrojo que se puede introducir en la mente de las personas.

—Con la sabuesa que usa la lengua para robar las mentes de los hombres —añadió él.

—Lo que sea. Pero él tenía razón.

Billy la siguió por el pasillo, pasando varias puertas donde se guardaban suministros. El pasaje terminaba en otra puerta de acero que requirió de nuevo la tarjeta para permitirles el ingreso. Janae oía la respiración firme de él detrás de ella. Billy la había Presto en tela de juicio no menos de una docena de veces desde la

primera vez que ella sugiriera que los dos se infectaran para presionar a Monique, aunque la obsesión de él por alcanzar los libros de historias era razón suficiente para llevar a cabo la idea.

Después de todo, explicó él, se había criado con esos libros y los había usado. Quizás hasta era responsable de ellos. Él mismo se había forzado hasta los límites, sin encontrar nada más que la tenebrosidad que había llegado a reconocer en su propio corazón. Había afirmado que el temor y el horror vividos durante una docena de años lo habían convertido en un muñeco de trapo a merced de esa tenebrosidad, la cual le andaba de un lado al otro por el cabello, agarrándolo con ambas manos.

La idea de comprender finalmente lo que lo había convertido en el individuo que era, aunque peligrosa, era una posibilidad por la que valía la pena arriesgarse a que Monique les propiciara un tremendo castigo a los dos. En cualquier caso, tal vez solo en la muerte hallaría lo que estaba buscando.

Sin embargo, ¿qué impulsaba a Janae en la misma desesperación? Nada que Billy pudiera verle en la mente. ¿Qué era? Él deseaba saber. ¿Qué?

—Quizás porque tengo esa misma tenebrosidad en mí —especuló ella—. Siempre la he tenido. He odiado mi vida desde la desaparición de mi padre. Esa misma lóbreguez me está llamando. No puedes verla en mi mente porque está mucho más profunda. Yo ni siquiera la comprendo, pero hoy por primera vez, al saber de la sangre y de los libros de historias y de la participación de mi propia madre... me siento viva. Billy. He regresado de los muertos.

—¿Y estás dispuesta a arriesgarte a volver a morir? —cuestionó él.

—Mamá no permitirá eso —contestó ella volviéndose.

—¿Pero y si lo hace?

—Entonces lo hace. Pero no será así. En otro tiempo tal vez fui la hija que ella nunca deseó tener, pero mi madre me ama.

Ella abrió la puerta metálica y dejó entrar a Billy al centro de la instalación: Un laboratorio blanco donde brillaba un centenar de luces de vigilancia. La puerta se cerró suavemente tras ellos, y Janae permitió que Billy analizara el salón por un instante.

Una docena de puestos de trabajo se hallaban bajo luces fluorescentes, perfectamente ordenados con monitores planos de pantalla táctil. Ni un lápiz o pedazo de papel estaba fuera de lugar; ni un clip o una sola pelusa sobre el suelo negro resplandeciente como un espejo.

Monique era obsesiva-compulsiva cuando de investigación se trataba. Dos largos dispensadores de enfriamiento líquido proveían al salón suficiente electricidad computarizada para hacer funcionar el Pentágono, pero mamá controlaba los verdaderos cerebros detrás de lo que sucedía aquí. Ella misma.

No obstante, había poco que su madre supiera y Janae no.

—Aquí es —informó la joven.

—Impresionante. ¿Qué son todas esas máquinas? —preguntó él posando la mirada en una pared donde había un equipo de alto voltaje.

—Nada que tú y yo necesitemos. Magnetómetros, microscopios electrónicos, equipos criogénicos, homogeneizadores... demasiado para explicar ahora. Lo que necesitamos se halla en el sistema de refrigeración sub-cero.

La muchacha fue hasta un pequeño cuarto con el símbolo de una calavera y dos huesos cruzados debajo de un letrero que decía: Cuarentena, pulsó un código en un tablerito, y empujó la ancha puerta de vidrio. Adentro había cuatro camillas con correas contenedoras. Cada una contaba con su propio pulmón artificial, desconectado ahora.

—Así que aquí es —comentó Billy, entrando en el salón al lado de ella.

—No necesitaremos toda la tecnología. Una jeringuilla surtirá efecto. Por cierto, debemos encerrarnos. No podemos arriesgarnos a contaminación adicional, ¿de acuerdo? —declaró ella forzando una sonrisa.

—De acuerdo.

—Intenta relajarte, Billy, por favor. Comprendes el verdadero riesgo aquí, ¿verdad?

—Creo que sí, sí.

—No se trata de mi madre, sino de que lo que me has dicho no sea cierto. Francamente, verte sudar de ese modo me hace dudar.

—Es la verdad —insistió él—. Puede que tu madre te ame, pero ¿cómo sabemos que la sangre existe? Ese es el verdadero riesgo.

—La sangre existe. Lo vi en los ojos de mamá. Como dije antes, no eres el único que puede leer mentes. Mi intuición nunca me ha fallado.

—Entonces deberías saber que te he dicho nada más que la verdad —afirmó Billy.

Janae frunció el ceño. Las manos le hormigueaban con energía, y el hecho de que pareciera reticente solo le añadía ansiedad. La joven salió del salón de cuarentena se dirigió a un panel en la pared y tecleó un código de diez dígitos que se había escrito en la palma: 786947494D. Se encendieron motores a medida que el mecanismo de recuperación escogía la muestra en cuestión.

—¿Es en esa pared?

—Los cimientos, en realidad. Siete metros debajo de nosotros. Allí está todo lo secreto.

El hombre se veía un poco perdido, de pie con sus pantalones vaqueros y su camiseta. Ella se le acercó, se puso en cuclillas y lo besó levemente. Listo para suicidarte, cariño?

Billy alargó la mano derecha por detrás de la cabeza de Janae, la arrimó hacia sí y

la besó largamente. Al despegarse, al chico le relucían sus ojos verdes.

—Lo estoy. Más de lo que sabes.

Interesante. Ahora la reacción que ella había esperado. Quizás había subestimado a su compañero.

Un pitido indicó que la muestra se había soltado. Janae deslizó la puerta de una caja y sacó un tubo de plexiglás que contenía una ampolleta de líquido amarillento. Por hábito le dio un golpecito al tubo con la uña.

—Vacuna Raison B. No se conoce antiviral.

—¿En qué difiere de la vacuna Raison original?

—Bueno, para empezar, mata aproximadamente en un día, no en treinta. No importan los detalles, digamos solo que esta es mucho más resistente en el cuerpo. Estaremos sangrando internamente dentro de una hora. La única gracia salvadora es que como la mayoría de virus, esta vacuna no es de transmisión aérea. Requiere un intercambio de fluido corporal. De ahí que aunque la vacuna B sea más fuerte, no representa la misma amenaza que la primera.

—¿Cuánta requerimos? —indagó él, mirando la ampolleta en los dedos de ella.

—¿Cuánto? La más diminuta gota. Pero no quiero andar jugando. Un centímetro cúbico debería resolver el problema. De todos modos, no sentiremos nada, no después de que actúen los sedantes que tomemos. Estaremos desconectados.

—¿Puedo?

Ella le pasó la muestra, impactada otra vez por el fuego en los brillantes ojos de él. Era como un niño haciendo la fila para un recorrido en un parque de atracciones.

—¿Por qué no dejas que haga esto yo sola? —inquirió Janae quitándole la muestra de la mano y dirigiéndose al salón de cuarentena—. Dudo que mi madre corra algún gran riesgo para salvarte. Soy yo por quien movería cielo y tierra para mantenerme con vida.

—No —manifestó él—. No funciona de ese modo. Lo crucial es lograr meter la sangre de Thomas en nuestra corriente sanguínea. Su sangre es la que nos permitir3 entrar en su mundo.

—El mundo de Thomas, aunque originalmente vino de Denver, Colorado.

—Me refiero al bosque negro. Al futuro, donde lo envié al escribir en el libro de historia. Llámalo como quieras, ese no es el punto. Tu propia madre pudo seguir a Thomas inyectándose un poco de la sangre de él. Ese es el punto. Si estás infectada y ella te inyecta con la sangre de Thomas, llegarás al otro lado, al menos en sueños. No he venido de tan lejos para estar esperando al pie de tu cama y observar que atraviesas sin mí- Si Monique usa la sangre en ti, la usará también en mí, suponiéndose que los dos estaremos infectados.

—No digas que no lo sugerí.

—¿Cómo lo sabrá ella?

—¿Que tú y yo nos hemos infectado? Cuando el técnico residente haga su ronda en la mañana, la llamará. Suponiendo que no le hayan alertado antes que pasé aquí toda la noche.

Janae extrajo una jeringa de la alacena, le puso rápidamente una aguja y la acomodó en una cámara de vidrio de un metro cúbico junto con una botella de sedante y la ampolleta de vacuna Raison B. Cerró la cámara e insertó ambas manos en las mangas que le daban acceso al hermético compartimiento. Billy permaneció a su lado, observando.

La ampolla estaba sellada con una suave goma no filtrable, que ella soltó con un giro firme.

—Helo aquí, Billy. Desagradable, algo desagradable —determinó Janae mientras ponía la ampolla en una bandeja que la mantuvo en posición vertical—. La droga maravillosa que nos llevará a un mundo totalmente nuevo.

—En realidad el virus es el asesino. La sangre de Thomas es la droga.

Sangre. Incluso ahora, frente a la muerte, pensar en la sangre hizo que se acelerase el pulso de Janae.

La muchacha insertó la aguja en la ampolleta de vacuna Raison B, extrajo dos centímetros cúbicos del fluido y repitió una operación similar con el sedante. Cubrió la jeringuilla con un tapón de caucho e hizo girar el frasco, dando a los dos fluidos tiempo de mezclarse. Pudo haber hecho todo esto sin la cámara aislante, pero la obligó el hábito. Siempre había una posibilidad de derrame y de contaminar el salón.

Entonces, cariño. ¿Estás listo para esto? —preguntó ella después de sacar la jeringa de la cámara y de mirar a Billy.

—¿Me recuesto? —respondió él mirando las camillas con sábanas blancas. — Adelante —contestó la chica, y le guiñó un ojo—. Seré considerada.

—Aún no logro descifrarte —expresó él mirándola fijamente a los ojos—. ¿Por qué no estás asustada?

—Thomas encontró a mi madre, y la vida de él cambió para siempre. Ahora hallaste a la hija de ella, y tu vida está a punto de cambiar. Quizás Thomas no sea el único con algo en la sangre.

—Correcto.

—Recuéstate —pidió ella.

Billy se dirigió a la camilla más cercana, se colocó encima y alzó la mirada. Se veía encantador con sus enormes ojos verdes y el cabello rojo despeinado. Un tipo con jeans y camiseta, con zapatos Skechers y piel clara. A Janae se le ocurrió que podría estar teniendo frente a ella el destino del mundo. ¿No es eso lo que habían dicho de Thomas Hunter?

Se inclinó sobre Billy y le acarició los labios con los suyos. Impulsivamente le mordió el labio inferior, y como él no se lo impidió, mordió más fuerte.

El fresco sabor de la sangre de él le hizo sentir un hormiguelo en la lengua. Le sorprendió que él no la apartara bruscamente. En vez de eso se apretó a la boca de ella, y después se recostó tranquilamente.

—Hagámoslo.

—Gira el brazo.

Janae aplicó un torniquete con una goma quirúrgica por encima del codo, con delicadeza rastreó la vena mediana basilica en el interior del brazo, y llevó la aguja hacia la piel. Billy la miró a los ojos.

Luego ella le insertó la aguja en la vena y le introdujo un centímetro cúbico de la vacuna Raison B en la corriente sanguínea.

Daño hecho.

Janae extrajo la aguja y soltó el torniquete.

—Quédate quieto.

Pero ella no estaba pensando tanto en que él se quedara quieto como «n su propia necesidad de seguirlo.

Janae se había extraído sangre más veces de las que podía recordar, y ahora decidió prescindir del torniquete. Un desinfectante era algo ridículo considerando lo que se estaba introduciendo en los brazos. Ahora parecía adecuado compartir la misma aguja, por infectada que estuviera.

Abrió el brazo, halló la débil línea de la vena, introdujo la aguja en la blanca piel y presionó el resto del líquido amarillento dentro de sí misma.

Daño hecho.

Un escozor, nada más.

Volvió a meter la jeringuilla en la cámara de aislamiento, la selló y se colocó en la camilla contigua. El vestido negro se le había levantado, y ella lo estiró hasta cubrirse la mayor parte de los muslos.

—¿Ahora qué? —quiso saber Billy.

—Ahora nos quedamos dormidos y morimos lentamente —contestó ella girando la cabeza y mirándolo.

—Veinticuatro horas.

—Más o menos —declaró ella sintiendo ya los efectos adormecedores del sedante —. Te veré en el otro lado, Billy.

12

THOMAS SE paseaba lentamente a veinte metros del altar, tratando de recordar por qué había permitido que la escena ante él se desarrollara de este modo. A su lado. Mikil y Jamous musitaban su horror, susurrándole en voz baja que hiciera algo, que esto era intolerable, que él había confundido las intenciones de Elyon. Pero no quedaba nada por hacer. Excepto suplicar.

Suplicar que Elyon mostrara misericordia. Que proveyera una vía de escape. Que salvara a Samuel. Que detuviera al vasallo de Teeleh, cuya enfermedad no tenía límites.

Thomas había observado impotente cómo arrastraban a Samuel, casi sin oposición alguna. Su hijo parecía saber que era inútil resistir sin un arma. Mientras lo empujaban hacia el altar, lo desnudaban y lo ataban con los brazos extendidos a los anillos en cada esquina, sus ojos verdes miraban a Thomas de manera implacable.

Todo ese tiempo, esos ojos rojos en el cielo observaban al muchacho. Thomas se había vuelto para no dejarse ver en el rostro la débil determinación frente a tal tragedia.

Pero sería una tragedia solo si Elyon les fallaba, ¿correcto? Y si les fallaba, no había motivo para vivir. Lo único que podía hacer era rogarle a Elyon, y así lo hacía, sin interrupción.

Ba'al estaba parado ante la losa de piedra en perfecto silencio mientras sus sacerdotes amontonaban cuidadosamente leña en una torre a tres metros del altar. Después de impregnar la leña en combustible volvieron a tomar su lugar entre los demás, bamboleándose. Qurong y su general aún se hallaban a horcajadas en los lomos de sus caballos, observando desde treinta metros atrás. Los guturales mantenían sus posiciones en las rocas.

Todo estaba preparado.

—Vas a hacer que lo maten —declaró Mikil en voz baja e insegura. ¿Cómo se atrevía ella a dudar del amor de él por su hijo en un momento como este?

—Si Ba'al fuera a matar a Samuel, ya lo habría hecho. El sujeto no puede proveer un mártir frente a su pueblo. Necesita que su ángel de las tinieblas asome la cabeza—

—¡Ya se ha asomado! —susurró ella, mirando a los shataikis que volaban en círculos por encima en lo alto—. No puedo presenciar esto.

—Entonces sugiero que te unas a mí y ruegues que Elyon también se muestre.

Ba'al se despojó de la túnica y dio un paso al frente, desnudo. Tenía el cuerpo tan surcado de músculos fibrosos que parecían más raíces que carne. El hombre era más enjuto de lo que Thomas había imaginado. En la mano derecha sostenía una larga daga en forma de garra.

El siniestro sacerdote levantó la hoja.

—Querido maestro, ¡oye nuestro clamor! —gimió, mostrando ojos brillantes por las lágrimas que escudriñaban el cielo—. ¡Rescata a tu siervo de este cuerpo de muerte! Yo, que soy tu esclavo, encerrado en tu abrazo, te imploro. Muéstrame tu misericordia.

La respiración de Thomas se hizo más lenta, luego se calmó. Parecía como si Ba'al estuviera orándole a Elyon, como si hubiera aprendido los procedimientos de los guardianes del bosque. Como si fuera un mestizo.

—Oye mi voz, gran dragón —clamó Ba'al—. Una vez conocí a tu enemigo igual que tú, fui traicionado por los míos y abandonado a mi suerte. Pero tú, Teeleh, y tu amada Marsuuv me tuvieron compasión.

El sacerdote clamaba al cielo como un hijo pródigo rogando que le permitieran volver al palacio de su padre.

—Te lo ruego, vuelve a apresarme. Muestra tu gran poder. No permitas que ellos se burlen de mí.

Thomas estaba pendiente de las tergiversadas palabras de Ba'al. La hermandad de sacerdotes había levantado un suave gemido para acompañar el bamboleo que hacían. Uno de ellos caminó al frente y lanzó una antorcha sobre la leña. Se encendieron las "amas, lamiendo el cielo.

Samuel estaba sobre el altar, con el pecho subiéndole y bajándole como fuelle de herrero. El sacerdote que había encendido la hoguera recogió la ropa del muchacho y 'a arrojó a las llamas, clarificando las intenciones que tenían. A donde Samuel iría, ya no necesitaría ropa.

La voz de Ba'al se levantó hasta convertirse en un grito.

—Mátame ahora, o envíame de nuevo al otro mundo donde enviaste al elegido a través de los libros perdidos. ¡Pero no me traiciones! —exclamó estremeciéndose donde estaba, boqueando por falta de aire—. Permite que la tierra de los vivos sepa que tú vives con poder para consumir a todos los que no se inclinen a tus pies.

El grito de Ba'al se abrió paso entre el dolor que asolaba la mente de Thomas. El elegido. Las palabras acarreaban el sonido de conocimiento secreto. ¿Qué sabía del

elegido el siniestro sacerdote, y cuáles eran esos libros perdidos? Alrededor de hogueras a altas horas de la noche se habían oído rumores de siete libros perdidos, pero solo eran habladurías.

Samuel estaba sobre el altar, con el pecho agitándosele por el terror.

—Te ofrecemos nuestra sangre. Bebe y saborea nuestras aguas de vida, señor de la noche —continuó Ba'al—. Devora nuestra ofrenda para ti, el hijo de este idólatra, quien sirve a aquel que te arrojó dentro del abismo.

El gemido de los sacerdotes se convirtió en un aletargado rugido. A una invisible señal, la fila frontal caminó deprisa y se acercó a Ba'al en formación india. El primer sujeto agarró la daga de la mano levantada de Ba'al, besó los dedos del sumo sacerdote, y luego se tajó la muñeca.

Ellos mismos se estaban desangrando.

El sacerdote herido fue hasta el altar y dejó que un poco de su sangre goteara sobre el levantado pecho de Samuel, y después pasó de largo mientras el segundo sacerdote levantaba la daga de Ba'al. También se cortó.

—No voy a mirar —manifestó Mikil, volviéndose de espaldas; pero Jamous y Thomas miraban sin vacilar; después de un momento Mikil se volvió y escupió a un costado—. Elyon nos ha abandonado.

Ba'al suplicaba a Teeleh que tomara a Samuel.

Y Thomas rogaba a Elyon que salvara a su primogénito, cubierto por la sangre de los sacerdotes sobre el altar de Ba'al.

—Este es el final —rezongó Mikil.

—Que así sea —replicó Thomas, mirando—. Pero si este es el final, entonces es el designio de Elyon. ¿Has olvidado quién puso una vez el mundo al revés? ¿Quién nos salvó de las hordas más veces de las que puedes conservar en tu pedacito de memoria? A menos que tengas una oración, mantén la boca cerrada.

—Aquello fue entonces...

— ¡Y esto es hoy! —le gritó—. ¡Ora!

Thomas miró el altar y vio que siete sacerdotes habían derramado su sangre sobre Samuel. Oscuros rastros corrían del pecho de su hijo y se encharcaban sobre la piedra.

Qurong había retrocedido con su general y desaparecido del círculo de guturales. Ahora eran Thomas y Elyon contra Ba'al y Teeleh, un combate de sangre derramada3 contra...

¿Contra qué? ¿Qué llamaría la atención de Elyon? Él los había dejado con un poco de fruta y algunos estanques rojos, y luego pareció haber desaparecido. Ellos podían deshacerse de las enfermas costras de sus cuerpos ahogándose; podían sanar sus cuerpos con la fruta; podían danzar y cantar hasta altas horas de la noche, rememorando el amor de Elyon.

¿Pero dónde estaba Elyon para rescatarlos de las hordas que presionaban de manera incesante? ¿Qué se necesitaría? ¿La sangre de Samuel?

No. No había más necesidad de sangre. Esto se reduciría a la mismísima esencia del desafío que él había lanzado primero. El escenario estaba fijado. O Teeleh tomaría la vida de Samuel, demostrando poder para destruir a los que le pertenecían a Elyon, o Elyon mostraría su poder.

Los sacerdotes gimientes aún traspasaban el altar, tajándose la piel y humedeciendo con la sangre al hijo de Thomas. Ba'al aún seguía parado sobre el escenario, con los blancos brazos extendidos de par en par, sintiendo oculta satisfacción por el cuerpo sangrante de Samuel. Los ojos del religioso resplandecían, redondos, sin pestañear, como los de los shataikis que volaban en círculos por lo alto.

Las negras y sarnosas bestias habían descendido, y Thomas lograba distinguirles las triangulares cabezas. Parecían lobos voladores, envalentonados por los constantes gemidos mediante los cuales les rogaban venir; por la danza de los sacerdotes arrastrando los pies y sacudiendo las campanas en sus túnicas; por la escena de la suave piel del albino cubierta en sangre.

Las heridas que los sacerdotes se habían infligido goteaban lentamente. Sin duda alguna ellos se habían cortado antes para la bestia cuya marca llevaban sobre las frentes.

Thomas dejó que la escena lo inundara, permitiendo que la ira le hirviera sin ton n' son. Esta demostración de maldad no era de las hordas; no era obra de Qurong o de Eram y sus mestizos. El sacrificio de sangre delante de ellos era creación de Teeleh de este espectro llamado Ba'al, que había vivido en el seno de ese demonio. Thomas estaría en su derecho de tomar una espada y degollar al hombre donde se hallaba.

En vez de eso, se tiraba de los pelos y rogaba a Elyon que entrara en razón.

Pero la noche solo se hacía más tenebrosa, los shataikis más abundantes, y las llamas consumían más y más leña. Samuel yacía inmóvil, aparentemente asignado a su destino, pero Thomas tenía un mejor criterio. Si Samuel vivía, su rencor no tendría límites. Pasara lo que pasara, este desafío le costaría caro.

¡Era mucho más! ¡Era demasiado!

Thomas ya no podía mantenerse bajo control. Dio un paso al frente y gritó su amargura.

—¿Es esto lo único que tienes, Ba'al? ¿Solamente esta sangre que derramas sobre mi hijo?

Ba'al no mostró indicios de haber oído la burla. Mikil empezó a dar algo de consejo, pero Thomas la interrumpió.

—Tu dios dragón debe alimentar sus ansias asesinas con más que un balde de sangre —exclamó—. ¡El bebe de la yugular! Está embriagado con la sangre de los fieles de Elyon. Un pequeño goteo de tus animales enfermos y heridos no lo

conseguirá. ¿Es así?

Los gemidos se hicieron más fuertes, unidos al ajeteo de alas batientes en lo alto. Los shataikis se sostenían ahora como casi a un kilómetro en lo alto, un río orgánico de carne podrida, en silencio excepto por el batir de sus alas.

—La bestia requiere un charco de sangre para engañarse creyendo que él también tiene un lago, como los estanques rojos de Elyon —gritó Thomas—. Córtate tú, Ba'al. Drena tu sangre, traidor de todo lo que es santo. Mestizo.

Ante esta última palabra, Ba'al pareció haber salido de su trance. Volvió lentamente la cabeza para mirar a Thomas, como si intentara decidir qué hacer con la acusación de que él era uno de los guardianes del bosque cuando las hordas se apoderaron de los bosques; y que, como todos los mestizos, solo en ese entonces se había convertido en encostrado.

Ba'al sonrió, miró hacia los negros y perturbados murciélagos, y gritó hacia el cielo.

—¡Llévame a casa, Marsuuv! Lléname otra vez con tu gloria. Toma este hijo primogénito como una ofrenda para calmar tu ira.

—¡Más fuerte! —gritó Thomas.

—Está escrito —clamó Ba'al—. Yo soy tu elegido, y los libros serán tuyos. ¡Por sangre entrarás al lugar secreto y reclamarás todo lo que una vez fuera tuyo!

—¡Más fuerte, gusano patético! Más sangre. ¡Vacíate tú mismo!

Las lágrimas bajaban ahora por el rostro de Ba'al mientras hacía la petición a su dios y a su amado Teeleh, y a este shataiki llamado Marsuuv.

—¡Sálvame! —exclamaba el sumo sacerdote tomando bocanadas de aire nocturno, con los ojos cerrados y el cuerpo temblándole de pies a cabeza, como un muchacho atrapado en un aljibe, pidiendo misericordia a gritos—. Sálvame. Sálvame, ¡sálvame por favor!

—Oh, Elyon —susurró Jamous—. Ese hombre es una bestia atormentada.

Por el más breve de los instantes, Thomas sintió lástima por el siniestro sacerdote. Si el tipo era mestizo, entonces una vez había conocido la verdad y la había rechazado para convertirse en parte de las hordas. Pero si Qurong conjeturaba que su sumo sacerdote era mestizo, sin duda lo ejecutaría en el acto. Cualquier posible relación entre el sacerdote y Eram, el enemigo del líder de las hordas, era un riesgo demasiado grande para ser tolerado.

Por otro lado, Qurong era fácilmente engañado por Teeleh. Y sin importar qué más pudiera ser Ba'al, se trataba de un siervo de la bestia. O de Marsuuv, que probablemente era una reina que se sentaba a la mesa ensangrentada de Teeleh.

Los doscientos sacerdotes se habían tajado y en una ocasión habían chorreado la sangre sobre Samuel. Ahora iban por la mitad de la segunda ronda. El bamboleo se había convertido en brincos mientras se unían a Ba'al y gritaban con mayor frenesí.

Ahora los pobres seres no solo goteaban sangre sobre el sacrificio, sino que se inclinaban sobre el cuerpo del muchacho o saltaban sobre el altar para exprimirse chorros de sangre de las venas antes de desplomarse totalmente debilitados.

¿Cuánto tiempo más podrían persistir? Los tajos dejaban de fluir solo cuando los sacerdotes no se escurrían los brazos sobre el cuerpo de Samuel, pero solo era cuestión de tiempo que se desplomaran. Por ahora se tambaleaban, acompañando al flagrante clamor de Ba'al por salvación.

—¡Él no te puede oír! —voceó Thomas.

—Mi señor se ha mostrado a través de sus siervos, pero no hay señal de tu impotente Dios —contestó Ba'al estirando el brazo hacia Thomas y señalando con un dedo acusador—. El dragón del cielo devorará al muchacho. La tribulación que has padecido todos estos años, huyendo del príncipe de este mundo, ha concluido ahora. ¡Te inclinarás o serás consumido!

La autoridad con que el sacerdote vociferó su anuncio hizo que se le revolviera el estómago a Thomas. La última reserva de paciencia se le derritió como hielo bajo candela. Pero en vez de levantar la voz por encima de la disonancia, escogió cuidadosamente las palabras modulando cada una para que no pudiera haber equivocación.

—Elyon se muestra ahora, a todos los que tienen ojos para ver. Él vive a través de mí y a través de aquel a quien intentas matar sobre tu sangriento altar. El dragón trató de matar una vez al Creador, pero Elyon aún vive, en sus siervos, libres de enfermedad. Tú has cometido un error, mestizo. Estás sirviendo al dios equivocado.

—¡Más! —gritó Ba'al volviéndose hacia sus sacerdotes—. Vacíense. Mueran por su señor, gusanos inmundos. Derramen su sangre sobre este hijo antes de que Teeleh mismo los consuma.

Thomas observó con espanto mientras cada uno de los sacerdotes saltaba sobre el altar por tercera vez, tajándose brazos y pechos en total frenesí. Les brotaba sangre de las heridas, que se derramaba sobre Samuel y caía en un foso de un metro de ancho en la base.

Samuel yacía inmóvil, respirando firmemente. Tenía tanto el cabello como el taparrabos empapados de sangre. Cualquiera sin un mejor criterio supondría sin duda alguna que la piel al muchacho se la habían arrancado de los músculos.

Jamous y Mikil miraban para otra parte abrazados, susurrando protestas u oraciones, o ambas cosas.

Pero Thomas no podía apartarse de su hijo. Solo podía mirar a través de ojos llorosos y suplicar compasión a Elyon.

El primer sacerdote en morir se desplomó estando aún sobre el altar, tratando de desangrarse sobre Samuel. No pasaría nada; el tipo no había practicado antes suficiente control de sí mismo. Lanzando un gruñido el sacerdote apretó el brazo

izquierdo con la mano derecha, pero no produjo más sangre.

Ba'al chilló e hizo oscilar la espada. La hoja cortó hábilmente el brazo del hombre en el codo. Chorreó más sangre.

El sujeto se miró en silencio el brazo, intentó mantenerse en pie, luego perdió el equilibrio y rebotó en una de las esquinas del altar, quedando inmóvil en el suelo.

— ¡Sangren! — gritaba Ba'al—. ¡Sangren o yo los desangraré a todos!

Los sacerdotes se encaramaron al altar y ofrecieron su sangre para saciar a la bestia.

Sí, se trataba de su hijo, pero Thomas ya no podía seguir parado mirando. El código del círculo demandaba que a ningún hombre, mujer o niño que sufriera se le debía dejar sufrir solo. Todos se afligirían con el afligido, llorarían con el abatido, y por encima de todo no cerrarían los ojos para proteger sus propios corazones cuando otro padeciera dolor o muerte.

Pero esto... Elyon, Oh, Elyon...

Thomas se apoyó en una rodilla y se estabilizó. Ya no tenía palabras para Elyon. Incluyó la cabeza. Con el primer flujo de lágrimas su determinación desapareció. V sintió que caía bruscamente a tierra. El sufrimiento se le extendía desde el corazón, impidiéndole respirar. Colocó juntas las rodillas, se tendió de costado, y lloró.

Los gemidos de los sacerdotes se abrían paso en medio de la noche mientras se sonreían de pie sobre el altar, ofreciéndose a Teeleh. Entonces Thomas presionó el rostro en tierra y se desconectó del mundo.

Si pudiera retirarse como lo había hecho alguna vez, lo haría. Dormiría aquí y despertaría en otro mundo donde había cambiado la historia. Nueva York. Bangkok. Francia.

Nunca había podido confirmar con certeza qué mundo de sus sueños era real, pero le había servido bien cuando todo parecía totalmente perdido aquí.

Pero soñar solamente lo metería ahora en un mundo lleno de imaginaciones. Había otra manera, él estaba seguro de eso. Otro sendero dentro de la historia. Si solo pudiera saltar al altar, levantar a su hijo y desaparecer allí ahora...

Thomas se detuvo. Estaba aquí en el mundo real, en Ba'al Bek con el siniestro sacerdote y sus doscientos adoradores paganos. Su hijo se hallaba atado a un altar, esperando ver si Teeleh bajaría en picada desde el mar de shataikis apiñados y lo consumiría.

Este era el mundo en que estaba Thomas de Hunter, y era una realidad totalmente fuera de su control. Entonces presionó la cara contra la arena, apretó los húmedos ojos y sacó todo de la mente menos a Elyon.

13

— ¿A QUÉ distancia? —gritó Chelise, palmoteando el caballo mientras ellas resollaban de furia sobre el borde del cañón.

El corcel se deslizó por la pronunciada inclinación, bufando en protesta. Pero los caballos ya estaban acostumbrados a los más abruptos terrenos, y ella dejó que el animal siguiera adelante, inclinándose de espaldas de modo que los hombros descansaron en las ancas del noble bruto.

El jamelgo saltó por el aire a diez pasos del fondo, lanzándose paralelo a la tierra para amortiguar la pendiente. Marie cabalgaba tres zancadas adelante, azotando su jamelgo con una corta correa de cuero.

Los shataikis tenían que estar ciegos para no notar a las dos albinas corriendo por los cañones que subían hacia Ba'al Bek, donde Thomas estaba muerto o a punto de morir. Las negras bestias se habían acomodado sobre la meseta como una tapa suspendida, tan cerca y tan bajo que Chelise les lograba ver los ojos rojos y vacíos.

—¿Cuánto tiempo? —exigió saber Marie.

—¿He estado aquí antes? Tú cabalga.

Cabalgar sin más. Directo a la trampa. Seguía siendo un misterio para Chelise qué podrían tratar de conseguir dos albinas sin nada más que fruta contra una horda de shataikis. Pero no había ninguna posibilidad de cambiar la situación.

Este desafío que Thomas había lanzado tenía más que ver que con la división del círculo. Tenía que ver con cada uno de ellos. De Chelise. De su padre. Aquí, en Ba'al Bek, convergían los mundos de ella, el pasado y el presente. ¡Su padre debía unírsele y unirse al círculo antes que fuera demasiado tarde!

Si ella pudiera lograrlo, su vida estaría llena.

Cada hueso del cuerpo traicionaba su resuelto objetivo mientras azotaba el caballo, haciendo caso omiso a la amenaza que giraba por encima de ellas. Los dedos se le aferraban de las riendas, los músculos le tensaban los tonificados brazos, el cuello se le estiraba hacia adelante mientras el cabello se le sacudía por detrás de la

cabeza. Ahora no había cómo negar su obsesión.

—Chelise...

—¡Cabalga, Marie! Mantén la boca cerrada y corre.

LOS GEMIDOS se estaban desvaneciendo.

Thomas abrió los ojos y miró la arena, oyendo con atención.

La mente no le estaba jugando una broma; casi habían cesado los gritos. Estaba claro que ya no se oía el clamor de Ba'al. ¿Había renunciado el sumo sacerdote, aislándose en su sufrimiento? ¿Cuánto tiempo había pasado?

Thomas levantó la cabeza, irguiéndose del suelo. La escena le quitó el aliento. Había cuerpos esparcidos por tierra, quietos. Solo Ba'al y cuatro sacerdotes se hallaban aún de pie. Los demás habían sangrado hasta morir.

Samuel yacía sobre la espalda, mirando a los shataikis que aún daban vueltas, silenciosos, salvo por la corriente de aire al batir de las alas. La sangre cubría el altar de piedra y llenaba el foso que había en la base.

Ba'al tenía los brazos alzados y los ojos cerrados, y movía los labios.

Uno de los sacerdotes se desplomó de rodillas al lado del altar, con la mano sobre una herida abierta en el pecho, luego cayó de lado con un fuerte impacto. Ba'al no reaccionó. Estaba esperando que todos murieran. Este era el precio que él creía que Teeleh exigía.

Dos más de los sacerdotes se acomodaron en tierra para morir. Luego el último se sentó y miró a Ba'al.

Thomas se puso de pie, rodeado por los doscientos sacerdotes que habían muerto por su siniestro sacerdote y su demonio, Teeleh. Una escalofriante calma se asentó sobre Ba'al Bek. Examinó el borde de la depresión. Ninguna señal de Elyon, pero tampoco había señal de que Teeleh hubiera aceptado el sacrificio de Ba'al.

Qurong y su general se acercaban desde el borde sur en sus monturas, como si también entendieran que se había llegado a un momento trascendental. Pronto le tocaría al comandante de las hordas cumplir las exigencias de Thomas.

El desafío se había reducido a este momento. Era el turno de Thomas. Se le erizaron los pelos del cuello. ¿Y si Elyon no aparecía?

Miró a Ba'al, que aún movía los labios de manera inaudible.

—Has fallado —manifestó Thomas en voz alta.

El siniestro sacerdote abrió los ojos y miró el cuerpo ensangrentado de Samuel.

La escena de su hijo tendido allí... Thomas reprimió una oleada ola de náuseas.

—Has ofrecido a tus sacerdotes como sacrificio de sangre, pero tu dragón no está impresionado.

Ba'al aún tenía la mirada fija en Samuel. El sujeto dio tres pasos, salto al aire

como una agilidad que sorprendió a Thomas, y se puso a horcajadas sobre el muchacho.

—¡Has perdido! —gritó Thomas, dando un paso al frente.

Ba'al levantó el brazo derecho hacia el cielo y se presionó en la muñeca la hoja en forma de garra.

—¡Ahora! —exclamó—. Acepta en este instante la saciedad de lo que demandas mi señor y salvador, Marsuuv.

Entonces movió de un tirón la daga a través de la muñeca.

La sangre del sacerdote fluyó del corte, humedeciendo el estómago de Samuel. El sujeto estaba añadiendo su propia sangre a la de sus sacerdotes. ¿Con qué propósito: ¿Era esto lo que exigía esta reina shataiki llamada Marsuuv?

El cuerpo desnudo de Ba'al comenzó a temblar. Agarró la daga, los tendones de la mano se le tensaron como cuerdas de arco. Los labios se le despegaron sobre dientes apretados, luchando por no gritar.

El sacerdote dobló la cabeza hacia atrás, abrió totalmente la boca hacia el cielo, y dejó escapar un desconcertante grito que empezó más fuerte de lo humanamente posible. Mantuvo el grito en alto, y luego lo bajó más y más hasta convertirlo en un rugido gutural que sacudió la tierra.

Los shataikis comenzaron a chillar.

— ¡Es él! —resopló Mikil—. ¡Es Teeleh! ¡Debemos irnos!

—Padre! —gritó Samuel—. ¿Padre?

—Quédate quieto, Samuel! ¡Espera!

La boca de Ba'al se cerró de golpe. Bajó la cabeza y miró a Thomas con ojos acechantes, uno púrpura, el otro azul. Poseído. La voz le salió en un gruñido gutural que de ningún modo podía ser humano.

—Hola, Thomasssssss... Qué placer conocerte. He oído hablar mucho de ti —expresó, entonces una sonrisa malvada le distorsionó la boca—. Bienvenido a Paradise. Es hora de que lo maléfico salga del cofre...

Luego la cabeza se le sacudió de manera espasmódica.

—...y que Samuel entre en el suyo.

¿Era Teeleh que había poseído a Ba'al? No, Teeleh no, sino la reina a la que Ba'al se había referido. Marsuuv.

—Odiamos a chiquillos llamados Samuel —enunció Ba'al, bajando la mirada hacia el cuerpo ensangrentado—. Acepto esta ofrenda.

Samuel parecía estar hiperventilando. Finalmente se le había hecho añicos la resolución.

—¿Padre?

Ba'al, poseído por Marsuuv, acuchilló tan rápidamente que Thomas apenas supo que se estaba moviendo antes de que la daga cortara el pecho de Samuel, atravesara

el músculo y el hueso, y penetrara la cavidad pulmonar.

La espalda de Samuel se arqueó y el muchacho gritó. Había tardado un instante que el dolor total de la repentina cortada le llegara a la mente, pero ahora que esto había ocurrido, el chico no pudo contener los gritos.

Thomas no se podía mover. A través de Ba'al, Teeleh había contestado el desafío y tomado a Samuel. ¡Esto no podía ser! Elyon no permitiría que destrozaran a su hijo y que se le burlaran. Samuel...

¿Y si Samuel ya no es hijo de Elyon? ¿Y si el chico traicionó a Elyon y ya no es su hijo?

El mundo parecía darle vueltas, y Thomas cayó sobre una rodilla. A su lado, Mikil y Jamous estaban paralizados.

Pero donde Thomas dejó de razonar, profirió con furia la pasión.

—Elyon.

Fue apenas más que un susurro, porque la garganta se le había trabado, pero Thomas estaba gritando.

Ba'al tiró la cabeza hacia atrás, a horcajadas sobre su víctima, y gimiendo al cielo.

—¡Vengan! ¡Vengan y coman!

—Elyon...

Una sección del enjambre de shataikis salió del grupo principal y descendió en picada. Varios cientos cayeron como rocas, los pocos privilegiados, chillando, vampiros voraces y con ansias asesinas en sus corazones. Thomas observó horrorizado mientras las negras y sarnosas bestias chocaban violentamente con los cuerpos sangrantes de doscientos sacerdotes y comenzaban a destrozales la carne con las garras. Mostraban 'Os colmillos como perros y rasgaban la piel, succionando la sangre expuesta, demasiado apurados con su festín como para prestar atención a Thomas. ^a al se paró por encima de todos ellos, con los brazos ampliamente extendidos, ideándose.

—¡Elyon! —exclamó Thomas irguiéndose, entumecido—. Elyon... ¡Elyon!

Dio un paso al frente y gritó. Rogando, protestando, con furia. — —¡Elyon!

—Elyon está muerto —rezongó Ba'al, traspasando a Thomas con la mirada azul y púrpura—. Yo lo maté.

Rodeado por mil shataikis luchando sobre los restos de los sacerdotes caídos, Thomas consideró esta posibilidad por primera vez en una década. ¿Y si fuera cierto? ¿Y si todo aquello por lo que se había esforzado en conservar: El Gran Romance, el amor por las hordas, el abrazo de paz, el ahogamiento...? ¿Y si todo se hubiera ido a pique?

El pánico se apoderó de él a medida que los pensamientos rebotaban en su mente. Y allí, debido a su propia terquedad, yacía Samuel. Muerto.

Thomas avanzó torpemente, sucumbiendo al pánico. Debía llegar hasta su hijo,

tomarlo, llevárselo antes de que esos animales le destrozaran el cuerpo.

Una docena de shataikis giraron y gruñeron, obstaculizándole el paso.

Thomas se detuvo, jadeando. Samuel yacía inmóvil. Ba'al aún se regodeaba.

¿Había perdido? Había perdido el desafío y a su hijo.

Se dejó caer en ambas rodillas y se sentó sobre los talones, cegado por la desesperanza. Los sentidos se le debilitaban, como adobe. Cerró con fuerza los ojos, sollozando. Cuando gritó, el corazón, no la mente, le lanzó las palabras de la boca.

—Elyon... Elyon, ¡no me vuelvas la espalda! Sálvanos —logró decir sosteniendo el puño en el aire y llorando al cielo—. ¡No permitas que se lleven a tu hijo al infierno! ¡Sálvanos!

Thomas respiraba con dificultad y tenía la mente bloqueada, cuando notó que tenía enrojecidos los ojos. O que los párpados que le cubrían los ojos estaban rojos.

Los abrió de golpe, vio encima la luz cegadora, y se echó hacia atrás hasta quedar sentado en el suelo. Al unísono, los shataikis reconocieron el inminente peligro. Chillando se esparcieron en toda dirección, como una bandada de pájaros reaccionando ante un depredador. Los que estaban en tierra lanzaron zarpazos al aire, chillando con cada aleteo. Los que daban vueltas en lo alto se movieron a gran velocidad hacia el horizonte.

La luminosidad descendía del cielo nocturno como una columna de luz solar, pero gruesa, nebulosa y verde fluorescente.

Agua. ¿Agua? ¿Era una columna de niebla descendiendo del cielo?

Una imagen de un lago lleno con el agua verde de Elyon inundó la mente de Thomas; antes de que Teeleh hubiera traído la enfermedad de costras, cuando la Concurrencia se realizaba en las playas de un lago verde. Ninguna palabra podía describir la embriaguez en esas hermosas aguas.

El color de Elyon, verde. Por eso todos los albinos tenían ojos verdes. Por eso los lagos habían sido verdes. Por eso los bosques rompían el escabroso paisaje del desierto con este hermoso color. El color de la vida.

Verde.

La luz verde y radiante descendió hacia el altar. Ba'al se agazapó de miedo con el cuello arqueado hacia atrás, mirando estúpidamente ante el repentino cambio de poder.

Este... este era Elyon. No Elyon mismo, no más de lo que Ba'al era Teeleh, pero este era el poder de Elyon. Y Thomas pudo sentir el poder en su propia piel porque todo el aire en Ba'al Bek estaba cargado de él.

El sumo sacerdote giró y brincó del altar como un gato. Saltó sobre los desnudos cadáveres de sus sacerdotes hacia Qurong, cuyo caballo estaba retrocediendo. Los guturales que habían rodeado el lugar alto estaban teniendo problemas para controlar los corceles. Algunos de los asesinos volvían corriendo para defender a Qurong en el

costado sur de la meseta.

Thomas se giró hacia la acuosa luz verde. La columna se asentó sobre el altar y se detuvo, silenciosa, pero el aire estaba pesado y cargado. Rayos de luz con un matiz verde más oscuro se enrollaban y se retorcían dentro de la columna.

Oyó el suave canto de un niño, débil, como si estuviera incrustado profundamente en el agua. Thomas conocía esta melodía. Y su necesidad de volver a estar en el agua le produjo un estremecimiento en los huesos.

Los halagadores rayos de luz se enroscaron alrededor de Samuel y lo levantaron lentamente de la superficie de piedra de tal modo que la espalda se le arqueó, y los talones y la cabeza le colgaban. El muchacho se suspendió como a medio metro en el aire, rodeado por la traslúcida presencia verde, por este poder natural de Elyon sosteniéndolo.

Thomas deseó correr hacia la luz, la cual él sabía que no podía ser algo tan simple como el agua, y metió la mano. Quiso sentir el poder que había conocido cuando Elyon se les revelaba de este modo todos los días.

Los brazos de Samuel se sacudieron y el pecho se le expandió. Estaba vivo.

—Yo hice lo mismo que tú, Thomas —susurró una voz, no sabía si en su cabeza o audible para todos—. No se puede negar que eres insistente. Las palabras de aprobación le resonaban en la mente.

—El final está cerca, mucho más cerca de lo que has imaginado. Encuentra tu camino de regreso. Lleva al enfermo contigo. Usa los libros que se perdieron —expresó la voz, e hizo una pausa—. He aquí tu hijo.

El cuerpo de Samuel fue liberado por las hebras en la luz verde y cayó sobre la superficie de la roca con un ruido sordo.

—Déjale hacer lo que decida.

Entonces la columna verde se retiró al cielo nocturno, lentamente al principio luego más rápido. Se levantó en un ligero arco hacia el occidente, y entonces desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Después de horas de cantos y tintineos de campanas bajo una ráfaga de viento causada por tanta carne podrida de shataiki, la noche quedó prístina y quieta.

Entonces el sangrante cuerpo de Samuel se irguió y aspiró una bocanada de aire.

Una exclamación recorrió entre los guturales, quienes permanecieron para proteger a Qurong y Ba'al, atónitos por el repentino cambio de los acontecimientos.

—Tú, padre de mi esposa, ¡dinos qué ha sucedido aquí! —exclamó Thomas levantando el brazo y señalando a Qurong.

QURONG PERMANECIÓ sobre el corcel, incapaz de responder a la instrucción del infiel. ¿Debía él explicar lo que acababa de acontecer? ¿Se supone que debía

interpretar estas señales de los cielos y sugerir la siguiente línea de acción? ¿Era él un sacerdote? ¿Había pretendido alguna vez conocer la manera de actuar de Teeleh, de Elyon o de estas malditas criaturas de las tinieblas?

No. Él era un hombre común y corriente que solo sabía dos cosas: Una, que todo el tiempo los caminos de los dioses eran argucias y fraudes, de tal modo que ningún hombre podía conocer de veras esos caminos. Y dos, que aunque ningún hombre podía conocer esos caminos, todos podían entender y entendían las cosas de otra manera.

La manera de la espada.

¿Dónde estaba su esposa cuando la necesitaba? Patricia estaba mejor versada en estas interminables farsas, no porque ella las empleara, sino porque él no lo hacía prefiriendo una pelea directa y desigual por encima de una clara conversación y una falacia. Qurong había seguido esa vía y aún estaba pagando el precio.

—Mi señor, tú debes...

—Silencio, sacerdote —ordenó, y levantó el dorso de la mano hacia Ba'al—. Fallaste.

—No —replicó el hombre temblando—. Mi amo te ha entregado a Thomas. Yo oí su voz. Me habló al estómago. Tienes que eliminarlo.

—¡Déjame! Y por el amor de todos los dioses, ponte un poco de ropa.

—Mi señor, no puedo expresar el precio que pagaremos si...

—¡Fuera!

Ba'al se deshizo de un chorro de negro escupitajo, miró al infiel Thomas, y se alejó del altar. Uno de los veinticuatro sacerdotes que no se había desangrado se le acercó y le puso una túnica morada sobre el esquelético cuerpo. Ba'al estaba desechado.

Pero lo que había manifestado no estaba descartado. Qurong había visto suficiente en los últimos minutos a solas para saber que los poderes detrás de Ba'al y Thomas no solo eran reales, sino que amenazaban la vida.

Más exactamente, el poder que había detrás de Ba'al era peligroso. El otro, la magia verde, aunque impresionante y perturbador, no le pareció tan... mortal.

Qurong enfiló el caballo hacia Thomas y el muchacho, que, después de bajarse del altar, había arrancado la túnica a un sacerdote muerto, y se unía a los otros albinos. Pensar que Thomas era el esposo de la hija que una vez fuera preciosa para él... no había final a la injusticia en este mundo maldito.

Se detuvo a diez metros del hombre. El poderoso Thomas de Hunter, líder de todos los albinos, envenenado por los estanques rojos, enemigo de Teeleh. No parecía tan peligroso sin una espada. Sin indumentaria de combate. La túnica que usaba estaba fabricada de cuero curtido, tal vez cosido por la propia mano de Chelise. El cabello castaño estaba desordenado debido a una larga cabalgada. ¿Qué había

ocurrido que obligara a Thomas a lanzar tal desafío? ¿Estaba perdiendo el control sobre el círculo?

El hijo de ese hombre, Samuel, no había parecido demasiado ansioso por someterse.

—Nuestro acuerdo fue claro —declaró Thomas—. Y ahora el resultado es igual aclaro. Tu hija espera.

Qurong aún no cambiaba la situación.

—¿Quieres que vaya contigo y me ahogue?

—Ese fue nuestro convenio.

—¿A qué se parece eso? ¿A aspirar agua y morir?

—¿Te parezco muerto? Se trata de vida, no de muerte.

—Porque no te ahogas, y no vuelves a la vida. El veneno rojo te deja la piel al descubierto y te nubla la mente. De ahí que tengas unos pocos miles de seguidores tan ingenuos que creen haber tenido alguna clase de ahogamiento y de resurrección. Bueno, imagino que ofrecer esa clase de inmortalidad hace de ti una gran leyenda. Tonterías religiosas.

—Thomas...

Era la mujer albina previniéndolo. Pero Thomas no parecía interesado.

—Pronto lo sabrás, ¿no es así? —expuso Thomas.

—Sí. Sí, desde luego, ese fue el acuerdo.

—¿Dudas que Elyon le haya devuelto la vida a mi hijo aquí en tu altar?

—¿Es eso lo que viste? —objetó Qurong, y miró la masacre—. Es claro que aquí hay poderes en acción que ninguno de nosotros comprende. Pero yo vi más. Mucho más.

—Viste el poder vivificante de Elyon dispersando a cien mil shataikis e infundiendo nueva vida en mi hijo.

—Vi el poder de Teeleh. Y veo que doscientos de sus siervos han sido asesinados. Ahora que has matado a doscientos sacerdotes, si yo fuera a llevarte cautivo ya no te verían como mártir.

—Padre...

Ahora era Samuel quien prevenía.

—Tu hija clama por ti cada día —declaró Thomas tranquilamente, poco molesto por la amenaza directa de Qurong—. Nunca he visto a una hija amar a un padre del modo en que ella te ama.

Las palabras traspasaron como una daga, y por un momento Qurong no supo qué decir. Luego la ira le inundó el corazón.

—No tengo hija.

—¡Ahora!

La mujer y el albino al lado de ella habían exclamado juntos la orden,

inesperadamente, como si la palabra fuera una señal acordada. Thomas giró y corrió detrás de Samuel y los otros, optando por seguir sobre huesos de muertos, directamente hacia los caballos. La velocidad con que los albinos podían moverse nunca dejaba de asombrar a Qurong.

— ¡Deténganlos!

—Viste el poder de aquel a quien servimos —gritó la mujer, saltando sobre uno de los cuatro caballos albinos atados a una estaca.

Hasta Cassak titubeó. Los albinos ya estaban inclinados sobre los cuellos de sus monturas, azotando la grupa de los animales, con el cabello ondeándoles hacia atrás mientras galopaban directo hacia el lejano anillo de rocas. Habían pasado años desde que Qurong persiguiera albinos a campo raso, y verlos huir le clarificó la razón. Se movían al doble, quizás al triple, de velocidad que sus guturales. Sus hombres podrían igualarlos en fortaleza, pero este veloz movimiento era una habilidad que lo asombraba. Algo fantástico.

—¡Tras ellos, idiota! —le vociferó a su general.

—Cierren la brecha —ordenó el hombre como si saliera de un trance—. ¡Tras ellos!

—Los quiero de vuelta, muertos o vivos —gritó Qurong—. ¡O tú o Thomas, Cassak! ¡No recorrí todo este camino para ver magos realizando trucos!

—Comprendido, señor —respondió el general, luego se dirigió a los guerreros detrás de ellos—. Markus, Ceril, bajen por detrás y corten el paso de Mirrado al occidente. Manténganse en terreno alto. Si ellos escapan, Ba'al los decapitará a ustedes.

Los albinos llegaron a las rocas como veinte pasos antes que el primero de los guturales, y pasaron volando el perímetro al doble de la velocidad de los asesinos. Subieron al borde de la depresión y desaparecieron en el oscuro horizonte.

Qurong maldijo en voz alta e hizo volver su caballo. La guardia personal, una docena de corpulentos soldados, esperaba alineada. Ba'al ya había huido al lugar alto, dejando que los buitres o los shataikis, cualquiera que se atreviera a volver más pronto, se alimentaran de los restos de los doscientos cadáveres. El sumo sacerdote rabiaría como un tigre herido y se volvería más peligroso que antes.

Pero no era temor a Ba'al lo que martillaba en la cabeza de Qurong mientras galopaba al sur hacia Ciudad Qurongi. Tampoco era el deseo de agarrar a Thomas y encerrarlo en un profundo foso hasta matarlo de hambre; ni los mestizos eramitas ^e sin duda tramaban su derrocamiento incluso ahora.

Todos estos problemas le gritaban, llamándole la atención, pero ninguno tan fuerte como las siete palabras expresadas por Thomas antes de huir.

Tu hija clama por ti cada día.

14

KARA HUNTER corrió por el pasillo, acalorada, no porque Bangkok fuera una ciudad húmeda a pesar de la época del año, sino porque una bomba le acababa de explotar en el pecho.

Sangre. Más exactamente, la sangre de Thomas.

¿Por qué la vida siempre era cuestión de sangre? La sangre de un cordero expiatorio para borrar el pecado. La sangre de Cristo para beber en memoria. La sangre de inocentes para saciar las ansias asesinas en criaturas nocturnas. La vacuna Raison, acabando con su huésped a través de la corriente sanguínea.

La sangre se había llevado a su hermano, Thomas, al interior de una realidad que lo cambió todo. Ella sabía eso porque lo había seguido, usando esa misma sangre, y lo que descubrió la dejó perpleja.

Cuando todo acabó y el mundo se entregó de lleno a la recuperación, ella y Monique habían escondido un frasquito de esa preciosa sangre. Solo una ampolla, diez centímetros cúbicos para ser exactos. Todo por motivos comprensibles, hasta nobles. Ellas habían tenido prevista cualquier amenaza lógica.

Pero nunca imaginaron que un maníaco pelirrojo llamado Billy pudiera leer las mentes. Peor aún, nunca pensaron que Janae, la propia hija de Monique, se tiraría voluntariamente a un foso de víboras con este extraño de Paradise, Colorado.

¿En qué pudo ella haber estado pensando?

Kara mostró la credencial de identidad al guardia de seguridad vestido de blanco, que utilizó su propia tarjeta de admisión para abrir la pesada puerta de acero hacia el seguro laboratorio. El pasillo terminaba en una segunda puerta, también bajo protección.

—Buenos días, Srta. Hunter. Ella desea que usted se ponga el equipo contra peligros biológicos.

Kara quiso objetar. La vacuna Raison B solo se podía contraer por medio de contacto directo. Sin embargo, asintió y atravesó la puerta de cristal e ingresó a un

salo0 equipado con vestimentas blancas a prueba de riesgos biológicos y una llovizna de humedad química. Se puso una de las batas y unos guantes negros, pero no se molestó en usar el equipo para la cabeza ni en cerrarse la bata. Era prudente una barrera contra contacto accidental, pero no tenía ningún sentido entrar como un oso polar.

Atravesó un estrecho corredor y pasó una segunda puerta de vidrio que se deslizó con un fuerte zumbido. Siete técnicos de laboratorio estaban trabajando, tres en sus estaciones, y cuatro de pie con los brazos cruzados, absortos en una discusión que se acalló cuando Kara atravesó el salón.

Monique estaba fuera del cuarto de cuarentena, con las manos en las caderas, vestida igual que Kara, mirando las camillas en el interior a través de uno de los paneles de cristal. Kara vio las figuras acostadas, vestidas en ropa de calle y no en el típico atuendo de laboratorio. Janae con un vestido negro corto, como era de esperar. Billy usaba la ropa con la que había llegado: pantalones vaqueros y camiseta.

El engreído narcisista.

—¿Cuánto hace? —exigió saber, deteniéndose al lado de Monique.

A diferencia de Thomas, Monique había estado más involucrada en la creación del primer virus que cualquier otra persona viva. La mujer suspiró.

—Basándonos en el cultivo bacteriológico que estamos examinando —informó, y asintió hacia el nítido salón opuesto a este—, calcularía que hace unas ocho horas.

—Por tanto, tenemos tiempo.

—Algo. No mucho. Ella inyectó un centímetro cúbico completo para cada uno.

—¿Qué? ¿Se le fue la cabeza?

Monique solamente la miró, inexpresiva.

—Estúpida pregunta, lo siento.

—¿Fue así? —preguntó Monique, volviendo a mirar a su hija acostada paralela a Billy Rediger.

Ellos yacían sobre sus espaldas, las manos cruzadas sobre los pechos que subían y bajaban al unísono. Perdidos para este mundo.

—El caso es que no creo que Janae haya perdido el juicio —se contestó Monique. — Ella sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Monique apretó la mandíbula, cerró los ojos y los volvió a abrir, aún inexpresiva, es como expresaba desdén por sí misma.

—No puedo creer que permitiéramos que esto ocurriera. —No lo hicimos. Fue ella.

—Debí haber sabido que eran malas noticias en el momento en que ese rufián entró a nuestro ámbito.

—Lo hiciste.

—Debí haber sabido que él era el mismo diablo, capaz de hacer salir lo peor en

Janae.

Se estaba refiriendo a la tontería de Janae de tener mala sangre de parte de su padre. Monique nunca se había sincerado acerca de su aventura amorosa con el hombre que engendrara a Janae y que luego desapareciera, pero siempre que la muchacha hacía algo absurdo o desquiciado, Monique culpaba al bando del padre de la joven. Mala sangre.

—Ella sabía muy bien lo que estaba haciendo —continuó Monique, volviendo a apretar la mandíbula—. A este paso ambos estarán muertos dentro de veinticuatro horas. Tal vez antes.

Kara sintió que debería objetar, volverse hacia su amiga y expresarle su horror ante tal posibilidad. Exigir que usaran inmediatamente la sangre.

En vez de eso solo sintió confusión, así que se quedó callada.

Monique vino a su rescate.

—Tomaron un fuerte sedante para asegurarse de que dormirían en el momento en que la sangre de Thomas hiciera contacto con la de ellos. Janae sabía que yo no iba a poder resistir.

¿Qué estaba diciendo Monique? ¿Que usaría la sangre?

—¿Y por qué debería ella suponer algo diferente? ¿No le he demostrado siempre todo mi amor? Ella es lo único que tengo ahora. Mi hija significa todo para mí.

Los ojos de Monique se llenaron de lágrimas. Kara quiso ponerle la mano en el hombro, pero aún estaba destrozada anímicamente por las emociones conflictivas que le martillaban la mente.

—No existe garantía de que la sangre funcione —comentó Kara.

—No.

—¿Cuáles son los riesgos?

—Los mismos que había la última vez que se abrió una puerta hacia el otro mundo —contestó Monique.

Kara pensó que hablar de eso de manera tan imperturbable frente a una tragedia como esta requería cierta medida de dominio propio. El mundo a duras penas había sobrevivido al último de tales cruces.

—O peores —opinó Kara—. En esa ocasión se trató de Thomas. Ahora se trata de un psíquico desquiciado llamado Billy.

Y Janae, pensó ella, pero no lo dijo.

—Billy y Janae —añadió Monique asintiendo lentamente, manteniendo la mirada en su hija—. Podrían hacer muchísimo daño en una u otra realidad.

—Si logran ir al otro mundo y volver... solo Dios sabe qué magia podrían traer de vuelta para desordenar el equilibrio de poderes. Podrían destruir un mundo.

—Posiblemente no se pueda confiar en ellos.

—No.

Simple. Pero no tan simple en absoluto. Esta de la camilla era la hija de Monique, inhalando lentamente.

—¡Janae sabía exactamente lo que hacía! —susurró Monique, casi sin poderse controlar—. Quizás debimos haber discutido esto con ella. Lo está haciendo por resentimiento.

La científica se enjugó una lágrima que le había caído sobre su mejilla.

—Sabes que no podíamos arriesgarnos a que ella supiera que teníamos la sangre. Pudo haber intentado algo como esto hace mucho tiempo.

—No si no le decíamos dónde estaba escondida. Indonesia está a mucha distancia de aquí.

—Monique —declaró Kara poniendo ahora la mano en el hombro de su amiga—. No te eches la culpa. Janae es una mujer adulta que decide por sí misma. Miles, millones de vidas podrían estar en peligro. Algunas veces... se debe sopesar el riesgo.

—Por favor Kara, no necesito un sermón —replicó Monique mirándola.

La amiga se sintió horrible. ¿Y si fuera Thomas quien estuviera en esa camilla? ¿Qué diría Kara entonces? Deja que se muera, deja morir al tonto. Pero ella ya había cruzado una vez ese camino. Ambas sabían que el instante en que Janae se inyectó el virus había firmado su propio certificado de defunción.

A los sesenta años de edad Kara podía vivir con eso. Había visto a muchos ir y venir en este mundo. Y había pasado algún tiempo en ese otro mundo.

—¿Crees que funcionaría? —indagó Monique, mirando la tranquila figura de su hija.

—No funcionó en la prueba...

—No inyectamos la sangre de él en un cuerpo vivo —interrumpió Monique—. ^° podíamos arriesgarnos a la posibilidad de que el sujeto cruzara al otro lado. Estoy hablando de ir al otro mundo, no de matar el virus.

¿Despertaría en el otro lugar alguien cuya sangre entrara en contacto con la de Thomas?

—Seguramente aún te preguntas cómo sería volver allá —manifestó Monique como si estuviera ida—. Qué está haciendo Thomas. Si estará incluso vivo. Las hordas... los lagos... ¿qué ha sido de todos ellos?

—¿Qué edad tiene? ¿Está casado? ¿Hijos? Todo sucedía allá con mucha rapidez —amplió Kara—. Tal vez todo acabó. Pienso en eso todos los días.

—Nunca lo sabremos —concluyó Monique asintiendo y limpiándose otra lágrima, luego se alejó.

Lo cual era tan bueno como determinar que ella no iba a utilizar la sangre en Janae. Era la decisión adecuada, por supuesto. Janae y Billy solo eran dos vidas. Abrir una rendija dentro de la otra realidad podría ser desastroso. Y ellas lo habían hecho en sí mismas. Kara sintió lástima de Billy, y le disgustaba que Janae, que en

muchas maneras le recordaba a ella misma treinta años atrás, hubiera tomado su vida tan a la ligera. Le había agradado mucho la chica. Una mujer muy animada, muy hermosa, muy inteligente. Qué desperdicio.

Aunque difícil, este era el mejor camino.

—¿Crees que dejarlos morir es asesinato? —inquirió Monique.

15

LOS CORCELES arañaban la pendiente al amanecer, esforzándose por respirar tras el brutal viaje por el terreno lleno de desfiladeros que subía hacia la meseta en Ba'al Bek. Marie había dejado que su madre fuera adelante, pero se le puso al lado cuando se acercaban a la enorme orilla.

Chelise se hallaba jadeante, no de la cabalgata sino de su propio estado de implacable ansiedad. Llegaban demasiado tarde. Cada fibra de su ser le advertía que habían llegado demasiado tarde.

Se habían metido en un profundo cañón una hora antes y habían perdido de vista la masa de shataikis que aleteaba sobre la meseta como una nube de langostas gigantes. Al salir ellas, el cielo estaba vacío de todo menos de estrellas.

Lo cual solo podía significar que el motivo de su venida también había desaparecido.

Pero eso no significaba que Thomas se hubiera ido. Aún podría estar allí, aferrándose a la vida, esperando que ella lo rescatara de la muerte segura, del modo en que él la había rescatado una vez. O tal vez el desafío aún no había empezado. La presencia de Thomas en la tierra sagrada de los shataikis los pudo haber atraído. Quizás podía estar sentado con los otros alrededor de una hoguera, aguardando esta vez mientras Qurong consideraba su desafío. Una docena de situaciones aparentes podían explicar lo que ellas habían visto al acercarse.

—Ten cuidado, Chelise —advirtió Marie—. Podrían vernos si aparecemos de sopetón en lo alto del borde.

Ella tenía razón, pero Chelise no dejaría que el caballo disminuyera la velocidad hasta que estuviera en lo alto de la orilla.

La escena que las recibió casi le paraliza el corazón. Marie susurraba con áspela, lanzándose sobre el caballo hacia el terreno, pero Chelise no podía hacer lo mismo.

La depresión tenía casi un kilómetro de ancho, bajando casi diez metros hacia tierra polvorienta. Un enorme anillo de rocas circundaba el centro, donde se veía un

cubo rectangular de piedra en el gris amanecer.

Un altar. Húmedo con sangre fresca.

Pero fueron los cadáveres los que colmaron de terror el pecho de Chelise. Cientos de cuerpos muertos yacían esparcidos cerca del altar. La invadió la pútrida pestilencia de la enfermedad de los encostrados, agolpándose en sus recargados pulmones.

Ningún indicio de Thomas. Ni de Samuel. Ni del padre de Chelise.

—¡Bajemos! Por el amor de Elyon...

—Se han ido —declaró Chelise; luego repitió, como para convencerse—. Se han ido. Llegamos muy tarde.

—Podría ser una trampa. Allá abajo podría haber guturales.

—No —negó Chelise; pocos conocían las costumbres de las hordas como ella; nadie conocía tan bien la manera de obrar de Qurong como ella—. No, Marie. No, pero veo algo más perturbador.

La mujer espoleó el caballo obligándolo a bajar la ladera, hacia la depresión, ganando velocidad a medida que se acercaba al anillo de rocas. Marie la seguía a distancia en la retaguardia. Chelise bajó la velocidad del corcel solo cuando pasó las grandes rocas que se erguían hacia el cielo.

Aquí la fetidez era casi insoportable, una gruesa niebla de invisible enfermedad de encostrados que le cubrió el rostro como una mordaza. Contuvo el aliento y siguió adelante, examinando la escena por si había algún rastro de evidencia que pudiera darle alguna esperanza.

El siniestro sacerdote, Ba'al, muerto. Piedras chamuscadas o cadáveres calcinados, cualquier cosa.

Pero ninguna señal indicaba que Elyon hubiera castigado a estos sacerdotes, y ninguno de los cadáveres parecía estar vestido de morado, el color que probablemente Ba'al estaría usando.

Y ninguna señal de Thomas o de Samuel.

—Que Elyon tenga misericordia de sus almas —exclamó Marie, poniendo el caballo al lado de Chelise—. Parece que hubieran pasado por una trituradora. Chelise detuvo el jamelgo a dos metros de un cadáver y analizó la matanza.

—Suicidio —concluyó.

—Se hicieron esto ellos mismos?

—Se cortaron las muñecas y se desangraron para aplacar a Teeleh.

—¡Sus cadáveres están despedazados!

—Por shataikis. Mira las marcas de garras en la carne.

¿Dónde estás, Thomas?

Chelise permaneció sobre el noble bruto, tratando de mantener la calma frente al hecho de no haber llegado a tiempo. Levantó la mirada hasta el lejano borde.

¿Qué has hecho, padre?

—Entonces, yo diría que es una buena señal —comentó Marie.

—¿Buena? Lo único bueno de esto es que no sabemos con seguridad si mi amado está muerto. Nada más es bueno.

—Es de mi padre de quien estamos hablando —declaró bruscamente Marie—. Si no está aquí, ¡entonces está vivo! Y si está vivo, entonces está haciendo lo que cree que es correcto.

—No necesito que me digas que está a salvo. El hombre a quien se enfrenta es mi padre, y no sabes nada acerca de él. Qurong tal vez no sea el zorro más astuto del bosque, pero es tan terco como una muía y sigue su corazón. Te puedo asegurar que su corazón desprecia a mi esposo.

—¿Por qué entonces no me lo aclaras? —objetó Marie mirando el ensangrentado altar—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está mi padre? ¿Y qué debemos hacer ahora?

—Aquí ha habido un duelo. Qurong aceptó las condiciones de Thomas, y Ba'al, esa víbora de mi padre, trajo doscientos sacerdotes como obsequio a Teeleh. Vinieron los shataikis, y sin duda Ba'al enloqueció por la bestia. O ganó el desafío y se llevó a Thomas con él, de vuelta a Qurongi, o...

—O falló, y tu padre se llevó de todos modos a mi padre, como predijiste. O papá ganó y huyó cuando Qurong se negó a cumplir con lo acordado.

—Thomas nunca mataría a las hordas.

—¿He dicho matar?

—Si mi padre tenía planeado traicionar a Thomas le habría puesto una trampa expuso Chelise—. Sin armas, ni siquiera Thomas podría escapar.

— A menos que hubiera una distracción.

— Como cuál?

— Como Elyon.

—¿Ves alguna señal de que Elyon haya estado aquí?

— Qué sabemos de las huellas que deja Elyon?

Como fuera, Thomas había desaparecido. Qurong había desaparecido. Chelise n^o tenía deseos de discutir las idas y venidas de Elyon.

Ella rezongó y espoleó el caballo, pinchándole los costados con los talones cuando este la resistió. Condujo el animal por encima de los cadáveres, cacheteándole las ancas para instarlo a acercarse al altar. Sintió náuseas al ver tanta sangre, suficiente para alimentar a mil de las bestias durante un mes. El foso alrededor de la base estaba lleno y rebosando.

En este mismo instante Thomas podría estar en una viva discusión con Qurong, en cadenas, guiado hacia los calabozos. El pensamiento fue suficiente para lacerarle los nervios. No solo estaba en terrible peligro el hombre que amaba más que su propia vida, sino que este se hallaba en manos de Qurong, el otro único hombre adulto por el que ella movería tierra y cielo para salvarlo.

—Thomas está con mi padre —anunció ella—. Y yo me debo a ellos. Él me necesita.

—¿Quién, Thomas o Qurong?

—Los dos. Johan debería buscarme en las mazmorras si no regreso en tres días.

—¿De qué estás hablando? No podemos ir a Qurongi bajo estas circunstancias.

—No vamos a ir. Yo voy. Tú regresarás a la Concurrencia.

—No. No, ¡eso no es admisible! Si insistes en ir, yo voy contigo. ¡Toda esta misión fue idea mía!

—Ellos necesitan saber, Marie. Los tres mil están reunidos, esperando desde que Thomas les lanzó el desafío. Los demás están en camino.

—Ir sola es suicidarse.

—Conozco a las hordas, hija. Tú eres una mestiza que se ahogó antes de saber qué se siente al ser horda. Si alguien puede entrar en Qurongi, esa soy yo.

— No has estado con ellos en diez años.

—¡No discutas conmigo! ¡Gira tu caballo y regresa antes de que los shataikis decidan volver por la carne podrida!

Se miraron por otros diez segundos antes de que Marie alejara la mirada, pero aún con el rostro colorado. Pensar en el largo viaje a casa sin compañía era sin duda un factor.

—Tengo que hacer esto, Marie —explicó Chelise, sorprendida por sentir la intensidad del nudo que le subía a la garganta; ¿cómo podría expresar esto de forma delicada?—. Jake. Él es tan tierno, y tan inocente...

Los ojos se le humedecieron, y alejó la mirada.

—Prométeme...

Marie no contestó inmediatamente, y cuando lo hizo, tenía la voz tranquila.

—No te preocupes por Jake. Él es mi hermano, ¿de acuerdo? Si algo ocurre, cuidaré de él como si fuera mi propio hijo.

— Gracias.

Chelise hizo girar bruscamente el corcel y le golpeó los flancos con tanta fuerza que este salió a toda prisa del altar, sobre los cadáveres. Enfilado hacia el sur. Directo hacia Ciudad Qurongi.

16

HABÍAN PERDIDO a los guturales en los desfiladeros hacia el norte de Ba'al Bek, pero no tan fácilmente. Este general, Cassak, parecía particularmente experto en anticiparse a sus movimientos. El círculo siempre había disfrutado la ventaja de la velocidad en el constante juego de las hordas de buscar y destruir. Esta ventaja sobre las hordas era de alguna manera mitigada por su persistente acoso y su abrumadora cantidad. Sin embargo, el círculo sobrevivía. Pero este general poseía misteriosamente fuertes instintos.

Muy parecido a Ba'al, que había demostrado una extraña familiaridad con partes de las leyendas del círculo. El horror que Thomas sintió al ver a su hijo sobre el altar había sido reemplazado por curiosidad respecto de la oración a Teeleh que hiciera el siniestro sacerdote. Esas palabras en cuanto a los libros exigían más explicación.

Anduvieron por la arena, se abrieron paso por cañones, e instaron a sus caballos a trepar cuevas elevadas solo para bajar en picada por un desfiladero cincuenta metros más adelante, sin discernir a dónde iban solo para salvar sus vidas, lejos de las dos docenas de guerreros armados que los perseguían.

No obstante, los seguía el sonido del golpeteo de cascos.

No obstante, en la mente de Thomas resonaban los gritos de Ba'al.

Entonces Samuel llevó el alazán hacia un punto muerto en la intersección de dos enormes y profundos despeñaderos, cada uno atestado con un montón de rocas del tamaño de los caballos. Levantó la mano para hacer que se detuvieran.

—¿Qué pasa? —exigió saber Mikil—. ¿Por cuál camino?

El joven hizo una seña de silencio con el dedo, escuchando los débiles sonidos de cascos. La hediondez de la enfermedad de encostrados todavía estaba adherida a la sangre seca que aún cubría el cabello, el rostro y el cuerpo de Samuel. La túnica que tomara prestada de uno de los sacerdotes caídos de las hordas, junto con la espada que le quitara a otro, lo hacían parecer horda. Thomas lo prefería medio desnudo desarmado a esto.

El clamor de Ba'al volvió a susurrar en la mente. Envíame de nuevo al otro mundo adonde enviaste al elegido a través de los libros perdidos...

¿Qué podría significar esto? No era posible que se refiriera a volver al otro mundo, como de regreso a las historias. ¿Cómo podría Ba'al saber del otro mundo?

Los libros perdidos debían ser aquellos de los que se hablaba en las leyendas. ¿Podrían ser reales? El solo pensamiento de que aún había una manera de volver a las historias bastaba para que a Thomas se le helara la sangre. Hacía tiempo que soñar solo había servido para llevarlo a una fantasía.

—Se están separando —informó Samuel, bajando la mano—. Cortándonos hacia el oeste donde los desfiladeros se abren hacia el desierto. Ese sería nuestro camino de vuelta.

—El norte nos metería en territorio eramita —advirtió Mikil, observando el largo cañón a la derecha.

—Y las hordas temen a los eramitas.

—Entonces hacia el norte —ordenó Thomas siguiendo la mirada de su hijo—. ¿Conoces esta tierra?

Samuel hizo girar el garañón sin responder y lo espoleó hacia el interior del largo cañón. Ni una sola vez había mirado a su padre a los ojos desde que este lo sacara del altar. Thomas instigó su caballo y siguió con los demás.

Samuel los guió por quince minutos a un paso firme antes de girar a la derecha al interior de un pequeño barranco, de trepar hacia la cima de una meseta, y de detenerse para volver a escuchar.

—Los hemos perdido —notificó Mikil.

—Por ahora —replicó Samuel haciendo girar el corcel en un círculo apretado—. Saben que nos dirigiremos al oeste... y solo hay dos rutas al oeste a través de los cañones.

—Por consiguiente, estarán esperando.

—Este es Cassak, no es cualquier encostrado —opinó Samuel encogiéndose de hombros—. Desde Martyn o Woref no había habido un horda de pura sangre tan astuto como este general.

—Martyn era mestizo —corrigió Thomas.

No es que eso tuviera importancia.

—¿De veras? —preguntó Samuel mirando hacia el norte, volviéndose para mirar a su padre por primera vez, y esa mirada heló a Thomas—. ¿Y en qué me convertiría eso?

—En mi hijo —contestó Thomas—. Albino de pura sangre.

—No lo creo. Ni siquiera creo que sepamos cómo obra esta supuesta enfermedad de las costras. ¿Lo sabes tú?

—Este no es el momento de discutir doctrina.

—¿No? Esto lo dice un hombre que acaba de poner la cabeza de su hijo en el tronco de decapitación para probar su doctrina.

Thomas deseó agarrar a latigazos al muchacho, pero mantuvo el control de las palabras.

—Samuel, sé que lo que acaba de ocurrir no tiene sentido para ti ahora, pero lo tendrá, y cuando esto suceda, tu vida nunca volverá a ser igual. Casi haces que me maten allá atrás!

—Elyon te salvó allá atrás —corrigió Thomas; eso para tranquilizar las cosas—. ¿Tienes la audacia de sentarte aquí y desafiarme después de que aquel de quien dudabas infundiera nueva vida en ti?

—Solo sé lo que sé, padre, y eso no es mucho. Estoy cansado de toda esta especulación. Elyon hizo esto, Elyon hizo aquello. Todo lo bueno se le acredita a este Dios invisible tuyo, y todo lo remotamente maligno se le inculpa a Teeleh.

—¿No viste los shataikis? ¿No observaste a doscientos sacerdotes derramar su sangre sobre ti en adoración a ese maligno? ¿No sentiste la luz verde levantándote del altar? ¿Qué fue eso, mi imaginación?

—Desde luego que vi algo. Pero no lo entiendo más que tú. Así que los shataikis existen; ¿afirmó alguien que no existen? Por tanto, en los cielos hay poder que nos afecta a todos; ¿significa eso que lo comprendamos? Si eso era tan obvio, ¿por qué entonces pusiste a tu hijo sobre un altar para probar tu posición? —inclinó Samuel; sus acusaciones dañaban profundamente, en parte porque tenían mucha autenticidad—. Si la verdad es tan evidente, ¿no la vería con facilidad el mundo entero?

— ¡Cierra esa boca, muchacho! —exclamó Mikil con brusquedad. Déjalo hablar —pidió Thomas levantando una mano—. Al menos se ha ganado ese derecho.

Samuel acercó el caballo al de Thomas, furioso.

—Eso es correcto, padre. Después de que te negaste a levantar una mano para salvarme de esas espadas, lo menos que puedes hacer es dejarme decir mi parte. Bueno, lo haré.

—Esto no es...

—¡Mikil! ¡Él está en su derecho! .—Señor...

—Habla, muchacho. Dinos cuan poco sabemos. Samuel apenas necesitaba que Thomas lo alentara.

—No soy el único que te reta, padre. Este círculo tuyo se está deshaciendo, no por causa mía o de las hordas. Se está derrumbando por dentro. Los rumores y las especulaciones han engendrado una docena de grupos que reclaman saber toda la verdad, y tú ni siquiera sabes cuál es esa verdad, ¿no es eso cierto?

Sí, era cierto.

Samuel levantó un dedo al aire para poner énfasis.

—Algunos dicen que Elyon llegará en las nubes antes de una época de gran

tribulación —explicó, levantando ahora un segundo dedo al aire—. Otros aseguran que solo vendrá después de la época de gran tribulación.

Un tercer dedo.

—Incluso otros afirman que será en la mitad. Otros cuantos dicen que Elyon no muestra el rostro como hiciera antes porque el tiempo de lo sobrenatural ha pasado. Otros más declaran que él se niega a aparecer ante corazones indiferentes.

La división había ido creciendo con el paso de los años, pero hasta ahora no había alertado a Thomas, gracias a Samuel y su cercenada cabeza horda.

El joven prescindió de la cuenta con los dedos y estiró el brazo en exasperación.

—Luego están aquellos que afirman haber visto a Elyon. Detrás de cada árbol, parecería. Pero lo llaman al descubierto y él nunca aparece. Nunca. Son una cantidad de ilusos perdidos en engañosa esperanza.

—¿Y tú qué, Samuel? ¿Dónde está tu esperanza?

—¿Sabes siquiera de dónde viene la enfermedad, padre? —continuó Samuel—. ¿Sabes cómo obran las aguas rojas? ¿Cómo sabes que no se trata más que de una antigua y común enfermedad, y de agua medicinal natural?

Las preguntas rozaban la blasfemia, pero eran el mismísimo centro de la búsqueda del muchacho por significado. Si Thomas hubiera sabido...

Pero el pasado se había ido. La realidad era que Samuel no estaba simplemente confundido respecto de qué senda doctrinal tomar cuando de las hordas se trataba; había perdido por completo su camino.

—¿Has terminado? —inquirió Thomas.

—Para nada. Pero no gastaré saliva de balde. No tienes las respuestas.

—La enfermedad viene de Teeleh. Sus gusanos, la maldad encarnada, como un virus, infiltran la piel, los músculos y la mente, haciendo que la víctima se cierre a la verdad.

—Esa es tu versión.

—Pero Teeleh abomina las aguas de Elyon —continuó Thomas—. Manteníamos lejos a la enfermedad con el baño diario. Esas aguas acababan con el virus de Teeleh. Y cuando las hordas ahogaron a Elyon, las aguas se volvieron rojas. Ahora nos ahogamos como lo hizo Elyon, y nuestra carne se renueva y rechaza el virus de Teeleh, de tal modo que no debemos bañarnos todos los días como antes. ¿Es esto demasiado para que tu mente entienda?

—No sé, padre. Tal vez tengo la mente llena de gusanos. Como los mestizos.

El muchacho resolló por las fosas nasales y apaciguó a su impaciente caballo.

—Lo que sí sé es que ya no puedo seguir a un hombre que se siente justificado poniendo a su propio hijo en subasta por el bien de su círculo.

—Y sin embargo Elyon hizo lo mismo.

—¡Entonces Elyon debería regresar al cielo al que pertenece!

—¡Basta! —exclamó Jamous mirándolos—. Los dos. Estamos en territorio enemigo. Las hordas están allá afuera. Y Eram. Por lo que sabemos, en este mismo instante nuestro enemigo nos está observando.

—¿Enemigo para quién? —objetó Samuel, lanzándole a Thomas una dura mirada—. Parece que mi propia gente piensa de mí como su enemigo. Los mestizos recibirían con agrado a un guerrero como yo.

—No seas ridículo —rebatía Thomas—. Tu ego está lleno de contusiones, pero te presentaré como un héroe cuando regresemos. El círculo te abrazará como a un hijo perdido durante mucho tiempo.

Pero Samuel ya se estaba quitando la ropa del sacerdote.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que me atreva a volver a decirte la verdad? —preguntó, haciéndolos a un lado y alejando luego su caballo.

—No puedes hablar en serio —desafió Mikil—. ¿Qué albino tonto se uniría a los eramitas?

—El albino tonto que sabe que todos los mestizos fueron albinos una vez, guardianes del bosque, despreciados por las hordas tanto como ustedes —replicó Samuel girando en la silla—. El hijo de Thomas Hunter se volverá a unir a los guardianes del bosque.

Thomas estaba tan desconcertado por lo que su hijo estaba sugiriendo que no pudo contestar. Elyon acababa de salvar al muchacho, ¿y ahora Samuel, cubierto en sangre horda, le volvería la espalda al círculo y uniría fuerzas con Eram? El joven lo había pensado detenidamente. Un hombre desnudo sería menos peligroso para los eramitas que uno vestido como sacerdote de las hordas.

El chico debió haber planeado esto. Él y su banda. Ellos lo estaban esperando.

—¡Samuel! ¿Te esperan?

Sin volverse, su hijo puso al caballo a todo galope, se introdujo en el desfiladero del que acababan de salir y galopó al norte, hacia la tierra de los eramitas.

Mikil y Jamous parecían tan perdidos como Thomas. Esto... esto tenía que ser un farol. Las aguas verdes de Elyon acababan de salvar al muchacho, ¡por el amor de Elyon! El joven estaba jugando con ellos para anotarse un punto.

No, Thomas. Vetas venir esto.

—No, esto no. Rebelión, sí. Un espíritu fuerte como el del mismo Thomas, predispuesto a toparse con el peligro, sí. ¿Pero traicionar su propia sangre? ¡Nunca! dio a entender eso —contestó Mikil.

Y Thomas supo que ella tenía razón. Se quedó sentado en el caballo y miró hacia el vacío horizonte, tratando de negarse a creer. Su hijo se había ido.

Por unos instantes, la mente le dio vueltas alrededor de pensamientos vacíos. De haber estado solo habría caído del caballo y llorado en la arena. Pero las hordas los estaban persiguiendo, el círculo esperaba, y...

Thomas soltó las riendas, cerró los ojos, y se esforzó por respirar tranquilo. ¿Qué estaba ocurriendo? Durante la noche debió enfrentar la muerte de su hijo, ¿y habían sobrevivido solo para sufrir esto?

—Samuel está fanfarroneando —opinó Mikil, revocando su posición anterior.

Lo dijo solo para darle esperanza a Thomas, pero falló míseramente.

Samuel tenía razón; todo estaba arruinándose. El final se acercaba. Ba'al sabía algo que ellos desconocían; el sujeto había pedido a los shataikis que salieran de su escondite y saciaran su deseo con más que la propia sangre del sumo sacerdote.

Envíame de nuevo al otro mundo donde enviaste al elegido a través de los libros perdidos...

Thomas abrió los ojos. ¿Qué sabía Ba'al acerca de ese otro mundo?

El elegido. ¿Podrían ser ciertos los rumores de los siete libros originales de historias? ¿Se habían perdido de veras? ¿Había un camino hacia el otro mundo a través de esos libros? ¿Y qué pasaría si Ba'al o Qurong tuvieran los libros en este momento?

—Lo que quiera que estés pensando, no estoy segura de que me guste —declaró Mikil—. He visto antes esa mirada.

—He perdido a mi hijo ante los mestizos. ¿Esperas que me ría?

—No me refería a ira o tristeza

Nadie más que Chelise podía desentrañarlo como Mikil. Juntos habían atravesado las puertas del infierno.

—¿A qué entonces? —exigió saber Thomas. —A esa mirada distante —explicó Mikil.

Thomas miró a lo lejos e intentó pensar detenidamente en alguna estrategia. Nada le vino a la mente.

—No sé qué hacer —confesó él—. Me siento como si me hubiera estado golpeando la cabeza contra un muro de piedra.

—Entonces querrás tratar de hacer algo más —terció Jamous.

—En el pasado...

Thomas dejó que el pensamiento se desvaneciera, atormentando a Mikil.

—No, otra vez eso no, por favor —pidió ella captando la idea.

—¿Tienes una idea mejor? A lo que me refiero es a que cuando me hallaba al borde de mí mismo, entonces la respuesta siempre me esperaba.

—En tus sueños —analizó Mikil.

—Algo así.

—Pero tus sueños ya no funcionan. No de ese modo.

—¿No deberíamos estar buscando un rumbo hacia la seguridad? —cuestionó Jamous exhalando. El líder del círculo le hizo caso omiso. Mikil sabía mucho más que Jamous acerca de los sueños de Thomas. Ella había conocido una vez a una de

las mujeres de esos sueños. Monique. Monique de Raison, de la variedad Raison. Santo Dios. Hasta pensar en esas épocas en que él podía ir y volver con la facilidad del sueño... le pareció ofensivo ahora. Perfectamente absurdo.

Envíame de nuevo al otro mundo... El pulso de Thomas se elevó a un paso firme.

—Eso no significa que el otro mundo no exista. O que yo no sea el único elegido para saltar la brecha.

Mikil lo miró con sus ojazos verdes bien abiertos. Pero no protestó. Y lo haría si no estuviera al menos considerando la idea.

—¿Eres ahora el elegido? —indagó ella.

—Mi hijo tenía razón en algo: Hay mucho que no comprendemos —replicó Thomas después de encoger los hombros.

El líder del círculo miró hacia el norte. Ya no se veía a Samuel. Se había ido con ira en el corazón y amargura en la lengua. No había manera de deshacer eso aquí. Las respuestas que él buscaba se hallaban en algún otro sitio. Quizás en las historias.

En la mente de Thomas crecía rápidamente la urgencia de recuperar esta última década, durante la cual ni una sola vez había encontrado una forma de volver al otro mundo. Miró a Mikil.

—No puedes negarlo, Mikil. Monique vino a ti. Sabes que el otro mundo es real.

Sin respuesta.

—Si hubiera un modo de volver...

—No lo hagas.

—¿Tengo alternativa?

—No hay manera de volver. Y sí, a menos que dejes de respirar, siempre tienes una alternativa.

—Opino que podría haber una forma; y creo que tengo la obligación de hallarla si la hay.

—Esto es una locura.

—¡Se trata de quién soy! —insistió él—. Este es mi camino de búsqueda. Thomas señaló hacia el sur.

— ¡Tú viste a Ba'al! Está en contacto con el mundo de las tinieblas. Traerá de vuelta a este dragón que devorará a la novia de Elyon. Esto es solo el comienzo.

—Entonces el círculo te necesita.

—Y tú viste la mirada en los ojos de Qurong. Ba'al es tan enemigo de él como Eram. Te lo estoy diciendo, Mikil, el mundo se está dirigiendo hacia un momento decisivo diferente a cualquiera que hayamos visto.

—Siempre hemos sabido eso.

—¡Pero es ahora! —gritó, y su caballo se desvió ante el sonido.

—No estamos solos —expresó Jamous, revisando los barrancos—. Controla tu frenesí.

—Dime que no tengo derecho a hacer esto —desafió Thomas aspirando fuertemente.

Mikil se quedó callada.

—¿Qué sugieres exactamente que vas a hacer? —preguntó Jamous volviéndose, confundido—. ;Ir a otro mundo?

—Ir a Ciudad Qurongi —respondió Mikil, mirando a Thomas.

—No puedes hablar en serio.

—Tú también oíste a Ba'al —expuso Thomas mirando sensatamente a Mikil.

—Por supuesto que lo oí —contestó ella apretando la barbilla y mirando hacia el sur, hacia la fortaleza de las hordas—. Así que Ba'al sabe una o dos cosas. ¿Qué debemos hacer, entrar corriendo en su templo y exigirle que nos diga lo que sabe?

—Nosotros no —replicó Thomas—. Yo.

—Sobre mi cadáver —objetó ella frunciendo el entrecejo.

—No, sobre el mío. Ya estoy muerto. Mi hijo me dejó. Dirijo un pueblo que se está destruyendo después de una década de huir y agonizar. Qurong podrá tener un corazón duro, pero sus enemigos lo están presionando, y sus problemas van a empeorar si Samuel se une a los mestizos. Mi suegro necesita desesperadamente un aliado.

—¿El círculo? Quizás los albinos no podamos volver a matar hordas, ¡pero nunca podremos ser aliados de quien nos persigue!

—No, el círculo no. Yo. Haré de Qurong mi aliado.

—Y morirás.

—O moriré en el intento —asintió Thomas.

LA GRAN biblioteca conectaba con el atrio principal, exactamente a lo largo del pasillo de la oficina de Monique en Farmacéutica Raison. Contenía más de diez mil volúmenes, casi la mitad de los cuales eran ediciones de coleccionistas de libros antiguos, y cada una valía una pequeña fortuna. Dichos volúmenes estaban alineados en estantes de caoba de cuatro metros de alto y llegaban hasta el techo. La temperatura y la humedad del salón eran controladas las veinticuatro horas del día por termostatos digitales, uno en cada estante. Se podía decir de todo el salón que era el humidificador más grande del mundo.

Kara venía aquí a menudo con Monique, principalmente para reflexionar en la conexión única que compartían. Hace treinta y cinco años, exactamente después del incidente, Monique había encargado dos diarios verdes idénticos con el mismo título grabado en relieve: Mi libro de historia. Ambas habían escrito sus experiencias, recordando hasta los más pequeños detalles. Luego comparaban sus escritos hasta altas horas de la noche, expandiendo y embelleciendo los relatos como les parecía apropiado, esperando tal vez que estos diarios, igual que los libros de historias de la otra realidad, transformaran de modo mágico las propias realidades que vivían.

Normalmente, los diarios estaban en una caja de seguridad detrás de un cuadro del edificio del Capitolio de Washington. La pintura era importante porque, en primer lugar, era un cuadro de muy poco valor y sin ninguna probabilidad de que se lo llevara algún ladrón. En segundo lugar, mucho del pasado de Thomas estaba vinculado a ese edificio.

Todo había empezado treinta y seis años antes en Denver, Colorado, cuando Thomas había afirmado vivir en una realidad distinta, en el futuro, la cual era producto de sus sueños. Afirmaba que mientras dormía soñaba con historias de la otra Calidad, la verdadera.

Insistía en que nada del mundo de Kara era real.

Su hermana lo había convencido rápidamente de que esta vida era real. Los dos

Se habían criado como niños consentidos del ejército en las Filipinas, y hablaban tagalo para probarlo. Después de veinte años de matrimonio, el padre de ellos, un capellán castrense, había abandonado a la madre de los chicos por una mujer filipina de la mitad de edad de ella.

Kara se había impuesto una educación superior, llegando a convertirse en enfermera, en lo cual tenía mucho éxito. A Thomas no le había ido tan bien. Salió de Filipinas como un conocido y respetado luchador callejero, con malas estadísticas en el campo de fútbol, yendo a parar a Nueva York como un alma perdida que no calzaba en la sociedad. Cuando finalmente se desmoronó, huyó de Nueva York. Se fue a vivir con Kara a Denver, y aceptó un empleo en Java Hut mientras ponía en orden las cosas.

Entonces habían empezado los sueños, una noche a altas horas en Denver, con una sola bala de un silenciador salida de alguna parte. Él afirmó que lo habían estado persiguiendo prestamistas usureros de Nueva York. Pero poco después que Thomas dejara a su hermana por última vez, ella había salido a buscar a dichos usureros, ansiosa de evitar cualquier mala situación, solo para descubrir que esa noche ellos no habían sido los únicos en el callejón.

La identidad de los hombres que habían estado persiguiendo a Thomas treinta y seis años antes quedó como un misterio hasta el día de hoy.

En cuanto a los sueños de él, claro, esa era la inquietud, ¿verdad? ¿Cuan reales eran exactamente? En algún momento Kara había estado segura de que fueron reales. Pero tres décadas después, todo eso parecía poco claro.

Reales o no, los sueños de Thomas acerca de otro mundo habían alterado para siempre la vida de Kara. También la de Monique, pero en muchos niveles ella seguía siendo la misma ingeniera bióloga que fuera cuando Thomas la conoció.

Por otra parte, Kara había descubierto que era casi imposible vivir en los Estados Unidos. Se había recluso en el sureste asiático. Otra vez en la tierra y con la gente que la vio nacer.

De vuelta a la propia historia de Thomas.

Ella nunca se había casado, como sí lo hiciera Monique, temerosa de que cualquier relación pudiera sufrir el mismo destino del de su amiga: Una llama apasionada y devoradora, pero de corta vida. Más bien un cohete que una candela.

Kara no era la Madre Teresa, pero había entregado las últimas tres décadas de su vida a servir a las jóvenes y quebrantadas muchachas de la industria del sexo en Bangkok.

Además había fantaseado. Había fantaseado cómo sería soñar una vez más con la sangre de Thomas. Cómo sería desaparecer de este mundo y despertar en el otro, aunque solo fuera hasta volver a dormirse.

Pero la situación no era tan sencilla. La grandeza nunca fue así de simple.

Monique le había pedido a Kara que la acompañara mientras decidía qué hacer respecto a Janae. Monique se puso de pie y se dirigió al estante que albergaba parte de la colección de Turquía, en que el erudito David Abraham descubriera por primera vez los libros de historias. Desde luego, ella nunca había podido conseguir siquiera un solo volumen de esos libros; y los otros títulos del estante, aunque valiosos y antiguos, no se les podían comparar remotamente.

El enjuto rostro de la bióloga traicionaba la angustia que la había azotado en las últimas ocho horas. Trató de interesarse en los libros pero, al no poder hacerlo, volvió a su asiento donde se acomodó y cruzó las piernas.

—¿Qué haría él? —preguntó Monique volviéndose hacia Kara, que tenía las manos agarradas en la espalda y caminaba de aquí para allá sobre la redonda alfombra anudada a mano bajo la lámpara de cristal en forma de araña—. Contéstame a eso, Kara, y te juro que abandonaré todo el asunto. La dejaré morir...

La voz se le apagó lentamente.

—¿Te refieres a Thomas?

—Porque ella morirá. Los dos morirán en las próximas ocho horas si no aplico la sangre. Podrían morir de todos modos. Tenemos sus vidas en nuestras manos, tú y yo. Sin embargo, ¿qué habría hecho Thomas?

—Mi hermano no siempre hacía lo más lógico.

—Tal vez porque lo más lógico no siempre es lo que debería ser.

—Escúchate —reprendió Kara—. Tú siempre fuiste la fuerte, exigiendo que siguiéramos la más estricta de las políticas.

Monique asintió. Se retocó suavemente una lágrima que le salía del ojo derecho antes de que le manchara el maquillaje.

—Lo único que deseo saber es si crees que Thomas Hunter sacrificaría alguna vez a su hijo o hija por el bien de otros.

Kara pensó en la inquietud.

—Óyeme, Monique. Has sido para mí una hermana tanto como Thomas fue un hermano. Él y yo compartimos la misma madre, pero tú y Thomas comparten el mismo corazón. Y la misma sangre, si consideras el hecho de que entraste al mundo de sus sueños.

—Fue más que un sueño, tú...

—Está bien, lo fue. Mi punto es que estás tan capacitada como yo para contestar tu pregunta.

Pero Monique no lo estaba. De todos modos, en esta realidad ella no era capaz de matar a su propia hija.

—Bueno —continuó Kara yendo hacia la acolchada silla al lado de Monique y dejándose caer; se puso las manos en la solapa, se echó hacia atrás y exhaló—. Ambas sabemos que Thomas probablemente rompería cualquier regla para salvar a su

hijo o a su hija. Así que analicemos esto. Suponiendo... solo suponiendo... que damos a Billy y a Janae una pequeña dosis, ¿qué es lo peor que podría ocurrir?

—Que entren a la otra realidad, y metan las manos en los libros de historias —respondió Monique alzando la mirada—. Solo Dios sabe cuánto daño podrían concebir con el poder de escribir cualquier cosa para hacer que esta ocurra. No me digas por favor que no ves el peligro.

—Solo asegurémonos de que estamos de acuerdo. Todo esto es desconcertante. Volviendo al grano, creo que Thomas habría salvado a su hija sin importarle las consecuencias.

—¿Qué pasos debemos tomar para mitigar cualquier peligro? —continuó Monique sosteniéndole la mirada, ni aceptando ni rechazando exteriormente la idea—. Tenemos considerables recursos a nuestra disposición. Tal vez estamos pensando erradamente acerca de todo esto.

Monique desvió la mirada enfocándola en el espacio. Por algunos momentos la angustiada mujer pareció perdida, pero la neblina que la envolvía dio paso al más débil de los destellos.

—Podríamos recluirlos —dedujo, volviéndose a Kara—. Suponiendo que la sangre los mantenga vivos.

—No existe garantía de eso. Nunca antes se ha intentado. Solo estamos especulando que la sangre de Thomas tendrá algún efecto sobre el virus.

—Nos salvó del virus a ti y a mí antes.

—Así es.

—Está claro que Janae y Billy creen que funcionaría.

—Está bien, suponiendo que la sangre funcione, lo cual esperamos, ellos entran a la otra realidad y regresan para encontrarse encerrados hasta que podamos determinar qué hacer.

—Tal vez no entrarán a la otra realidad. Los ojos hacia esa realidad solo se pueden abrir si creen...

—Es obvio que creen. Están arriesgando sus vidas por la posibilidad de ir y venir.

Monique se alisó la falda con manos nerviosas y luego se restregó las palmas en los brazos de la silla. Al no poder sentarse con serenidad, se levantó, se dirigió rápidamente a la puerta y regresó.

—¿Estás diciendo que en realidad deberíamos hacer esto?

—Estoy diciendo que Thomas lo haría —contestó Kara.

—Y si los mantenemos confinados reduciríamos de manera considerable el riesgo para nuestro mundo.

—Bueno, no, no he dicho eso. Mitigaríamos la amenaza inmediata que podrían representar. Si logran experimentar el otro mundo no lo olvidarán porque les demos una cachetada cuando despierten aquí.

—Entonces los mantenemos encadenados —opinó Monique; la posibilidad de salvar a su hija a cualquier costo la estaba animando—. Mejor viva y encadenada que muerta.

—Quizás. Aún no tenemos el control sobre lo que podrían hacer en la otra realidad. Hasta donde sabemos, podrían hallar un modo de abrir de golpe la brecha entre nuestros mundos.

—Podríamos destruir el resto de la sangre. Sería imposible un viaje de regreso.

—A menos que encuentren otro medio.

—Suponiendo incluso que vayan —replicó Monique—. Aun entonces solo podrían estar allá hasta que despierten. Horas, tal vez un día, no más tiempo más que suficiente para...

—¿Estás a favor de esto o no? —interrumpió bruscamente Monique—. Decídete- Primero dices que Thomas salvaría a su hija, ¿y ahora haces todo lo posible para asegurarte de que yo entienda lo terrible que es esa decisión? ¡No estoy para juegos!

Kara asintió. Si Janae o Billy fueran el hijo que ella nunca tuvo, estaría desesperada.

—Solo deseo tenerlo claro —dijo, y se puso de pie—. ¿Cuánto tiempo se hesitará?

—Podría tener la sangre aquí en cinco horas —contestó Monique tranquilizándose.

—Bien, entonces. Haz la llamada.

Las mujeres se miraron, conscientes de lo trascendental de la decisión que estaban tomando. La sangre era la droga prohibida de ellas, tanto como lo era para Janae y Billy. Probablemente debieron haberla incinerado mucho tiempo antes.

—Salva a tu hija, Monique. Haz la llamada ahora, antes de que sea demasiado tarde.

18

SAMUEL TIRÓ de las riendas y agarró un puñado de aire para señalar que se detuvieran. Sus compañeros Petrus, Jacob y Herum frenaron a la distancia de un caballo. Un buitre solo y obstinado los observaba desde lo alto del barranco adelante y luego batió las alas hacia el cielo para unirse a otros dos que acababan de dejar sus perchas.

Fue algo más, no los albinos, lo que había espantado a las aves.

—Tranquilos, muchachos —expuso Samuel en voz baja—. Nada de movimientos súbitos. Hemos venido como amigos, asegurémonos de que lo sepan.

Los desfiladeros se levantaban verticalmente en tres lados, dejando solo un estrecho sendero para avanzar por el empinado costado, o retirarse por detrás. Samuel se había encontrado con sus hombres, quienes lo habían seguido en secreto como acordaran, luego los había guiado hacia el interior del cañón, sabiendo que este no tenía salida. Solo un tonto se aventuraría tan adentro de territorio eramita. Los rastros de los mestizos casi estaban cubiertos por la arena, solo visibles tal vez para el ojo entrenado. Pero para Jacob, que podía divisar el rastro de un fantasma shataiki sobre un terreno rocoso, la señal le advertía peligro. Cualquier eramita que estuviera patrullando tan lejos de su ciudad principal sería un guerrero, y sin duda estaría perplejo de que esta clase de albinos tontos cayera tan fácilmente en una trampa.

Y de que su líder usara tan solo una capa de sangre seca.

—No me gusta esto —susurró Jacob—. Ellos tienen hábiles arqueros. Somos como ratones en un hueco.

—Ellos son hordas, no gatos. Abre los brazos —ordenó Samuel soltando las riendas y extendiendo los brazos en un gesto de no agresión.

Habían pasado tres horas desde que dejara a Thomas y los otros al borde del territorio eramita. Lo que su padre haría ahora solo era especulación. El hombre era dado a la temeridad, igualada solo por su valor.

Pero esa valentía estaba ahora alineada con una filosofía caduca y agonizante °iue

se aferraba a marchitas esperanzas. Hacía solo tres años Samuel habría retado a cualquier hombre o mujer que hablara a espaldas de su padre. En esa época era más joven e ingenuo, un seguidor ciego como los demás. Mucho de lo que ellos experimentaban se podía explicar como la obra de Elyon.

Pero las realidades de la vida lanzaban dudas sobre esa interpretación. La experiencia de Samuel le había aplastado lenta pero totalmente la aceptación incondicional de todo lo que se le había enseñado. Un año atrás, había despertado de un caprichoso sueño y comprendido que ya no sabía qué creer.

¿Quién podría decir que Elyon no era solo otra fuerza en el mundo de ellos, como la gravedad, los músculos o la espada, manipulada por quienes la usaban?

¿Quién iba a decir que la enfermedad de las costras no era ninguna enfermedad? ¿Y si fuera solo otra condición humana, limpiada por las aguas rojas medicinales?

¿Quién iba a decir que la fruta era un regalo de Elyon? ¿Por qué no simplemente un producto de la tierra con propiedades poderosas?

¿Quién iba a decir que Teeleh era más que otra fuerza, contrarrestando la fuerza llamada Elyon? El bien y el mal absolutos no eran más que elaboradas explicaciones formadas por humanos que debían comprender y ordenar su vida diaria.

¿Quién iba a decir que la fuerza que le había sanado el cuerpo después de que Ba'al lo acuchillara fuera de algún modo distinta de la fuerza que hacía crecer la fruta? Samuel había sido consciente del poder, pero solo como una lejana abstracción, una luz que había desaparecido en el cielo mientras él recuperaba la conciencia. Y los shataikis, aunque espantosos, no parecían tan aterradores a quienes los adoraban. Amarlos sería como amar a las hordas, estas sabandijas encostradas que en cualquier momento demostrarían ser más peligrosas que los shataikis.

Algo estaba claro: Las hordas habían jurado matar a todo albino vivo... hombre, mujer o niño. Eso los convertía en enemigos, una fuerza que no concordaba con Samuel ni con su deseo de vivir en paz. Ya había enfrentado bastante sangre, pero era hora de hablar el único lenguaje que las hordas entendían con absoluta claridad.

La guerra.

Era hora de hacer sangrar a las hordas, y el hecho de que doscientos sacerdotes al servicio de Ba'al se hubieran desangrado por voluntad propia era una extraordinaria señal de que había llegado el momento.

Te mostraré, padre. Verás que al final tengo razón.

— ¡Llévanos a Eram! —gritó Samuel con voz que resonó por el cañón—. ¡Venimos a favor de Eram! Nada.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —susurró Petrus.

—Ya pasamos el tiempo de las especulaciones.

—Estoy esperando, no especulando —objetó Petrus, luego respiró hondo y explicó a gritos la petición de Samuel—. ¡Estamos desarmados, idiotas! Salgan a

reunirse con nosotros. ¡Tenemos un mensaje para Eram!

—Eso es encantador —comentó Jacob.

El primer guerrero horda se dejó ver en lo alto del desafiadero a la izquierda. Era un corpulento combatiente encostrado vestido con uniforme de batalla color bronce, un cruce entre las antiguas túnicas de las hordas y la armadura de los guardianes del bosque, con protectores de cuero atados a muslos, brazos y pecho. Ningún casco le cubría el limpio y grueso cabello negro. Este no tenía rizos enmarañados.

Entonces asomaron los demás a lo largo de la prolongada elevación de terreno, por lo menos cien, dos docenas de ellos armados con arcos sin tensar. Era claro que no veían a los cuatro albinos como una amenaza creíble, sino más bien como animales atrapados para su diversión.

Samuel pensó en que nunca le había dirigido la palabra a un guerrero horda a no ser dándole la espalda mientras huía... excepto más recientemente, con el filo de la espada.

—Saludos.

El líder lo miró hacia abajo por un largo instante, luego giró en la silla y habló con alguien detrás de él. La línea se partió y el cabecilla principal apareció lentamente a la vista, montado en un enorme garañón castaño que meneaba la cabeza intentando quitarse el freno de la boca.

Sin casco. Sin protectores de cuero. El sujeto solo traía una tranquila y casi informal determinación que indicaba confianza suprema, pero seguía siendo tan horda como cualquier otro que Samuel hubiera visto.

Este podría ser el mismísimo Eram. Samuel sintió acelerársele el pulso. La escena fácilmente podría extraerse de una docena de historias de los días de antaño, cuando los guardianes del bosque eran dirigidos por un gran guerrero, Thomas de Hunter.

Solo que este no era Thomas, sino un mestizo que había contraído la condición de encostrado y le había declarado la guerra a Qurong.

—Saludos —repitió Samuel.

—Estás desnudo —expresó el líder—. Yo habría esperado más del hijo del gran guerrero.

¿Sabía el hombre quién era él?

—Mi nombre es Samuel de Hunter. Estos son mis hombres, y venimos en paz.

—¿Paz? ¿Les queda alguna alternativa? Se oyeron risitas de burla.

—Dame una espada y me hallarás menos interesado en la paz —declaró Samuel.

—Entonces serías un tonto.

—Si soy un tonto es porque he dejado a mi padre para unirme a ti en la guerra.

—¿Hablas en serio? Aún más tonto de lo que pensé —expuso el encostrado, y se oyeron más risitas en el barranco—. Pasas muy rápidamente de chivo expiatorio a traidor.

¿Lo habían discernido?

—Estas son mis tierras, muchacho. Mis hombres te han estado observando desde el momento en que la primera ave negra sobrevolaba en lo alto.

—¿Por qué entonces no mataste a Qurong y a Ba'al cuando los tenías?

—Porque, a diferencia de ti, no soy tonto. Nuestro tiempo no ha llegado. Cuando llegue, todo el mundo lo sabrá.

Así que eran ciertos los rumores de que Eram estaba tramando algo.

—He venido a hablar con Eram, el mestizo temido por todas las hordas. Dile a tu jefe que ha llegado el tiempo. Y todo el mundo lo sabe.

El líder escudriñó a Samuel por unos segundos, acallado por la valiente insinuación. Luego hizo girar el caballo y habló en voz baja, como un comandante acostumbrado a ver correr a mil de sus hombres con un simple movimiento de muñeca.

—Tráiganlos.

19

ESTABA ANOCHECIENDO. Thomas de Hunter se balanceaba casi en el tope de un enorme roble, examinando las titilantes luces de Ciudad Qurongi. Había tardado casi todo el día deslizándose con sigilo en su camino al sur, evitando cuidadosamente toda patrulla horda, que eran pocas gracias a la celebración de la Luna Negra.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que mirara con orgullo la selva habitada una vez por los moradores del bosque? Diez años. Mucho había cambiado desde que él huyera de esta ciudad.

Se echó hacia atrás la capucha de la túnica del encostrado que Samuel desechara, y que él había cambiado por su propia túnica. Antes de la época de las hordas, la playa sur del cristalino lago había sido de arena blanca, reservada para las celebraciones nocturnas. La gente de Thomas había defendido los bosques contra los usurpadores ejércitos de Qurong, volviendo siempre victoriosos a este puerto seguro. Era un lugar donde niños con coronas de flores y jóvenes demasiado inexpertos para la guerra corrían por las calles, recibiendo a los guardianes del bosque. Las viviendas eran sencillas pero coloridas. Los habitantes danzaban a menudo hasta altas horas de la noche al son de guitarras, flautas y tambores.

En ese entonces se bañaban juntos en el lago, purificándose de todo rastro de la espantosa enfermedad de las costras.

Pensar que de sus sueños de otro mundo Thomas había traído toda clase de objetos de tecnología avanzada... algo difícilmente imaginable hoy. Una vez él había vivido en dos mundos, despierto aquí mientras soñaba en el otro, y despierto allá cuando soñaba aquí. Allá había amado a una hermana llamada Kara y a una mujer cuyo nombre era Monique.

Si los libros perdidos, como Ba'al los había llamado, existieran de veras...

Volvió a pensar en la ciudad. Excepto por el palacio en el extremo lejano, y el Thrall, Sue se erigía solitario en el costado cercano, prácticamente Ciudad Qurongi no tenía colores. Grises bloques de lodo y piedra sobrepasados por techos de paja

vomitaban humo de las hogueras interiores en que preparaban alimentos. Las hordas aún subsistían de pasteles de trigo, pero en vez de cosechar trigo del desierto como hacían antes, cultivaban trigo verde en los grandes campos despejados de los bosques hacia el sur. La carne era un manjar, reservada principalmente para las clases altas, los sacerdotes y la realeza.

El Thrall se levantaba por encima de la playa del lago, alumbrado por llamas anaranjadas que iluminaban una espiral que se erigía hasta lo alto de tres edificios. Se decía que Ba'al había levantado esta nueva adición, coronada por una imagen de bronce de la serpiente alada. El nuevo anexo que se extendía del muro occidental parecía bastante grande como para albergar a centenares de sacerdotes.

Los libros perdidos estarían en este templo, bajo el ojo atento de Ba'al, o al cuidado de Qurong. Si el siniestro sacerdote tuviera acceso a ellos, sin duda los habría usado.

El pensamiento había cautivado la mente de Thomas en las últimas ocho horas mientras hostigaba el caballo hacia el sur. Si un hombre como Ba'al hallara la manera de entrar al otro mundo... La idea lo hizo estremecer.

Pero aparentemente Ba'al no había usado los libros. La súplica que le hiciera a Teeleh clarificaba que a él no lo habían enviado como a otros. Esto solo podía significar que el sumo sacerdote no tenía los libros.

Qurong debía tenerlos. Suponiendo que existieran, desde luego, lo cual era todo menos seguro.

De cualquier modo, la necesidad de saber había crecido como un monstruo en el interior de Thomas. Tenía la seguridad de que su destino dependía en alguna forma de lo que ocurría en el otro mundo, lo cual también significaba que el destino del círculo estaba ligado al otro mundo. A los libros. Ahora entendía que todo siempre estuvo relacionado con los libros de historias.

—Hola, viejo amigo.

Thomas giró a la derecha, soltándose por un instante del tronco del árbol y asiéndose a unas ramas para afirmarse. Miró directamente a los grandes ojos verdes de un roush de poco más de medio metro de alto.

—Lo siento —se disculpó la peluda criatura cuyos enormes ojos miraban sin parpadear.

Thomas no lograba pronunciar palabra alguna. ¡Es... un roush!

Había pasado mucho tiempo desde que viera uno, incluso empezaba a preguntarse si solo había soñado con las legendarias criaturas que cumplían órdenes de Elyon.

Pero aquí había uno, posado a menos de dos metros, mirando a Thomas como si este fuera un idiota.

—Eres real —logró decir finalmente Thomas.

—Igual que tú. A menos que ahora sea mi turno de soñar.

Entonces reconoció al roush. ¿Podría ser? ¿Michal? ¿Thomas?

—¿Así que... así que eres tú.

—En persona.

—De veras?

—Ahora me estás comenzando a preocupar. Disfrutamos juntos una inmensa historia, y sin embargo parece que dudarás de mi existencia.

—No. Solo que... no nos hemos visto desde hace una eternidad.

—En realidad, ese es mucho tiempo, además del que aún está por venir. Han pasado diez años, creo —expresó, y rió con la lengua—. Ustedes los humanos tienen muy mala memoria.

—Oh, Elyon, ojalá los demás pudieran ver.

—¿Fueron tus ojos abiertos a los shataikis? —preguntó Michal—. ¿No fue así?

—Sí.

—Bien entonces. Ahora me ves. Pero eso no significa que yo no haya estado por ahí.

—No, por supuesto que no —contestó Thomas, deseando abrazar a la criatura, estrecharla en los brazos y hundir el rostro en ese cuello peludo.

Pero entonces él ya no era un chiquillo. ¿O sí? ¿Qué era lo que Elyon solía decir? ¿Soy un león, un cordero, o un niño?

Thomas se colgó de una rama más abajo y se descolgó siete metros hasta el suave suelo del bosque. El roush lo miró hacia abajo, inmóvil, luego lanzó una interjección y saltó al aire. Flotó hasta tierra, extendiendo a lo ancho las alas de delgada piel D'anca.

—¿Has desarrollado temor a las alturas? —inquirió Michal—. Yo...

Eso fue todo lo que el roush atinó a decir. Impulsado por una desesperada necesidad de saber, de tocar y de sentir, Thomas cayó de rodillas, lanzó los brazos alrededor del cuello de la criatura, que apenas era un cuello, apretando el suave torso contra sí.

La sensación de este cuerpo cálido, tan real en sus brazos, lo inundó en tal arranque de emoción que le salieron lágrimas de los ojos. Gozo. Amor. Alivio. Reivindicación y poder.

Samuel estaba equivocado, equivocadísimo.

—Tranquilo, tranquilo. Caramba, la hediondez de esa túnica... por favor, ¡vas a sofocarme!

—Lo siento —se disculpó Thomas echándose hacia atrás y mirando el redondo rostro—. Lo siento.

—Comprendido. No son necesarias las disculpas, pero se aceptan. Me dijeron que te habías disfrazado con esta atroz vestimenta, pero no esperaba tener que usarla —dijo Michal, saltando a su derecha y mirando hacia atrás—. Bien pensado, por cierto.

Te introduciré fácilmente en la ciudad. Lo que me preocupa es cómo sacarte.

—Entonces apruebas lo que estoy haciendo.

—No está a mi alcance aprobar o desaprobar. Estoy aquí simplemente con un mensaje. Pero mientras tanto se me podría persuadir a brindar algún consejo. Es decir, si aún valoras el consejo del roush de Elyon.

—Sería un tonto si no lo hiciera. ¿Ha caído tan bajo tu opinión de los humanos?

El roush arqueó una ceja.

—Pues sí, hemos cometido algunas equivocaciones a lo largo del camino.

—Cometeremos —corrigió Michal—. Cometeremos algunas equivocaciones a lo largo del camino.

—Está bien, cometeremos. Pero seguramente todo esto acabará antes de que nos muramos de viejos.

—¿Es así como piensas? —objetó el roush mirando hacia el bosque—. ¿Que hay un final? ¿Que todo termina cuando mueres?

—No, pero no todo es eterno —explicó Thomas, lo que pareció satisfacer a Michal—. ¿Tienes un mensaje?

Michal miró a Thomas y asintió una vez.

—Los bosques coloridos, igual que Elyon, Hacedor de todo lo bueno, vendrán otra vez —informó como si estuviera recitando poesía—. Este es el inicio y el final pero sigue siendo el principio. Lo primero será lo último y lo último será lo primero—Lo que una vez fue negro será verde. Y lo que una vez fue verde será consumido por las tinieblas. Sigue tu corazón, Thomas, porque el momento ha llegado. Lloro con los que lloran; imploro con quienes ruegan; toca y vuelve a tocar, porque él te dará lo que pidas en ese instante en que todo esté perdido.

Michal respiró hondo y volvió a alejar la mirada.

—Anda al lugar de donde viniste. Crea un camino para que el círculo cumpla con su esperanza.

La noche se silenció. Un ave nocturna graznaba a lo lejos y la brisa hacía susurrar hojas en lo alto.

—¿Es todo?

—¿No es suficiente?

—No. Bueno, sí, lo es, pero no es suficientemente.

—Claro es para quien tiene oídos y oye, es perfectamente claro.

—Entonces explícame.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Se volverá claro con el tiempo. ¿No lo comprendes?

—Comprendo lo que debo comprender —respondió el roush lanzándole una mirada.

—Entonces al menos dime lo que comprendes —pidió Thomas rascándose la cabeza y caminando de un lado al otro—. Me encuentro aquí en un limbo. Acabo de perder un hijo ante los mestizos, el círculo está resquebrajado, los shataikis se han reunido al llamado de Ba'al... ¡mi mundo se está destrozando! Al menos dime cómo salvar a mi hijo.

Michal suspiró y caminó bamboleándose algunos pasos, estabilizándose con un veloz aleteo.

—¿Has oído hablar de los libros perdidos? Así que él tenía razón.

—He oído rumores...

—Son ciertos. Los siete libros originales de historias se perdieron, tres de ellos dentro de la historia.

¿Dentro de la historia? Estaba a punto de exigir a la peluda criatura que explicara cuando Michal continuó.

Es una larga historia, más de lo que necesitas saber. Pero lo que podría ser útil es saber que estos siete libros no son como los demás libros de historias. Con todos los siete alguien podría volver a escribir las reglas que controlan los libros en blanco.

Como una llave.

—Si te parece. Los libros de historias reflejan la verdad de todo lo que ha ocurrido en la historia. Escribes en uno de los numerosos libros en blanco con la fe de un niño, y creas historia. Pero con todos los siete libros originales en realidad se pueden cambiar las reglas que gobiernan los demás libros.

—Y esos siete libros originales ya no están perdidos, a mi entender.

—Fueron hallados por cuatro guerreros...

—Johnis y...

—Esa es otra historia. Pero vinieron a parar aquí, ocultos en la biblioteca privada de Qurong. Por suerte, Ba'al. Michal hizo una pausa como si considerara qué decir, luego continuó— no sabe que el comandante los tiene, o los habría usado hace mucho tiempo.

—¿Usarlos? ¿Para volver a escribir las reglas de los libros?

—No, se necesitan los siete para hacer eso. Qurong tiene seis. Pero con solo cuatro de ellos alguien puede descerrar el cerrojo del tiempo que sujeta la historia y viajar dentro de ella.

El corazón de Thomas palpitó con fuerza. La sugerencia fue inmediatamente clara.

—Así que... ¿puedo usar los cuatro libros para volver a la antigua Tierra?

Michal arqueó una ceja y ofreció una tímida sonrisa. Las palabras susurraron en la mente de Thomas. Anda al lugar de donde viniste. Crea un camino para que el círculo cumpla con su esperanza.

—¿Cómo? ¿Cómo usas estos libros?

—Como estaba diciendo... —expresó Michal y carraspeó—. Una persona puede viajar en la historia si toca con su sangre cuatro libros juntos.

—Cuatro libros —coreó Thomas, levantando cuatro dedos.

—Sí, cuatro libros.

—Que están en posesión de Qurong.

—Sí, que están en posesión de él.

—Qurong los tiene, pero solo Ba'al conoce el poder de los libros.

—Correcto, el comandante los tiene, pero Ba'al ni soñaría en decir lo que sabe respecto de los libros de historias.

—Y si yo me corto y toco cuatro de estos libros entraré a la historia, por así decir. Igual que podía hacer en mis sueños.

—No es del todo igual. Irías físicamente, junto con cualquier cosa en tu posesión.

—¿Físicamente? ¿Quieres decir de veras, zas, ir?

—Sí, zas.

Thomas parpadeó.

—¿Y regresar de la misma manera? Zas. —preguntó y chasqueó los dedos.

—Sí. Zas —contestó Michal chasqueando de manera inaudible con los deditos. .

—¿Y es esto lo que se supone que debo hacer? —inquirió Thomas. so depende de ti. Yo solo soy un mensajero, y no puedo afirmar que el mensaje sea tan claro.

—¿Y cómo se supone que logre hacer volver a mi hijo? Sin Samuel no tengo esperanza.

—¿He dicho que los libros te ayudarían a encontrar a tu hijo? El razonamiento de Thomas se obstruyó.

—¿Estás diciendo que él está perdido? —preguntó, andando de un lado al otro, frenético—. ¡No lo aceptaré! Debe haber una manera de salvar a Samuel.

—Yo no he dicho que no la hubiera. Ve. Y vuelve rápidamente antes de que sea demasiado tarde. Hazlo y quizás salves a tu hijo.

Thomas se pasó las manos por el cabello e intentó pensar claramente. La posibilidad de volver a la historia atraía su mente como un poderoso imán a una bola de acero. Tanto él como las historias estaban inexplicablemente ligados. Tal vez porque en realidad él había venido de Denver, Colorado. De Bangkok. Las historias donde esperaba su hermana, Kara.

—Ten cuidado, Thomas —estaba diciendo Michal detrás de él—. Donde existe una gran esperanza también hay una gran maldad. El momento de Teeleh también ha llegado. La sangre fluirá como un río.

—Sí —contestó él distraídamente—. Por supuesto.

¿Estaría Kara aún viva? ¿Monique? Los libros estaban en poder de Qurong. Había tenido razón en venir por ellos, a pesar del riesgo para sí mismo. Se presentaría una nueva esperanza si lograba poner su sangre sobre los cuatro libros y regresar a la

historia.

Y entonces llegaría el final.

—¿A quién le ha llegado el momento? —indagó, volviéndose—. ¿De qué maldad estás...?

Pero no había ningún roush peludo que lo oyera. Thomas miró hacia arriba pero solo vio ramas vacías. Entonces volvió a mirar alrededor, examinando el bosque. Michal se había ido.

El roush se había dejado ver después de diez años y dijo lo que había venido a decir. En realidad era el principio del fin.

Thomas miró hacia Ciudad Qurongi, donde esperaban los libros perdidos. Respiró hondo, se volvió a poner sobre la cabeza la capucha de la túnica del sacerdote y corrió.

20

THOMAS BAJÓ por el sendero que llevaba al palacio mientras imaginaba cómo caminaría un sacerdote con asuntos urgentes; tenía la cabeza inclinada para ocultar el rostro, las manos dobladas debajo de las largas mangas, y daba rápidos pasitos con los pies. Cuanto más pronto pasara a todo curioso espectador mejor.

La urgencia le venía de los libros. Más específicamente, de la necesidad de regresar a las historias, donde hallaría un camino para todos.

Una vez más, el mundo dependía del aplomo con que tomara cada decisión.

Las palabras de Michal lo obsesionaban mientras se alejaba a grandes zancadas de un guerrero encostrado que lo confundió con un sacerdote y se mantuvo lejos. Lo que una vez fue negro será verde. Y lo que una vez fuera verde será consumido por la tinieblas. Por tanto, después de todos estos años finalmente concluiría la gran búsqueda del corazón de la humanidad. Teeleh o Elyon los ganaría a todos ellos.

Sigue tu corazón, Thomas, porque el momento ha llegado... porque él te dará lo que pida, en ese instante en que todo esté perdido. No tenía idea de qué significaba esto. Solo que se acercaba la hora en que todo parecería perdido, una posibilidad que seguramente justificaría alguna urgencia. Las palabras siguientes del roush difícilmente se podrían confundir.

Anda al lugar de donde viniste. Crea un camino para que el círculo cumpla con su esperanza.

Se acercó a dos guardias en la puerta del palacio. La sangre seca que cubría el atuendo del sacerdote muerto no podía perjudicar las posibilidades de Thomas.

—¡Abran! —exclamó en tono sibilante, levantó una mano, cuidando de mantener la piel escondida debajo de la manga—. Tengo asuntos urgentes de Ba'al.

El guardia de la izquierda se movió hacia el pasador, pero el otro dio un paso adelante.

—¿Espera su excelencia...?

—¡Abre o regreso y traigo al siniestro sacerdote para que conteste tus preguntas!

—No, mi señor —respondió el primero, abriendo la puerta—. La palabra de Ba'al es palabra de Teeleh.

Thomas pasó a toda prisa, sin darles tiempo de mirar debajo de la capucha. Seis guturales estaban ubicados al frente en cada lado del sendero.

—Dejen pasar al siervo de Ba'al —ordenó el guardia.

La sola perspectiva de responder a Ba'al surtió el efecto deseado. Ninguno de los guerreros cuestionó la orden. Mejor aún, el guardia ante la siguiente entrada de madera había oído el mandato y abrió la puerta haciendo una reverencia.

Thomas se apresuró hacia el enorme atrio y se detuvo, el pulso le palpitaba con fuerza. Dos grandes antorchas llameaban en las paredes de lado a lado, inundando el salón con luz anaranjada. A la derecha, un cuenco de polvo de morst se hallaba al lado de algunas frutas. En el centro había una mesa redonda hecha de piedra y adornada con una elevada estatua de la bestia negra, Teeleh.

Pensó en empolvase el rostro con el aromático morst para cubrirse la piel albina, pero no había venido aquí a ocultarse. Al contrario, se echó para atrás la capucha, respiró varias veces para tranquilizarse, y se presentó a todo pulmón.

—¡Patricia, esposa de Qurong, el siervo de Ba'al te invita a oírle un asunto de verdadera urgencia!

La voz resonó por el atrio de piedra y más allá. Una criada apareció en el pasaje abovedado y lo miró con curiosidad. Los ojos se le desorbitaron y emitió un corto chillido antes de salir corriendo, vociferando.

—Patricia, esposa de Qurong, Ba'al demanda tu presencia —repitió Thomas andando a grandes zancadas.

—Entonces venga —contestó impacientemente una mujer—. ¿Cuál es el alboroto? Por el amor de Teeleh, no se quede allá afuera, entre y hable.

Thomas entró a la sala de recepción. Había una larga mesa bajo tres antorchas de bronce suspendidas por correas de cuero. Las paredes estaban decoradas con una docena de cráneos de toros y cabras, pintados en rojo y violeta o enlucidos con pasta de morst. Alrededor de la mesa había sillas fabricadas de hueso con asientos de cuero.

Al instante reconoció a Patricia. Ella tenía un melón amarillo en una mano y una vela negra en la otra, una mujer no tan encumbrada en su propia opinión para ayudar donde veía la necesidad, a pesar de tener docenas de criadas a su disposición. El vestido verde claro le llegaba hasta el suelo, una prenda de mangas largas con un cinturón café. Tenía el cabello trenzado y alisado con el blanco morst, como lo estaban las manos y el rostro. Era insólito que las hordas afirmaran que preferían el olor de su propia piel por encima de la hediondez de la carne albina, pero eran capaces de hacer cualquier cosa para mitigar su propia pestilencia.

—Bien, entonces, hable —expresó la dama levantando la mirada mientras ponía

la vela sobre un pedestal en el extremo opuesto de la mesa—. Usted sabe que yo honro la palabra de...

Se quedó boquiabierta e inmóvil.

—El esposo de tu hija —habló Thomas—. Thomas de Hunter, líder de todos los albinos. Vengo en son de paz.

Ella aún no lograba hallar la voz. Dos guturales con espadas extraídas entraron corriendo al salón, sin duda alertados por la criada.

Thomas encogió la túnica hacia arriba y la dejó caer a lo largo de los pies, extendiendo las manos.

—Estoy desarmado. Diles que retrocedan.

—Déjenos solos —ordenó Patricia después de titubear, ayudándose con un gesto de la mano.

Ninguno se movió. Los gritos de otros se oyeron ahora en los pasillos, alertando una alarma general. Dos de ellos entraron a toda prisa en el salón desde un pasillo lateral y se detuvieron abruptamente en la puerta.

— ¡Váyanse! —vociferó Patricia.

—Mi señora...

—He dicho que nos dejen. ¡O los haré decapitar! A todos ustedes. Retírense.

Ellos se miraron, luego retrocedieron lentamente, susurrando algo acerca de Qurong. Thomas mantuvo la mirada en Patricia, sabiendo ahora que había elegido la presentación adecuada. Como esposo de su hija, él tenía un lugar de importancia para Patricia. Se podría deleitar en torturarlo por separar a la familia, pero no antes de averiguar algunas cosas respecto de su hija.

—He venido de Ba'al Bek, donde Elyon se burló de tu siniestro sacerdote —informó él—. Ahora estoy aquí para apelar a Qurong sin que lo sepa la serpiente esa. Pero temo que él no quiera oír lo que vengo a decir.

—¿Y qué te hace creer que a mí me interesa lo que mi enemigo tenga que decir? —objetó ella dejando el melón sobre la mesa y poniéndose una mano en la cadera.

—Porque a ustedes los despacharon de Ba'al Bek con la cola entre las patas —advirtió Thomas; ¿demasiado fuerte?

—¿Es eso lo que ocurrió? Las perspectivas se amoldan a cómo vemos asuntos místicos. Supe que tuvimos una gran victoria.

—Murieron doscientos sacerdotes. ¿No te lo informaron?

—Te refieres a la ofrenda de Ba'al? Oí decir que Teeleh y sus negras bestias se mostraron ante el mundo. Las calles ya están plagadas de miedo. Pero al final mi hijo se bajó del altar, vivo.

Él no tenía tiempo de persuadirla de lo que ella no había presenciado. Ba'al ya le había dado su propio giro a todo el desbarajuste.

—No importa —continuó él—. Tengo mi propia propuesta para Qurong. Una que

le ayudará a destruir al enemigo a quien teme.

—Te equivocas si crees que Qurong está amenazado por los albinos —replicó Patricia yendo hasta el final de la mesa—. Que te las hayas ingeniado para robar a Chelise no significa que te temamos.

—Yo no soy el enemigo —explicó Thomas—. Ustedes deberían temer a los eremitas y a Ba'al.

Él vio el veloz movimiento en los ojos de Patricia. Continuó antes de que la mujer pudiera concebir una respuesta.

—Mi esposa llora por su padre y por su madre. Nadie tiene un sentimiento más tierno hacia las hordas que ella. Lo que vengo a decir podría salvarlos a todos ustedes. Te ruego que me lleves ante Qurong y lo convenzas de oírme antes de rechazarme.

Ella lo miró torpemente. Durante unos largos segundos ninguno se movió ni habló.

—¿Y cómo está mi hija? —preguntó ella finalmente.

—No tenemos ninguna hija —declaró una voz en el oscuro corredor a la derecha de Thomas.

Qurong entró, vestido con una túnica de cuero, pantalones largos y botas de suela mullida. Sin guardias, sin armas. Era casi treinta centímetros más alto que su esposa, y los brazos desnudos tenían tal vez más del doble del diámetro de los de Thomas. Las Piernas, gruesas como troncos, sin una onza de grasa. El hombre quizás no tuviera la velocidad de Thomas, pero podría matar a un toro con un solo golpe a la cabeza.

El comandante supremo de las hordas levantó una botella de vino tinto y se sirvió un poco en una copa de cristal. Se bebió el contenido en un solo trago largo antes de volver la mirada hacia Thomas, analizándolo por varios segundos.

—Veo que Cassak no logró demostrar su valía —dijo finalmente.

—Al contrario, tu general probó ser mejor que la mayoría. Pero fue una carrera justa. Mi hijo conoce demasiado bien el territorio eremita.

Qurong no contestó nada a esto.

—Te estás preguntando por qué quien se te acaba de escapar en Ba'al Bek se halla ahora ante ti —expresó Thomas.

—Tendrás que disculparnos —manifestó Qurong escupiendo a un lado—. No todos los días una apestosa salamandra se mete a hurtadillas en nuestras cortes.

—¿Qué tal un trago? Hace mucho tiempo que no disfruto un buen vino de las hordas.

El comandante titubeó, luego asintió a su esposa, que sirvió media copa y retrocedió. Thomas fue hasta la mesa y tomó un sorbo del amargo líquido, agradecido de hidratar la garganta reseca a pesar del desagradable sabor.

—Él se ha ganado el derecho a hablar —opinó Patricia.

—Silencio, mujer. Yo decidiré quién tiene qué derechos en mi propia casa —objetó Qurong, y miró a Thomas—. ¿Así que no bastó con llevarte a mi hija? ¿Ahora regresas y tratas de seducir a mi esposa?

—No seas tan... —empezó a decir Patricia fulminándolo con la mirada.

—¡Silencio! —resonó él.

—A pesar de su belleza y encanto, no tengo ninguna intención de seducir a tu esposa más de lo que atraje a tu hija —comentó Thomas—. Simplemente amo a Chelise, como amo a toda la gente... albinos, hordas, mestizos... todos son uno. Pero si no me dejas hablar, quizás no sepas cómo mi hijo Samuel, que se le escapó a Ba'al, está conspirando tu muerte. Mata a esta salamandra albina que apesta en tu palacio, y lo que sé morirá conmigo.

Sin duda, el hombre no era tan tonto como para rechazar esta afirmación, sin considerar la fuente. Qurong frunció el ceño y luego miró a su esposa.

—Déjanos solos. Cierra herméticamente las puertas. No quiero a nadie al alcance del oído.

—¿Cómo está ella? —preguntó Patricia sin dejar de mirar a Thomas. Qurong levantó una mano para detenerlos. Pero cuando Thomas habló, no lo hizo callar.

—Bien. Excelente. Saludable y tan enérgica como nunca —contestó, y le brindo una sonrisa—. Todas las tardes habla de su padre y de su madre, convirtiéndolos a ustedes en héroes en la mente de Jake. A veces me pregunto por qué los dejó a ustedes por Elyon.

—¿Jake? —preguntó Patricia en tono muy quedo cuando Thomas se quedo callado.

—Perdónenme, creí que lo sabían. Jake es el nieto de ustedes.

Muy bien pudo haberles dicho también que ellos acababan de tomar veneno y que solo tenían minutos de vida.

—Déjanos —repitió Qurong en voz baja.

—Yo...

—¡Déjanos!

Esta vez ella se inclinó ante la mano levantada de él, se volvió, y salió del salón, dando órdenes a quienes se hallaban más allá. La puerta se cerró de un portazo, dejando a Qurong y a Thomas solos uno frente al otro.

—Escúchame, albino. Tus ruegos de simpatía podrán conmover corazones de madres, pero toda esta habladuría cae ahora en oídos sordos. Nunca me vuelvas a hablar de esa mujer y de su hijo. ¿Nos entendemos?

—Sí, creo que sí.

—Necesito que estés seguro.

—Entonces sí.

—Si es de guerra de lo que hablas, te daté un minuto para que te expliques. s todo lo que necesito —respondió Thomas.

—Nunca logro descifrarlos a ustedes, fantasmas albinos —opinó finalmente Qurong relajándose; entonces se sirvió más vino y se sentó—. Cualquiera otro enemigo y me sentiría obligado a encadenarte en el momento en que entraste a nuestra ciudad. Pero todos ustedes han olvidado cómo pelear. Apenas eres un hombre.

—Logro ver cómo podrías pensar eso.

—Bien, te has ganado el derecho de hablar —declaró Qurong agitando la mano—. Así que habla.

—Es simple. La única razón de que los eremitas no te hayan aniquilado es que no tienen grandes cantidades. Pero eso está a punto de cambiar. Mi hijo se ha vuelto contra mí y se llevará a la mitad de los albinos para unirse a Eram con el único propósito de emprender la guerra contra ti.

Thomas dejó que el hombre asimilara lo expuesto. Era una exageración atrevida, Pero estaba aquí por los libros, no para ayudar a Qurong. Su único aliado era el miedo del comandante.

—Nada le gustará más a tu sumo sacerdote que verte muerto —siguió presionando Thomas.

—¿Qué sabes tú de Ba'al?

—Dejó vivir a Samuel. ¿Por qué? Porque ha conspirado para arruinarte, y Samuel es su mayor aliado. Una vez que tu cuerpo haya alimentado a una docena de shataikis, intervendrá y controlará toda la tierra: Hordas, albinos y eremitas.

—¡Absurdo! —exclamó Qurong, pero se levantó y fue hasta el extremo de la mesa, claramente preocupado.

—Estás engañado respecto a algunas cosas, Qurong, pero por lo demás eres un hombre prudente. Sin duda ya sabes la mayor parte de esto. Dime que Ba'al no es tu enemigo.

El líder miró hacia la puerta.

—O que Eram no dirige un creciente ejército al que ya no se le puede descartar. O que Samuel no intentaría degollarte si estuviera aquí delante.

—Tu minuto acabó.

—No te he dicho cómo acabar con esta amenaza, de una vez y para siempre. Qurong miró encolerizado.

—No hay final para tu irrespeto. Esta jovencita que solía ser mi hija se pudo haber ahogado, pero yo... —titubeó, y pareció estremecerse—. Yo no soy tan tonto.

—Me estás malinterpretando. No estoy aquí para decirte que te ahogues, sino para decirte cómo derrotar a Eram, Ba'al y Samuel.

—¿Así es la cosa?

—Así es.

El hombre echó otra mirada hacia las puertas para asegurarse de que estaban cerradas.

—Bien entonces —dijo en voz baja—. Habla.

—Mi minuto se acabó.

—Entonces te doy otro.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo he podido estar un paso delante de ti en toda ocasión y por tanto tiempo? ¿Cómo los moradores del bosque fueron siempre los innovadores, haciendo brotar tecnología como si creciera en los cajones? ¿La forja de metales, el uso de ruedas, armas... todo eso, primero a los guardianes del bosque y luego a las hordas a través de tus espías?

—Apúrate —presionó el hombre con el ceño fruncido.

—Era yo. Yo personalmente descubría los secretos hacia estos adelantos.

—¿Y cómo obrará esto con Eram? —objetó Qurong esperando saber más.

—Podemos volver a hacerlo —aclaró Thomas.

—¿Volver a hacer qué?

—Entrar en los libros de historias y rescatar lo que necesitamos para derrotar a Ba'al y a su abominable dios, Teeleh.

—¿Entrar en los libros? —cuestionó Qurong, incrédulo.

Thomas se dejó caer en una silla y cruzó los brazos sobre la mesa.

—No en cualquier libro, naturalmente. En uno de los libros perdidos.

—Ya veo —declaró Qurong asintiendo lentamente—. Has venido aquí para entrar en los libros perdidos. ¿Te has vuelto loco? Esto es peor que las payasadas de Ba'al. No sé nada de libros perdidos ni de esta magia con que intentas seducirme.

Así era. O Qurong tenía los libros o no los tenía.

—No —declaró en voz muy baja Thomas inclinándose al frente—. Tal vez no los conozcas como los libros perdidos. Inicialmente eran siete, el número de la perfección. Pero puede salir un gran poder de solo cuatro de ellos.

Qurong ni siquiera parpadeaba. Tenía todo el rostro inexpresivo como una máscara.

—Los libros perdidos pueden abrir una ventana al interior de un mundo de gran poder y magia, Qurong —continuó Thomas. Ahora el comandante supremo parpadeó.

—¿Sabe Ba'al que tienes esos libros? —preguntó Thomas dejando saber sus intenciones.

La mirada del comandante inspeccionó el salón.

—No me digas que no sabes de qué estoy hablando —presionó Thomas.

—Existen seis libros que he mantenido lejos de él —confesó Qurong en voz muy, pero muy baja—. Cuando vino por primera vez desde el desierto volvió la ciudad patas arriba buscando alguna señal de ellos. Aseguró que necesitaba esos libros con

propósitos ceremoniales. Estos podrían ser los libros...

—¿Seis? Nosotros solo necesitamos cuatro.

—¿Nosotros?

—Tú los tienes, yo sé usarlos. Nosotros.

La perspectiva de volver al otro mundo era ahora tan realista, tan palpable, y tan cercana, que a Thomas le costó trabajo calmar un temblor en la voz.

—No seas tonto —cuestionó el comandante de las hordas—. Somos Qurong y Thomas. No hay dos enemigos más grandes.

—Estás tristemente equivocado, mi señor. La sed de Teeleh y la ira de Elyon harán parecer nuestras diferencias como susurros en la noche. Pero incluso aquí, en tu propio palacio, Ba'al es un enemigo más grande que yo. Como lo es Eram, y ahora Samuel. Al lado de ellos yo solo podría ser tu más íntimo amigo.

—Esto es blasfemia.

—Muéstrame los libros.

—¿Cómo puedo confiar en ti, el mayor engañador de todos?

—¿Porque si no lo haces, morirás —concluyó Thomas con voz tranquila y respirando hondo.

Qurong se quedó en silencio. Sospechoso, pero ya no desafiante. Thomas aclaró la garganta.

—Todos moriremos.

21

BILLY REDIGER era consciente de varios aspectos de su estado de sueño. Sabía que se había lanzado voluntariamente por un abismo de alguna clase, pero en la mente se le cambiaba una y otra vez la exacta naturaleza de ese abismo. En ocasiones caía dentro de un tenebroso hoyo, aferrándose al aire para detener este interminable descenso y pensando que si lograba que le crecieran alas, como las de un gigantesco murciélago, estaría bien.

Luego se veía perseguido por ese mismo murciélago en medio de un bosque negro. Lo acosaba, mordiéndole los talones hasta bajarlo a tirones y atacarle en el cuello con feroces gruñidos.

Pero Billy sabía que estaba soñando. Y soñar era bueno, porque soñar significaba que aún estaba vivo. ¿O no?

Entonces recordó por centésima vez. Había perdido toda sensación de sí mismo, y a pesar de los mejores esfuerzos de Johnny y de Darcy, había huido de Colorado en busca de sí.

En busca del principio. De la verdad detrás de cómo había empezado su propia caída de la gracia. Antes de Marsuvees Black. Antes del enfrentamiento en Paradise. Antes de enterarse que él era el principal de todos los pecadores.

Antes de que hubiera escrito esa primera palabra en el libro de historia mucho tiempo atrás.

La verdad recaía en un hombre llamado Thomas Hunter y lo que quedaba de él: Una ampolleta de su sangre.

Billy debía encontrar la verdad acerca de sí mismo, pero al conocer a Janae de Raison supo que la verdad de ella era su propia verdad. Era su alma gemela. Y supo que la seguiría de ida y vuelta al infierno. Lo cual era exactamente lo que estaba haciendo, tendido en esa camilla: Siguiéndola al infierno.

Y con la esperanza de volver.

El murmullo de voces interrumpió el estado de somnolencia de Billy.

—No se necesita tanto...

La voz parecía como si viniera del borde de un lejano desfiladero.

—No lo sabemos. No sabemos nada acerca de cómo funcionará esto.

Entonces Billy lo supo. El escozor en el brazo no era Janae. La madre de ella, Monique, estaba inyectándole con una nueva aguja. Lo estaban haciendo.

Janae, querida Janae... tu juego valió la pena. En este mismo instante les estaban inyectando la sangre de Thomas.

— ¡Pulso en aumento!

Desde luego, el pulso de él estaba aumentando.

¿Y si despiertas, Billy? ¿Y si no estás soñando cuando la sangre entre en contacto con la tuya? ¿Y si Janae va pero tú no?

Comenzó a entrar en pánico.

Pulso 158, y en aumento...

Billy saltó desde un despeñadero y estuvo pensando en murciélagos negros que lo perseguían en las tinieblas. En descenso, en descenso. Más profundo, aun más profundo, dentro del tenebroso remolino allá abajo.

Las tinieblas lo sofocaban. Lo tragaban con dolor. Gritó y supo que ellas lo podían oír.

22

KARA HUNTER se llevó instintivamente las manos a los oídos cuando el grito salió de Billy mientras se le arqueaba la espalda. Igual que Janae, el cuerpo de él había comenzado a amarotarse mientras le sangraban los vasos capilares cerca de la piel, destrozados por la vacuna Raison B. El deterioro no había avanzado tan tapidamente como Kara temía, pero ambos estaban muriendo ahora a un paso acelerado.

Billy volvió a quedar de espaldas sobre la camilla, y en silencio, excepto por el fuerte sonido de su entrecortada respiración.

—Pulso 168 —anunció Monique tranquilamente.

Ya habían inyectado medio centímetro cúbico de la sangre de Thomas en la vena de Janae, y aunque ella también jadeaba, no había reaccionado con tanta violencia.

—Dios mío, está funcionando —comentó Kara—. Está...

Monique extrajo rápidamente la aguja y no taponó el punto de inserción con una gaza como había hecho con Janae. Se filtró sangre por la diminuta herida.

—Es demasiado pronto para saberlo —advirtió.

—No, quiero decir que él está allí —contestó Kara con voz resquebrajada, y continuó en un susurro—. ¡Billy está en el mundo de Thomas!

—Seguramente no podemos saber eso —replicó Monique.

—Él está allí! Míralo.

Billy se había vuelto tan blanco como las paredes, la boca totalmente abierta, las venas del cuello sobresaliéndosele como cuerdas. Los ojos desorbitados miraban al techo, pero Kara sabía por qué lo decía. Billy no estaba viendo el techo.

Se estaba viendo él mismo o a alguien como él en otro mundo.

UN RESPLANDOR anaranjado centelleó en las tinieblas y Billy cerró la boca. Contuvo el aliento.

Pero respiraba tranquilo, mirando un muro de piedra con dos velas negras que brillaban a cada lado de un espejo tosco y jaspeado de negro. Él... ¿Era esto? ¿Lo había logrado?

La imagen de un individuo sin espíritu, quizás muerto, lo miraba desde el espejo. Dio la vuelta para ver quién se hallaba detrás. Nadie.

Se hallaba solo en un salón, cuyas paredes esculpidas en piedra las iluminaban dos grandes antorchas. Antiguos libros alineados en un estante a lo largo de una pared en que dominaba un altar manchado por sangre tanto humana como de bestia. Era un arca de pacto, protegida en ambos extremos por la serpiente alada, Teeleh.

Billy sabía todo esto porque se encontraba en su propia biblioteca.

A la izquierda se hallaba el escritorio, tallado en un solo tronco sacado del bosque negro. Marsuuv, la reina shataiki que lo había confinado a una jaula, le había permitido tomar el árbol.

Esto también lo sabía, como si esta fuera su propia historia. Pero eso era imposible, porque también sabía que era Billy Rediger, de Colorado, EE.UU. Eres tanto Billy como Ba'al. Ba'al. Soy Ba'al. Se deleitó en el nombre.

Entonces la mente se le inundó con toda la verdad, y debió estirar la mano y afirmarse en la silla del escritorio para mantenerse erguido.

Supo quién era, y lo que había hecho aquí en este mundo. ¿Por qué era quien era?

—Soy tuyo —susurró Ba'al... susurró Billy, que estaba en el cuerpo de Ba'al. — Mi reina, Marsuuv, soy tu único amado, y moriré para demostrar mi valía.

La voz de Ba'al era chirriante y aguda, apenas más que un susurro, pero aquí en la biblioteca subterránea vibraba como el silbido de una serpiente. La mente de Billy florecía con la naturaleza de las reinas shataikis. Teeleh y sus reinas ansiaban ser amados, como Elyon también era amado. Ellas no estaban dotadas de sexualidad pero sí de absoluta lealtad y servidumbre. Ser el amante de una reina significaba arrojar la vida a los pies de ella.

Billy se volvió para mirar el salón. Había dos libros sobre el escritorio. Libros de historias. Estos eran una fracción de todos los volúmenes que relataban las narraciones de la historia, un recordatorio de todo lo que aconteciera alguna vez en las crónicas humanas. Estos dos ya estaban llenos con hechos. No tenían el poder de un libro en blanco, el cual se podía usar para crear historia, pero al verlos se le calmó el temor.

Había venido a casa. Esto, más que Colorado, Bangkok o cualquier otro lugar en la otra realidad, era el hogar. Era euforia, no miedo, lo que sentía. Después de tantos años preguntándose quién era y por qué era tan titánica su lucha con la maldad, finalmente lo supo. No solo que había creado el mal, sino que este lo poseía. La única vez que había abrazado la verdadera redención fue en un sueño. Nunca había sacado totalmente la maldad del corazón. No como lo hicieran Johnny y Darcy.

Había otro texto abierto sobre su lomo al lado de un frasco de tinta con una pluma. El libro sangriento de Ba'al, otro término para diario.

Fue hasta el escritorio y alargó el brazo hacia el libro sangriento. Entonces, por primera vez desde que despertara en la biblioteca de Ba'al, vio la carne que le revestía la muñeca y los dedos. Miró la escamada y resquebrajada piel, y su primer pensamiento fue que lo había carcomido un grave caso de sarna.

Pero el pensamiento fue inmediatamente desplazado por lo que sabía Ba'al. Esta era la condición sarnosa ocasionada por los shataikis, un honroso distintivo que debían portar todos aquellos que no querían ahogarse en el agua roja de los albinos.

Billy se volvió hacia el espejo, se quitó la capucha y se miró. Los pómulos eran pronunciados debajo del rostro pálido y descarnado. Ojos grises, como monedas de arcilla de diez centavos. Una pasta de most blanco cubría las largas mechones enmarañadas. La imagen era aterradora y hermosa a la vez.

Se tocó las mejillas con la mano, pero la sensación en las yemas de los dedos fue amortiguada por la enfermedad de las costras.

Este soy yo, Billy. Ba'al. Hizo a un lado la túnica y se miró el pecho. Y aún tengo en mi carne la sangre de mis sacerdotes.

Ahora le llegó el recuerdo del poder de Marsuuv fluyéndole por el alto y escuálido esqueleto mientras se hallaba colocado sobre el cadáver del hijo, y se estremeció con agrado. Él era más genial de lo que cualquiera pudiera imaginarse, en una u otra realidad.

A pesar de todo, había visto el poder de la luz en ambos mundos. Al pensar en ello ahora le volvió a correr temor por las tripas. Una luz tan brillante que ninguna ira del infierno podía permanecer en su presencia sin gritar de dolor.

Eres débil...

El pensamiento fue de Ba'al, no de Billy, y estaba ligado a tal odio que Billy se quedó helado. Comprendió entonces que ahora no era totalmente Ba'al o Billy, sino un extraño cruce entre ambos.

Un mestizo.

Pero él había sido mestizo antes, en la peor de las formas.

Ba'al se dirigió impulsivamente al escritorio, agarró un cuchillo, se cortó la muñeca y dejó que la sangre goteara en un tazón.

—Líbrame de este débil parásito, amor mío, Marsuuv. Límpiame y sáname.

Billy parpadeó ante la audacia del fantasma llamado Ba'al. ¿No compartían la misma historia? ¿No eran ellos de la misma sangre?

—Soy tú, ¡idiota! —exclamó apretándose la muñeca y atándose una cinta de tela alrededor de la herida para contener el flujo de sangre.

Billy miró el libro sangriento sobre el escritorio. Aquí, en este único volumen secreto, Ba'al había coleccionado todo lo que sabía acerca del mundo. Levantó la

obra y pasó lentamente las páginas, que contenían dibujos y explicaciones de todo, desde los roushes hasta los shataikis, extractos pegados de otros escribas, recuerdos del tiempo antes de... todo aquí, cuidadosamente interrelacionado.

¿Y quién mejor que Ba'al para escribir acerca de los secretos más profundos y tétricos de este mundo? Porque él una vez había sido guardián del bosque. Un seguidor de Elyon.

El pensamiento asqueó a Billy.

—Hola, amor mío.

La pasión le corroía la mente ante el sonido de la atenuada voz detrás de él. Se volvió y vio a la sacerdotisa que entraba. Esta era Jezreal. Su amante, según amaban los humanos.

—¿No te he dicho que no me molestes en mi santuario? —profirió Ba'al.

—Sí —contestó Jezreal siguiendo adelante, sonriendo; las uñas color rubí jugueteaban con un cordón dorado que le colgaba del escote de la larga túnica—. ¿Y alguna vez ha impedido eso que me castigues antes?

La relación entre ellos estaba por encima de algo tan banal como la simple copulación de animales. Ella era la única humana que entendía la dependencia de Ba'al en Marsuuv, quien por primera vez le había dejado beber sangre shataiki. Una gota, y cualquier simple humano quedaba atrapado para siempre en el abrazo del demonio.

En realidad, los shataikis se reproducían por medio de sangre, comprendió Billy. Eran asexuales, ni machos ni hembras. Buscaban esclavos, no compañeros.

Esta mujer, en cambio, era humana. Eran pasiones humanas las que se propagaban con furia detrás de esos ojos grises y, a menos que Billy se equivocara, Janae y Jezreal eran una sola.

Jezreal se le acercó más, tanto que él pudo sentirle el nauseabundo aliento. La lengua de ella jugueteaba con los bordes de sus dientes frontales.

—Billy... —susurró ella, e hizo una pausa para respirar—. ¿O debería llamarte Billos?

Él no respondió, en parte porque la realidad de que una vez fuera un gladiador de élite llamado Billos, que juró proteger de las hordas los bosques de Elyon, era uno de sus secretos más íntimamente guardados. Antiguamente se había bañado en los lagos de Elyon y se había sentado alrededor de hogueras hasta altas horas de la noche, hablando de la grandeza del Creador. Era un Judas que había ido en busca de los libros perdidos, los libros de sangre, que los había encontrado, utilizado, y luego perdido.

Había sido Billos del Sur, y si se supiera que él no era horda de pura sangre, surgirían dudas respecto de su lealtad.

Más que esto, él despreciaba hasta el nombre Billos. Marsuuv le había dado un

nuevo nombre, y él había adoptado la total encarnación de Ba'al, el dios que exigía sacrificio de sangre.

—Biloss...—

Ba'al abofeteó a Jezreal con tanta fuerza que le cortó la mejilla con las uñas. ¿Cuántas veces le había insistido en que no usara el nombre que solo ella sabía? Jezreal sonrió, luego guiñó un ojo. Se secó un poco de la sangre de la mejilla, se miró las yemas de los dedos, y chupó la sangre.

—Ya te lo he advertido, mi amor. No te pido cariñitos. Pero tú insistes.

Ella alargó lentamente la mano hasta los labios de él, ofreciéndole que le saboreara la sangre. Él se apartó, no debido a la sangre, sino porque ella se burlaba de él, reduciéndolo a su antiguo ego. A este Billy que lo había embrujado. A Billos, a quien él odiaba.

Él era Ba'al, amado de Marsuuv, la duodécima de las doce reinas de Teeleh.

—¿No eres Billy? —exigió saber ella—. Eres Ba'al, por supuesto, mi amo y mi salvador. Y eso es todo.

El enojo de él se debilitaba mientras la presencia de Ba'al se sosegaba. Billy se reafirmó y tragó saliva.

—¿Correcto? —presionó ella, recorriéndole rápidamente el rostro con los ojos—. ¿No eres Billy?

Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente, y la mirada de preocupación se convirtió en una sonrisa. La voz de ella temblaba cuando habló.

—Lo logramos, Billy. Estamos aquí —expresó, volviéndose, examinando la biblioteca, las antorchas, los libros, el altar con sus serpientes aladas—. Esto es lo más maravilloso que he visto jamás.

—No estamos solos.

Janae, que también era la sacerdotisa Jezreal, no pareció molestarse por este hecho. Palpó el altar y recorrió con los dedos la sangre seca.

—Siento como si hubiera venido a casa. Los olores, la sensación del aire... es como si hubiera regresado al vientre y hubiera vuelto a nacer, bautizada en sangre.

Lo menos que él pudo fue dejarse seducir por el asombro de ella. A Billy le encantaba esta mujer. Janae, no Jezreal, aunque eran una y la misma, y de repente necesitó decirle lo que sabía.

La respiración se le entrecortó.

—Janae...

Ella lo miró a los ojos, reaccionando a la ternura en la voz.

—Hay más que deberías saber si vamos a hacer esto juntos —exteriorizó él. Janae rodeó el altar, y esta vez él no retrocedió cuando ella le tocó los labios con los dedos.

—Dime.

—Estamos en casa, pero no exactamente en casa, no mientras seamos parásitos en

estos miserables cuerpos —expuso él agarrándole la mano entre las suyas y besándosela.

El Ba'al en él se crispó de ira, y Billy sintió que se le contraía el rostro.

—Está bien, no le hagas caso —lo tranquilizó Janae, suavizándole los engarrotados labios—. Dime.

El hombre luchó por recuperar el control. Así que... Ba'al era el débil. Billy continuó en un susurro pero ahora con mayor confianza.

—Hay cuatro libros perdidos. Si se reúnen los cuatro y se tocan con sangre se destraba el tiempo.

—¿El tiempo?

—Así es como podemos volver aquí. Tú y yo. En carne y hueso.

—¿En carne y hueso?

—¿Cómo es eso posible? —inquirió ella analizándolo desesperadamente.

—¿Cómo es esto posible? Sin embargo ya lo he hecho. Cuando era Billos.

— ¡Entonces debemos hacerlo! —exclamó ella dando un paso atrás y yendo a la derecha—. ¡Tenemos que despertar y regresar!

—No tenemos los libros.

—¿Qué? —objetó Janae volviéndose—. ¿Me cuentas esto, pero no tenemos los libros? ¿Dónde están?

—No lo sabemos. Pero no podemos arriesgarnos a despertar hasta averiguarlo.

El ultraje de Ba'al ante la sugerencia de que los libros eran para Billy, y no para él, amenazó con enviarlo a un foso. Billy notó que compartía el cuerpo de una víbora que lo apalearía sin titubear.

¿Podría él matar ahora a Ba'al? ¿Qué pasaría si se suicidara? No, no podía arriesgarse a morir. Pero podría establecer claramente la estrategia.

—Está bien, Janae. Voy a conseguir los libros. Es mi destino.

—Y mi destino es estar aquí, Billy, así que espero que sepas de qué estás hablando.

—Lo sé.

La mirada de incertidumbre en ella cambió lentamente a interés.

—¿De veras?

—Ba'al me lo acaba de clarificar —explicó Billy, reprimiendo al encostrado que era más débil—. Supuso que la observación fue respecto a él, pero se equivoca. Se trata de mí.

Entonces citó la profecía que Marsuuv le diera a Ba'al. Vendrá de tiempos pasados un albino con cabeza de fuego, quien librará al mundo de las aguas envenenadas y nos llevara de vuelta a Paradise.

La mirada de Janae se llenó de comprensión. Miró al hombre un buen rato y luego habló en un tono apenas más fuerte que un susurro.

—Un anticristo.

Billy no respondió. Pero en ese momento tuvo más sentido que nunca toda su propia confusión y angustia. Se trataba del demonio en él, la naturaleza maligna que se negaba a ser liberada, encantada por Marsuvees Black en una realidad, y mantenida cautiva por la reina shataiki Marsuuv en esta otra. Él, Billy, estaba destinado a doblegar este mundo. Y a marcar el comienzo de Paradise en el otro.

—Y yo estaré a tu lado —comentó Janae acercándose otra vez, rebosante de deseo—. Tu reina.

Billy no estaba seguro de por qué se sintió de pronto obligado a quitarse la cinta de tela de la muñeca, pero la desató y dejó que Janae viera el corte fresco.

Ella bajó la mirada y sonrió de manera timorata. Tocó la sangre y juguetonamente se llevó el dedo a la lengua. Pero el rostro se le contrajo en el instante en que probó la sangre.

—¿Qué es? ¿Es esto sangre de Teeleh?

—Sangre de Marsuuv.

Porque Marsuuv había mordido a Ba'al y dejado que le chupara un poco de sangre. De ahí había venido la propia sed del sacerdote.

—Marsuuv —masculló Janae, mirándole la muñeca con unas ansias que él no había visto en ella—. ¿Se puede?

—Sí, adelante.

La mujer se llevó a la boca la muñeca de él, cubrió completamente la sangrante herida con los labios, y succionó. Todo el cuerpo se le estremeció con deseo.

Entonces Billy supo la verdad: Janae, igual que Billos, tenía sangre shataiki en las venas.

Y Ba'al los despreciaba a los dos.

— ¿SABE ALGUIEN de este salón? —averiguó Thomas, bajando por delante el tramo de escalones.

—Nadie —contestó Qurong ásperamente—. Mantén la mirada al frente.

—He tenido muchas oportunidades de eliminarte, si tuviera alguna intención de hacer eso.

—No tengas tan alto concepto de ti mismo.

—Has bajado la guardia una docena de veces. Sabes que no tengo deseos de hacerte daño. Eso no solo está contra mi naturaleza, sino contra la de Chelise. Silencio.

—Ella sabe —reveló Qurong. De este sitio?

—Se lo mostré cuando se interesó muchísimo en la lectura. Pero eso fue antes de que yo trajera esos libros de los que hablas.

La luz de la antorcha de Thomas irradiaba un brillo titilante sobre las escaleras de piedra. Los dos hombres llegaron a un pequeño atrio cerrado por una puerta de madera.

—Adentro.

—¿Cómo te las arreglaste para construir esto sin que alguien lo supiera? —curioseó Thomas, empujando la ancha puerta.

—Ya estaba aquí.

—De veras?

—Los túneles y las cuevas estaban aquí. Alguna clase de nido... de shataikis, que yo sepa. Ba'al me dice que ellos tienen un apetito voraz por los libros.

—Naturalmente. Intentan crear su propia historia torciendo la voluntad de todos los hombres como torcieron la de ustedes.

Qurong refunfuñó y dirigió a Thomas hacia la derecha, dentro de uno de los cinco túneles más allá de la puerta. El vacío pasaje parecía tan antiguo como el mundo, tallado en la roca. Pero bastante recto. Caminaron veinte pasos antes de volver a girar a la derecha, atravesar otra puerta de madera y entrar a lo que parecía ser una biblioteca.

Había libros viejos sobre una mesa redonda en el centro. Estantes a lo largo del muro derecho. Un escritorio a la izquierda. Thomas estaba a punto de preguntar si era aquí, cuando un brillo iluminó el salón. Qurong había encendido una segunda antorcha sobre la pared.

Había cuatro sillas alrededor de la mesa, y más allá un sofá con acolchados cojines de seda. Aquí había todo lo que podría anhelar un lector absorto en estudiar, incluyendo una jarra con agua, un tazón de frutas y hasta una chimenea.

—¿Estaba esto aquí?

—Como dije, la cueva estaba aquí. Es mi único escape de la mirada curiosa del siniestro sacerdote. Él tiene criados en las paredes.

Al menos una de las estanterías estaba repleta con volúmenes de los libros de historias. Pero las hordas no podían leerlos; Thomas había averiguado eso mucho tiempo atrás. Los albinos interpretaban las palabras con perfecta claridad, pero la enfermedad de las costras convertía esta verdad en tontería en las mentes de las hordas. Sus escribas estaban obsesionados con escribir su propia historia en libros encuadernados comunes y corrientes, una manera de legitimar su incapacidad de leer los libros de historias.

Todo el mundo deseaba crear su propia historia. No había nada tan poderoso como la palabra escrita; la historia les había enseñado eso.

—¿Puedes leer los libros de historias? —inquirió Thomas para estar seguro.

—Nadie puede hacerlo.

—Los albinos sí.

—Eso es mentira —contestó escuetamente Qurong.

No había manera de demostrar lo contrario. Thomas podría sencillamente fingir con mucha facilidad que leía los libros, y Qurong nunca sabría la diferencia. Tal era la naturaleza de la religión, empleada por el hombre para controlar las masas.

—Pero no bajamos aquí para que pudieras admirar mi biblioteca —concluyó Qurong yendo hacia el escritorio—. Tú afirmas que por medio de esos libros me puedes dar lo que necesito para destruir a mis enemigos.

El líder de las hordas abrió un cajón y sacó una bolsa de lona atada con una cuerda. Deshizo el nudo y tomó coloridos libros de historias, uno por uno, poniéndolos sobre el escritorio. Seis de ellos. Cada uno encuadernado en diferente color.

—Así que muéstrame —expresó Qurong mirándolo.

—¿Puedo? —preguntó Thomas caminando hasta el escritorio y alargando la mano hacia los libros.

—Uno. Y solo uno.

—Por supuesto.

Levantó el libro verde. Todos estaban atados con viejos cueros grabados en relieve con los mismos anillos concéntricos, el símbolo de la plenitud. La marca de Elyon. El círculo.

—¿Has abierto estos? —inquirió Thomas recorriendo el símbolo con el dedo.

—Están vacíos.

¡En blanco! Pero Michal había dicho que estos eran una llave tanto para el tiempo como para las reglas que gobernaban los otros libros en blanco.

Thomas levantó la portada. La página estaba anegada en sangre. Había sido usado. El corazón de Thomas le palpitó ante la perspectiva de entrar.

—Préstame el cuchillo.

—No seas tonto.

—¿Quieres hacer esto o no? —replicó bruscamente Thomas.

Entonces consideró una posibilidad que lo hizo especular. ¿Y si él desapareciera dentro del otro mundo sin los libros? ¿Cómo haría para regresar alguna vez? No concebía ir sin saber que volvería a Chelise y al círculo. A Samuel. A Jake.

Michal casi había exigido que los usara. Así que lo haría.

—¿Tienes una cuerda?

—¿Para qué?

—Confía en mí. Una cuerda.

Qurong lo miró, luego de un costado del escritorio extrajo un pedazo de rollo y se lo lanzó.

—Ahora estoy relegado a confiar en el peor de mis enemigos —manifestó.

—No seas terco, viejo. No tengo en mente hacerte ningún daño. Estamos juntos

en esto.

—¿Y simplemente a qué estamos expuestos?

Thomas ató juntos cuatro de los libros con la portada abierta para mostrar la primera página manchada con sangre. Luego se los ató al brazo.

—Necesito tu cuchillo. Créeme, si esto funciona te va a encantar...

—¡No! —gritó Qurong bajando bruscamente la mano sobre los libros, inmovilizándolos sobre el escritorio—. ¡Basta de confiar!

Quizás Thomas había sido demasiado presuroso, así que levantó ambas manos para tranquilizar al hombre.

.—Cálmate. Creí que ya lo había explicado. Estos libros destraban el tiempo. Tú y yo podemos desaparecer —expuso, y chasqueó los dedos—, y despertar en otro mundo donde todo se te clarificará.

—Suponiendo que esta tontería es cierta, ¿de qué verdad hablas? ¿Cómo salvará esto a las hordas?

—No puedo explicarlo. Tendrás que... confiar en mí. El mundo se aclarará en maneras que nunca has imaginado. Piensa en eso como un regalo, uno que podrá salvar mucho más de lo que tú...

—¿Así sin más? —refunfuñó Qurong—. ¿Solo «confía en mí»? Yo soy el comandante supremo del reino de las hordas, y gobierno todo el mundo conocido. ¡No soy un criado tuyo ni de Ba'al, ni de cualquier otra criatura viva para que se juegue conmigo!

La ansiedad de Thomas era en parte la culpable de la frustración de Qurong.

—¡Escúchame, viejo crustáceo encostrado! —gritó—. ¡Mi hijo Samuel se acaba de unir a los mestizos! Ellos harán llover ira y fuego sobre ti por el tormento que les has causado a todos. Las hordas serán desangradas, ¡y los shataikis se alimentarán de tu precioso reino! ¡Dame ahora el cuchillo!

CHELISE SE detuvo en seco ante el sonido de la voz de Thomas susurrando con urgencia abajo en el túnel.

Ella había entrado a la ciudad por el sur, a través de los conocidos jardines que frecuentara antaño. El viaje había tardado más de lo esperado por la sencilla razón de que a diferencia de la mayoría de albinos, no había duda de que cualquiera que la mirara le reconocería el rostro incluso sin la enfermedad de las costras.

Pero ella conocía un camino secreto para entrar, detrás de los establos, por un callejón que había utilizado muchas veces cuando era niña. Luego, a través de la ventana baja de un sótano, la cual descubrió con agrado que no habían tapado con tablas.

Se había puesto encima una túnica que sacara de un armario de detrás de la

cocida, luego pasó por los cuartos de los criados con un objetivo en mente.

Hallar a su padre.

Encontrar a Qurong, quien sabría qué pasó con Thomas. Se aseguraría que su Padre supiera que lo amaba después de diez años sin cruzarse palabra alguna.

Naturalmente, ella podía vivir sin Qurong. Había vivido sin él. Pero no estaba tan segura de poder vivir sin Thomas. Había sido su amada desde el momento en que aprendió a amar, a amar de veras. Él le había mostrado el Gran Romance. A cada paso que había dado, ella había rogado a Elyon por la vida de Thomas.

El palacio estaba alborotado, y Chelise se había escondido detrás de un montón de barriles en la despensa. Sin embargo, lograba oír susurros de un albino que había venido, y ese podía ser Thomas. Nadie parecía saber por dónde había desaparecido Qurong.

Su primer pensamiento fue la biblioteca de él. Ella había entrado allí a hurtadillas por la bodega que llevaba al túnel, encontró abierta la puerta del pasaje secreto y descendió a pasos ligeros.

Y ahora... el aliento se le contuvo en el pecho. ¡Él estaba vivo! Thomas estaba vivo y con el padre de ella, cuya voz le llegaba ahora.

—¿Solo «confía en mí»? Yo soy el comandante supremo del reino de las hordas, y gobierno todo el mundo conocido. ¡No soy un criado tuyo, ni de Ba'al ni de cualquier otra criatura viva para que se juegue conmigo!

—¡Escúchame, viejo crustáceo encostrado!

A Chelise le sorprendió que Thomas usara tal lenguaje con Qurong.

—¡Mi hijo Samuel se acaba de unir a los mestizos! Ellos harán llover ira y fuego sobre ti por el tormento que les has causado a todos. Las hordas serán drenadas de su sangre, ¡y los shataikis se alimentarán de tu precioso reino! ¡Dame ahora el cuchillo!

Se necesitó un momento para que las palabras tuvieran significado en la mente de Chelise. Afirmaban que Samuel se había unido a Eram y que intentaba emprender la guerra a las hordas, pero eso era...

¿Cómo podía Samuel pensar algo así?

—¿Thomas? —gritó ella comenzando a correr—. ¡Padre!

THOMAS COMPRENDIÓ que había presionado demasiado las cosas. Empezó a llenarse de pánico. Una vez enojado, no se podría vencer fácilmente al comandante de las hordas. La voz de una mujer gritó por el túnel.

Ambos miraron hacia la puerta. ¡Los habían descubierto! ¿Patricia?

¡Ahora! Mientras Qurong estaba desprevenido. ¡Debía moverse ahora!

Thomas giró y arrebató el cuchillo del cinturón de Qurong. Se tajó su propia palma, apenas consciente del dolor.

Qurong hizo girar el brazo para recuperar su arma, rugiendo como un toro. Thomas esquivó rápidamente el golpe y le agarró la otra mano, tirando de ella hacia sí, con la hoja lista.

Por un absurdo instante se tiraron de la mano, Qurong desesperado por liberarse, Thomas sabiendo que su plan de ganarse a su suegro llevándose ahora amenazaba su propia misión de regresar.

—¡Padre!

La mujer estaba detrás de ellos, en la puerta, gritando. No era cualquier mujer, tampoco Patricia, ni alguna mujer de las hordas. Chelise.

Qurong la miró. Cuando este retrocedió, Thomas se aferró a su última esperanza. Tiró bruscamente de la mano del hombre, le tajó los dedos y lanzó tanto su mano como la de Qurong sobre la página cubierta de sangre.

Al instante el mundo comenzó a girar, y el corazón se le paralizó.

Estaba funcionando.

Giró hacia atrás, vio a Chelise desvaneciéndose en la puerta, con ojos desorbitados.

— ¡Salva al círculo, Chelise! ¡Sálvalos de Samuel! ¡Yo volveré! Pero todo había ennegrecido.

A CHELISE se le heló la sangre. Cuando gritó, ellos estaban en el interior de la biblioteca, en una lucha de tira y afloja con la mano de su padre. Qurong levantó la mirada, atónito por la aparición de su hija.

Thomas se había movido como un hombre poseído, tajando la mano de Qurong con un cuchillo, azotando los sangrantes dedos tanto de él como del comandante de las hordas sobre una pila de libros atados.

Thomas giró la cabeza; ella supo con una sola mirada a esos ojos verdes bien abiertos que él era el mismo hombre a quien siempre había amado.

—¡Salva al círculo, Chelise! ¡Sálvalos de Samuel! ¡Yo...!

El hombre desapareció antes de que pudiera terminar. Ambos desaparecieron... cuchillo, libros y todo... antes de que Thomas pudiera pronunciar otra sílaba.

Estaban allí un momento, aferrados y sangrando, y al otro habían desaparecido.

Chelise se quedó en la puerta, atónita. Había sucedido. Era real este otro mundo del que Thomas le había hablado tan a menudo mientras yacían acostados uno al lado del otro bajo las estrellas. No es que ella hubiera dudado...

Pero lo había hecho.

Entró. Pasó por el espacio que su padre y el amor de su vida habían ocupado solo segundos antes. El mundo de él no solo era real, sino que se lo había vuelto a llevar. Chelise gritó, con los puños apretados. ¿Cómo pudo él hacer esto? ¡Los dos! ¡Se

habían ido! Ella podría matarlos a ambos.

¡Salva al círculo, Chelise! ¡Sálvalos de Samuel! ¡Yo...!'Volveré. Él quiso decir volveré. Yo volveré.

Samuel... ¿Qué había hecho el muchacho? ¡Oh, Elyon! Ella debía regresar con Marie y el consejo.

Chelise se volvió y salió de la biblioteca de Qurong. Tenía que volver junto a su único hijo. Jalee.

23

¿CUÁNTO TIEMPO ha pasado desde que les inyectamos? —exigió saber Kara—. Debemos hacerlos volver.

—Veintitrés minutos —replicó Monique, mirando por un microscopio la muestra de sangre de Janae—. Está funcionando. La sangre de Thomas está destruyendo el virus.

—¿Ya? —preguntó Kara alarmada por el ritmo de efectividad de la sangre—.

—¿Estás segura?

—Ven a ver.

Monique se enderezó y miró hacia el salón de aislamiento donde Billy y Janae aún dormían entre convulsiones y gemidos. Pasara lo que pasara en las mentes de ellos, debían detenerlo.

Kara se inclinó sobre el microscopio y observó el virus, un organismo microscópico que en su opinión parecía un módulo lunar.

—¿Cómo puedes...?

—Dios mío, ayúdanos —rogó Monique respirando en un tono tan espantoso que Kara pensó que los dos acababan de morir.

—¿Qué? —inquinó, volviéndose bruscamente del microscopio—. ¿Qué pasa?

Había sido demasiado tarde, ¡ella lo sabía! Demasiado tarde para qué, no lo sabía, pero todo esto fue una mala idea desde el principio.

Monique miraba, pálida, hacia la cámara de aislamiento. Dos técnicos se hallaban adentro, de espaldas a las ventanas de observación, con la mirada fija en las dos camillas. Solo que no eran técnicos comunes y corrientes en batas blancas de laboratorio.

Uno era un hombre vestido con una larga túnica negra, como un sacerdote “medieval. El otro...

El pulso de Kara pasó de irregular a paralizado por completo. Reconoció la ropa del segundo hombre, y sus enmarañados mechones cubiertos de morst. Ella no había

visto nada parecido en tres décadas, pero durante ese tiempo esta imagen la había perseguido en cien pesadillas.

Hordas.

El hombre vestido de negro se dio la vuelta y la miró.

Kara sintió desmayarse. Quien la miraba era su hermano. Estaba más viejo, aunque no mucho, y el rostro parecía endurecido por el tiempo, pero no había forma de confundir a Thomas, ni en mil años.

—¿Thomas? —preguntó Monique al lado de ella.

—Es...

Kara no sabía qué era. Thomas... sí, Thomas, o una visión de Thomas. El hombre con los mechones se volvió. Ojos grises. Horda, sin duda alguna, cubierto por la enfermedad de las costras.

—Estamos soñando —exclamó Kara.

Entonces miró a los dos técnicos de laboratorio a su derecha y vio que si ella estaba soñando, ellos también lo estaban. Uno había dejado caer el portapapeles a su izquierda y lo había dejado allí junto a los pies mientras miraba estúpidamente. Cuando Kara se volvió otra vez hacia el salón, Thomas caminaba hacia la puerta.

La abrió. Apretó el paso.

Habló.

—Kara... perdóname, sé que esto es traumatizante —expresó, agarrando cuatro libros con dedos sangrantes, el de arriba abierto y manchado con sangre fresca—. Yo... logré volver.

Ella apenas podía respirar.

—¿Thomas?

Algo ridículo que decir, pero no salió nada más.

Los ojos verdes de él examinaron el lugar, tan abiertos como ella los había visto.

Él estaba tan conmocionado como ella.

—Vaya —comentó el hombre mientras los labios se le retorcían en una extraña sonrisa.

La emoción de ver a Thomas, que había estado perdido a este mundo, cayó sobre ella como una marejada, y no hizo ningún intento por detener las lágrimas que le inundaban los ojos. Soltó un vacilante sollozo y avanzó tambaleándose. Kara corrió los tres últimos pasos y abrazó torpemente a su hermano. Había mucho que decir. Interminables preguntas. Pero en ese instante la mente se le puso en blanco. Solo atinó a llorar.

El encostrado salió encorvado del salón de aislamiento.

.—¿Qué magia es esta? —exigió saber en voz alta—. ¡Me has hecho un maleficio!

—Seré claro —exclamó Thomas separándose de Kara y mirándolo—. Te dije que

confiaras en mí; ahora no tienes alternativa. Hemos llegado. La puerta se abrió y entraron dos guardias, vieron al encostrado y apuntaron las pistolas.

—Quietos... nada de movimientos bruscos.

—Bajen las armas —ordenó Monique, haciéndoles señas con la mano.

—Señorita Hunter, le sugiero que retroceda —expresó con voz apremiante detrás de ella el asesor de laboratorio, un ingeniero biológico llamado Bruno—. La posibilidad de contaminación es desconocida.

La fetidez, pensó Kara.

—Señora, recomiendo aislamiento inmediato.

La pestilencia sulfúrica de la carne podrida del encostrado había inundado el salón. No se podía saber si en este mundo la enfermedad de las costras se extendería o cómo lo haría.

—No —intervino Thomas—. Si la enfermedad se extendiera rápidamente, yo la habría traído conmigo años atrás cuando intercambié realidades.

—En ese entonces tan solo soñabas —objetó Monique sacudiendo la cabeza—.

Y esto... ¿has traído contigo a uno de los encostrados?

Pero en vez de retroceder, ella fue hasta donde él, con los ojos fijos en los del hombre.

—Selle el perímetro del laboratorio, Bruno. Déjennos.

—Señora...

—Ahora, Bruno —ordenó, con los ojos aún fijos en Thomas—. Fuera, todos ustedes.

Ellos retrocedieron y se dirigieron a la cámara de descontaminación como ratones escabullándose rápidamente. El encostrado estaba vestido con una túnica de cuero, con uniforme de batalla. En la cara había grietas y el sudor mezclado con la pasta de morst mostraba largas rayas veteadas. Los ojos, aunque grises, parecían brillar de Pánico.

—¡Acaba esto! —resonó.

—No creo que entiendas, Qurong —declaró Thomas—. Esto no es solo una visión que tú o yo podamos acabar. Hemos destrabado el tiempo con los libros y ahora estamos en...

Se detuvo y miró alrededor.

—¿Dónde estamos exactamente?

—Farmacéutica Raison —explicó Monique—. Bangkok. Hola, Thomas.

—Monique —saludó él posando la mirada en ella.

—En persona —respondió ella—. Como parece que tú también.

—¿Por qué vinimos a este sitio?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Más de treinta y cinco años aquí —respondió Monique—. ¿Y allá?

—Diez años desde la última vez que vine. No obstante, ¿por qué regresaría a este lugar exacto?

—¿Cómo puede suceder esto? —quiso saber Qurong totalmente perdido—. Acabábamos de estar en mi biblioteca. He despertado en una tierra de albinos.

— ¡Escúchame, Qurong! —exclamó Thomas, como si estuviera totalmente perturbado por el líder de las hordas—. ¿Qué te he estado diciendo todo el tiempo? Existe más para el mundo que tu pequeña ciudad y agua gris. En este mundo no encontrarás hordas. Todos somos albinos, como nos llamas. No albinos, sino humanos, sin la enfermedad de tu piel.

—¿Cómo es posible...?

—Has sido tan cabeza dura como para negar a Elyon, pero ahora enfrentarás la verdad. ¿Estoy engañando o esto está ocurriendo realmente? Qurong miró alrededor, pero era imposible saber qué pensaba.

—Eres tú realmente —explicó Kara yendo hasta Thomas y tocándole la mejilla—.

Estás vivo.

La mente de ella aún le daba vueltas, tratando de ser coherente con lo que estaba sucediendo. Una cosa era soñar, pero esto... ¡acababa de aparecer como por arte de magia!

—Tu sangre —comentó Monique.

—¿Qué pasa con mi sangre?

—Quizás volviste aquí, y ahora, debido a tu sangre —conjeturó ella, mirando hacia el salón detrás de ellos, y Thomas le siguió la mirada.

—Tú... —titubeó él, y se volvió—. ¿Está mi sangre en ellos?

—Sí. Ellos...

Pero él ya estaba en movimiento, pasó volando al asombrado Qurong, entró al salón, y llegó hasta la camilla de Billy. Entonces abofeteó el rostro del pelirrojo con la palma abierta. ¡Crac!

¡Despierte! Despierte, ¡salga de allí!

Saltó hacia Janae y le golpeó con fuerza la mejilla.

¡Arriba, arriba, arriba!

¿Qué estás haciendo? —exigió saber Monique; pero lo sabían.

—¡Despertándolos! No puedes dejar que nadie entre en mi mundo. Los libros...

¡es demasiado peligroso!

—Nosotras lo hicimos una vez.

—Nunca más.

—¡Se están muriendo!

—Entonces déjalos morir —espetó bruscamente Thomas, girando—. ¿Quiénes

son?

—Mi hija —explicó Monique—. Y Billy, el que escribió por primera vez en los libros de historias.

—¿Qué locura es esta? —profirió Qurong furioso.

Como si contestara, los ojos de Billy se abrieron y gimió. El pelirrojo se irguió y miró alrededor atolondradamente.

—¿Qué... qué está pasando?

—¿Billy?

Todos se volvieron hacia Janae, que intentaba sentarse.

—Recuéstense, los dos —dictaminó Monique, corriendo al lado de su hija—. No están en condiciones de levantarse.

La expresión de Janae mostró señales de reconocimiento. Como un balón desinflado, el rostro se le arrugó con desprecio y amargura.

—¡No! —gritó la joven, que se arrancó la aguja intravenosa del brazo, empujó a su madre, y bajó tambaleándose de la camilla—. ¡No tienes derecho! ¿Dónde está?

—¿Nos has despertado? —gritó Billy, rojo de la ira—. ¡Entrometida...!

—¿Qué demonios...? —profirió Monique mirando a Billy y a Janae—. Les salvamos la vida, ¡bestias desagradecidas!

—¿Dónde está la sangre? —inquirió Janae ya en el mostrador, temblando como drogadicta, buscando la ampolla con la sangre de Thomas—. ¿Dónde está?

—¡Janae!

—Estuve allá, madre —desafió la muchacha, enfrentando a su madre—. ¿Qué has estado ocultando?

—No sé de qué estás hablando.

Diles quién soy, Billos. ¡Díselo!

Y él lo hizo, pestañeando.

—Ella es Jezreal, amante de Ba'al, que también es Billos del Sur. Yo.

—¡Quietos! —gritó Qurong agarrando el poste intravenoso, pinchando el aire como si fuera una lanza, y retrocediendo hacia la puerta—. Quietos o juro por la sangre de Teeleh que mataré al primero que venga tras de mí.

—Entonces mátame —advirtió Thomas yendo hacia él, impasible—. Y tu camino de vuelta a casa morirá conmigo.

La amenaza obligó al hombre enfermo a detenerse momentáneamente.

—Baja esa percha.

—Dime qué me está sucediendo. Y, por los dioses, no me digas que he viajado a otro mundo. Nadie ha oído hablar de algo así.

—¿Qué te gustaría oír? ¿Que esto es una pesadilla? ¿Que tus más grandes enemigos, Eram y Ba'al, en realidad no existen? ¿Que tu hija, Chelise, realmente ya no es tu hija?

—¡Silencio!

—Te he dicho la verdad y la aceptarás a la hora debida. ¡Ahora suelta esa percha! Pero Qurong no parecía interesado.

—Basta de magia. ¡Despiértame o juro que te mataré en mis sueños!

—¿Quién es este bruto? —exigió saber Janae, señalando al encostrado—. El mismísimo viejo y tonto Qurong. ¿Ves, madre? Esta es quien soy. Pertenezco a su mundo. Dame la sangre, envíame allá otra vez, y aniquila aquí mi cuerpo.

—¡Basta de decir eso! —gritó Monique, cuyo rostro se había puesto pálido—. No sabes de lo que estás hablando, Janae, ¡no puedes morir en un mundo y vivir en otro!

—No necesitamos morir—explicó Billy; todos se volvieron a él y vieron que tenía la mirada fija en los libros que Thomas sostenía en la mano—. Danos los libros. Pero Thomas estaba más interesado en Qurong en ese momento.

—Retrocede. Baja el arma. Seamos sensatos —pidió, y después de un instante de vacilación añadió—: Por favor. Mi señor, por favor.

El líder encostrado no dijo nada, pero pareció estar considerando algo diferente. La mente de Kara dio vueltas con la impactante realidad de un futuro muy real al cual Thomas había ido y vuelto.

—Él tiene los libros perdidos, Janae —informó Billy, deslizándose de la camil'2 ' luego se dirigió a Thomas, tuteándolo—. Si quieres ser razonable, déjanos usarlos. Te librarás de nosotros para siempre.

—¿Qurong? —exclamó Thomas con la mirada aún fija en el líder, que finalmente respiró hondo y bajó el poste—. Gracias.

Libre de la preocupación respecto al dirigente encostrado, Thomas miró al pelirrojo.

—No tienes derecho a entrar en nuestro mundo. Ya tenemos un Ba'al, te aseguro que no necesitamos otro.

—Y tú, Thomas Hunter, no tienes derecho a negarme nada. Estás aquí gracias a mí.

—Ahora vociferas como un desquiciado.

—Fui el primero en escribir en un libro en blanco de historias cuando se descubrieron debajo del monasterio en Paradise, Colorado. Es más, yo fui quien redactó en el interior de la historia el hecho de que viajaras hacia el otro mundo. Fuiste allí gracias a mí.

Thomas parecía conmocionado.

—Hasta me podrías llamar padre. Ahora sé un buen hijo y dame los libros.

—Eso no es posible. Fui allá mucho antes de que los libros fueran hallados en el monasterio de Paradise.

—No, Thomas—terció Kara en un tono de disculpa—. Es decir, sí, fuiste antes, pero los libros residen fuera del tiempo. Cualquier cosa que esté escrita en ellos es un

hecho pasado, presente y futuro. Al menos hasta donde hemos podido conocer. Él pareció asimilar esta información.

—Así que fuiste tú quien empezó todo esto. Bill. ¿Has estado en el bosque negro?

—Lo único que puedo decir es que pertenezco a allá —respondió Billy encogiendo los hombros—. Tengo un propósito allí.

—Y yo tengo un propósito aquí —objetó Thomas—. Y no incluye enviar más iniquidad a mi mundo. Estoy aquí con el fin de hallar un camino para una tierra que ha perdido toda esperanza. A menos que tengas un mensaje de profunda esperanza, dudo que des la talla.

—No nos conoces —comentó Janae acercándose a Thomas con una sonrisa apenas perceptible de seducción en los labios—. Buenos o malos, no importa. Pertenece al más allá, Thomas. Es tanto el mundo de Billy como el tuyo. Y ahora es el mío.

—Aléjate de él —dijo bruscamente Monique.

Pero Janae tenía algo más en mente.

¿Es eso lo que deseas, Thomas? ¿Prefieres a la vieja madre antes que a la hija?

—¡Aléjate! —ordenó Monique agarrándola del vestido entre los omoplatos v haciéndola retroceder como si fuera una pluma; la empujó contra la camilla apuntándole con un dedo en la nariz—. ¡Siéntate!

—Me pediste que confiara en ti, Thomas —susurró Qurong—, pero te digo que no puedo confiar en mis propios ojos. Si la magia está en los libros, entonces deberíamos usarlos.

Thomas se movió por detrás de ellos y desató la cuerda que le sujetaba los libros al brazo.

—Kara, si eres tan amable —la invitó.

Ella se fue con él y aceptó los libros.

—Anda al otro lado de la puerta.

El salón de aislamiento era tan solo como de siete metros cuadrados, y la puerta estaba abierta, a dos metros detrás de Thomas. Kara salió del cuarto y se volvió para mirar desde el umbral.

—Monique, ayuda a Kara.

—Yo...

—¡Ahora! Por favor.

Ella miró a su hija, que se hallaba de pie junto a la camilla, luego pasó apurada al lado de Thomas, cuya mirada estaba fija en Billy.

El pelirrojo fue el primero en atar cabos.

—Así que precisamente piensas encerrar...

—¡No! —gritó Janae lanzándose hacia delante, poseída por una desesperación que era prácticamente de otro mundo.

Pero Thomas se movió con la agilidad de un gato, cerró de golpe la puerta y corrió el pasador. Que hubiera tenido el aplomo de notar la cerradura exterior fue una prueba de sus refinados instintos, pero el modo en que se había movido... Kara no estaba segura de que su hermano fuera totalmente humano. Mucho tiempo atrás, él había exhibido asombrosas habilidades de luchador que afirmaba haber aprendido de sus sueños, pero esta velocidad y esta fortaleza física eran nuevas, quizás porque las había vivido en vez de soñarlas.

Janae se lanzó con poca efectividad contra el vidrio, abriendo la boca en un gruñido que Kara no pudo oír. Comprensible, pues la jovencita solo había ido en sueños al otro mundo. Con respecto a Qurong... bueno, había un hombre que debía tener el poder de un toro en ambas realidades.

El dirigente encostrado miraba fijamente hacia afuera, desconcertado. Sin duda alguna esta era la primera vez que veía un cristal tan fuerte y transparente.

—¿Existe algún modo de salir del cuarto? —indagó Thomas.

—¿Los vas a mantener encerrados?

—¿Qué me sugerirías que hiciera?

—Imagino que estarán encerrados hasta sacar algo en claro —opinó Monique mirando a los tres, enjaulados como animales.

—Entonces salgamos de este lugar —expresó Thomas agarrando los libros de manos de Kara—. Necesito espacio para pensar sin primates mirándome. No tenemos mucho tiempo.

Kara sintió que se le formaba una sonrisa en la boca. Treinta años habían cambiado la forma en que él hablaba, pero era el mismo hermano. Sin duda alguna, Thomas Hunter había vuelto. Y esto fue para ella como la segunda venida.

24

— DIEZ AÑOS —comentó Kara—. ¿Qué edad tendrías entonces allá?

—La misma que tengo aquí —respondió Thomas, pasando al lado de los inmensos escaparates de libros encuadernados en la biblioteca de Monique—. Cuarenta y nueve años. Sorprendente.

Él se frotó la cara con la mano, hábito que había desarrollado... para ver si la piel se le estaba convirtiendo en horda, solía bromear Chelise.

—Pero han pasado treinta y seis años desde que nos dejaste. Tenías veinticuatro en esa época. Deberías tener sesenta, igual que yo. En vez de eso, tienes menos de cincuenta y apenas parece tener cuarenta.

—Lo único que sé es que tenía veinticuatro, ¿o veinticinco?, cuando desperté por primera vez en el bosque negro, y desde entonces han pasado casi veintiséis años —calculó, mirando hacia el techo—. Totalmente asombroso.

Los tres habían salido del laboratorio y tomado un ascensor hacia el nivel del suelo, aislándose en la biblioteca de Monique con instrucciones estrictas de que los dejaran tranquilos.

—Mucho ha cambiado desde que nos dejaste —anunció Monique.

—No es el cambio. Es volver a la civilización. Elyon sabe cuánto amo el desierto, pero esto... esto es fantástico.

—¿Así que estás casado? ¿En el desierto?

Thomas miró directamente a los brillantes ojos de Monique, recordando lo que habían vivido juntos. ¿Fue todo solo un sueño? La relación entre los dos mundos aún lo confundía. Lo menos confuso era el hecho de que físicamente él estaba aquí y ahora. Solo había un Thomas Hunter, y se hallaba en una ciudad llamada Bangkok, mirando a una mujer de más edad que él, y que a los sesenta años era bellísima.

—¿Casado? Sí. Felizmente. No, felizmente es una palabra absurda para el caso— Mi esposa es la joya del desierto, la luz que guía mi corazón a través de las tinieblas cuando me canso de esperar el final.

—Vaya —exclamó Monique sonriendo—. Parece que dejé pasar la oportunidad.

—Lo siento, no quise decir algo así. ¿Estás casada?

—Lo estuve.

—¿El padre de Janae?

—Sí. Fue una apasionada aventura amorosa que duró un año. Se llamaba Philippe, y entró a mi vida como un tornado cuando me sentía sola por mi pérdida. Yo sabía que eso estaba mal, pero él me dio lo que yo anhelaba y luego desapareció. Supo de ti, naturalmente. Aún eras muy famoso en ese entonces.

Philippe. Thomas se preguntó qué relación tendría el individuo con el otro mundo. Parecía que todos ellos estaban conectados. La única pregunta real era: ¿En qué manera? ¿Albino, horda, mestizo eramita, shataiki? ¿Roush?

Kara se le acercó con un rollo de gasa y un poco de esparadrupo que había tomado al salir del laboratorio. Agarró la mano de Thomas y le limpió la piel frotándosela, examinándole el corte en la palma. Luego se la envolvió en la venda. El cabello de ella olía a jabón. Perfume. Flores. Thomas aún usaba la túnica horda, la cual aún llevaba el apenas perceptible olor de la enfermedad de las costras... lo más probable era que a ellas les olierá como una mofeta.

—Aún me cuesta creer que estés aquí —comentó Kara dándole una palmadita al vendaje, y entonces dejó ver sus ojos llorosos—. Realmente aquí. Él le deslizó la mano por detrás del cuello, la acercó y le besó la frente.

—Créeme, saber que todo esto existe... da fe de mi cordura. Tantas veces creí que me podría estar volviendo loco.

—¿Viniste para quedarte?

La pregunta lo agarró desprevenido. Thomas bajó la mano y se alejó.

—Se me dijo que viniera, que hallara un camino, y que volviera al círculo. Mi hijo está perdido sin mí. No tengo mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo te quedarás entonces?

—Él no lo dijo. Rápidamente, eso es todo. Tú no comprendes... se están fraguando problemas. Mi hijo ha traicionado al círculo y se ha unido a Eram —confesó Thomas, lo que le renovó la sensación de urgencia, sin importar que todo el asunto pareciera un poco ilógico—. Temo lo peor. Guerra. La desaparición de todo lo bueno en la tierra.

—Llévame contigo —pidió Kara analizándolo con la mirada fija.

—¿Otra vez? No, no.

—Sí —insistió ella—. Llévame otra vez.

—¡Este mundo te necesita!

—Este mundo necesita a Monique. A mí no me queda nadie. Papá y mamá están muertos. He estado sola durante treinta años.

—¿Nunca te casaste?

—No.

Él caviló sobre la idea.

—No puedes hablar en serio —terció Monique, levantándose de la silla y dirigiéndose a un bar para servirse una bebida de una botella de líquido amarillo—. Ni siquiera sabemos cuál es la verdadera conexión entre los mundos. Es peligrosísimo. Ella estaba captando.

—¡La sabemos! —exclamó bruscamente Kara—. Es obvia.

—Dínosla entonces.

—El mundo de Thomas es el futuro de este mundo, miles de años a partir de ahora, reconstruido, una clase de nueva tierra. Las características fundamentales de la historia se están repitiendo; todo lo espiritual aquí se ha vuelto físico allá. Es como una segunda toma. ¿No es eso lo que dijiste en alguna ocasión, Thomas?

—No estoy segura de estar comprendiendo —objetó Monique.

—En el otro mundo, las palabras se encarnan por medio de los libros de historia.

Y viceversa: La realidad se convierte en palabras que se registran en los mismos libros. Lo espiritual tiene manifestación física. Cuando esos libros entran en nuestra realidad siguen teniendo el poder de convertir las palabras en carne —comunicó Kara, y señaló la pila de cuatro libros sobre el escritorio donde Thomas los había dejado—. Los libros son el puente entre los mundos. Como suena, un puente. Lo expresó de manera muy simple.

—¿Y la sangre? —inquirió Thomas—. Mi sangre, la sangre de Teeleh, la sangre de Elyon. ¿Por qué siempre sangre?

—No lo sé —contestó Kara acercándose a Monique y sirviéndose una bebida—. En ambas realidades la sangre es vida. Tanto la enfermedad aquí como la maldad allá son transmitidas por medio de sangre. Y se limpian mediante sangre. Tú tienes que decirnos el resto.

Las conexiones no le habían pasado desapercibidas a Thomas en todos estos años, pero nunca lo había comprendido de manera tan explícita.

—Los lagos tojos —comentó.

—¿Qué lagos?

—Vinieron después. Los lagos se volvieron rojos por la sangre de Elyon. Al ahogarnos en ellos nos mantenemos libres de la enfermedad.

—¿Ahogándose? ¿Ahogándose de veras?

—Sí, morimos. Pero en realidad es vida, porque Elyon pagó ese precio para que podamos escapar a la muerte.

—¿Precio por qué?

—Por el coste de nuestra adhesión al mal: La muerte. Elyon no puede vivir con la maldad; esta debe morir. O por consiguiente nosotros también.

—¿Así que es como un bautismo?

—Quizás —asintió Thomas—. Solo Elyon conoce la magnitud total de estas conexiones.

—Por desgracia, como tú dices, Elyon parece haberse callado —comentó Monique—. En ambas realidades. Y tú podrías habernos traído lo peor.

—¿Cómo?

—Qurong —advirtió Monique bajando la copa y dirigiéndose a la ventana—.

Existe otra conexión que me gustaría considerar.

—¿La vacuna Raison? —preguntó Kara—. No creerás que la enfermedad de las costras sea lo mismo que la vacuna Raison.

—¿Te sorprendería? —objetó Monique volviéndose.

El salón quedó en silencio, y Thomas empezó a sentirse extrañamente desorientado aquí en este mundo de medicinas y máquinas. ¿Y si no pudiera regresar? Miró los libros, aún atados y manchados con la sangre de Qurong y la de él. ¿Qué sabía él en realidad acerca de las reglas que operaban a estos libros perdidos?

—Por favor, Thomas —suplicó Kara, que lo miraba de manera seria, y él se volvió hacia ella—. Llévame contigo.

—Nunca fuiste de los que se rinden, ¿verdad? —declaró él sintiendo que ofrecía una ligera sonrisa con el rostro.

Pero él no podía prometerle nada, no adquirir más conocimiento.

—Yo nunca podría ir —expuso Monique en voz baja entrecortada por la tristeza, volviendo a mirar por la ventana, pensativa.

Thomas comprendió una pequeña parte de lo que ella debió haber estado sintiendo.

Monique nunca podría entrar al mundo en que Chelise vivía. Ambos sabían que Thomas le había entregado el corazón y el alma a otra mujer que lo esperaba ahora, enfrentando cualquier peligro por él.

El recuerdo de Chelise entrando a toda prisa a la biblioteca subterránea de Qurong sorbió a Thomas por un momento, y debió desechar la compulsión de abalanzarse sobre los libros y volverlos a utilizar. Mientras él permanecía a buen recaudo, Chelise estaba... ¿qué estaba haciendo ella?

Pues sí, así era. El no pondría nada más allá de su novia del desierto. Por lo general, el espíritu de su esposa no la llevaba por la senda más peligrosa. Ella podría estar corriendo hacia Eram para rescatar a Samuel, o volviendo al círculo para advertirles. Suponiendo que hubiera escapado de Ciudad Qurongi.

Mientras tanto, él se había vuelto a meter de pronto en una aventura amorosa que nunca había muerto.

—Pero esa es la cruz que debo llevar —opinó Monique volviéndose—. Y, para ser sincera, no es insoportablemente pesada.

Entonces ella respiró hondo y dejó que una sonrisa le jugueteara en la boca.

—Aunque debo decir que te ves como un bocado delicioso. El aire del desierto te debe de sentar bien.

—Es la fruta —contestó él con timidez, luego se dio cuenta de que podría estar pasando por engreído—. Y soy más joven. Con toda sinceridad, precisamente estaba pensando en lo hermosa que te ves.

Se miraron, y la atmósfera se volvió pesada.

—Esto es más bien embarazoso —dijo Monique rescatándolo, luego se le acercó, lo besó en una mejilla y se alejó—. La realidad es que, por fantástico que nos pudiera parecer este giro de acontecimientos, todos sabemos que estamos representando un papel en un gran escenario que decide las vidas de millones de personas. Debo a este mundo mi trabajo y mi vida. Y por otro lado, Thomas...

Ahora los miró a los dos.

—...tu mundo te está esperando. Por consiguiente, ¿qué podemos hacer para ayudarte?

Aún estaba la solicitud de Kara, pensó Thomas. ¿Adónde pertenecía ella?

—Siempre recordaré tu gentileza —expresó él, asintiendo.

Monique hizo una reverencia con la cabeza.

Thomas suspiró.

—Como dije, lo que sé es que en primer lugar el círculo se está destruyendo a causa de discusiones doctrinales. Aún nos aferramos a los mismos principios básicos, pero estos ahora están siendo puestos en duda. Lo que una vez fue sagrado se está colando rápidamente en las tinieblas. Y muchas más personas de las que yo alguna vez pudiera haber sabido están abandonando el más fabuloso de todos los fundamentos que nos guían, nuestro amor por las hordas.

—Resulta familiar —consideró Kara.

—¿Cómo es eso?

—¿Crees que este mundo es diferente?

Thomas no había pensado en eso; tenía la mente en el desierto.

—Es como si otra clase de enfermedad, esta tendencia al olvido, les hubiera estado royendo el corazón durante años como un cáncer —continuó él después de pasarse los dedos por los largos mechones—. Ahora es demasiado tarde para dar marcha atrás. Nunca nos hemos acostumbrado a vivir en el desierto, porque sabíamos que se trataba solo de una transición. Tan solo a la vuelta de la esquina vislumbrábamos un mundo mejor. Soportamos terrible persecución y muerte, motivados por la esperanza. Pero ahora esa esperanza de un mundo mejor está perdiendo su atractivo. Olvidada por completo.

—Esto también resulta familiar.

—Eso no me ayuda.

—¿Qué necesitas entonces, Thomas? —preguntó Monique.

—Una manera en que el círculo satisfaga su esperanza.

Las dos mujeres lo miraron.

—Tal vez unas cuantas armas de fuego resolverían el problema —declaró, observando aún esas miradas vacías—. Pero yo no podría hacer eso, desde luego. No vine a buscar una forma de matar.

—¿Y qué más podría ser? —presionó Monique.

—Qurong. Traje al comandante supremo de nuestro más grande enemigo con la esperanza de ayudarlo a acabar con esa obstinación imposible que lo ha acosado todos estos años.

—No debiste haberlo traído —declaró ella.

—¿Por qué?

—Está muerto.

25

QURONG APESTA a pescado muerto, pensó Billy. El fuerte y sulfúrico olor le resultaba inexplicablemente atrayente, y comprender esto le produjo un poco de náuseas. Janae andaba de un lado al otro como animal enjaulado, al parecer sin tener en cuenta a Qurong, que hasta el momento se encontraba tan fuera de su espacio que lo único que podía hacer era permanecer de pie y sudar.

Billy se apoyó en la camilla, examinando rápidamente las opciones que tenían, que a las claras eran limitadas. La sangre había detenido al virus de la vacuna Raison B; esto era bueno. Después de más de una década de preguntarse, finalmente se había encontrado consigo mismo: Sus demonios internos, su propósito, todo lo que lo hacía palpar. Esto era aún mejor.

Pero la única forma de reconectarse con quien realmente era requería de los libros perdidos. Ahora mismo Billy se hallaba en el mundo equivocado.

—Debe haber alguna manera de salir de esta prisión —comentó.

—¡Está construida para mantener a las personas adentro, idiota! —exclamó furiosa Janae, mirándolo—. ¡Estamos atrapados!

—¿Así que ahora también soy tu enemigo? —objetó Billy irguiéndose.

Ella cerró los ojos, respiró fuertemente por la nariz y exhaló aire entre los labios fruncidos. El sudor le humedecía el largo cabello oscuro hasta las mejillas, y se le había corrido el rímel, pero aun así parecía tan seductora como lo fue cuando era Jezreal.

—Está bien. Lo siento. Perdóname, simplemente estaba... —titubeó ella abriendo los ojos llorosos—. Todo esto está sucediendo demasiado rápido. Ya no sé quién soy, Billy. No sé por qué me siento así.

La habilidad de Billy para leer mentes no había sido afectada por la enfermedad pero no necesitaba mirarla al rostro para darse cuenta de que la muchacha estaba terriblemente perdida. Como un bebé recién nacido que ve la luz pero que no entiende a dónde ha ido a parar el vientre materno.

Thomas también estaba perdido. Igual que Kara y Monique. Los poderes de leer mentes no se habían presentado mientras estuvo en el cuerpo de Ba'al, y habían tardado unos minutos en reafirmarse después de despertar, pero en el corto período que logró mirar el interior de la mente de Thomas, Billy se había enterado de algunas cosas. Supo que el círculo se estaba fragmentando y que muy bien se podría hacer añicos con un poco más de presión.

Se enteró de que Samuel, el hijo de Thomas, lo había traicionado yéndose con Eram.

Además se enteró de la ubicación de los tres mil que esperaban que el resto del círculo se les uniera. Todo el círculo en un solo cañón.

Nada de eso le servía ahora, encerrado en esta cámara de aislamiento. Se fijó en Janae, que en minutos había pasado de ser una joven perdida pero vivaz a ser Jezreal. No había ninguna duda: La muchacha estaba de alguna forma vinculada a los shataikis.

Pero aún no sabía exactamente cómo, y por qué precisamente ella.

A pesar de todo, la madre de Janae, Monique, había estado en el centro de la vida de Thomas Hunter. Tal vez debido a esto el padre de la joven se había acercado a Monique.

—Lo sé —la tranquilizó Billy parándose frente a Janae y retirándole el cabello de las mejillas—. Estás en conflicto y eso te está destrozando. Créeme, he experimentado eso. Cuando regresemos no te sentirás fraccionada. Pertenece a allá, Janae. Todo estará bien cuando llegemos a casa.

Ella se le abalanzó y lo besó en los labios, inhalándole angustiosamente el aliento. Lo rodeó con los brazos y lo oprimió con fuerza, temblando.

—No me abandones —susurró ella—. Prométemelo, Billy. Nunca me abandones.

Él dio un paso atrás, sintiéndose torpe. Ella era como una mujer poseída por un espíritu que hubiera despertado de entre los muertos.

—No te abandonaré.

—¡Júralo!

—Lo juro.

Qurong rezongó, y Billy vio que el encostrado tenía el ceño fruncido. Al mirarlo a los ojos, Billy vio más. Mucho más. Y se sintió obligado a enderezar los antecedentes.

—Podrás tener marcadas en la frente las tres garras de Ba'al, anciano, pero lo odias. Por otra parte, amas a tu hija, aunque lo niegues. Temes a Thomas más que a Teeleh. Y muy en el fondo de tu interior sospechas que Elyon es real, pero la larva shataiki ha invadido tu mente y te ha vuelto estúpido.

Por eso yo, y no tú, soy el elegido, pensó, pero no lo dijo.

—¿Que cómo lo sé? Porque también sé que estabas comiendo moras azules con

pasta de sagú cuando Thomas entró abruptamente en tu casa y te persuadió con engaños para hacer este viaje.

Los ojos grises de Qurong se abrieron de par en par. ¿Y si la respuesta de cómo regresar reposara de algún modo en este hombre?

—Ten cuidado con lo que piensas, Qurong —advirtió, dejándolo muy preocupado por un minuto. Billy besó a Janae en el cabello.

—Todo saldrá bien. Volveremos. Respiremos profundamente y meditemos esto a fondo. Empezando con esta bestia.

—Te puedo asegurar que no hay manera de que yo te permita entrar a mi mundo —amenazó Qurong, escupiendo en el nítido suelo—. Ustedes son brujos. Albinos que han hecho alianza con Ba'al. Si creen pertenecer a algún lugar que no sea el infierno, están equivocados.

—Y esto lo expresa una lagartija grandullona que apesta igual que el infierno —se mofó Billy.

—Sangre —expresó Janae enjugándose los ojos y volviendo a exhalar.

—¿Sangre? —exclamó Billy frunciendo el ceño.

—Sí. Fui atraída hacia la sangre. Cuando me hallaba en Jezreal y me dejaste probar la tuya... había algo en la sangre que me cautivó.

—Los libros sangrientos —opinó Billy; al haber estado con Ba'al aunque fuera por una hora, Billy conservaba aún muchos de sus recuerdos, y profundizaba ahora en ellos—. La sangre de Thomas. Marsuuv le dio a Ba'al su propia sangre cuando este último era Billos. Ba'al se convirtió en parte de los shataikis. ¿Cómo puede ayudarnos eso ahora?

—Vaya... —empezó a decir Janae escrutando a Qurong; entonces corrió hacia un armario, abrió la puerta de par en par y sacó un microscopio; luego lanzó a Billy un pequeño estuche plástico transparente—. Toma una muestra de la sangre y la piel del tipo. Pon lo uno y lo otro en los portaobjetos.

—¿De él? —preguntó Billy mirando a Qurong.

—De él, sí. Date prisa, no tenemos todo el día.

—¿Qué significa esto? —exigió saber Qurong.

—Significa que vas a dejarnos mirar tu sangre a través de esta máquina —informó Billy acercándose y pasándole un portaobjetos de vidrio—. Embadurna un poco ¿c la sangre de tu herida en este pedazo de vidrio.

Qurong miró el portaobjetos como si pudiera ser un arma de gran envergadura.

—¡Rápido!

—Esto no significa nada para mí.

—¿Quieres volver a casa antes de que Ba'al tome tu trono?

El hombre rezongó y le arrebató a Billy el portaobjetos. Torpemente restregó en el vidrio un poco de la sangre del dedo y se lo devolvió.

—Y de su piel —pidió Janae, pasándole a Billy un pequeño bisturí.

—Ahora tu piel —ordenó Billy pasándole otra caja de instrumentos y el escalpelo.

—¿Esperas que me corte la piel?

—Solo rasguña un poco —explicó Janae mirando por encima del lente—. Cuanto más delgada la muestra, mejor.

—Ya la has oído —dijo bruscamente Billy.

—¿Para qué diablos? ¡Esto es ridículo!

—Llámalo utilizar cualquier cosa para salir de un apuro, o lo que sea, pero hazlo —dictaminó Janae mientras enfocaba el microscopio—. ¿Ha analizado alguien tu sangre antes? Lo dudo. Yo soy científica, es lo que hago.

Qurong se raspó algo de piel del antebrazo, luego arrastró la cuchilla a través de la caja de instrumentos, depositando una capa de morst y carne muerta sobre el vidrio transparente.

—Albinos tontos.

—¿Hallas algo? —preguntó Billy poniendo el portaobjetos sobre el mostrador al lado de Janae.

—Esto es... Creo... —tartamudeó ella pero no dio detalles.

—¿Qué pasa?

Rápidamente, Janae sacó el portaobjetos con sangre y deslizó la muestra de piel de Qurong.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Billy.

—Creo... si no me equivoco, él tiene lo que me parece... aunque no puedo estar segura sin más exámenes, este microscopio no es el más potente...

—Tú dilo.

—Tiene en la sangre algo parecido a la vacuna Raison —anunció ella ajustando el enfoque—. Parece una cepa ligeramente distinta, pero...

La muchacha ajustó la vista a la muestra de piel.

Tenía sentido. En cierta manera distorsionada.

Janae respiró fuertemente y se quedó boquiabierta.

—¿Qué es?

Ella se irguió, mirando a Qurong.

—¿Qué pasa?

—Eso es —expresó Janae acercándose al hombre y estirando la mano—. ¿Puedo mirar más de cerca?

Titubeante, Qurong alargó el brazo. La muchacha le agarró la muñeca con una mano y le frotó el pulgar en la piel.

—Las hordas son un poco más fuertes que los albinos. ¿No es verdad?

—Sí —contestaron Billy y Qurong al unísono.

—Pero los albinos son mucho más veloces —afirmó ella—. Ellos no presentan el mismo dolor y sus articulaciones están libres para moverse con facilidad.

—Eso afirman algunos.

—Por amor de Dios, Janae, simplemente...

—Sé por qué son más fuertes —notificó ella, mirando a Billy con algo de asombro—.

Se debe a los shataikis.

—¿Tienen ellos sangre shataiki?

—No. Tal vez, no lo sé. Pero su piel está infectada con millones de larvas microscópicas.

—Larvas shataikis —advirtió Billy, fluyéndole a la mente el conocimiento de Ba'al—. Las doce reinas engendradas por Teeleh se reproducen poniendo huevos que forman larvas no fertilizadas. Pueden vivir durante siglos en este estado hasta que otro shataiki las fertiliza con sangre.

—¿Cómo?

—Muerden. Transmiten sangre a través de los colmillos.

—Vampiros.

—No, shataikis —objetó Billy, luego encogió los hombros—. Da lo mismo.

—¿Ácaros? —preguntó Qurong mirándose el brazo.

—Larvas diminutas —expresó Janae, volviendo a toda prisa al microscopio V mirando con atención—. En este mundo tenemos la sarna, una enfermedad causada por un acaro diminuto llamado *Sarcoptes scabiei*, invisible a simple vista. Excavan en la piel y ponen huevos que producen más larvas y más ácaros. La erupción en la piel es una reacción a los ácaros. Parecido a lo que tenemos aquí.

Ella volvió a mirar.

—Las hordas están cubiertas por larvas de Teeleh. Evidentemente estas les infectan la sangre con algo parecido a la primera vacuna Raison. Pero en vez de matarlos, el virus les transmite algunas propiedades de los shataikis, como la fortaleza.

—Caldos de cultivo andantes.

—Eso es una total estupidez —exclamó Qurong, desestimándolos con una oscilación del brazo. Billy supo de repente cómo podrían salir.

—Janae, si pudiéramos escapar de este cuarto de aislamiento, ¿podrías sacarnos del laboratorio?

—No sé —contestó ella, y miró la puerta principal, donde normalmente había dos guardias apostados.

—Seguramente hay otra forma de salir de aquí. Conductos de ventilación, un pasadizo, cualquier cosa.

—¿Ventilación? —exclamó ella pestañeando—. Estamos bajo tierra, los

conductos de ventilación son enormes. Janae pasó rozándolo.

—Yo era niña cuando construyeron este sitio, y en ese entonces me arrastraba por algunos de esos conductos. El eje principal pasa por encima de los salones a lo largo del pasillo, extendiéndose a cada uno —siguió informando mientras miraba la rejilla de sesenta por sesenta cerca de lo alto de la pared, a metro y medio a la izquierda de la puerta principal—. Eso nos llevaría afuera. Quizás.

—¿Quizás? ¿Por qué no seguro?

—Para empezar, estamos encerrados debajo de vidrio reforzado. Y aunque siguiéramos la ventilación hasta el final del pasillo sin llamar la atención de los guardias, el eje gira directo hacia arriba, siete metros. No hay manera...

—No necesitamos subir —declaró Billy, rompiendo la sábana de la camilla más próxima y lanzándosela a Qurong—. Envuelve esto alrededor de tu puño. El vidrio está hecho para resistir fuerza humana, pero no tenían hordas en mente. Tú puedes romperlo. Qurong miró el vidrio, la sábana en sus manos, y luego otra vez a Billy. Le devolvió la sábana.

—Me arriesgaré a quedarme.

—¿Por qué razón? ¡Ya has oído a Thomas! No tiene intención de dejarte volver ahora que te tiene en su poder. Él sabía que secuestrándote inmovilizaría a las hordas, quizás dando a los eramitas y a Samuel la ventaja que necesitan a fin de preparar un tremendo golpe.

La idea se le acababa de ocurrir, y tenía sentido, tal vez más de lo que ellos creían.

—Pero Thomas no conoce a Ba'al como tú y yo. No hay manera de saber qué hará el siniestro sacerdote en tu ausencia. Debemos regresar. ¡Ahora!

—No de este modo. No veo ninguna ventaja. Confiaría tanto en Thomas como en ustedes. Astutamente, Qurong estaba imponiendo sus reglas.

—Te puedo dar una ventaja —negoció Janae mirando a Billy y haciéndole saber lo que pensaba, luego se dirigió a Qurong cuando Billy asintió—. Te puedo dar un arma. Arma que podrías usar para aniquilar a todos los eramitas y los albinos... a cualquier ejército que se te enfrente.

—Eso no es posible —contestó el encostrado con el rostro contraído.

—¡No sabes nada de este mundo! Lo que tengo es bastante pequeño para llevar a través de los libros, y créeme, podría acabar con la vida en tu mundo.

—¿Qué es?

—Un virus. Una enfermedad que solo afectará a quienes quieras afectar.

—Estás fanfarroneando. ¿Quién ha oído alguna vez de algo así?

—Apostaría a que en estos días has estado repitiendo mucho eso —objetó la joven, señalando luego los alrededores—. ¿Quién ha oído alguna vez acerca de esto? ¿Quién ha oído respecto de leer pensamientos y de destrabar tiempo y espacio con un

libro7. ¡En realidad todo el mundo es un gran quién ha oído alguna vez de algo así!

—Ella tiene razón, payaso —contraatacó Billy, ocurriéndole que le estaba hablando al hombre más poderoso en un mundo en que pronto podría necesitar aliados; tendría que refrenar los insultos—. Eres un hombre inteligente, Qurong. Lo vi cuando compartí la mente de Ba'al, y francamente me asustó. También eres el hombre más poderoso del planeta. Tus súbditos tiemblan cuando pasas cerca. Pero ambos sabemos que todo el que está en la cúspide es un objetivo. Lo que te estamos brindando asegurará tu supervivencia. Y nosotros podemos ser tus más fabulosos aliados. El encostrado estaba sudando otra vez, pero ya no contendía.

—Cada minuto que pasamos aquí dudando pone distancia entre nosotros y los libros perdidos —fustigó Janae—. Debemos apurarnos.

—¿Cómo saldrán ustedes? —preguntó Qurong—. ¿Dónde está esa arma?

—No aquí adentro —aclaró ella señalando el vidrio reforzado—. ¡Rómpelo! Al menos inténtalo, por Dios.

—No me gusta esto —rezongó Qurong, empezando a enrollarse la sábana alrededor del codo—. Me ponen a merced de ustedes. No tengo motivos para creer que me llevarán.

—No te queda más alternativa que confiar en nosotros.

El hombre mantuvo la mirada en ellos mientras se ponía junto a la enorme ventana, aproximadamente de tres metros por dos. Entonces asintió, se agarró el puño con la mano izquierda, y lanzó el codo contra el vidrio sin dejar de mirar a Billy. El cuarto se estremeció al fracturarse la ventana en cien mil rajaduras. Qurong empujó el vidrio despedazado, y este cayó a tierra como lluvia.

Janae pronunció algo que no tenía sentido, luego trepó sobre el alféizar y entró al laboratorio. Se dio la vuelta, hizo señas de silencio con un dedo en los labios y corrió hacia la misma cabina de almacenamiento operada electrónicamente de la que había sacado la vacuna Raison B.

Obrando como un ratón sobre una miga comenzó a pulsar números de acceso.

Señaló hacia un armario y en susurros pronunció órdenes.

—Una escalera y herramientas; quita la rejilla; espérame. Quítala.

—¿Vas a conseguir el virus?

—¡Rápido!

Billy vaciló. ¿Y si la vacuna Raison no tenía los mismos efectos en el otro mundo?

—Tienes otros virus, ¿no es así? ¿Ébola?

Ella lo miró fijamente a los ojos y entonces se dirigió a Qurong.

—Por favor, confía en mí. Necesito un momento. A solas.

Billy comprendió al instante. Janae no quería que Qurong supiera lo que estaba tramando. Tal vez dónde en su cuerpo ocultaría los virus.

Él abrió la puerta del armario, agarró la escalera y un pequeño juego de herramientas. Corriendo hacia la pared de debajo de la rejilla de ventilación empujó la escalera hacia Qurong.

—Sostenía en silencio.

La puerta principal estaba cerrada herméticamente y brindaría una buena barrera contra el ruido, pero no podían saber qué otras medidas de seguridad habrían instalado.

Qurong intentó desplegar la escalera mientras Billy sacaba un destornillador de estrella.

—Ya está, retrocede —susurró Billy, agarrando la escalera y depositándola en el suelo en la posición correcta. Entonces subió aprisa a lo alto.

Cuatro tornillos aseguraban la rejilla, y todos salieron sin problema alguno. El joven colgó el panel de un gancho que sobresalía de la escalera, luego miró al interior del conducto.

Suficientemente espacioso tanto para Janae como para él, pero el encostrado no cabría.

—Baja.

Miró hacia abajo y vio a Janae al lado de Qurong, observándolo.

—¡Rápido! Baja aquí.

—No podemos entrar todos... —dijo Billy cayendo al lado de ellos.

—Espera con él a este lado de la puerta —lo interrumpió ella mientras subía por la escalera.

—¿Yo? Espera un momento. ¡Voy contigo!

—Cállate, Billy —ordenó ella mirándolo, luego continuó al notar el impacto en él—. No quería hablarte así. Pero soy la única que puede hacer esto. Sé adonde debo ir. Dos puertas más allá entro en una enorme bodega donde hay equipos de supervivencia y batas limpias de laboratorio. Lanza bengalas.

—¿Es así como vas a conseguir los libros, con bata de laboratorio y lanza bengalas?

—No, así es como iré caminando hacia los guardias antes de neutralizarlos y abrir esta puerta.

— ¡Te matarán!

—¡Ellos me conocen! Llevo años dándoles órdenes. Créeme, no me dispararán, no antes de que salgan de su confusión. Entonces será demasiado tarde para ellos.

—¿Los vas a reducir con un lanza bengalas?

Los músculos de la mandíbula de Janae se encogieron de impaciencia. Billy se quedó impactado por la belleza de la joven al pie de la escalera con su corto vestido negro, el cabello oscuro alborotado alrededor del rostro, y los ojos encendidos de pasión.

—Esto es Bangkok, la sede del kickboxing. Las chicas pequeñas como yo aprendemos a cuidar de nosotras mismas desde muy corta edad. Quédate aquí. Entonces la muchacha subió a toda prisa la escalera, se metió como una gata en el conducto de aire, y desapareció.

26

PASARON CASI una hora recordando la historia que tenían en común y la fantástica naturaleza de la aparición de Thomas en Bangkok. Aunque habían transcurrido más de diez años desde que él hiciera el último viaje en sueños, la sensación de estar aquí con Kara y Monique era conocida. No fue lo que él hubiera imaginado que podría ser una reunión de décimo aniversario de la clase.

Por otra parte, estas mujeres no eran simples compañeras de clase. Para ellas la aparición de él fue más que asombrosa. En el pasado, saltar de una realidad a otra había ocurrido en la mente de Thomas mientras su cuerpo se quedaba, lo que no hacía la experiencia menos real para él, pero sí para quienes lo veían dormir.

Los cuatro libros perdidos todavía se hallaban en la mesita decorativa cerca de la puerta. Thomas tenía vendada la herida en la palma de la mano. Se preguntó brevemente si los libros lo harían volver al futuro. Pero reflexionó que parecían estar siguiendo un sendero coherente con el corazón del viajero.

—Entonces, básicamente es cierto —dedujo Kara—. ¿Estás afirmando que en esencia la historia de la Tierra se ha vuelto a reproducir allá y que se ha comprimido en veintiséis años?

—Algo así.

Monique se había quedado callada en los últimos diez minutos, sentada con una pierna sobre la otra, vestida aún con la bata de laboratorio.

—Toda nuestra historia —comentó ahora, después de carraspear.

—Así parece. Sin los particulares, por supuesto. Pero las analogías son ineludibles.

—Piensa en las repercusiones para nuestro mundo —susurró ella—. Así que esta batalla entre el bien y el mal es tan real aquí como allá. La religión podría estar desorientada en la mayor parte de frentes, pero por todos lados se percibe la idea correcta.

—Exactamente —asintió él.

Era cómico cómo alguna vez él había estado tan confundido respecto del propósito total de la historia. Su entendimiento de la llegada y del transcurso de la vida había sido muy egocéntrico. Ver más allá de sí mismas hacia un propósito mayor fue siempre muy difícil para el común de las personas, que vivían y morían antes de que ese propósito tuviera total significado.

Ahora, al haber vivido tantas experiencias en tan poco tiempo, le parecía obvio el propósito de la vida. Era casi imposible entender cómo alguien podría ser incrédulo. Y sin embargo, aquí estaba él, dos mil años en el pasado, buscando un camino para el círculo precisamente porque sus integrantes habían comenzado a perder de vista el verdadero camino. Lo que una vez fuera obvio para ellos ya no lo era tanto. ¿Por qué los humanos perdían tan rápidamente de vista la verdad? Eran como un matrimonio que celebró la luna de miel en apasionado éxtasis, pero que solo unos cuantos años más tarde se encontraba distanciado. No sorprendía que el roush cuestionara la sabiduría de Elyon al crear seres tan inconstantes. Esta era la esencia de los libros de historia: Libre albedrío humano, que parecía llevar siempre al desastre.

—...una persona real —estaba diciendo Monique—. No solo una idea.

—Lo siento, ¿de qué hablabas?

—De Elyon. Él es una persona verdadera. Un ser real, no solo un símbolo para una idea.

El puso atención a lo que Monique decía, no muy seguro de por qué había expresado un asunto tan básico.

—Tú estuviste allá, deberías saberlo.

—Créeme, tres décadas lo vuelven todo bastante nebuloso.

Y ese era el quid del asunto, pensó Thomas.

Estaba sentado, con las piernas cruzadas, mirándolas de frente. Lograba ver por la ventana detrás de Monique. Se veía una selva que hormigueaba con vida invisible, pero al dar un paso dentro de los arbustos se volvería muy real esa vida.

—Por tanto —expresó volviendo a enfocar la mirada en Monique—. ¿Qué esperanza hay en este mundo que pudiera cambiar el rumbo del otro mundo?

—Tal vez esa no es la pregunta adecuada —objetó Kara.

—¿No? ¿Cuál es entonces?

—¿Por qué todo gira siempre en torno a tu mundo? Comprendo que allí es donde está tu mente, pero míralo desde mi perspectiva. Hasta que nos dejaste, fuiste siempre de este mundo. ¿Quién puede decir que lo que estás viviendo no sea del todo por nosotros, y no por ellos?

—¿Ellos? ¿Te refieres a Chelise, a Jake, a Samuel, y a todos aquellos a quienes estimo?

—¿Y quién soy yo? ¿Un producto de tu imaginación?

—No —objetó él y luego pensó: Oh, Elyon, podía ser cabezota cuando quería;

entonces se inclinó hacia delante—. Siempre estaré en deuda contigo. Pero has vivido aquí tu vida, y yo he encontrado la mía allí.

—Me lo prometiste —declaró ella.

Kara le estaba pidiendo que la llevara otra vez.

—Tal vez tengas razón —asintió Thomas sentándose—. ¿Qué tienes en mente? Además de ir conmigo.

—El presente se parece mucho al futuro. Sí, lo sé, lo superficial es muy distinto.

No hay hordas, shataikis, roushes ni círculo... al menos no con esos nombres. Pero lo que tenemos es un mundo en que los fieles han perdido la esperanza. ¿Y si hubieras venido por el bien de ellos, como parte de nuestra historia?

—No estaré aquí suficiente tiempo para brindar esperanza a los necios de vuestro mundo. Ellas solamente lo miraron.

—Está bien, he sido duro, pero por favor, ¡mi propio pueblo está desesperado!

Estoy aquí solo para hallar aquello por lo que vine y regresar. Una o dos horas. Un día a lo mucho. Esto no es como antes. ¡Debo regresar rápidamente!

—¿Sabes que hay una estatua de ti en la parte oriental del jardín de la Casa Blanca?—inquirió Kara respirando hondo y acomodándose en la silla—. Granito blanco.

¿Puedes imaginar lo que pensaría Washington si te acercaras a ese césped y saludaras a! presidente después de todos estos años?

—Eso es inaceptable —exclamó él levantándose repentinamente.

—Quizás —terció Monique—. Pero créeme, el mundo se desordenaría si fueras allá, Thomas Hunter, habiendo regresado de entre los muertos. Y el mundo podría tener un poco de esperanza ahora.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Mi hijo se acaba de unir a los eramitas, ¡por Dios! No nos desviemos del tema.

—Al dar recibirás.

—Estás manipulando la situación.

—¿De veras? —objetó Kara—. Piensa en eso, Thomas. Existe un vínculo entre el presente y el futuro, y no se trata solo de ti. Es tan real para nosotros como para ti.

Tal vez si encuentras la respuesta aquí, la hallarás para tu mundo.

Él no tenía deseos de dar un paso fuera de este salón, pero tal vez había algo de verdad en lo que Kara indicaba.

Lo que sucedía en las historias siempre se había relacionado con lo que pasaba en este mundo. Si él lograra encontrar una manera de alterar esta historia podría encontrar la respuesta para el otro.

Pero aun así no creía que eso fuera correcto.

—No me gusta —replicó, volviéndose a sentar, sudando ahora.

—¿Desde cuándo no te gusta tener nada que ver con la verdad? —contraatacó

Monique—. A mí no me ha gustado desde que te fuiste. Sintió las palabras de ella como una merecida bofetada.

—Y es posible que nos equivocáramos —planteó Kara—. Pero del modo en que lo veo, estás aquí, y mientras estés...

—No estoy aquí por mucho tiempo —insistió él—. Ten eso claro.

—Ayúdanos, Thomas —pidió ella—. Tú cambiaste este mundo una vez; hazlo de nuevo.

—Eso fue hace mucho tiempo.

La puerta se abrió y entró un criado cubierto con una bata.

¿Un criado con una bata?

Thomas tardó solo un instante en ver que se trataba de Billy, y que llevaba en la mano una pistola nueve milímetros.

Luego observó, atónito, cuando Janae, y luego Qurong, avanzaban pesadamente por detrás, examinando el salón.

—¡Atrás! —ordenó Billy haciendo oscilar la pistola—. ¡Retrocedan!

La mirada de Janae se posó en los libros perdidos.

Las piezas se acomodaron en la mente de Thomas y formaron un cuadro completo. Ellos ya tenían cortadas las manos y sangraban. Habían venido solo por un motivo: Usar los libros perdidos.

—¡No se muevan! —volvió a ordenar Janae, acercándose a la pila de libros; si llegaban a tocarlos desaparecerían... con los libros.

—Por favor... —pidió Thomas levantando la mano.

Janae fue la primera en abalanzarse hacia los libros, seguida casi en frenesí por Billy y Qurong. La sangrante mano de ella se posó en el primero de los libros, y toda la mesa empezó a perder el equilibrio, haciendo que la lámpara cayera al suelo. Thomas les gritó a sus piernas: ¡Vamos! Hay que seguirlos; ¡vamos! Pero tenía las piernas paralizadas.

La mano de Janae desapareció, seguida por el brazo. ¡Se estaba desvaneciendo delante de los ojos de ellos!

Pero no antes de que Billy y Qurong pusieran las manos sobre la muchacha, y se le subieran encima para unírsele en el pasadizo momentáneamente abierto por medio de los libros.

Todo sucedió en el espacio de tres, no más de cinco, palpitaciones del corazón de Thomas. Janae, luego Billy, y después Qurong fueron tragados como por arte de magia.

Y luego se esfumaron. El espacio que acababan de ocupar estaba vacío. Y los libros...

Los libros habían desaparecido con ellos.

Dejando a Thomas varado en este mundo, mientras Billy, este Ba'al en versión

pelirroja; Janae, la vampiresa sedienta de sangre; y Qurong, el enemigo de todos los albinos, regresaban para devastar el mundo de Thomas.

La sangre se le escurrió del rostro.

—Elyon, ayúdanos —logró expresar Thomas con voz muy débil; todo el cuerpo se le estremeció—. Elyon ayúdanos a todos.

SAMUEL DE Hunter estaba sentado con las piernas cruzadas en un cojín relleno de paja ante una mesa bajita en que había dátiles, nueces y pasteles de trigo. El té caliente humeaba en pequeñas tazas de cristal modeladas burdamente. Un criado le ofreció una desconocida sustancia marrón cristalina en polvo. El muchacho levantó la mirada curiosa hacia Eram, que lo observaba tanto a él como a sus compañeros desde donde se hallaba recostado al otro lado de la mesa.

—Deshidratado de caña de azúcar cultivada al norte. Endulza el té, muy parecido a la fruta de blanco que el círculo usa.

Samuel hizo una reverencia con la cabeza, y el criado le puso en la taza un poco de la caña seca de azúcar usando una cuchara de madera.

—Adelante, Pruébalo.

Sorbió el líquido. Le pareció totalmente agradable, como mucho de lo que había visto desde que llegara con sus hombres. Los eramitas los habían conducido en silencio por los cañones nororientales. Atravesaron un enorme valle cubierto de extensos campos de higos secos hasta una amplia meseta desierta que se extendía en todas direcciones. No era extraño que las hordas nunca hubieran intentado llevar a su ejército armado contra los mestizos. Los eramitas controlaban las tierras altas.

—Delicioso —dijo Samuel levantando la taza.

—No escatimamos en comodidades, muchacho —contestó sonriendo Eram—. En ningún modo. Las hordas podrán tener riquezas, pero nosotros no estamos peor. Seguramente mejor que tus tribus pobres, ¿eh? Aquí tenemos todo: Las mujeres más hermosas, los tés más deliciosos, la mejor carne, más espacio del que podemos utilizar o, por encima de todo, libertad. ¿Qué más puede querer un hombre?

—¿Así es como ves al círculo? ¿Pobre?

—No seas tonto, muchacho. Ustedes son facinerosos que huyen, vagabundos que usan materiales de desecho para cubrirse, y que danzan hasta altas horas de la noche como majaderos para ocultar su dolor.

El hombre tenía su razón. Todo el mundo sabía que los albinos eran pobres, pero Samuel no se había dado cuenta de que el enemigo veía eso como una característica definida.

El muchacho miró alrededor de la tienda de lona, una estructura semipermanente construida contra un muro de bahareque, una combinación de las hordas y los guardianes del bosque. Los observaban cuatro mujeres, entre ellas la hija de Eram, inclinadas en postes o sentadas en cojines; ellos eran probablemente los únicos albinos que alguna vez pusieran los pies en la ciudad.

Seis guerreros se hallaban detrás de Eram, y otra docena esperaba afuera. Como todos los eramitas, estaban cubiertos con la enfermedad de las costras y usaban túnicas tejidas con el mismo hilo delgado que las hordas confeccionaban de tallos de trigo del desierto. Comían como las hordas y apestaban como las hordas. Pero allí es donde terminaban las similitudes. En vez de mechales enmarañados, tenían el cabello lavado y estilizado en una variedad de modelos, tanto lisos como rizados. Extraño. Y extrañamente agradable si se miraba por bastante tiempo, en especial a las mujeres.

La armadura que usaban era la tradicional de los guardianes del bosque, más liviana que la mayoría de las hordas, a fin de priorizar la facilidad de movimientos por encima de la protección. En el viaje por los desfiladeros Samuel vio que muchos de los guerreros masticaban cierta clase de nuez, y luego lanzaban escupitajos rojos a la arena. Viendo su curiosidad, uno de los soldados le había ofrecido una, llamándola nuez escarabajo. Comida con limón, calmaba el dolor muscular. El hombre dijo que solamente la usaban los guerreros y tan solo fuera de la ciudad. Samuel no quiso probarla.

La religión de los eramitas no rendía homenaje a Teeleh, y hasta usaba cierta clase de emblema del círculo tomado del Gran Romance. La única verdadera diferencia entre los eramitas y los albinos era el rechazo de los primeros al ahogamiento, el más grande regalo de Elyon. Sin embargo, Samuel a veces también dudaba del ahogamiento, al menos como relacionado con algo más que con un estado alucinógeno inducido por algún elemento que enrojecía las aguas.

—Estoy impresionado —comentó Samuel, tomando otro sorbo—. A ustedes les ha ido bastante bien aquí.

—Nos va aun mucho mejor de lo que imaginas —contestó Eram.

—¿Y quiénes eran ustedes antes de...?

—¿Antes de que las hordas invadieran los bosques? —terminó Eram la frase intercambiando una mirada con un hombre de cabello canoso que se hallaba junto a un tapiz verde en la pared opuesta—. ¿No reconoces a ninguno de nosotros, joven Samuel? Imagino que solo eras un muchacho cuando teníamos los siete lagos verdes para quitar esta maldita enfermedad de la piel, ¿no es así?

—Así que formabas parte de los guardianes del bosque.

—Eso no es ningún secreto. Vivíamos con tu padre antes de que enloqueciera por las aguas rojas. Muchos de nuestros amigos dieron sus vidas por él. No todos han abandonado la lucha, pero nunca habíamos tenido un albino entre nosotros. Desde luego, ninguno de los propios hijos de nuestros antiguos dirigentes.

—No estamos aquí para unirnos a ustedes —estableció Jacob.

—¿No? No encajarían bien, ¿verdad? —objetó Eram y cambió la mirada hacia Samuel—. Entonces, ¿a qué se debe su presencia?

La mente de Samuel zumbó con un centenar de conflictos, pero los minimizó ante la única creencia principal que lo había traído a este lugar. La paz con las hordas no vendría por ninguna ingenua expresión de amor. Eran un enemigo que solo comprendía la fuerza.

—Jacob tiene razón —contestó Samuel bajando la taza—. Los albinos no se pueden unir a los mestizos. ¿Qué clase de hijos tendríamos? ¿Medio-hordas? Alguien detrás de él rió entre dientes y los ojos grises de Eram centellearon.

—Pero podemos hacer una alianza.

—¿Una alianza? —preguntó el líder eramita sonriendo a su general—. Exactamente lo que hemos estado esperando, ¿no es cierto, Judah? La brillantez que nos falta la encontramos en las mentes de cuatro albinos. Deberíamos festejar con un becerro gordo.

—No solo cuatro —corrigió Samuel.

—¿No? ¿Cuántos?

Samuel necesitaba una mejor comprensión de los intereses de Eram antes de divulgar esa información. De otro modo él la podría usar contra ellos.

—Yo no subestimaría la habilidad de los albinos en batalla. Podríamos ser los pobres que alejamos nuestros problemas danzando alrededor de hogueras al aire libre, pero también podemos danzar alrededor de las hordas.

—Sí, lo olvidaba, ustedes no tienen la enfermedad. Son súper humanos en batalla. Más risitas.

—Algo así.

El salón quedó en silencio, y la sonrisa de Eram se volvió traviesa. Por un momento Samuel se preguntó si el hombre estaría desquiciado, como algunos afirmaban. ¿Pero qué otra clase de individuo se expondría a una pena de muerte por desafiar abiertamente a Qurong?

—Muéstrale a Marsal simplemente cuan súper humano eres.

Samuel oyó detrás de él el suave sonido de botas alastrándose en tierra antes de comprender por completo lo que Eram estaba sugiriendo, pero sus instintos lo zarandearon en el último instante.

El muchacho saltó de pronto a la izquierda y levantó bruscamente el codo derecho.

Este se conectó con el brazo de alguien, desviando un golpe.

En un suave movimiento, Samuel agarró ese brazo, levantó el hombro por debajo del antebrazo del atacante, tirando de él hacia abajo y adelante, usando el propio impulso del sujeto contra él.

El cuerpo rodó sobre el hombro de Samuel, que extrajo el cuchillo del cinturón del hombre mientras el cuerpo aun estaba sobre él. Luego estrelló al individuo sobre la mesa, destruyendo vasos y esparciendo comida por todas partes.

—¿Debería este súper humano matar a tu hombre? —preguntó Samuel poniéndose de pie, cuchillo en mano.

Antes de que un divertido Eram pudiera responder, Samuel lanzó el cuchillo hacia la derecha. El arma giró al volar en el aire y se incrustó en un poste a quince centímetros del general, que observaba con ojos grises abiertos de par en par. El mestizo llamado Marsal brincó de la mesa, listo para volver a atacar, pero Eram levantó la mano.

—Te has anotado un punto.

—Te dije que debimos haber degollado a los albinos en el desierto —espetó Marsal.

—¿Por qué? —argumentó Eram—. ¿Para que nuestro visitante no te hubiera podido hacer parecer una zarigüeya herida? Retrocede.

El hombre dio la vuelta y salió de la tienda lanzando refunfuños.

—¿Son tan violentos todos los albinos?

—No todos —contestó Samuel encogiéndose los hombros—. Pero no porque no son capaces. Olvidas... que igual que tú, la mayoría de ellos fueron una vez guerreros. No se han suavizado en el desierto. Algunos dirían que la fruta que comemos nos hace incluso más fuertes de lo que los guardianes del bosque fueran una vez. Sin duda más rápidos. Tú serás el juez.

—Siéntate.

Samuel miró hacia atrás, luego se sentó.

—Entonces... —manifestó el dirigente eramita poniendo el codo sobre la mesa, recogiendo un higo caído, y mordiendo la pulpa seca—. Te escucho atentamente.

—El círculo no está tan unido como antes —empezó Samuel—. Muchos se han cansado de estar huyendo de un implacable enemigo mientras esperan un día que nunca llega. Hay algunos que están listos a unírseme si puedo darles una nueva esperanza. Podría ser igual para ti.

—Continúa —pidió Eram escupiendo un poco de cascara no deseada.

—Quizás no tengamos la fortaleza para montar nuestra propia ofensiva contra las hordas, pero podríamos hacerles la vida imposible.

—Guerra de guerrillas —comentó Eram—. ¿Es esta tu ingeniosa idea?

—Las emboscadas tal vez no entusiasmen a los mestizos... pues ustedes no tienen

habilidades para ellas. Quizás ustedes sean más veloces que las hordas, pero no tienen la misma ventaja que hasta unas pocas docenas de albinos tendrían bajo mis órdenes. Imagina lo que yo podría hacer con unos cuantos centenares. Veinte o treinta equipos bien ubicados para atacarlos por todas partes, un día sí y otro no. Como abejorros dando vueltas alrededor de la piel en carne viva de un toro.

El líder no dijo nada, y eso bastó para animar a Samuel a apoyarse en sus convicciones.

—Piensa en eso. Los guardianes del bosque asumieron siempre una posición defensiva contra los ataques de las hordas. Estas nunca han enfrentado un ataque directo, que los obligaría a una situación defensiva que mantendría en casa a sus guturales e inhabilitaría sus esfuerzos en perseguir al enemigo, tanto albinos como eramitas.

La tienda se había quedado en silencio. Eram masticaba lentamente su higo.

—Lo que dice tiene mérito —opinó el general.

—¿Cuántos hombres te seguirán?

—No sé. Los que no se unan al principio vendrán después de que se sepa nuestro éxito.

—Un nuevo Hunter sale del desierto —dedujo Eram—. La nueva generación con una nueva respuesta. ¿Es así?

—Algo así.

El dirigente se puso de pie, se limpió las manos en los pantalones, y se dirigió hacia la pared de la tienda detrás de ellos.

—Permíteme mostrarte algo.

Samuel lo siguió mientras el hombre se acercaba a una ventana y levantaba el alerón de lona. Se puso en pie a un lado e invitó a Samuel a mirar. La tienda estaba sobre el borde de un enorme cañón que cortaba la meseta, una formación fácil de pasar por alto desde toda posición ventajosa. El suelo se extendía al menos varios kilómetros antes de abrirse al desierto del norte, y hasta donde Samuel podía ver, el valle estaba cubierto por tiendas, pero no las hogareñas que llenaban la ciudad. Eran las tiendas que una vez usaran los guardianes del bosque en batalla. Aquel era el ejército de Eram.

Entonces Samuel vio movimiento. Un mar de lo que había creído que eran rocas cambiaba de posición a varios kilómetros a favor del viento. Caballos en formación. Más de los que se podían contar.

—¿Crees que nos hemos quedado con los brazos cruzados todos estos años? —indagó Eram.

Samuel se quedó helado ante el imponente tamaño del ejército.

—¿Cuántos? —preguntó Petrus.

—Contándolos todos, ciento cincuenta... mil.

—Muchos —opinó Samuel.

—Más que los guardianes del bosque en sus mejores tiempos, reunidos de todos los siete bosques. Hombres y mujeres, todos en edad de pelear que sean mestizos y con la voluntad para retomar nuestra tierra.

—¿Por qué no lo han hecho? —preguntó Samuel mientras se le aceleraba el pulso.

—¿Ir contra el ejército de Qurong? Todo a su debido tiempo, amigo mío. Ellos aun nos superan en cantidad. El ejército de Qurong es de más de quinientos mil. Iremos cuando no haya posibilidad de fracasar —contestó Eram, y entonces respiró hondo—. Ninguna.

—Ese momento podría estar más cerca de lo que crees —consideró Samuel.

—¿Para qué despertar antes de tiempo al oso durmiente?

—No subestimes lo que podemos hacer uno por el otro.

—¿Cómo?

Samuel ya no tenía nada que perder.

—¿Y si te trajera luchadores de élite que cada uno pueda derrotar a diez de las hordas con una sola espada? Estoy hablando de una nueva clase de guardianes del bosque, capaces de contener los flancos o de devastar la retaguardia de un ejército mientras los atacas de frente.

—Sí, así que hablas de...

—No estoy hablando de cuatro. Ni cuarenta.

No hubo respuesta.

—¿Y si te pudiera traer cuatrocientos?

Esta vez Eram miró por encima del enorme desfiladero lleno con su ejército en sereno silencio. Cuando habló tenía un nuevo respeto en la voz.

—Entonces serás una leyenda entre los eramitas.

28

LO PRIMERO que Billy observó al abrir los ojos en la otra tierra, la tierra futura, fue que era exactamente la misma persona que había sido un momento atrás, antes de zambullirse en el libro detrás de Janae. Los mismos jeans, la misma camiseta, las mismas manos, el mismo corazón palpitando.

Lo segundo que notó en este futuro fue que él, Janae y Qurong habían seguido a los libros al mismo sitio del último viaje de Janae aquí, la visita que ella hiciera en sueños. Estaban en el estudio de Ba'al, mirando fijamente y asombrados por la facilidad con que habían cruzado las realidades.

Desde luego. Los libros te llevan adonde crees pertenecer. De alguna extraña manera yo soy Ba'al. O al menos alguien que se identifica con Ba'al.

Pero en otros aspectos no se parecía en nada a Ba'al.

El diario de Ba'al, su libro sangriento, estaba sobre el escritorio al lado de Billy. Este libro contenía los secretos hacia más de lo que lograba recordar de su corto tiempo en la mente del siniestro sacerdote. Levantó el antiguo volumen.

—Funcionó —declaró Qurong, mirándose las manos—. He... hemos vuelto.

—¿Dudaste de nosotros? —inquirió Billy.

—Creí que pensaban dejarme —confesó el líder, dirigiéndose a la puerta.

—¿Adónde vas?

—Adonde pertenezco como gobernante de este mundo —replicó Qurong, volviéndose.

—¿Es eso lo que crees? Teeleh es el gobernante de este mundo.

Billy se sorprendió al descubrir que no podía leer la mente del hombre. Ni la de Janae, que estaba mirando el altar ensangrentado sobre el cual se hallaban los libros Perdidos. ¿Ya no funcionaba su don ahora que estaba aquí en carne y hueso? Pero las apolletas del virus habían cruzado, sin duda. ¿Y la pistola?

—No pretendo ofender —declaró—. Pero debemos reagruparnos aquí y cavilar con mucho cuidado lo que acaba de suceder.

—No ha pasado nada —objetó Qurong, y reanudó su marcha hacia la puerta—. No me corresponde entender las pesadillas.

—No fue una pesadilla —expresó bruscamente Janae.

Janae había vuelto en sí, y Billy vio que ella había tenido la perspicacia de meter la pistola en el bolsillo de su bata de laboratorio. ¿Pero dónde estaban las ampollitas?

—Aquí hay más en juego que tu pequeño reino, imbécil —soltó la joven.

—Tranquila, Janae —la calmó Billy, exhalando.

Este mundo no les pertenecía. No todavía.

Ella pestañeó, luego se serenó visiblemente.

—Lo único que estoy diciendo es que el mundo donde has estado es real. Todo lo que has oído era cierto.

—¿Como qué? —cuestionó Qurong con la mano ya en el picaporte de la puerta.

—Como el hecho de que estás rodeado de enemigos. Los eramitas, los albinos, Ba'al...

—Y dos hechiceros albinos de otro mundo están aquí para salvarme, ¿no es así?

—Tenemos algunos trucos debajo de la manga, sí —terció Billy—. ¿Ya lo has olvidado?

—Las armas —desafió Qurong—. G estoy ciego, o no veo nada. Enséñamelas.

Janae miró a Billy, luego extrajo el arma.

—Por supuesto —exteriorizó Qurong—. El cuchillo romo que según ustedes puede lanzar acero. Estoy temblando de miedo. ¿Se supone que tengo que aniquilar a los eramitas con eso?

—No. Para eso está el virus.

—Y no ha atravesado hasta aquí —remató Billy.

Janae lo miró. Sin duda ella entendería la señal de su compañero, sabiendo que volver ahora cualquier cosa contra Qurong solamente les quitaría su influencia sobre él.

—Pero eso no significa nada —advirtió Janae—. Lo importante es que somos de tremendo valor para ti.

—¿Cómo?

—Podemos usar los libros, regresar y recuperar todo lo que queramos.

—Eso no me impresiona —expresó Qurong abriendo la puerta y saliendo del salón, dejándolos solos en el estudio de Ba'al.

Interesante que el sujeto dejara atrás los libros. Seguro que no era tan torpe como parecía. Billy se metió el diario de Ba'al detrás del cinturón, lo tapó con la camiseta, y recogió rápidamente los cuatro volúmenes.

—Tomémoslo con calma. Tenemos que desentrañar algunas cosas.

—Lo que debemos hacer es salir de este lugar. No debemos estar con esta gente.

—¿E ir dónde?

Los ojos de Janae se movieron, y él sospechó que ella lo sabía tan bien como él. De ser así, no lo estaba admitiendo.

—Aún no lo sé —respondió la joven—. Pero no he venido aquí para quedarme con estos tontos.

—¿Creíste que habrían desaparecido? ¿Que esto era Paradise?

—¿Por qué esa hostilidad? Lo que menos necesitamos ahora es ponernos uno contra el otro. El hecho es que tenemos más poder del que ellos se podrían imaginar. Solo debemos entender cómo usarlo.

—El virus ha pasado —supuso él.

Ella se palpó el lado del sostén.

—A menos que ellos insistan en un impertinente registro sin ropa, está bastante seguro. Esto, por otra parte —anunció ella volviendo a meter la pistola en el bolsillo—, no asusta a nadie.

—Lo hará una vez que sepan lo que podemos hacer con el arma.

—Así es, Billy. Saber —asintió ella, punzándose la sien con un dedo—. Lo que sabemos es nuestra mayor arma. Bastante justo.

—¿Por qué has venido aquí, Janae?

—¿No me puedes leer la mente? —cuestionó ella mirándolo con los ojos bien abiertos.

—No en este lugar.

La muchacha suspiró como si esto fuera de esperar, y se dirigió hacia el oscuro pasillo al que había entrado Qurong.

—Por la misma razón que tú, Billy. He venido para encontrarme conmigo misma.

Billy la siguió, pensando que ella tenía razón: No debían quedarse aquí. Ni en el templo, ni en la ciudad. El destino de él reposaba con otro ser, un shataiki llamado Marsuuv que vivía en el bosque negro. Ya se le estaban desvaneciendo los recuerdos que había tomado de Ba'al mientras estuvo en su cuerpo, pero tres elementos cruciales le resonaban en la mente sin parar: Había una parte de él que no era del mundo natural.

Su destino estaba irrevocablemente vinculado a una reina llamada Marsuuv. Todo lo que había sucedido, desde el surgimiento de la maldad hasta la vacuna Raison y la catástrofe venidera, era obra suya, porque él no solamente había iniciado todo sino que iba a terminarlo todo.

Billy, el pelirrojo de Paradise, Colorado, era el primero y el último. El principio y el fin.

Él era la zona cero.

No, una vocecita le sugirió en alguna parte en el cerebro, Thomas es la zona cero. Tú solo estás tratando de tomar la delantera.

Pero él sabía que esa no era la verdad. En el último instante, ambos eran la zona

cero. Dos lados de la humanidad. Se escoge el que se quiere.

Billy y Janae recorrieron un oscuro pasadizo y vieron un enorme santuario repleto con imágenes de la serpiente alada, Teeleh. En el centro del salón había otro altar, como el del estudio de Ba'al, brillando aún con sangre.

Billy se adelantó a Janae, inundado de temor y de conmoción total por los objetos de culto del salón: Velas negras que vomitaban humo al aire; imágenes de bronce de Teeleh sobre el altar; largas cortinas de terciopelo en todas las paredes, adornadas con las mismas tres marcas de garra que usaban todos en la frente, esta marca de la bestia.

La familiaridad lo golpeó con la fuerza de un puñetazo al pecho. Había hallado su camino a casa.

Miró sobre el hombro y vio con la boca abierta a Janae, que también parecía sentir lo mismo, ¿verdad? Ella sabía más de lo que expresaba con palabras. O al menos sentía más.

Billy entró al salón con pasos ligeros, como si el piso de piedra fuera tierra santa fácilmente profanada. Habían atravesado los siglos y estaban ante el santuario de una religión exótica que adoraba al mismo ser que lo había creado a él, Billy. Tocó el altar, impresionado por la sedosa superficie de la piedra... ¿era granito? ¿Tal vez mármol?

Ba'al había estado en la presencia de Marsuuv, reina de Teeleh, y el recuerdo se representaba en el borde de la mente de Billy como el flautista de Hamelín.

—Lo logramos, Billy —comentó Janae, exhalando.

—Pon los libros sobre el altar —chirrió ásperamente una voz detrás de ellos.

Ba'al.

Billy se volvió poco a poco, sin intención de poner los libros en ninguna parte. Entonces vio a Qurong de pie con los brazos cruzados detrás de Ba'al, que evidentemente había estado esperándolos, y comprendió que habían cometido una terrible equivocación.

—¡Atrás! —ordenó con rudeza Janae, apuntándolos con la pistola—. Quédense donde están o juro que les volaré la cabeza a los dos.

Ba'al había examinado los propios pensamientos de Billy, pero era obvio que durante su corta visita no había surgido nada acerca de pistolas. Siguió adelante de manera audaz.

—¡Os ha dicho que atrás!

—¡Entonces vuélame la cabeza! —exclamó Ba'al—. Utiliza tu juguete y mátame si esa es la voluntad de Teeleh. Pero debes saber que yo soy su siervo. Marsuuv es una bestia celosa que no tiene paciencia con albinos que amenazan con juguetes a hombres santos.

A Janae no se le escapó lo que acababa de oír, pero erró el blanco.

—Qué bueno volver a verte, Ba'al —expresó Billy—. ¿O debo llamarte Billos?

—Llámame como quieras. Soy quien soy.

—Y nosotros también, dos amantes de Teeleh. Muéstranos cómo hallarlo y te dejaremos.

—Estos dos son mentirosos que con engaños podrían atraer una serpiente a la cama y morderle la cabeza hasta arrancársela —terció Qurong—. No los escuches.

—¿Sois serpientes? —preguntó Ba'al caminando alrededor de ellos, sonriendo.

—No —respondió Billy—. Pero pertenecemos a una, y su nombre es Teeleh.

—Así que insisten. Pronto lo averiguaremos. En este mismísimo salón. Dejen los libros sobre el altar y aléjense.

—No puedo hacer eso.

—¿No? Tú más que nadie deberías saber por qué debes hacerlo. Te metiste dentro de mi mente y sabes que he estado buscando esos libros durante mucho tiempo. Marsuuv me obliga a llevárselos a Teeleh. ¿Te interpones en el camino de su reina?

Incertidumbre.

—Dame los libros y dejaré que Teeleh te posea —concluyó Ba'al.

—Dispárale, Janae. Mata de una vez a esta comadreja. Métele una bala entre los ojos y termina esta miserable vida antes de que...

Clic.

Billy parpadeó. ¿Era así como debía sonar el arma?

Clic, clic, clic.

—No funciona —gritó Janae, y volvió a apretar el gatillo sin mejor resultado.

—¿Por qué debería funcionar? —advirtió Ba'al—. Si tus ojos fueran abiertos podrías ver garras de shataiki actuando en este mismo instante, protegiendo al amante de Marsuuv. Por favor, arroja esa inútil herramienta. Pon los libros en el altar. Es mi última invitación.

Billy titubeó solo un momento, luego depositó los libros con mucho cuidado. Si Ba'al estaba diciendo la verdad, llevaría los libros a Teeleh en vez de usarlos. Quizás eso era mejor para todos.

—Dinos cómo hallarlo.

—No hallas a Teeleh, él te encuentra. Intérnate en el bosque y pronuncia su nombre. Créeme, él siempre está allí, observando —informó Ba'al mientras levantaba los libros y se hacía a un lado—. Gracias.

Entonces se dirigió hacia la puerta que llevaba a su estudio.

—Dispón de ellos como quieras.

—¿Y ese virus del que hablabas? —averiguó Qurong.

—Ah sí, desde luego —contestó Ba'al volviéndose, pero con la mente en los libros que tenía en las manos, pensó Billy—. Desvístelos, regístralos. Daré instrucciones a mis sacerdotes de sacrificarlos esta noche mientras la luna esté en cuarto menguante.

—Yo estaría más cómodo si supervisaras la ejecución.

—No estaré aquí. Mi amo me apremia. Este es el fin, mi señor. El tiempo del gran dragón ha llegado. A Billy se le atascó la respiración.

—Son astutos —advirtió Qurong, y frunció el ceño.

—Estarán muertos esta noche, mi señor. Lo juro.

29

QURONG RECORRIÓ el pasillo, irrumpiendo abruptamente en el atrio frente a su casa, y quitándose la túnica antes de entrar al comedor.

—¡Traigan a mi general! —tronó—. Ahora.

La túnica cayó al suelo, donde uno de los criados la agarraría y le lavaría la pestilencia que venía de la pesadilla del líder. La reputación de Thomas como hechicero era conocida. Incluso como comandante de los guardianes del bosque el albino había demostrado tener la extraña habilidad de aparecer y desaparecer a voluntad, en ocasiones junto con su ejército.

¡Pero esto! Engañar a Qurong con la ilusión de que estaba en otra realidad era un talento que seguramente ningún otro hombre poseía.

—¿Dónde está Cassak? Tráigalo ahora. ¡A mis oficinas!

No le importó quién lo oía, solo que lo oyeran. Un arrastre de pies precedió la fugaz imagen de una criada huyendo del comedor.

—Hola, mi amor.

Él se volvió hacia Patricia, que se apoyaba en el pasillo de entrada a la izquierda de Qurong, aún vestida con su bata de dormir.

—O te sientes pletórico esta mañana o te has vuelto loco —comentó ella cruzando los brazos y recorriéndole el cuerpo con la mirada.

—Debí matar a ese albino hace diez años cuando tuve la oportunidad —razonó él después de maldecir y de bajar la mirada hacia su cuerpo semidesnudo.

—¿Ha escapado? —quiso saber Patricia yendo hasta la mesa y agarrando un pedazo de nanka amarilla.

—Por supuesto que no.

Pero Qurong sospechaba que Thomas sí se le había logrado escapar. Había llevado al albino a su biblioteca privada, donde el hechicero lo dominó de algún modo con un hechizo. Lo siguiente que supo fue que de repente él salía de la visión en el Thrall con dos albinos igualmente malvados, a quienes había entregado a Ba'al.

—Lo he soltado —corrigió Qurong.

—Has soltado a Thomas —repitió ella burlonamente—. ¡No tienes derecho a tomar esa clase de decisiones unilaterales!

¿De qué diablos estaba ella hablando? Cómo se atrevía a cuestionar su autoridad.

—Ella también es mi hija —exclamó bruscamente Patricia.

—¿Hija? He sido engañado por un brujo maquinador, ¿y en lo único que se te ocurre pensar es en una hija a quien no has visto durante diez años?

—Te esperé toda la noche, ¡torpe rumiante! ¿Quién soy yo, tu criada?

— ¡Silencio!

—No me calles, Tanis.

El comandante sintió helársele la sangre. Ella sabía cuánto aborrecía él su antiguo nombre.

—He pasado la noche sola en la oscuridad más absoluta, sola porque tanto mi esposo como mi hija me han abandonado —se quejó ella—. Muy bien, Qurong. Sé el héroe grandioso y fuerte para que tu pueblo vea. Pero no juegues con mi corazón.

—¿Qué he hecho ahora? —exigió saber él; solo una mujer podía hacer tanto alboroto de tan poco; dales un simple hecho y ellas lo convierten en una historia antes de respirar una sola vez—. Acabo de pasar la noche en un trance infernal. Mi reino está hundiéndose alrededor de mí, ¿y tú me reprendes?

—No trates de distraerme con más historias sobre lo cerca que estamos del día del juicio, esposo —advirtió ella, respirando hondo y agarrándose fuertemente las dos manos, en realidad una mala señal—. Quiero que encuentres a mi hija. Quiero hablar con Chelise.

Patricia se volvió y se dirigió-hacia el pasillo de la cocina a grandes zancadas.

—La próxima persona con quien hablaré que tenga sangre Qurong será mi hija— expresó en la puerta lanzándole una mirada fulminante—. Y no te molestes en venir a mi cama. Entonces desapareció.

Qurong se quedó totalmente pasmado. Sin duda Patricia debía conocer su corazón, que él estaba tan preocupado y confundido por la ausencia de Chelise como ella, que él había vivido en desdicha desde su partida. El comandante había intentado vacunarse con amargura y negación, y eso le había ayudado durante un tiempo, pero hasta su obsesión por encontrar y eliminar al círculo era por el bien de su hija. Masacraría a esta secta de fanáticos que le había lavado el cerebro a Chelise.

Hablaba de que no tenía hija, pero solo para proteger a Patricia y a él mismo. Esto se requería de un líder obligado a tomar decisiones difíciles en tiempo de guerra.

—¡Cassak! —rugió.

—Aquí, señor.

Qurong se giró para ver a su general de pie en la puerta. ¿Cuánto habría oído el subalterno? No importaba. Qurong tenía asuntos más apremiantes que tratar. Eso se

decía, pero mucho tiempo atrás había aprendido que nada era tan apremiante como la paz mental de su esposa. El prefería ir a la guerra con Eram que enfrentar a Patricia.

—Sígueme —ordenó después de escupir a un lado y entrar en el pasillo que llevaba a su habitación.

No podía pensar aquí y ahora en traer a Chelise. ¡Ni siquiera sabía cómo encontrarla!

¿Y qué le diría? ¿Finalmente tu padre entró en razón... por favor, volvamos a ser una familia?

Ella era albina, ¡por amor de Teeleh!

Mientras tanto, Ba'al estaba conspirando para derrocarlo. Qurong no podía estar seguro de todo respecto de la magia de Thomas, pero esta había revelado una o dos cosas, y él no pasaría por alto las advertencias.

—¿Mi señor? —observó Cassak apurándose para mantener el paso detrás de él.

Qurong entró a su cuarto y se quitó la ropa interior. Debía limpiarse de la pestilencia albina antes de salir del palacio. Esta vez recibiría de buen agrado el dolor de bañarse.

—Señor.

—Sí, Cassak. Cierra la puerta —ordenó el dirigente agarrando una túnica fresca del extremo de la cama; se la puso y miró al general—. Dime cuánto puedo confiar en ti.

—Yo soy siervo de suyo, mi señor, no de Ba'al —manifestó Cassak después de titubear—. Si me ordenara matar al sacerdote, lo haría.

Conque Cassak también era consciente de la amenaza. ¿Era tan evidente?

—Yo no expediría una orden como esa, pero acepto tu lealtad. Lo que voy a decirte no puede salir de este dormitorio.

—Desde luego que no, mi señor.

Qurong fue hasta la ventana desde donde se divisaba el occidente de la ciudad.

Más de dos millones de hordas vivían en Ciudad Qurongi; de esos, más de la cuarta parte eran varones en edad de pelear, entrenados en combate como se exigía a todos los hombres adultos. Pero no había evidencia de ninguna señal de guerra inminente en la ciudad de crecimiento descontrolado, con sus chozas de barro y sus humeantes chimeneas.

Los súbditos del comandante habían engordado en los bosques; hasta se habían enriquecido. Pocos conocían de la progresiva amenaza del desierto.

—Prepara el ejército —expuso, y giró a la redonda—. Pasa la voz de que marcharemos hacia el norte hasta el valle Torun para ejercicios de entrenamiento.

—Considérelo hecho. Será bueno sacar nuestra tercera división; se han engordado.

—Llévatelos a todos —ordenó Qurong—. Incluyendo a la guardia del templo.

—No estoy seguro de entender —objetó el general parpadeando—. Nunca se ha intentado una misión de entrenamiento de esa magnitud.

—¡A todos ellos! Al norte. En una semana —decretó el comandante, mirando hacia la puerta y luego dando la vuelta—. Los quiero bien alimentados, hidratados, armados y listos para un ataque a gran escala a mi orden.

—Entonces no es una misión de entrenamiento —observó Cassak llenándose los ojos de entendimiento.

—Haz volver a nuestros exploradores del desierto del norte e interrógalos. Envía seis equipos de guturales con órdenes de infiltrarse en la ciudad de los eramitas y volver a informar después de una semana —concretó, caminando de un lado al otro—. Quiero saber cantidades, fortalezas, debilidades. Cuántos niños, cuántas mujeres.

Armas. Moral. Cualquier cosa que haya cambiado en los últimos meses.

—Una semana no es tiempo suficiente...

—Es todo lo que tenemos.

—¿Está diciendo usted que planea invadir dentro de una semana?

—Estoy diciendo que quiero estar listo para aplastar a los infieles dentro de una semana. Más pronto si lo decido.

Ahora Cassak se quedó callado. La orden era inaudita. Desde la invasión de los bosques, las hordas no habían peleado una guerra a gran escala, y aun así nunca habían comprometido todos sus activos en un solo frente.

—Los tambores de guerra están sonando, Cassak —informó Qurong manteniendo baja la voz—. Samuel, hijo de Hunter, está uniendo a los eramitas y a las fuerzas albinas con la intención de menoscabarnos.

—No sabía que los albinos tuvieran una fuerza.

—No la tienen, pero no es por falta de fortaleza. Su voluntad es débil, pero eso puede cambiar. Intento no darles esa oportunidad.

—Estoy de acuerdo —asintió Cassak poniéndosele al lado en la ventana—. Eram es un aguijón al que se debe exterminar. ¿Pero una semana? ¿Por qué la prisa?

—Ba'al es la prisa. El está ahora en camino hacia algún maldito bosque negro, y si no me equivoco, tiene ambiciones propias.

—Así que nos movemos antes de que logre meter sus descarnados dedos en nuestros asuntos.

—Y nos llevamos su propio ejército armado.

—Yo iba a afirmar que el siniestro sacerdote es una víbora, pero ahora debería decir eso de usted —declaró el general mostrándole respeto mediante una perversa sonrisa.

—Nunca he afirmado ser una víbora. Y no creo que Teeleh se enojaría mucho si Ba'al fuera la única pérdida en una guerra que destruyera a la vez a mestizos y albinos.

—De acuerdo, señor.

—También quiero que envíes al occidente a tres de nuestros mejores exploradores con banderas de tregua —continuó Qurong asintiendo; luego suspiró, no tan ansioso de transmitir la orden—. Diles que encuentren a Chelise.

—Imposible —cuestionó Cassak mirando como si hubiera oído mal—. Sencillamente no podemos localizar al círculo.

—No, pero pueden transmitir el mensaje para Chelise de encontrarse con su madre en el valle Torun en cuatro días. Ella vendrá.

—Podrían emboscar a la reina, mi señor. ¡Esto no es seguro!

—Creí que habías dicho que ellos eran un grupo pacífico —objetó Qurong agarrando un tazón de morst para la piel y dirigiéndose a la puerta—. Tú hazlo. Y hay dos albinos en el calabozo de Ba'al, programados para ser ejecutados esta noche. Ve y asegúrate que los dos mueran.

—¿Señor?

—Que mueran, Cassak —repitió Qurong volviéndose—. Los quiero muertos.

LA ÚNICA razón de que la búsqueda no los dejara desnudos fue la ignorancia del guardia de que algo tan pequeño como un frasquito escondido bajo la banda de la ropa interior de Janae pudiera hacer algún daño. Esto y el disgusto general de las hordas por la carne albina. Tal vez si Qurong hubiera supervisado el cacheo, habrían encontrado tanto el diario de Ba'al en los calzoncillos de Billy como las preciosas ampollitas.

La situación de ellos era simple y terrible. La ventaja de Billy y Janae era inútil en la mazmorra debajo del Thrall donde esperaban la ejecución al anochecer. Las diez celdas se hallaban a lo largo de un corredor iluminado solo por una simple antorcha cerca de la pesada puerta de madera hacia la libertad. Todas las celdas estaban vacías menos la que ellos ocupaban, pero la fetidez a orina y sudor saturaba el pequeño espacio.

—¿Siguen ahí? —exigió saber Janae, apretujada en un rincón.

Billy presionó el rostro entre dos barras y miró por el corredor donde dos sacerdotes montaban guardia. Retrocedió y caminó sobre el suelo de paja.

—¿Y bien?

—Sí—susurró él.

—¿No van al baño estos animales?

No podían saber qué hora del día era, pero el anochecer debía estar aproximándose velozmente.

Billy se inclinó y extrajo los objetos que había ocultado bajo la paja en el rincón. Una ampollita de la vacuna Raison B. Un frasquito de uno de los virus más potentes

y no biogenéticamente diseñados, ébola asiático, responsable de más de un millón de muertes en la década anterior al descubrimiento de una vacuna. Una tercera ampolleta contenía sangre de Thomas. En Bangkok, Janae se había acomodado los tres frascos en el sostén.

El último objeto era el diario de Ba'al. El libro sangriento.

Pensaron en llamar a los guardias y probar ambos virus en ellos. Pero Billy y Janae no sabían qué resultado tendría esto, y seguramente quedarían al descubierto. No obstante, los guardias no habían querido acudir después de repetidas llamadas. Sin embargo, a la media hora de explorar la celda, se centraron en el único medio de escape. La cerradura.

Un breve examen de la cerradura de metal rudimentario reveló que era un objeto arcaico con mecanismo elemental. Janae estaba convencida de poder abrir el cerrojo usando solo el alambre del sujetador, el cual ya había sacado de la prenda. Pero tendrían que luchar con los dos guardias al final del corredor. Y una vez fuera del calabozo debían escapar del Thrall y luego de la ciudad.

Billy se había enfrascado en la lectura de los escritos de Ba'al bajo la tenue luz, rellenando los numerosos espacios en blanco de entre los recuerdos que anteriormente extrajera del sacerdote. La colección de escritos bosquejaba con mucho cuidado cientos de detalles de numerosos recursos acerca de este mundo, pero las secciones que Billy leyó y relejó mientras pasaban las horas se relacionaban con el Thrall y el bosque negro de Marsuuv.

Ba'al había esbozado el plano básico del Thrall, el cual mostraba una puerta negra exactamente más allá de la entrada al calabozo. Si lograban pasar a los guardias y subir los escalones hacia el atrio sin ser vistos, seguro que podrían escapar del Thrall. Y una vez fuera del edificio, la travesía estaba despejada.

—Se acabó —expresó Janae de repente, irguiéndose—. Tenemos que irnos ahora, antes de que vengan por nosotros.

—Cálmate, ¡solo debemos inyectarnos esto! Mantén baja la voz.

—Tenemos que irnos, Billy —rogó ella con el rostro contraído como si estuviera a punto de llorar—. ¡Se nos acaba el tiempo! ¿Me oyes? ¡Esto va a hacer que nos maten! Ella parecía estar a punto de enloquecer. El no tenía ninguna prisa, pero Janae parecía estar al borde de una crisis nerviosa.

La joven se rascó una erupción que le había brotado en el brazo derecho. Solo entonces Billy se dio cuenta de que a él también le había empezado a arder la parte baja de la espalda. Erupción. Sin duda tenía que ver con piojos o algo de este maldito lugar.

Imaginó larvas arrastrándosele por la piel. Ácaros. Ya había estado lleno de ellos.

Billy se estremeció y agarró los artículos.

—Está bien. Trata de abrir la cerradura, pero en silencio —insinuó él, pero ella ya

estaba en la puerta, palpando con manos frenéticas—. Pero espera hasta que yo te diga; solo intenta abrir el pasador.

—Sencillo —dijo la muchacha dando la vuelta y sosteniendo en alto la cerradura abierta.

¿Tan rápido? Era obvio que en su momento ella había tenido que ver con cerraduras.

—Oculta esto —pidió él, apresurándose y pasándole las ampolletas.

Janae agarró los pequeños contenedores de vidrio y los metió en los costados del sujetador femenino. La joven mostró una piel blanca como la leche, y él ahora vio que ella no solo tenía sarpullido en el brazo, sino también en el estómago y el cuello.

Un irrazonable temor entró de golpe en la mente de Billy. Algo conocido. Había estado antes en esta situación, lejos, debajo de un monasterio. Las larvas allí habían sido mucho más grandes, pero él ahora estaba seguro de que habían venido de los shataikis. Billy y Janae debían esperar... debían proceder con extrema precaución, pero lo único que él quería era salir de esta jaula, con guardias o sin ellos. El pelirrojo pasó al lado de ella, abrió la puerta y se metió en el oscuro corredor. La imprudencia era una reacción impulsiva e irracional ante el temor, y lo supo mientras miraba a los guardias al fondo del túnel, pero para entonces ya era demasiado tarde. Ellos se volvieron a verlo como si fuera un fantasma.

—Apelo al poder de Marsuuv, reina del duodécimo bosque —manifestó Billy, marchando hacia delante.

Aunque fuera un albino con el pecho desnudo, tenía el conocimiento que ningún hombre, horda o albino, debería tener, y pretendía usar ese conocimiento ahora. Janae respiraba con dificultad detrás de él.

Billy levantó el diario sangriento.

—Mi hacedor, Marsuuv, con el corazón más siniestro les ordena... traigan a Ba'al y yo hablaré por mi señor.

Ba'al se había ido, Billy sabía eso. Los guardias extrajeron súbitamente las dagas y se pusieron en cuclillas, pero no dieron ninguna alarma.

—Retroceda —gritó uno con voz ronca.

Billy se detuvo a no más de dos metros de los guardias y extendió ambos brazos a lo ancho. Una oleada de poder lo recorrió con asombrosa fuerza. Más que adrenalina. Había energía en el aire.

Levantó la barbilla y habló con tanta autoridad como pudo reunir. Cuando le llegó la voz, esta sonó como la de un anciano, pero contenía un poder que le estremeció los huesos.

—Soy nacido de lo malévolo; estoy comido por larvas. Mi lugar está con mi amante y mi ama, que me espera en el duodécimo bosque con Teeleh. Cualquier hombre que toque a mi siervo morirá.

Billy apenas podía respirar, tan poderosas fueron sus palabras. Una oleada de poder le bajaba por la columna, y él supo, como nunca antes lo había sabido, que estaba cerca, muy cerca de llegar a casa. Apenas importaba el hecho de que el hogar se asemejara más al infierno que a alguna utopía.

Él pertenecía a este lugar. Este era su destino.

Un grito y una ráfaga de aire lo sacaron de su ensoñación. Janae había agarrado la daga de uno de los guardias y le había cortado el cuello. Ella estaba ahora clavando esa misma daga en el segundo guardia, moviéndose con velocidad sobrenatural. La chica también parecía tener poderes más allá de sí misma.

Janae empujó el puñal directamente a través del estómago del guardia, clavándolo en una viga. Sostuvo el cuerpo así por un momento, luego lo soltó y retrocedió, jadeando.

—Muy bien —declaró Billy, exhalando.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada más.

Janae se pasó abstraídamente por la boca el lomo de la mano, embadurnándola de sangre. Se lamió los labios y tragó, con la mirada aún en su obra, quizás inconsciente de lo que acababa de probar.

—¿El duodécimo bosque? —inquirió ella, mirando finalmente a Billy, con ojos bien abiertos.

—El bosque de Matsuuv —asintió Billy tragando saliva—. Mi bosque. Allí es donde el siniestro sacerdote ha llevado los libros perdidos.

—Entonces debemos ir —consideró Janae dando la vuelta y dirigiéndose hacia las escaleras.

—Espera.

— ¡Tenemos que ir ahora! —exclamó ella sin esperar.

—¡Espera! —increpó él—. Debes recubrirte. Primero nos ocultaremos en estas vestiduras de sacerdotes.

Ella retrocedió y miró abajo hacia los cuerpos. Después de un momento empezó a quitarle la ropa al guardia que había matado primero. El más ensangrentado de los dos. Ambos se vistieron rápidamente y deslizaron las dagas entre los cinturones. Con un poco de suerte pasarían por la ciudad encubiertos en medio de la oscuridad y serían libres.

—¿A qué distancia? —inquirió ella.

El bosque negro.

—Tres días. Quizás dos, si no nos detenemos.

—Entonces no podemos detenernos.

Él pensó en objetar, creyendo que debería ser racional. Mejor ser precavidos y vivir que morir acercándose apresuradamente a un precipicio. Pero no pudo negar su propio deseo.

—De acuerdo —concordó él.

Súbitamente, Janae se volvió hacia el pelirrojo, le envolvió los brazos alrededor del cuerpo, lo apretó con fuerza y lo besó en los labios.

—Billy... —expresó ella besándolo de nuevo con ansias, embadurnándole la boca con la sangre del guardia, resollando por la nariz—. Gracias, Billy.

Luego le mordió los labios con los dientes, extrayéndole sangre. De manera extraña, él encontró esto natural. Así era como copulaban los shataikis, ¿verdad? No estaba seguro de la mecánica, pero sabía que eso tenía que ver con la transmisión de sangre. Y esto...

Esta pequeña expresión de afecto era simple estimulación sexual, pensó él. Entonces Janae se alejó y subió corriendo los peldaños, alzándose la túnica para no pisar la larga vestimenta, como una doncella subiendo las escaleras de la torre para encontrarse con su príncipe.

30

HABÍA PASADO toda una jornada desde que desaparecieran los libros con Billy, Janae y Qurong. Thomas pasó la mitad del día desgastando la alfombra. Su primera reacción había sido negar lo que le decían sus ojos. Los libros estaban allí sobre la mesa cerca de la puerta, y el brujo pelirrojo, que era uno con Ba'al, se hallaba encerrado de modo seguro. Pero luego Billy estuvo en la biblioteca, y en los libros, y desapareció.

Los libros perdidos se habían evaporado. Thomas había corrido hacia la mesa, lanzando presuroso la mano, como si pudiera hacerlos regresar a la fuerza. Poco a poco la amarga verdad le secó la boca. Su única manera de volver había desaparecido. Después de una urgente discusión, Kara y Monique parecieron ansiosas de devolverle la confianza. El estaba aquí con un propósito, insistía Monique. La situación se resolvería, concordaba Kara, pero sin que la desilusionara que los tres estuvieran juntos. El debía aceptar este giro de los acontecimientos por su propio bien, sugería ella. Por el bien del mundo.

Las palabras de las damas cayeron en oídos sordos, porque ahora Thomas solo pensaba en Chelise. Una hora más tarde, sin lograr quitarse de encima la obsesión del rostro de su esposa, les había pedido que lo dejaran solo para poder aclarar la mente. Se había separado muchas veces de su amor, y aunque siempre la extrañaba, nunca se había aislado por completo de ella. Siempre había una senda hacia los brazos de la única mujer de la que había llegado a depender más que de cualquier otra cosa en su mundo.

En realidad, apenas ahora, atrapado, comprendía cuánto la necesitaba. Volvió a mirar la mesa vacía, dejó caer la cabeza entre las manos y contuvo la emoción. Una vez había perdido a quien más amaba, y no podía soportar la idea de volver a sufrir eso. ¿Y si nunca la volvía a ver? ¿Y si él hubiera regresado a este mundo para finalizar algún asunto que lo esperaba aquí? ¿Y si este fuera para él el final del otro mundo?

La mente se le llenó de pánico.

La orden del murciélago blanco le susurraba. Anda al lugar de donde viniste. Crea un camino para que el círculo cumpla con su esperanza. Y vuelve rápidamente antes de que sea demasiado tarde. Hazlo y quizás salves a tu hijo.

Lo mismo se podría decir seguramente de Chelise. Las imágenes de su esposa se multiplicaban en su mente.

Recordó la ocasión en que ella había salido corriendo para encontrarse con él llevando a Jake al hombro como un hato de leña.

—¡Mira, Thomas! —exclamó ella en esa ocasión, poniendo al niño tras la silla y retrocediendo—. Muéstrale, Jake. Muéstrale lo que puedes hacer. Jake se tambaleó sobre los pies y comenzó a caminar. Aún era un misterio cómo el muchacho se las arregló para mantenerse erguido, balanceándose, meciéndose y cruzando los pies como una cigüeña borracha.

La noche anterior habían danzado hasta altas horas de la noche, llegando a extenuarse en apasionadas expresiones de amor. Thomas siempre había sido el impulsivo, poniendo el entusiasmo por encima de la razón, pero al lado de Chelise era el líder tranquilo. Después de todo, el hombre contaba con diez años más y había comandado ejércitos. Era comprensible que empezara a apaciguarse.

Recordó la vez en que asignara a su hija mayor Marie la tarea de enseñar a Chelise todo lo que debía saber acerca del combate cuerpo a cuerpo. Como en los días de antaño, las artes bélicas rememoraban una danza coreográfica, arremetiendo y entrenándose con ferocidad, pero siempre por la precisión y la belleza de ello, no con las hordas en mente.

Después de solo un mes más, Chelise y Marie actuaban cerca de la hoguera para que toda la tribu observara. Las habilidades de Marie estaban exquisitamente entonadas, sin precedentes en ese tiempo. Pero Chelise...

A Thomas se le hizo un nudo en la garganta al recordar. Las tonificadas piernas de su esposa cortando el aire en una patada circular mostraban su asombrosa gracia. Aterrizaba ágilmente con los pies como una gata, lanzándose luego de espaldas en tres saltos mortales consecutivos. La manera en que el cabello se le arremolinaba alrededor del rostro, los ardientes ojos verdes, los gritos de su garganta. Ella le recordaba a su primera esposa, y esa noche, acostado en la cama, había llorado. Chelise le había preguntado qué había estado mal, y cuando finalmente él le confesó, ella lloró con su esposo. Por él. Desde entonces nunca había pensado en otra mujer, viva o muerta.

¿Cuántas veces Thomas había cruzado con Chelise la pradera, tomados de la mano, oyéndole hablar con entusiasmo sobre cualquier tema que había comenzado a arder en ella ese día? Ella nunca se había avergonzado de su pasión, y si alguna vez exageraba su perspectiva, finalmente reconocía su exceso en el asunto, aunque por lo

general con palabras suaves y entre dientes.

—Pero no te enojés —le diría ella después de besarlo—. Solo estoy aprendiendo.

Chelise había aprendido a ser la esposa de Thomas de Hunter, comandante supremo de los guardianes del bosque, ya diez años, pero a menudo él decía a quienes estaban congregados alrededor de la hoguera que era él, Thomas de Hunter, siervo de Elyon, el que estaba aprendiendo de Chelise.

No es que ella no le estuviera enseñando también otras cosas, diría él con una sonrisa. ¿Quién como Chelise para iluminar una tienda? ¿Quién para aligerar una carga con una sola sonrisa? ¿Quién más podría dominar técnicas de pelea en solo un mes? ¿Había una visión más perfecta de una novia en todo el Gran Romance? Así que él se excusaría para ir en busca de su esposa. Tenían asuntos sin terminar. Thomas y Chelise siempre tenían asuntos sin finiquitar. Y, nunca tanto como ahora, él se había dado tanta cuenta de lo inconclusos que estaban los asuntos entre ellos. Permaneció a solas en la librería una hora, dejando que la autocompasión le entumeciera la mente. Al no presentársele ninguna perspectiva de una solución inmediata, salió y encontró a Kara y a Monique sentadas en el pasillo, esperándolo. Su hermana había sugerido llevarlo a la ciudad para que se tranquilizara. Él había rechazado la idea de salir de la biblioteca, con la esperanza de que los libros volvieran allí. Pero después de un instante de discusión vio que Kara tenía razón. Debía aclarar la mente. Bañarse. Ponerse ropa limpia.

Había olvidado lo agradable que era sentir el agua corriendo sobre la piel, y permitió que se le lavara lo crónico del hedor a horda hasta que el agua se enfrió. Para su sorpresa, Monique había conservado algunas de sus ropas, entre otros recuerdos. Los pantalones vaqueros no eran tan sueltos como una túnica, pero tanto Kara como Monique insistieron en que se le amoldaban a la perfección.

La camisa le apretaba sobre los músculos del pecho; demasiado, coincidieron ellas con intencionadas sonrisas. Demasiado apretada. ¿Había estado haciendo flexiones de pecho? No, había levantado rocas.

Thomas se sentó en la parte trasera de un Mercedes con Kara y Monique, y el chófer los paseó por Bangkok. Hicieron cinco paradas; en cada una, los recuerdos le inundaron la menea. Los aromas de panecillos enrollados con tocino frito; el estrépito de mil autos dirigiéndose a la misma intersección, haciendo sonar las bocinas; el sabor de una barra de chocolate Cadbury con leche.

Y albinos. Dondequiera que miraba, cientos, miles de albinos de toda raza concebible. En ausencia de Thomas, el mundo en realidad se había vuelto un crisol de culturas diversas. La palabra albino significaba algo totalmente distinto aquí, pero él había adoptado el significado usado en su mundo.

Sin embargo, al contemplar la ciudad se le hacía más y más evidente la percepción de ser un extraño aquí. Lo que veía, olía y oía era conocido, pero ya no lo

sentía placentero.

Él pertenecía a un desierto con algunos bosques bajo el control de las hordas. Pertenecía al círculo, consolidando a los seguidores de Elyon cuando decrecía la claridad del propósito que tenían.

Pertenecía a los brazos de Chelise.

—Regresemos —pidió finalmente Thomas—. Es demasiado.

Monique ordenó al chofer volver a casa. Thomas se metió a la cama sin molestarse en cambiarse, suplicó a Elyon que lo guardara y cayó en los brazos de su segundo amor. Los sueños.

Pero, aunque soñaba con su verdadero hogar, sabía que las visiones solo eran utopías de la mente. Pensamiento romántico liberado por un sueño paradójico. No los sueños de cambio de realidades que lo llevaran al futuro hacía muchos años. Se levantó con el nuevo día, se volvió a dar una larga ducha, se puso los pantalones negros y la camisa blanca que Monique había dispuesto, se calzó lo que le dijeron que era un par de zapatos negros a la moda, y salió de los aposentos de huéspedes con la determinación de aceptar la realidad en que estaba.

Monique y Kara le aseguraron que se veía diez veces mejor. El comentario solamente logró hacer que pensara en Chelise. ¿Qué diría ella de estas ridículas prendas? A pesar de todo, podría hallarlas atractivas e insistir en que las usara en la celebración esa misma noche.

—Tenemos algo que deberías ver —reveló Monique cuando la servidumbre despejaba la mesa del desayuno—. Podría darte una nueva perspectiva.

Media hora después Thomas miraba por el microscopio en el laboratorio subterráneo.

—¿Larvas? —exclamó, cortándosele la respiración ante la vista de las microscópicas formas—. Esto es increíble.

—Ocasionan la enfermedad de las costras. ¿Alguna idea de su procedencia?

—De Teeleh —contestó él irguiéndose—. Se afirma que los shataikis vienen de larvas, o algunos dicen que de ácaros. Sin embargo...

Se inclinó para mirar de nuevo. Diminutas larvas blancas entraban y salían meneándose de la muestra de carne, alimentándose de ella. Este era el origen de la enfermedad de la piel en las hordas.

—El agua de Elyon debe matarlas —concluyó.

—¿Entonces Qurong, el que hace poco estuvo aquí, estaba cubierto con estas cosas? —inquirió Kara después de carraspear.

—Estar cubierto de organismos microscópicos no es nada nuevo —señaló Monique—. Todos vivimos con compañeros constantes e invisibles.

—Pero esto... —titubeó Kara—, estas orugas son la maldad encarnada. Perversidad hecha visible, no invisible, como aquí.

Ella pudo muy bien haber golpeado a Thomas con un martillo. Él había estado pasando por alto la más obvia conexión entre el presente y el futuro, pero aquí bajo el microscopio esa conexión se volvía tan clara como el agua de manantial.

—La diferencia entre nuestros mundos es simple —dedujo él, tratando de resolver el asunto de cómo hacer que lo simple también fuera comprensible... una tarea gigantesca a veces—. ¡Está exactamente aquí frente a nosotros!

—¿Qué es?

—¡La maldad! ¡Los ácaros! Teeleh.

—¿Y?

—¿Y? —objetó Thomas empuñando distraídamente las manos y estremeciéndolas como para agarrar el punto—. ¿Ves lo obvia que es la verdad al observarla con tus propios ojos? ¡Muchas personas dudan que el mal exista como una fuerza más allá de la simple mente!

—No todas, pero...

—Fuera de la vista, fuera de la mente, ¿no es eso lo que en otro tiempo decíamos? Te olvidas del mal hasta que este visita tu puerta.

—Sí. ¿Qué estás tratando de decir?

—¿No era evidente? No. Lo cual solo reforzaba la opinión de él.

—La principal diferencia entre mi mundo y el de ustedes es la naturaleza de la realidad espiritual, ¿está claro? Allí lo espiritual tiene forma física, de tal modo que la vemos de veras. La enfermedad de las costras en realidad son larvas de shataikis, que infectan la piel y la mente. Estoy seguro de que las hallarás también en el cerebro de los encostrados. Elyon ha puesto su poder en sus aguas... otra vez, esa es una encarnación física. ¿Me hago entender?

—Sí. Ya hemos hablado de todo eso.

—Pero mi tesis es lo opuesto. Solo porque no veas algo no significa que eso no esté allí. Se necesitan ciertos instrumentos para ver lo que es real —explicó él, y señaló el microscopio—. Nos acostumbramos tanto a lo conocido que empezamos a dudar de lo desconocido, hasta que se abren nuestros ojos y vemos. Un segundo es carne de hordas, al siguiente es un caldo de cultivo para larvas de shataikis.

—Tiene sentido —expuso Kara—. No es una idea nueva.

—Nada es nuevo —objetó él—. Pero es un recordatorio. El solo hecho de que no puedas ver algo no significa que no sea real.

—Entonces tal vez sea este —asintió finalmente Kara después de mirarse uno al otro—. Este es tu mensaje para tu mundo.

31

EL VIAJE de regreso al valle Paradose, donde el círculo esperaba, estaba tardando demasiado. No más de lo común, pero sí demasiado para aliviar la creciente desesperación de Chelise.

Thomas había desaparecido, por amor de Elyon, ¡se esfumó así sin más! Ella no se podía quitar la imagen de la súbita desaparición de su esposo y de su padre. Y no sabía nada de Samuel, excepto la súplica de Thomas resonándole en la mente: ¡Salva al círculo, Chelise! ¡Sálvalos de Samuel!

Pero se sentía impotente para salvarse a sí misma, mucho más para salvar al círculo.

Decir que estaba abatida era subestimar la angustia que ahora le corroía el alma.

Las lágrimas no la aliviaban.

Espoleó el caballo y lo llevó por el oscuro bosque, esquivando ramas que le dificultaban el paso. Elyon, por favor, si estás ahí... Ya casi no sabía qué más decir. El círculo llevaba muchos años clamando a los cielos, ¿y qué había conseguido? Más muertes. Más huidas. Y ahora esto, traición de la clase más enervante.

Tal vez Samuel tenía razón.

Se contuvo y renegó de su propia debilidad. ¿Cómo podía ella, que se había ahogado y hallado nueva vida, cuestionar ahora la realidad de Elyon solo porque el mundo estaba en tinieblas?

Porque hay tinieblas —pensó ella—. ¡Toda esperanza parece perdida! Mi amado Thomas ha desaparecido. Y mi amado Elyon está en silencio.

¿Dónde estaba ahora la luz? ¿Dónde había aunque fuera un indicio de esperanza? ¿Cómo podía permitir Elyon que entraran en tal desierto? Se hallaba sola en este corcel, ciega en este mundo que se hundía en la desesperación.

Chelise entró en un claro e instó al caballo a correr más rápido por el césped. Adelante se levantaban amenazadores y gigantescos árboles negros, extendiéndose hacia un negro...

Se sobresaltó. Había un haz blanco posado en lo alto de uno de los árboles. Un vivo de piel peluda. Con alas.

En su impacto, Chelise no hizo detener el caballo. Se trataba de un roush, una de las criaturas legendarias. Habían pasado diez años desde que ella viera uno, tanto tiempo que había renunciado a la esperanza de volver a ver un roush en carne y hueso. ¡Pero allí estaba uno!

Tiró bruscamente de las riendas, haciendo que el garañón se pusiera a dos patas, y observó. La criatura volvió la mirada hacia atrás, de manera natural. Los ojos verdes eran brillantes a pesar de la oscuridad. Resueltos. Sin reservas.

Es verdad. Han estado aquí todo el tiempo, pensó ella, y una profunda esperanza le ardió en el pecho.

Intentó hablar, decir algo, cualquier cosa, pero la emoción no se lo permitió, y debió tragar saliva para no soltar lágrimas de alivio.

El roush bajó de la rama, extendió las alas, y pasó rápidamente alrededor, volando hacia el oeste por encima de las copas de los árboles. Hacia el desierto. Hacia la Concurrencia.

—¡Espera! —gritó Chelise, temerosa de que se fuera, y azuzó el caballo tras la peluda criatura. Pero esta no se estaba marchando, sino que hizo un círculo hacia atrás. Luego volvió a dirigirse al occidente, satisfecha de que ella lo siguiera. Chelise no estaba sola. La luz estaba allí, rogándole que la siguiera.

JANAE PARÓ en seco el corcel al lado del de Billy y miró el enorme desfiladero. El sol era abrasador y el sudor irritaba la erupción que ahora le cubría la piel alrededor de las articulaciones: La parte interior de los codos, el cuello, las axilas y las ingles. El progreso se había hecho lento después de un brote inicial y en las últimas veinticuatro horas no había avanzado en absoluto.

—No veo nada más que rocas y arena —comentó después de aplastar una mosca que le zumbaba en el oído—. No es por aquí.

Billy estaba examinando el diario otra vez. Siempre el diario, como si este fuera su nuevo amor.

—Sí... —contestó él levantando la mirada hacia las estrellas, luego volvió a consultar la página—. Sí, sí lo es.

—¿Dónde?

—Allí —señaló él indicando el cañón que había debajo de ellos.

—Fantástico —expresó ella ásperamente—. He atravesado el desierto con un pelirrojo de Colorado tan enredado que ve murciélagos negros en las sombras. Si están allí, ¿por qué no logro olerlos?

El la ignoró con un giro de cabeza y azuzó el caballo hacia adelante. Ese era

Billy:

Adelante, siempre adelante, a lo profundo del desierto, como si siguiera una estrella brillante hacia el lugar de nacimiento de un nuevo rey. No obstante, era un libro el que lo guiaba, y peor aún, algún dispositivo electrónico interior que lo mantenía andando hacia delante. Siempre adelante.

Él también tenía sarpullido. Concluyeron que se debía al aire. La atmósfera estaba llena de diminutos shataikis, y ambos experimentaban consecuencias. Era evidente que su piel no reaccionaba a la enfermedad como la piel de las hordas, o ya estarían cubiertos de llagas. O tal vez la sangre de Thomas aún estaba en ellos, batallando contra el virus.

Habían escapado de la ciudad, tomando cuatro caballos de los establos del templo para el duro viaje hacia el norte. Billy había soltado a las dos bestias, que se habían agotado después de un día, y Janae estaba segura de que las dos en que ahora cabalgaban estarían exhaustas antes de finalizar la noche.

— ¡Billy! —gritó ella, haciendo mover otra vez su montura y bajando la colina tras él.

Él no se volvió. Ni siquiera era consciente de su presencia. La joven estaba siguiendo su propia guía interior, olfateando el aroma de algo que la empujaba inexorablemente hacia su destino, sin importar cuál podría ser. Pero Billy...

Billy era un piloto automático. Estaba tan perdido, tan totalmente absorbido por su misión que ya no podía articular con exactitud lo que tenía en mente.

—¡Billy! —volvió a gritar ella, espoleando el caballo, que aumentó la velocidad lanzando un bufido de protesta—. Dime por qué no puedo oler su sangre. Para. Detén esta estupidez.

Janae puso al garañón frente al de él para obligarlo a entrar en razón.

—¡No me ignores!

—¿Qué? —objetó él analizándola con ojos vidriosos.

—¿Qué? ¿Cuál es tu problema? Llevamos dos días seguidos corriendo sin haber visto un solo indicio de shataikis. Tampoco de hordas ni de albinos, en realidad.

—Sé adónde me dirijo.

—Tal vez tú. ¡Pero yo ya no puedo hacer esto!

—¿Crees que tenemos opciones? —cuestionó él con los músculos de la mandíbula apretados por la impaciencia.

Así era: No tenían opciones. La recapitulación de la complicada situación se acrecentaba en la mente de Janae, y el mundo le daba vueltas. Menos de una semana antes, había estado en una posición de mando en Farmacéutica Raison, soportando un arraigado conocimiento de que ese no era su lugar, en oposición a su madre y a los demás, pero al menos estable. Había aprendido a sobrellevar su terrible deseo de destruir todo lo que la rodeaba.

Entonces Billy le había puesto al revés su mundo. Mirando atrás, la muchacha siempre había sabido que finalmente encontraría a otro como ella, una alma gemela con las mismas ansias de más, de ir mucho más allá de las limitaciones de carne y sangre. Ella no comprendía su sensación de vacío, pero sabía que esta no iba a durar para siempre.

En el instante en que despertó en el cuerpo de la sacerdotisa de Ba'al, Jezreal, Janae supo que se había encontrado consigo misma. Casi. Su identidad estaba entrelazada con la sangre que Ba'al adoraba. Con los sacrificios a su amo.

Con Teeleh.

Era la sangre de la bestia más que su nombre lo que la atraía.

Y Billy tenía razón. No tenían más opción que hallar a Teeleh. Una abrumadora desesperación se posó en Janae al mirar al interior de los ausentes ojos de Billy. Se tragó la tirantez en la garganta, pero la emoción surgió como un puño y sintió que la desesperación le tensaba el rostro.

—¡La necesito, Billy! —susurró; el deseo de sangre la consumía por completo, y le brotaron lágrimas en los ojos—. No puedo esperar.

—¿Necesitas qué? —contestó él manteniendo la distancia claramente delineada.

Ella miró a lo lejos y se enjugó las mejillas con el dorso de la mano.

—No... no lo sé —balbuceó; un largo silencio se hizo entre ellos—. Estoy asustada.

—Sí, bueno, es un poco tarde para ti —objetó él lanzando una discordante risotada—.

¿Me sigues al infierno a través del universo y ahora concluyes que estás asustada?

—No —refutó Janae enfrentándolo, furiosa por la insolencia de él.

Pero ahora ella dependía de él más que antes. Por tanto, cerró los ojos e intentó dominarse. Directo al grano, ella lo amaba... del modo en que un drogadicto podría amar a la aguja. Ella necesitaba a Billy.

Janae abrió los ojos y lo observó a la luz de la luna. En esta realidad, él no podía leer mentes, un pequeño consuelo que de alguna manera nivelaba la situación. Pero Billy no era menos extraordinario. No debido a lo que hacía, aunque el hecho de haber sido el primero en escribir en los mágicos libros de historias no era un pequeño logro. Sin embargo, ella creía que era la identidad de Billy lo que lo hacía extraordinario. Él era el responsable del ingreso de Thomas Hunter en este mundo. Él fue quien diera a luz a la maldad en esos libros.

En cierto sentido, Billy era toda la humanidad metida de manera apretujada en un muchacho que había sido asediado por la maldad; al no poder sacar esa maldad de la mente, se había embarcado en una búsqueda para enfrentarla. Solo entonces podría abrazarla por entero, o rechazarla, para que nunca volviera. Él le había repetido mucho eso, pero, al mirarlo ahora, ella lo entendió.

Janae aligeró su caballo al lado del de él, mirando en direcciones opuestas. Reposó la mano en el muslo masculino y se inclinó lentamente hasta que tuvo los labios a un par de centímetros de los de él.

—Te amo, Billy —le susurró.

Él no se movió. Ella lo besó suavemente en la boca.

—No sé qué me está sucediendo —declaró; el sabor de la saliva de Billy hizo que la cabeza le diera vueltas—. No puedo... no sé por qué estoy sintiendo esto. Billy devolvió el beso, y ella debió suprimir el impulso de morderle el labio como hiciera antes. Quitó la mano del muslo, la puso en la espalda de él, y lo acercó.

—No estoy asustada de estar aquí contigo, sino de este sentimiento —confesó, volviendo a llorar—. No sé qué va mal conmigo, Billy. La necesito. El aliento de él estaba caliente entre sus fosas nasales, y el pelirrojo se echó hacia atrás para que las bocas se separaran solo por la humedad entre ellas.

—¿Necesitas qué?

—La sangre —reveló ella sin pensar.

Era la primera vez que lo admitía de modo tan explícito, incluso ante sí misma, pero hacerlo le produjo un aluvión de adrenalina. Le aumentaron los latidos del corazón y entonces oprimió los labios de él contra los suyos.

Billy no dijo nada, no con palabras. Respiraba con dificultad, y devolvió el beso con igual pasión. Se quedaron trabados en un abrazo, con los ojos cerrados y perdidos para el mundo. Imágenes de árboles negros y enormes murciélagos negros se deslizaron a la mente de Janae. Pero en vez de repulsión o susto sentía ahora una plenitud que solamente le alimentaba el deseo.

Billy era su Adán, y ella era la Eva de él, abrazando el mundo prohibido. Los labios de él eran fruto para ella, el dulce néctar de una manzana. Janae gimió y mordió profundamente, entonces sintió la sangre cálida fluyéndole en la boca. Como una droga, la sangre la inundó con deseo y paz. Bienestar total y seguridad. Billy no era un simple hombre; era un dios. Para bebérselo ella sola. La joven supo que había regresado a una forma de sí misma que solo conocía tinieblas. Pero allí, en la tenebrosidad de ese vientre, se sintió plena consigo misma. Ella...

La cabalgadura resopló y cambió de posición debajo de ella. La mano de Billy le apretaba el hombro como una prensa de banco. Empujándola para alejarla. Ella abrió los ojos, confusa y dolida, pero antes de que pudiera hablar la detuvo la oscuridad.

No solamente la oscuridad. La negrura, como tinta. Tan negra que pudo sentir la noche como si fuera un organismo vivo que quería asfixiarla.

Janae apartó bruscamente la cabeza y vio el círculo de ojos rojos que los miraban desde el borde de un oscuro bosque a siete metros de distancia. ¿De dónde habían salido los árboles? Rodeaban a Billy y Janae. Ella jadeó y giró sobre sí misma. Los ojos rojos estaban adheridos a sarnosas criaturas negras, paradas a varios metros de

altura, rememorando aproximadamente las imágenes que ella había visto en el templo.

Shataikis.

El corazón le palpitó a toda prisa, y se volvió para mirar hacia donde Billy veía extasiado. Una bestia del doble de tamaño de las otras estaba posada en una rama angular por encima y detrás del círculo de shataikis. Los observaba con penetrantes ojos rojos.

Ni un solo sonido. Ni un movimiento. El corazón de Janae le repicaba en los oídos. La luna había sido cortada por una gruesa maraña de ramas sin hojas, oculta entre largas tiras de musgo negro. Donde solo momentos antes arena y rocas cubrían el suelo del cañón, ahora se extendía por el suelo lodo y roca sedimentaria. Un sencillo sendero socavado se extendía hacia un denso ramaje.

Los ojos de ellos habían sido abiertos al bosque negro. El duodécimo de doce bosques, había dicho Billy. El dominio de la reina Marsuuv. Y Janae tuvo pocas dudas de que la bestia que los miraba desde la percha más alta era nada menos que la misma Marsuuv.

Billy cayó a tierra y se postró en una rodilla, con la cabeza inclinada hacia la reina. Antes de que Janae pudiera decidir cómo reaccionar, la gran bestia saltó al aire con asombrosa agilidad, salió disparada por encima del ramaje y desapareció de la vista en dirección al sendero.

Al unísono, el círculo de shataikis partió aleteando ruidosamente de las ramas, chillando y zumbando. La mitad voló tras la reina, y los demás salieron volando con rapidez, chasqueando las quijadas. Janae se inclinó mientras unos colmillos se cerraban tan cerca que sintió en el cuello el aliento cálido y sulfuroso de la criatura. Billy se levantó lentamente, mirando el sendero, haciendo caso omiso de la cruel cacofonía de las bestias. Tranquilamente, montó y enfiló el caballo hacia la senda. Satisfechos, los shataikis arrancaron y revolotearon por el follaje. El aire olía como una herida abierta pudriéndose con gangrena, pero rociada con otro olor que le llegó a Janae como la dulce fragancia del agua atrae a las manadas después de una estación larga y reseca.

—Billy...

El encaminaba al jadeante corcel hacia el sendero, y luego al interior del bosque.

—¿Billy?

El pelirrojo dio una manotada en la grupa del caballo y aumentó la velocidad. Janae se agachó rápidamente y corrió tras él. La oscuridad hacía casi invisible el camino, pero los jamelgos seguían su propia guía, introduciendo en la selva a gran velocidad tanto a Billy como a ella.

Dos pensamientos le resonaban a Janae en la mente. El primero era que se apresuraban hacia la muerte. El segundo, que eso no le importaba, porque podía oler

vida en el aire, y esta era la vida que ella necesitaba tanto como la misma respiración. El olor se hizo más fuerte, y con ello la certeza de que ella debía alcanzar el final de esta senda, por ningún otro motivo que hallar el origen del hedor. Más tarde, en un momento de temor inesperado, la muchacha llamó a Billy a gritos.

— ¡Billy!

Pero su voz era débil, y aunque el muchacho estuviera escuchando, su silencio parecía apropiado. El temor se calmó, y ella se abrazó al cuello del caballo mientras cabalgaba en medio de la noche.

Al interior de este infierno.

No supo ni le importó cuánto tiempo cabalgaron o a dónde conducía el camino lleno de recodos. Janae siguió diciéndose que iba a casa. Todos los secretos yacerían Él desnudo con su reina.

Mi reina.

—Mi reina —susurró en voz alta—. Mi reina.

El corcel se detuvo de repente y Janae se sacudió en la silla, con los ojos abiertos de par en par. Habían llegado a la orilla de una gran laguna negra rodeada por un espeso bosque. Los shataikis cubrían el follaje, sus millones de ojos rojos miraban en silencio, irradiando un tenue brillo sobre las aguas.

Janae se detuvo al lado de Billy y le siguió la mirada. Había una sencilla plataforma de madera sobre postes encima del agua, como un muelle. Y en la plataforma, tres gruesas cruces invertidas, negras en la noche.

Cruces. ¿Por qué cruces?

Janae vio que cinco o seis cuerpos de shataikis habían sido clavados a las cruces y que colgaban como enormes ratas muertas.

—Crucifixiones bocabajo.

Billy mantenía la mirada en los antiguos símbolos de ejecución.

—¿Dónde está Marsuuv? —quiso saber Janae.

—En el sepulcro.

Los shataikis susurraban, y entonces Janae se preguntó qué ofendería o qué no lo haría. Sintió que se le estremecía la piel, como la carne del corcel debajo de ella. Algo iba mal aquí. Todo iba mal, terriblemente mal. Todo menos el olor. Y ahora el cuerpo le temblaba de deseo.

—¿Dónde está el sepulcro?

—En el infierno —contestó él—. Debajo de las cruces.

—¿Debajo del lago?

Billy dirigió el caballo hacia una puerta podrida de madera que llevaba a un elevado montículo contiguo al lago. Como un fortín o una cueva. Durante largos segundos permaneció sentado sobre el caballo mirando en silencio. Los murciélagos observaban por encima como un jurado, en perfecto sigilo, como si hubieran

esperado por mucho tiempo lo que estaban a punto de presenciar.

La historia se estaba escribiendo ante los ojos de ellos. Pero Janae se dio cuenta de que no era a ella a quien miraban, sino a Billy.

La muchacha se volvió para mirarlo y vio que lloraba. Chorros de lágrimas le humedecían las mejillas, y tenía el rostro contraído en angustia.

—Mi amor... —balbuceó él con voz ronca, apenas más fuerte que un susurro—. Lo he logrado. He vuelto a ti.

A Janae se le formó un nudo en la garganta. En ese momento sintió tal solidaridad con él que no pudo contener su propio sentimiento.

—Te amo, Billy.

Pero en el momento en que lo expresó, ella supo que quería decir Marsuuv. Al igual que Billy, Janae había encontrado a su amante. Sin duda no en la manera en que los humanos hallan amantes. No, esto era más fundamental, como hallar agua en un desierto. O sangre después de ser desangrado.

Vida.

Billy recobró la compostura, luego se volvió hacia ella.

—¿Tienes la fortaleza?

—Sí.

—El lo tomará todo.

Y me dará su poder, pensó ella.

—Tomará tu alma.

—Ya lo ha hecho —confesó ella mirando hacia la entrada, una puerta rudimentaria atada con enredaderas en un diseño cuadriculado.

Billy inclinó la cabeza, luego alargó la mano hacia la de ella. El hombre tenía los dedos helados, pero el gesto la llenó con una nueva calidez.

—Gracias, Janae. Gracias por compartir esto conmigo.

—Desde luego.

—¿Sabes? Una vez creí haber derrotado la maldad en mi corazón —declaró él, levantando la mirada hacia las tres cruces a la derecha de ellos—. Aprendí algo. Podemos enfrentar nuestros demonios, quemarlos, arrojarlos al suelo. Yo convertí los míos en cenizas. Pero, aunque destruyas la evidencia del mal, no puedes curar el corazón. No por uno mismo. Solo Marsuuv puede hacer eso.

Billy estaba mirando las cruces mientras lo decía, y por un instante Janae creyó que él estaba rindiéndose.

—Llámame Judas, Janae —confesó él sonriendo, mirándola de nuevo—. Todos tenemos nuestros papeles que representar. Amo muchísimo a Judas. Aunque ella quisiera, no había manera de volver ahora. El olor la atraía como un intoxicante aéreo que la invitaba a ir y probar.

—Yo también quiero amarla.

—Nos espera —expresó Billy—. Marsuuv está esperando.

Entonces Billy y Janae descendieron de sus monturas, se dirigieron a la puerta y descendieron al infierno.

32

CHELISE PERDIÓ la noción del tiempo mientras seguía al roush a través del bosque, henchida de renovada energía y anhelo. Hasta el caballo parecía haber ganado fortaleza, un vigor casi antinatural para ir tras este ángel de misericordia que volaba por encima de las ramas, a veces visible y a veces no.

Ella sabía que llegarían pronto al desierto, y entonces habría menos obstáculos y el sendero hacia el círculo sería más seguro.

Las criaturas se están mostrando otra vez, se dijo. Algo está sucediendo. El mundo está repleto de tinieblas porque sabe que algo está ocurriendo. Está a punto de cambiar. Los pensamientos se repetían una y otra vez, y ella se aferró a ellos como si fueran una cuerda hacia el mismo Elyon.

Chelise perdió de vista al roush en una sección espesa del bosque, y con un poco de pánico se preguntó si la había abandonado. Luego salió de la arboleda y se enfrentó al desierto abierto.

La blanca criatura se hallaba en lo alto de una duna a menos de cincuenta metros de la línea de árboles, observándola.

La mujer acercó más el corcel. Subió la ladera y se detuvo como a siete metros del roush.

—Acércate, cariño —pidió él.

Dios mío, Dios mío, el roush estaba hablando. Chelise no se podía mover.

—Está bien. Sé que debo aterrarte mucho. Como un fantasma en la noche.

—No —barbulló ella—. No. Yo...

No logró hallar las palabras para expresar su gratitud al ver este roush después de tanto temor y duda.

La criatura la miró por un momento más prolongado, luego marchó al frente bamboleándose en larguiruchas piernas difícilmente hechas para caminar. Se detuvo a tres metros de ella.

—Soy Michal, y estoy aquí para animarte —pronunció en voz baja y consoladora

—.

Vengo...

Ella no oyó más porque estaba bajando del corcel a la arena, avanzando torpemente, ansiosa por conocer, sabiendo realmente que esto no era producto de su imaginación, sino un verdadero y peludo roush blanco.

Se las arregló para volver en sí antes de correr hacia él, sintiéndose tonta de repente.

Pero en vez de retroceder, el roush extendió las alas.

—Adelante. Parece que en estos días todos quieren asegurarse tocando.

La mujer le tocó la curtida piel. Pasó los dedos sobre el pelaje a lo largo del lomo del ala. Luego se puso de rodillas, sollozó y le agarró ambas alas. Michal se acercó más y Chelise le abrazó el peludo cuerpo. Era real, muy real. Y suave, como algodón velloso. Solo cuando él tosió, a ella se le ocurrió que podría estar dejándolo sin aire. Lo soltó y retrocedió.

—Lo siento. Lo siento.

—No te preocupes. Así sucede —declaró él, bamboleándose hacia la derecha, luego la miró—. Sí, querida, sí. Todo es muy real, no pierdas eso de vista. El mundo está ahora más tenebroso de lo que ha sido. Si solo supieras la traición que se está conspirando en el bosque negro, temblarías.

—Ya estoy temblando.

—Entonces cobra ánimo —pidió él arqueando una ceja—. Si yo soy real, también lo es Elyon. Y si él lo es, también lo es su propósito.

—Entonces, ¿estará Thomas bien? ¿Samuel, mi padre... todos ellos estarán bien?

—No he dicho eso. Las tinieblas demandan un precio...

—¿Qué precio?

—No te puedo decir lo que acontecerá. Francamente, no lo sé. Pero Thomas no es tonto. Confía en él. Haz lo que debas hacer. Llénate de valor; detrás de toda esta oscuridad hay luz desbordándose. Tendrás que confiar en mí.

—¿Pero por qué? —objetó ella, y supo que estaba al borde del sacrilegio, siendo muy atrevida, pero era lo menos que podía hacer después de días de temer lo peor sin un asomo de esperanza—. ¿Por qué Elyon nos obligaría a enfrentar tal lobreguez y tragedia? Durante diez años hasta ahora hemos huido, hemos muerto y, sí, hemos danzado en medio de la noche para olvidarlo todo, pero aún nos ronda el horror. ¿Por qué? Michal frunció el ceño.

—Me apenan en gran manera tus problemas, hija —manifestó, y poco a poco se le formó una suave y empática sonrisa—. Sin embargo, ¿no están siempre los amantes tentados a buscar otro amor? Ustedes los humanos son amantes, ¿verdad? Por tanto, tienen la horrible tendencia a rechazar a aquel que los amó primero, y siguen tras embriagadores fragancias. La maldad es un amante celoso que intentará

destruir lo que no puede poseer, de modo que ahora el mal está expresando lo propio. Pero no deseches el poder de un corazón leal. Lo verás. Ten esperanza.

—¿Cómo puedo confiar cuando la maldad cobre su precio?

Michal la miró por un momento, y luego, sin responder, comenzó a dar media vuelta.

—Date prisa, Chelise. El mundo te espera.

¿Para qué?

—Vendrán por ti en el desierto. Espéralos —anunció él, y saltó al aire vejando en medio de la noche.

—¡Espera!

—¡Valor, Chelise! —recordó él—. ¡El mundo te espera!

¿Quién iba a venir por ella?

ESTAR ANTE la reina Marsuuv era como estar en la presencia de Dios. La enorme biblioteca subterránea estaba iluminada por tres antorchas que alumbraban miles de libros antiguos a lo largo de los muros; el techo estaba cubierto con un musgo negro. Pero Janae solo sentía intriga ante lo que veía. Marsuuv expulsó otro aroma, más fuerte incluso que la mucosidad, que atrajo a la joven como un trébol atrae a una abeja.

Ellos habían descendido en silencio por un prolongado tramo de escalones de piedra que los llevó a uno de varios túneles cortados horizontalmente debajo del lago. Las llamas iluminaban las paredes muy gastadas del pasadizo, interrumpido por puertas de hierro que encerraban salones más pequeños: Un cuarto de almacenaje lleno con artefactos que Janae no lograba ubicar, un estudio más pequeño con un escritorio del que habían crecido raíces por todas partes, y un atrio que conducía a otro túnel.

Pero Billy se lo tomó todo con calma, aparentemente atraído por una fuerza superior a él. Quizás su conexión con Ba'al.

Los cuatro libros perdidos se hallaban en la biblioteca sobre una gran plataforma de piedra, cierta clase de escritorio, con dos candeleros deslustrados de plata labrados que simulaban cruces invertidas.

Marsuuv estaba sobre un gran lecho de enredaderas rojas más allá del escritorio de piedra. El labrado en la roca cubierta de musgo detrás de Billy explicaba las cruces sobre la plataforma del lago. Había tres garras engarzadas cavadas en la viga de la cruz invertida, una demostración de dominio. Las zarpas eran tan largas y estaban tan entrelazadas que parecían números seis. Sus puntas parecían haber perforado la pared, exhibiendo pequeños riachuelos de un fluido negro.

La reina Marsuuv se hallaba en el borde del lecho con sus propias garras

colgándole casi hasta el suelo. El pelaje negro parecía bien cuidado, no con partes peladas como los otros shataikis que ellos habían visto. En realidad muy hermosa. Tenía la cabeza grande, como la de un lobo o la de un murciélago frugívoro, con labios rosados que le cubrían holgadamente agudos colmillos. Sus ojos rojos miraban como canicas, brillantes, sin pupilas. Janae pensó que con solo mirar esta criatura se la encontraba magnífica. Absolutamente asombrosa.

Janae permaneció al lado de Billy frente a la bestia, consciente de estar temblando. La mezcla de emociones que le recorrían la mente le debilitaron las piernas. La reina era maravillosa, pero ni siquiera alguien tan cautivado como Janae podría mirar esta escena y no luchar con oleadas de terror, y no estaba segura si debía prestar más atención a sus anhelos o a su miedo.

—Hola, Billy —saludó la reina con suave y seductora voz que ronroneaba—.

Bienvenido al hogar.

Billy cayó sobre una rodilla e inclinó la cabeza, sin palabras. A Janae le sorprendió que Marsuuv se fijara en Billy y no en ella. Había puesto la mirada en Billy desde el principio.

—Soy tu siervo —logró expresar Billy—. Tu amante.

—¿Estás seguro? —preguntó una voz áspera; el siniestro sacerdote Ba'al estaba de pie en una entrada a la derecha de ellos con los brazos cruzados dentro de una capa negra; entró y se detuvo ante ellos, viéndose aun más demacrado de lo que Janae recordaba—. ¿Estás seguro de saber en qué te estás metiendo, enclenque humano?

—Él es mío, Billossssss —reclamó Marsuuv.

El sacerdote miró a Billy por un largo instante. El rostro se le contorsionó poco a poco en una expresión de dolor y tristeza. Una lágrima le brilló en la mejilla izquierda, y clavó el rostro entre las manos, llorando ahora.

La escena ocurrió de forma tan inesperada que Janae sintió una intensa oleada de simpatía por el pobre ser.

—Te ruego por favor que lo reconsideres —suplicó Ba'al bajando las temblorosas manos y avanzando a tropezones ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Me estás descartando por este albino?

Marsuuv solo se quedó mirándolo.

—Te desafié una vez, lo reconozco, pero observa la historia de él y verás lo mismo.

Todos te desafiamos una vez antes de acoger las tinieblas —contraatacó Ba'al; las palabras le salieron casi sin respirar—. Me ataste y me azotaste, ¡y aun así aprendí a amarte! Me diste una razón para vivir como tu único amante. «Tráeme los libros, tráeme los libros», dijiste. ¿Y ahora que te los he traído me desechas? No puedo vivir así.

—Billossss —siseó Marsuuv—. Siempre tan impetuoso.

— ¡No soy Billos! —gritó Ba'al, con el rostro hecho un revoltijo de mocos y lágrimas—. Soy Ba'al.

—La vida que tienes como Ba'al vino de mí. Tienes mi sangre. Eres mío.

A Janae se le tensó el estómago.

—Por favor... —rogó Ba'al apoyándose en una de las columnas, bajando la voz—.

No me deseches por favor. Haré... cualquier cosa.

—¿Te unirás a mí en el infierno?

—Solo di la palabra, amada mía —manifestó el sacerdote corriendo alrededor de la mesa, agarrando una de las zarpas de Marsuuv, y cayendo a sus pies—. Di la palabra para que podamos estar juntos en el infierno eterno.

La reina emitió una risita contenida. Luego ronroneó. Levantó la garra, poniendo de pie al hombre. Ba'al se encaramó al lecho, aferrándose ahora a la zarpa de la bestia con las dos manos. Lanzando una mirada a lo alto para asegurarse de ser aceptado, y no rechazado, Ba'al se acomodó contra la parte baja de la peluda bestia y se acurrucó, sollozando dócilmente.

Billy aún estaba de rodillas, llorando con Ba'al mientras Marsuuv lo observaba. Janae creyó que Billy comprendía el sufrimiento de Ba'al más de lo que ella pudiera saber. A Billos lo habían retenido y torturado hasta convertirse poco a poco en el infeliz individuo llamado Ba'al. Billy había sentido ese dolor cuando los dos fueron uno. ¿Y qué de ella? ¿Estaba aquí en una misión ridícula, encallada en una dimensión extraña, otra víctima del apetito insaciable de esta horrible bestia? Le bajó calor por el cuello. ¿Había cometido una equivocación? Había entrado voluntariamente a este infierno, ¿y ahora tendría que pagar por eso como lo hiciera Ba'al? Y Billy...

El estúpido simplemente seguía arrodillado allí, llorando como un bebé.

—¿Qué? —refunfuñó Billy—. ¿Qué quieres? No puedo vivir de este modo. ¡No puedo! He visto la luz; he saboreado el bien; no merezco vivir.

Marsuuv recorría distraídamente con la garra el cuerpo de Ba'al.

—Qué alma tan atormentada. Pero has acudido a mí. Yo calmaré tu dolor y te llenaré con un nuevo placer que desearás ardientemente. Nada será igual ahora, Billy. El pelirrojo cerró los puños, echó la cabeza hacia atrás y gritó hacia el techo en angustia. La voz le resonó por todo el salón, Janae quiso decirle que dejara esta vergonzosa demostración de debilidad, pero sabía que su consejo significaba poco aquí. Ella era la desechable en el salón.

Finalmente, Billy se quedó sin aliento y se tranquilizó. Marsuuv codeó ligeramente a Ba'al, luego lo apartó a la fuerza.

—Déjanos.

—¿Mi señor? —exclamó Ba'al aterrado, empezando a llorar otra vez—. ¡Por favor!

—¡Déjanos! —gruñó Marsuuv estremeciendo el salón, y Janae dio un paso atrás; el pulso se le aceleró.

Había algo en esa mandíbula, en esos labios rosados, en esos colmillos, algo que la emocionó. La fragancia de la sangre... ¿Podría esta sangre estar saliendo de la boca de la bestia?

Ba'al dio media vuelta, levantó la capa y salió corriendo del salón, tratando de contener los sollozos de arrepentimiento.

Marsuuv observó a Billy.

—Ven aquí, hijo de Adán —ronroneó.

Por un momento, Billy no dijo nada. Janae pudo imaginar el temor que le corría al joven por las venas.

—Déjame quitarte el dolor, Billy. Déjame darte placer.

Billy se levantó y luego caminó lentamente hasta el escritorio de piedra donde estaban apilados los cuatro libros. Se detuvo frente a la bestia.

—¿Por qué lloras, amado mío? —preguntó Marsuuv levantando las garras y acariciando las húmedas mejillas de Billy—. Has sido escogido para una tarea que es la envidia del mundo.

—¿Cuál? —inquirió él exhalando.

—Teeleh te la dirá. Regresarás pronto. Tenemos poco tiempo para estar juntos, bebemos atesorar cada momento.

Billy temblaba de pies a cabeza, y a Marsuuv parecía agradecerle eso. Las zarpas tocaron la cabeza, los brazos y el cuello del pelirrojo como si estuvieran hechos de una delicada membrana que se rompería con la más leve presión.

Janae sabía que Billy y Marsuuv compartían un vínculo especial del que ella no participaba. Era la maldad, y hacía mucho tiempo que Billy la había acogido en el pensamiento.

La verdad de esto comenzó a carcomerla como un cáncer enfurecido, y entonces empezó a temer por sí misma. ¿Cómo podía permanecer ante tan aterradora escena y sentir esos celos? Debería ponerse de rodillas, mostrando respeto. La ira de Janae terminaría mal. Ella diría o haría algo que desataría la furia de la bestia. Pero Marsuuv aún no tenía tanto conocimiento de la joven. En realidad ahora que pensaba al respecto, inclusive allá atrás en el claro la mirada de la bestia se había posado en Billy, no en ella. Estaba segura de eso.

Janae no era más que un ratón enjaulado para la próxima cena. ¡Se había internado en esta pesadilla para servir de alimento a esta horripilante bestia! Y sin embargo, no había nada en ninguna otra parte del mundo, ni en su mente, donde la muchacha quisiera estar sino aquí, frente a la verdad, la fragancia, la fuente de su propio deseo.

—¿Qué hay de mí? —inquirió ella.

La bestia le hizo caso omiso. La larga lengua salía rápidamente y lamía las lágrimas de las mejillas de Billy. Esta demostración de afecto combinada con el aroma a sangre del aliento de Marsuuv resultó ser demasiado.

—¿Soy solo un pedazo de carne aquí? —gritó la muchacha, dando un paso adelante, furiosa.

Marsuuv giró de repente la cabeza para mirarla por primera vez, emitiendo un ruidoso refunfuño que chasqueó en el aire.

—¡Paciencia, humana!

La envolvió el aliento de shataiki, con el cual venía la fragancia, tan fuerte ahora que a Janae le volvieron a brotar lágrimas.

—El deseo es muy fuerte, ¿es eso, hija de Eva? ¿Tan solo una probadita?

—Sí —contestó ella con voz entrecortada.

La reina se desplazó en el lecho de enredaderas de tal manera que ahora todo el cuerpo enfrentaba a Janae.

—¿Sabes cómo nos reproducimos, Janae? Transportamos sangre en nuestros colmillos.

Por supuesto. Sí, por supuesto.

—Ahora estás en mi nido, donde pongo huevos no fertilizados que se convierten en larvas. Cualquier shataiki, menos una reina, puede darles vida; lo único que se necesita es una sola gota de sangre. Un solo mordisco.

Janae encontró las palabras irresistiblemente seductoras. No estaba segura de por qué; lo que Marsuuv había manifestado sobrepasaba todo lo que la chica sabía hasta ahora acerca de su propia existencia.

—Te preguntas por qué ansias esta sangre, ¿no es así, hija?

—Sí —gimoteó ella, acercándose.

—Una vez hubo doce de nuestros bosques, cada uno un nido para una reina. Un bosque fue quemado, y la reina Alucard nos abandonó. Y cuando Alucard salió de nuestro mundo entró en el tuyo, dos mil años antes de que nacieras, según vuestros calendarios. No había shataikis para que le fertilizaran sus larvas. Pero halló un modo de satisfacer su necesidad de descendencia inyectando su propia sangre en una mujer. Nos enteramos de esto en uno de los libros sangrientos, el diario de San Thomas el Beast Hunter, donde se cuenta que una raza de mestizos fue creada y que extendió su semilla sobre la tierra. Llamó vampiros a los descendientes. Vástagos. Ella supo a dónde iba la reina, y eso la aterró.

—Tú, Janae, ansias la sangre porque después de muchas generaciones lejanas tu padre fue un mestizo. Por tus venas aún corre sangre shataiki. Eres una cría —afirmó Marsuuv, y continuó luego de una pausa—. ¿No te estimula eso? La reina hablaba amistosamente, atrayéndola con la mirada y el suave movimiento de las zarpas.

—Sí.

Janae pudo saborear en su propia lengua un rastro de sangre, la que deseó con ansias. Hasta la sangre de Billy... tenía rastros del mismo sabor irresistible. Sangre shataiki.

Mientras se acercaba, una voz distante le susurraba una advertencia: Se trata de la maldad, Janae. Maldad cruda y sin destilar, como las larvas. Has entrado al infierno, y estás rogando beber del mal.

.—Ven, adorable mía —ronroneó Marsuuv—. Ven, prueba y ve que soy la maldad.

La reina saltó del lecho y se colocó a cierta distancia de los libros perdidos sobre el escritorio de piedra. Un altar, vio la joven ahora. Era el altar de la bestia.

Janae se volvió por el costado de Marsuuv y alargó la mano hacia la zarpa. La reina se inclinó para que la muchacha pudiera sentirle el aliento; el poder de esa cálida racha de aire eliminó en ella todo deseo de resistencia. Comprendió las ansias de Ba'al de estar con esta magnífica bestia.

La joven se inclinó de modo instintivo y le tomó el pelaje con los dedos, anhelando acercarse. La bestia reaccionó como un animal de cuerda, levantándola del suelo y poniéndola sobre la piedra. A Janae le bajó un dolor por la espalda. La bestia saltó al altar, agarrando el borde profundamente rugoso con sus largas zarpas. Se encorvó sobre la mujer y la miró con intensidad.

—Quieres más —resopló la bestia—. Más. Por esto se te eligió.

Janae comenzó a llorar de agradecimiento. Siempre había sabido que había algo malo en ella. Algo diferente. Sus gustos únicos por aventura, por placer, por más, siempre más, eran mucho más pronunciados que en las demás personas. Ahora comprendía.

Era la sangre. Sangre shataiki. Su propio padre le había transmitido estas ansias.

—Por favor... —titubeó, agarrando el cabello de la criatura y tirando de ella—.

Por favor...

—Lo anhelas. ¿Anhelas ser hija de Teeleh?

— ¡Sí!

—¿Maldecir a Elyon y abrazar la maldad para siempre?

— ¡Sí!

La quijada de la bestia descendió lentamente, y Janae estiró el cuello. Sintió los colmillos tocándole la piel.

Entonces Marsuuv, reina del duodécimo bosque, mordió la carne de Janae y le inyectó sangre en las venas. El poder que inundó el cuerpo de la joven la hizo estremecerse como una rata moribunda.

Se le abrió la mandíbula y gritó. Con dolor, con placer, con el terror de la maldad cruda.

Marsuuv liberó los colmillos que aún goteaban sangre de Janae. Luego le clavó

tres garras en la frente para marcarla como su propiedad, se estremeció de satisfacción, y lentamente bajó de la mesa, dejando que se convulsionara sola.

Billy estaba expresando algo, protestando, pero Janae no podía fijarse en él porque los nervios se le habían incendiado. Ahora sin dolor, necesariamente, pero con sensibilidad. Podía sentirlo todo: La piedra helada debajo de ella, el movimiento del aire a su alrededor, los pinchazos de dolor en el cuello; el aroma de las llamas, la sangre, el sudor, los mocos, todo. El dolor se le había convertido en placer, y ella apenas podía abarcarlo todo.

—En el momento adecuado, mi amor —estaba explicando Marsuuv—. Todo en el momento adecuado. Levántala.

Las sensaciones se atenuaron, dejándola exhausta y feliz. Manos la jalaban de la capa, y abrió los ojos. Billy estaba inclinado sobre ella, zarandeándola.

—Billy —exclamó ella sonriendo.

—Levántate.

Ella lo miró, perdida en el momento.

—¡Levántate! —ordenó él bruscamente.

Janae se sentó, perdonándole el arrebato de celos. Saltó del altar, sintiéndose más viva y con más energías que nunca. Una imagen de un cadáver arrugado de Ba'al la cruzó por la mente, pero ella la rechazó sin pensarlo dos veces. Ella no era Ba'al. Janae miró a Billy, consciente de lo poco que le apetecía ahora este humano. Le pareció insignificante y digno de compasión, un tipo enclenque que había sucumbido al deseo ardiente por la maldad, no muy distinto de ella misma, excepto en que ella se había criado para eso. ¿Cuál era la excusa de él?

Billy fue el autor, le susurró la voz interior. El es ahora tu amo. La joven dio la vuelta, negándose a aceptar la idea, y se puso frente a Marsuuv, que se hallaba otra vez en su lecho de enredaderas.

—¿Quieres ponerte a prueba? —preguntó la reina.

Marsuuv tenía que saberlo de algún modo. Quizás su mente se había unido a la de ella mientras la bestia se alimentaba con la sangre de la muchacha. Janae extrajo las tres ampollitas del costado del sostén femenino y las puso sobre el altar. La reina alargó el brazo hacia los frasquitos y los acarició con la punta de la zarpa.

—Infórmame —pidió.

—El marcado con adhesivo blanco es vacuna Raison B. Tiene el poder de destruir toda forma de vida. Billy y yo somos inmunes ahora.

—No puede matar albinos ni mestizos —objetó Marsuuv—. Ninguno que se haya bañado en los lagos. ¿Sabía la bestia acerca del virus?

—El virus se origina en la sangre de Teeleh —explicó la reina al verla arquear una ceja—. Solamente empeorará la enfermedad que ya tienen las hordas.

A Janae le daba vueltas la cabeza.

—¿Y las otras afecciones? —exigió saber Marsuuv.

—El frasco marcado con cinta negra es ébola asiático. Letal para todos menos para Billy y para mí. Nos han inoculado con una vacuna como a todos en nuestro mundo. La última ampollita, según está etiquetada, es una muestra de sangre de Thomas, la cual los dos tenemos también en nuestro sistema.

La bestia reaccionó a la mención de Thomas con una sacudida de cabeza.

—Él está en Bangkok —informó Janae, preguntándose cuánto sabrían los shataikis.

—Así que ha llegado el tiempo —comentó Marsuuv retrocediendo lentamente—.

Los humanos decidirán. Podemos destruir la tierra, podemos sacarles los ojos, podemos susurrarles en la mente, podemos violar, saquear y quemar, pero al final solamente los humanos pueden destrabar su destino.

—Y ahora te traemos las llaves hacia ese destino —intervino Billy.

—Tú no, Billy. Mi señor tiene otra tarea para ti. En cuanto tú y yo nos hayamos conocido mejor. Billy lanzó una mirada furtiva a Janae.

—Pero Janae —volvió a sonar la gutural voz de Marsuuv—, tú serás nuestra nueva Eva. Juntos los destruiremos a todos, y el mundo sabrá que los humanos pertenecen a Teeleh.

Ella anhelaba su sangre.

—Vas a encontrar a Samuel. Sedúcelo. Seduce a los mestizos —dijo, escupiendo flema—. Seduce a los albinos. Ha llegado la hora de que el dragón consuma a su joven.

Agarró el vial de ébola asiático del altar y se la guardó, sin tocar la sangre de Thomas.

—No necesitas esto. La variedad Raison te dará el poder que necesitas.

—¿Y qué pasa con los mestizos? —preguntó ella—. Con los albinos.

—Morirán.

—¿Cómo, si mi veneno solo afecta a las hordas de pura sangre?

—¿Te parezco tonto? —dijo encolerizada la bestia—. Haz lo que digo.

—¿Y yo? ¿Voy a morir?

—Tú serás también mi amante —dijo pausadamente, subrayando cada palabra.

El deseo de Teeleh era destruirlos a todos y empezar de cero con Billy y Janae, sus nuevos amantes en su propio retorcido jardín.

Todo encajaba. La única razón por la que los shataikis todavía no habían destruido a la humanidad era porque solo los humanos podían hacer eso. En ese sentido, las personas eran más poderosas que los shataikis. Incapaces de llevar a cabo su venganza contra el mundo, los shataikis se habían escondido, esperando su hora. Y había llegado la hora. Janae tenía en su mano el virus que iba a destruir a las hordas y a dejar a Teeleh la destrucción de los eramitas y los albinos. Marsuuv la miró

fijamente.

—Ve, y lo que tienes que hacer hazlo pronto.

33

EL VALLE Torun, al noroeste de Ciudad Qurongi, había ennegrecido con el enorme enjambre del ejército horda. Chelise miró la escena, asombrada de estar viva, y más aún de estar aquí. De no ser por el roush Michal, tal vez ahora estaría en la Concurrencia, segura, pero aún destrozada.

La mujer se había internado tranquilamente en el desierto con las palabras del roush notándole en la mente: Vendrán por ti en el desierto. Espéralos. ¿Esperar a quién, a las hordas? ¿Al círculo? ¿A Thomas y al padre de ella? ¿Podría ser que Elyon estuviera viniendo por ella? ¿O los shataikis o...?

El sol se levantó tras la partida de Michal, y Chelise se había dirigido lentamente a casa hacia Valle Paradose y el círculo, esperando que en cualquier momento la alcanzara quienquiera a quien ella debiera esperar. El sol surgió. El día pasó. Y al acercarse más a casa comenzó a ver señales de albinos que llegaban en respuesta al llamado de Thomas. Venían de todas partes, ansiosos por desbordar Valle Paradose. Quizás ella debería salir del desierto hacia la Concurrencia en vez de esperar. Deseaba besar a su Jake y asegurarse de que todo estaba bien. Pero desde luego que no todo estaba bien. Miles entrarían a raudales al valle. Samuel estaba en peligro o era un peligro. Thomas había desaparecido.

Además, ¿cómo sabría Chelise que ya la había encontrado aquel a quien esperaba?

Entonces había subido a lo alto de esa duna y había visto la patrulla encostrada bajo un árbol solitario, esperándola, y lo supo. La habían localizado como estaba previsto.

Sin embargo, necesitó cinco minutos completos armándose de valor para acercarse a los dos hombres, que parecían felices de verla. Se les acercó con recelo y valentía.

—Me llamo Stephen —le había informado el encostrado más joven—. Su madre, Lady Patricia, ha requerido que usted se encuentre inmediatamente con ella en Valle

Torun.

Inmediatamente. Chelise supo que había pasado lo peor. Qurong y Thomas se habían metido en un terrible lío. ¿Por qué más vendría una súplica de su madre?

—¿Stephen? —preguntó ella; era la primera palabra que dirigía a un encostrado desde que se ahogara.

—Sí, mi señora. La mantendremos a salvo, pero no debe salir de nuestro lado.

No fue sino mucho más tarde, después del primer largo día de viaje, cuando comprendió que el encostrado no la estaba protegiendo de otros guerreros hordas. Estaba atento a la aparición de la nueva raza de luchadores albinos.

—Todos sabemos que son mucho más rápidos y muchísimo más habilidosos aun que los eramitas.

—Y todo el mundo sabe que los eramitas son superiores a la mayoría de horda —había comentado su compañero riendo entre dientes.

—¿De veras?

—¿Cómo se puede mantener en forma para la batalla un ejército que no tiene guerra? —advirtió el hombre llamado Reeslar—. Nuestros guturales y exploradores son los únicos que tienen las destrezas que una vez fueron el orgullo de las hordas.

—Y aun entonces hasta los guardianes del bosque solían apalearnos de mala manera —señaló Chelise.

El uso que la mujer hiciera del «nos» los acalló por un momento. Pero en ese entonces había sido «nos», y debería volver a serlo, pensó ella. El hedor de ellos no le molestaba del mismo modo en que incomodaba a otros albinos. Es más, la única diferencia entre los encostrados y muchos albinos era que estos últimos se habían ahogado en un lago rojo.

—Teeleh nos salva si los albinos deciden levantarse alguna vez en armas —había roto Stephen el silencio.

El otro encostrado mostró estar de acuerdo mediante un gruñido, y por un mínimo instante Chelise entendió el deseo de Samuel por pelear. Hasta ahora, ella no había comprendido la superioridad en habilidad y fortaleza del promedio de albinos. La ausencia de enfermedad y su constante huida de grupos exploradores los habían mantenido frescos y resistentes, listos para enfrentarse a cualquier enemigo.

Después de cruzar el desierto por segunda vez en un día, se hallaba sobre su caballo entre los dos guturales y analizaba los ejércitos en Valle Torun. De joven había visto docenas de patrullas, pero siempre desde lejos. Antes de apoderarse de los bosques, las hordas recorrían enormes distancias hasta confundirse con la arena, dedicándose a criar caballos con piel curtida y resguardándose en los valles. Después habían invertido la estrategia, permitiendo ser vistos en toda su gloria dominante, en lugar de ocultarse como fugitivos igual que el círculo.

Un pequeño ejército de hordas había llegado una vez hasta el borde del

campamento de Chelise y Thomas antes de que la tribu de albinos hubiera escapado. Ella había observado con Thomas a las hordas desde las colinas cercanas, preguntándose si podría hacerlos entrar en razón.

Eso fue al principio, antes de que su padre desatara contra ellos toda la fuerza de su ira. Las hordas masacraron varios campamentos y capturaron cientos de albinos en los meses siguientes. Una vez ella había visto impotente desde un desfiladero cuando los guturales colgaban a tres albinos que conocía muy bien: Ismael, Judin y Chrystin.

Chelise lloró todo el día, y Thomas decidió adentrarse más en el desierto. El círculo aprendió a adaptarse, y las hordas se volvieron más impacientes con los pocos que agarraban. Pero la vida en el desierto era dura, y los estanques rojos eran escasos. Tenían que moverse cada dos o tres semanas para hallar alimento y madera, y hacían largos viajes para recoger el trigo del desierto. Un grupo de cacería podría tardar una semana en cazar dos o tres venados para una festividad.

Esto y el hecho de que Elyon hubiera dejado sus estanques rojos en los bosques y cerca de ellos, convenció a Thomas de que deberían acercarse otra vez a los bosques. El peligro era mayor, pero también la recompensa.

Además, a menudo los ancianos concordaban en que de todos modos Elyon regresaría pronto. Cualquier día. Cualquier semana. Ni siquiera en algunos meses. Sin duda en no más de un año.

Eso fue hace siete años. Y ahora más de unos cuantos albinos querían recuperar los bosques.

Este ejército horda que se arrastraba por el valle Torun podría ser más lento y más débil que cualquier ejército albino, pero ¡era tan numeroso como la arena! Una gigantesca masa de hombres, caballos y tiendas se extendía hasta el horizonte, perdiéndose dentro de una polvorienta neblina.

—Ahí debe de haber un millón —comentó ella.

—Una gran cantidad —contestó Stephen.

—¿Es todo el ejército?

Otra vez silencio, aunque Stephen ya había dejado escapar el dato. Chelise estaba segura que él olvidaba a veces que ella era albina y la trataba simplemente como de la realeza. Después de todo la estaba llevando a casa.

—¿Y todo esto para un ejercicio de entrenamiento? —preguntó ella asombrada.

—Nunca se había hecho, pero tiene sentido. El ejército necesita entrenamiento.

—Sí, pero los problemas logísticos. Debe de ser una pesadilla movilizar a tantos hombres.

—¡Nosotros lo hacemos todo el tiempo en el desierto! —Ridiculizó Reeslar—.

Esto... esto no es nada.

—¿Estás seguro de que mi padre no se encuentra con ellos?

—Ellos nos están esperando —expresó Stephen haciendo caso omiso de la

pregunta de Chelise—. No debemos esperar.

—¿Ellos?

—Su madre la espera, hija de Qurong —contestó el explorador haciendo regresar el caballo de la cima y galopando hacia los árboles.

—¿Dónde? —quiso saber ella haciendo correr al corcel, escoltada por los dos hombres.

—Cerca. Exactamente en la colina.

Galoparon a prisa, pasando cerca de varias patrullas y guardias estacionados en los árboles. A insistencia de Stephen, Chelise usaba una túnica con capucha. Los órdenes eran llevarla en secreto. La podrían conducir encadenada o pareciendo encostrada, y él recomendó lo último. Después de todo, se trataba de la hija de Qurong. El campamento real estaba armado sobre una meseta por encima del valle Torun, rodeado por una compañía de guturales que habían formado un perímetro de varios metros. Una docena de banderas con la imagen de la serpiente alada ondeaba sobre una gran carpa de lona bordeada por otras cuatro más pequeñas. Alrededor de este grupo se hallaban varias docenas de las carpas más pequeñas pertenecientes al séquito real y a la guardia.

Guardia del templo, si Chelise no se equivocaba. ¿Entonces Ba'al también estaba allá afuera?

—Ha sido un placer escoltarla, hija de Qurong —anunció Stephen—. Oro porque Teeleh la guarde de los muchos espíritus malignos que tratan de matar a los menos afortunados.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella oyera tal bendición?

—Gracias —respondió.

El hombre disminuyó la marcha cuando pasaron la guardia principal, luego saludó a otro guardia, que miró furioso y agarró las riendas de Chelise.

—Eres un buen hombre, Stephen. Oro porque Elyon te sonría.

El explorador titubeó, luego inclinó la cabeza.

Su nuevo guardia desmontó y la llevó hasta el pie del alerón de la tienda principal antes de hacerse a un lado.

—Entre —ordenó rudamente.

Chelise respiró hondo, abrió el alerón e ingresó a su pasado.

Lo primero que surgió ante ella fue el tazón de most en la entrada. No estaba segura de por qué esto debió llamarle la atención en vez del lujoso mobiliario interior o las tres personas que se hallaban al otro lado del salón. Quizás porque el most representaba todo lo que estaba mal en su antigua manera de vivir. Era algo ridículo creer que una pasta de la consistencia de la suave harina pudiera cubrir una enfermedad. Era una mentira estúpida.

Soltó el alerón y miró el interior del poco iluminado salón. Patricia, a quien no

había visto en diez años, estaba junto al poste central a diez metros de distancia, las manos asidas frente a ella. Llevaba una túnica roja, y tenía el cabello recogido hacia atrás en forma ceremoniosa.

—¿Chelise?

Sintió que las rodillas le flaqueaban. Oír que su madre la llamaba por su nombre... Había extrañado a la mujer más de lo que nunca hubiera sido consciente.

—¿Eres tú?

¡La capucha! Se encontraba de pie en las sombras con la capucha levantada. Chelise dio un paso adelante hacia la luz que irradiaban dos lámparas de pie y echó la capucha hacia atrás.

—Hola, madre.

El rostro de Patricia se frunció lentamente mientras la emoción la embargaba. Las manos se levantaron como para abrazar a su hija, pero luego bajaron. Miró a la derecha, donde había dos hombres parados. El primero era el general que ella conociera años antes cuando solo era capitán. Cassak. El segundo...

Chelise sintió que se le bloqueaban todos los nervios del cuerpo al ver la enorme figura y los ojos grises que pertenecían a Qurong, comandante supremo de las hordas. Su propio padre, a quien amaba tanto como a su propia vida.

Se quedó sin habla. Quiso correr hacia él, arrojarle los brazos alrededor del grueso cuello y decirle cuan a menudo pensaba en él: Cada noche, cada día. Cada vez que se hundía en las rojas aguas y comía la fruta de Elyon, ella veía en su mente el rostro de él. Soñaba que él la seguiría al interior del estanque rojo y que ahogaría su lamentable ego, sin que importara lo poderoso que era, ¡y también soñaba que él hallaría una nueva vida que lo haría danzar toda la noche!

Pero no pudo. Ni siquiera podía moverse después de haber imaginado este momento por tanto tiempo.

La mirada de Qurong era dócil. Incluso triste. Pero volvió el rostro hacia otro lado.

Chelise miró a Patricia, y se suavizó la mirada áspera de su madre.

—Bienvenida a nuestro hogar, hija.

—El honor es mío, madre —contestó ella haciendo una reverencia con la cabeza. Silencio.

—Hola, padre.

Él miró por encima e inclinó cortésmente la cabeza.

Entonces Patricia corrió hacia ella. Se abrazaron, madre e hija, horda y albino,

—Qué bueno verte, Chelise —le susurró su madre, tratando de no llorar—. He estado muy preocupada.

—Qué bueno verte en buen estado de salud —respondió ella besándole la mejilla a Patricia.

—¿Y tu hijo? —inquirió la madre, retrocediendo.

—Jake. Es un manojito de energía.

—Por supuesto —acotó la madre, y sonrió—. Tendrá que serlo, teniendo la sangre de Qurong.

—Ya maneja una espada de madera como si hubiera nacido con ella.

Patricia rió, igual que Cassak.

—¿Y es una espada albina o una elaborada por las hordas? —inquirió Qurong como si fuera la más natural de las preguntas, y cavilándola muy bien.

—¡Oh, cállate, Qurong! —lo reprendió Patricia—. Albino o no, es tu nieto.

Deja de ser un bebé.

Chelise quiso tranquilizarlo, pero no supo qué decir para zanjar todos los engaños que subyugaban al comandante de las hordas. Después de todo, él era el culpable. Desde el mismo principio, su propio padre había extendido la división entre albinos y hordas.

Ella tenía esta oportunidad única de persuadirlo, pero todos los discursos que había ensayado bajo las estrellas en el desierto huyeron de su mente.

—¿Dónde está Thomas? —preguntó.

—No tengo idea. Desapareció.

—Háblanos de Jalee —pidió Patricia—. Ven y siéntate. ¿Tienes sed? Cassak, tráenos por favor un poco de fruta.

Chelise se sentó a la mesa y cortésmente aceptó una naranja de parte de su madre. Le habló de Jake, un pequeñuelo travieso que era tan obstinado como su padre y su abuelo. Pero tan hermoso como un joven roush, con su mullido cabello rubio. Se pasó el rato mirando a su padre, que permanecía de pie... bajo las órdenes de su madre, sin duda. Fue idea de ella, no de él, que se reunieran.

Hablaron durante algunos minutos, y Chelise hizo lo posible por no contestar las preguntas de su madre en una manera que pudiera ofender a su estilo de vida, pero rápidamente el desafío se hizo imposible.

—Parece precioso —comentó Patricia, volviendo a Jake—. Y saludable.

—Desde su bautismo ha sido tan sano como un corcel.

—¿Bautismo? ¿Qué es un bautismo?

—El ahogamiento. Todos nuestros niños se ahogan en los estanques rojos. Eso mantiene lejos la enfermedad. Eso privó de aire a la tienda.

—Qué bárbaros —terció Qurong—. ¿De verdad matan a sus hijos?

—¿Te parezco muerta, papá? —objetó Chelise poniéndose de pie—. Sé que nadie de las hordas aprecia el ahogamiento, porque de ser así lo habrían escogido mucho tiempo atrás. Pero debes saber por boca de tu propia hija que eso es regalo de vida. Los sacerdotes siniestros te dicen que es veneno. ¿Parezco envenenada? ¿Es por eso que somos mucho más fuertes hasta que tus mejores guerreros?

—¡Tonterías!

—Por favor —susurró Patricia—, no hables aquí de esas cosas.

Pero Chelise había esperado diez años para hablar precisamente de esas cosas aquí. Caminó alrededor de la mesa y se acercó a su padre.

—Retroceda —exclamó el general Cassak moviéndose para interceptarla.

—Mi padre no le teme a las mujeres, particularmente a su propia hija —advirtió ella haciendo caso omiso del general.

Eso detuvo al hombre, que miró a Qurong, pero no obtuvo instrucciones. Chelise se detuvo a varios pasos de su padre y le escudriñó los ojos.

—Te vi desaparecer dentro de los libros con mi esposo, padre. ¿Puedes decirme dónde está él?

—Escapó.

—¿Dentro de este mundo? ¿O de otro?

—No sé nada de otro mundo más allá de las pesadillas que me plagan cada vez que cierro los ojos —declaró Qurong mirando hacia otro lado.

—Dime por favor que estaba bien la última vez que lo viste —suplicó ella—.

Merezco saber eso.

—¿Cómo podría saberlo? El es un hechicero que cambia lo que los hombres pueden ver con sus ojos naturales. Más allá de eso no sé nada.

Qurong estaba en total negación acerca de lo que ella había visto en la biblioteca secreta. Pero difícilmente podía culparlo. ¿Quién había oído hablar alguna vez de desaparecer dentro de libros? El había categorizado aquello como una pesadilla.

—Padre, te ruego que reconsideres tus caminos. Los albinos somos personas pacíficas sin ningún deseo de perjudicar a las hordas. Solo anhelamos reunimos con Elyon como siempre quisimos. Todo lo que ha sucedido desde el principio de los tiempos señala hacia ese fin.

—¿Muerte y destrucción son parte de ese plan? No seas ingenua.

—No, esas fueron decisiones humanas. Pero se permitió la maldad para que todos pudiéramos elegir a nuestro amado. Este es el significado del Gran Romance: Decidir por voluntad propia corresponder al gran amor que Elyon nos ha mostrado —declaró ella, hizo una pausa y después continuó en voz baja, sabiendo que él debía entenderla—. ¿Recuerdas cómo era antes de que los shataikis fueran liberados, padre?

—Todo esto es una tontería.

—¡Para ti que no crees! Incluso para mí antes de creer. Pero, para quienes creen, ese es el poder del rescate. Si te ahogas, padre, sabrás lo que yo sé. El bien y el mal no son juegos para aliviar el aburrimiento. ¡Los riesgos son devastadores! Nuestras mismas vidas están en la balanza, las de todos: Albinos, hordas y eremitas. Qurong la miró por un momento prolongado antes de volverse y caminar hacia una jarra de cerveza ligera. Vertió un poco del líquido amarillento en un tazón de peltre.

—Por favor, padre. Te lo estoy suplicando —rogó ella en voz suave y entrecortada porque las emociones le impedían gritar—. ¡Ahógate conmigo!

Qurong tomó un largo trago, negándose a mirar en dirección a su hija. Está controlando sus propias emociones, pensó ella. Chelise estaba logrando comunicarse. ¿Cómo podría alguien resistir una verdad tan sencilla?

—Dices que los albinos son pacíficos, pero en este mismo instante conspiran Para destruir a las hordas —se defendió él.

—Eso sencillamente no es verdad.

—Samuel se ha unido a Eram y está conspirando para que los albinos hagan alianza con los mestizos —expresó él mirándola de frente.

En el momento que lo dijo, Chelise supo que era verdad. ¡Esto es lo que Thomas había querido decir!

Y con tal despliegue de poder, no pocos albinos serían arrastrados a una guerra que prometía acabar con las hordas de una vez por todas. El estómago de Chelise se revolvió. Su esposo tenía razón, ¡el mundo se estaba desmoronando!

—Thomas... —balbució ella—. ¡Necesitamos a Thomas! El puede detenerlos.

—¿Es eso lo que él estaba haciendo cuando ofreció a su hijo Samuel a Elyon en el lugar alto? ¿Detener una guerra?

— ¡Sí! Y tú traicionaste tu palabra, padre —acusó ella acercándosele y poniéndole una mano en el brazo, desesperada por ganarse su confianza—. Te lo ruego, padre. Tú puedes detener esta insensatez. Por mí, te lo suplico. Por tu nieto.

—No me hagas condescender. ¡No habrá guerra! —exclamó, retrocediendo; empuñó la mano y la sacudió con fuerza—. Pero, si la hay, aplastaré a cualquier fuerza que se me enfrente.

—¡Qurong! —gritó Patricia atravesando el salón hacia ellos—. Recuerda nuestro acuerdo. ¡Cuida tu tono!

— ¡Soy Qurong! —vociferó él—. ¡Mis mujeres no me dicen qué hacer!

Chelise se sintió sofocada por una repentina urgencia de volver con los albinos.

¡Era necesario detener a Samuel!

—Si a ella no la hubieran enamorado las mentiras de Thomas no estaríamos en este aprieto —añadió bruscamente Qurong.

—Ah, por favor, no puedes culparla por esto —pidió Patricia—. No hace falta que mires más allá de tu propio sacerdote.

—Él no es mi sacerdote.

Qurong miró el alerón de la puerta. No era nada bueno decir tales cosas en voz alta acerca de Ba'al. No todo estaba en paz en el campamento de las hordas. Pero al momento nada de esto importaba a Chelise. Ella estaba sin Thomas. Y Samuel podría estar dirigiéndose a la Concurrencia en este mismo instante, pretendiendo llevarse con él a los albinos para emprender la guerra contra las hordas.

Si lo hacía, los días de las hordas podrían estar contados.

—Cassak, asegúrate de que ella salga de su campo enemigo sin peligro —ordenó Qurong, dirigiéndose a la puerta—. Tengo asuntos pendientes.

— ¡Qurong! —gritó Patricia.

—Tú no eres mi enemigo, padre —expuso Chelise—. Te amo tanto como a mi propia vida. Pero su padre salió sin pronunciar una palabra más.

Todo está perdido, pensó Chelise. He perdido a mi esposo, a mi hijo, y ahora a mi padre, quien va a emprender la guerra contra mi pueblo.

El mundo te espera, Chelise.

34

CUATRO DÍAS de asesorar al ejército eramita demostraron a Samuel que no solo había hecho una buena elección al acudir a Eram, sino que fue una decisión que rediseñaría la historia. Una decisión que pronto sería proclamada como el tajante momento decisivo en la era de supremacía de las hordas. Thomas de Hunter se había convertido en una leyenda debido a una decisión como esta, y ahora su hijo, Samuel de Hunter, seguiría sus pasos y sería honrado entre el círculo como aquel que liberó a los albinos del flagelo llamado las hordas.

Los niños grabarían el nombre de Samuel en brazaletes, y los hombres se sentarían alrededor de hogueras exagerando sus hechos hasta convertirlo en poco menos que un dios ante sus ojos. Y las mujeres... hasta ahora él no se había casado, porque muy en su interior sabía que estaba destinado a la grandeza. Aunque otros de su edad pasaban días y noches tratando de impresionar a exigentes mujeres, Samuel había pasado los días refinando sus habilidades de guerra. Ahora las jóvenes doncellas pondrían sus esperanzadas miradas en él dondequiera que fuera.

Pero no había contado con esta mujer en particular, que se las había arreglado para ingresar al círculo íntimo de Eram doce horas antes. Ella afirmaba llamarse Janae. Era albina, perturbadoramente inteligente, y más hermosa que cualquier mujer que Samuel conociera. Lo cual le hizo hacer un alto, puesto que había visto a todos los albinos y sin duda habría notado a esta joven entre el resto.

—No, mi señor —manifestó él, mirando hacia atrás a la mujer que los analizaba desde el caballo, veinte metros detrás—. No creo que deberías seguir el consejo de ella. Creo que deberías seguir el mío.

Él y Eram iban a caballo rodeados por cuatro hombres de la guardia personal de Eram, mirando desde lo alto el valle oriental donde los hombres de Samuel trabajaban con guardianes del bosque convertidos en hordas. Habían acordado poner cuatro mil hombres bajo el mando de Samuel, una fuerza de élite de los mejores luchadores que Eram podía ofrecer. Serían dirigidos por cuatrocientos combatientes

albinos, suponiendo que Samuel pudiera llevar la negociación hasta el final. Pronto lo sabrían.

Mañana Samuel llevaría su pequeño ejército hacia el occidente, anunciaría sus intenciones a la Concurrencia, y desafiaría a todo aquel que fuese en busca de justicia a unírsele en liderar una campaña de guerra de guerrillas contra Qurong. Samuel tomaría su ejército, lo dividiría en diez unidades de élite muy compactas, y las apostaría en todos los costados de Ciudad Qurongi. Su primer ataque sería certero y brutal, dejando al ejército de Qurong con profundas heridas que lamer. Los ataques segundo, tercero y cuarto se desarrollarían inmediatamente desde tres flancos antes de que las hordas pudieran reorganizarse de manera apropiada. Aunque logaran recuperarse, se confundirían sin una clara maniobra para ejecutar o sin un ejército al cual atacar. En cuestión de meses, Samuel ablandaría a las fabulosas tropas de Qurong, y entonces Eram descargaría todo el peso de sus ciento cincuenta mil guerreros para aplastar a las hordas.

Era un plan razonable, casi sin posibilidad de fracasar, suponiendo que Samuel lograra convencer de que se le unieran a bastantes del círculo. Suponiendo también que Eram no cambiara de parecer por miedo o traición.

Suponiendo además que esta mujer llamada Janae no echara a perder todo el proyecto con su ridícula cháchara de una guerra inmediata a gran escala contando con la autoridad de una reina shataiki llamada Marsuuv.

—Por favor, solo mírala. ¿Has visto alguna vez una bruja al servicio de una reina shataiki? No hasta ahora.

—¿Una bruja albina? —manifestó Eram siguiendo la mirada de Samuel y curvando los labios en una débil sonrisa—. Eso es algo nuevo. ¿Dónde habéis estado escondiendo a estas asombrosas criaturas?

Algo era seguro: A Eram le encantaban las hembras. Samuel nunca había conocido a un hombre con un apetito tan voraz por las mujeres. El dirigente eramita no disimulaba sus muestras de afecto cuandoquiera o dondequiera que lo atacara el impulso, pero lo hacía con tacto, como un caballero, a pesar de que sus intenciones eran muy bien conocidas. Su pueblo parecía amarlo por eso. Tenían un líder apasionado y viril que poseía el carácter para guiarlos al interior del desierto. ¿Quién castraría a un hombre así?

—Perdóname por señalarlo, pero esto no es asunto para una mujer, por seductora que sea —discutió Samuel.

—¿Estás buscando que te tajen la garganta? —objetó Eram suavizando la sonrisa, y en el instante en que el líder miró hacia otro lado Samuel supo que su comentario había estado fuera de lugar.

—No, mi señor. Perdóname. Pero sin duda no puedes inclinarte ante la tontería que ella expone.

—¿Inclinarme? ¿Pides perdón por un comentario sarcástico y sigues con una cuchillada a mi cabeza?

—Perdóname...

—Eres un tipo peligroso, Samuel de Hunter. Yo serví bajo las órdenes de tu padre cuando eras un cachorro, y veo que has heredado su audacia.

—De tal palo, tal astilla, dicen.

—No muchachito. No cometas la equivocación de suponer que alguna vez serás siquiera la mitad del hombre que es tu padre. Yo habría dado mi vida por él en el peor de los días, y sin duda alguna haría lo mismo ahora. Él es una leyenda sin par, y siempre lo será.

—Y sin embargo no lo seguiste.

—No sigo sus ideas. Pero me inclino ante el hombre. Y solo ante él —declaró el líder, respiró hondo y chasqueó el cuello con un súbito movimiento de cabeza—. Respecto al asunto en cuestión...

Una mirada desequilibrada le iluminó los ojos.

—Creo que la mujer tiene más que seducción para brindarnos.

—Sí, peligro. ¿Llevar todo el ejército a la Concurrencia? ¿Ahora? Es un riesgo enorme.

—No veo peligro para mí. Si ella se equivoca, lo único que pierdo es un poco de tiempo y esfuerzo. Por otra parte, si tiene razón, reemplazará tu noble posición como el héroe, ¿no es así?

El líder eramita era un brillante estratega en asuntos políticos; había captado el temor de Samuel incluso antes de que este lo comprendiera por completo.

—Pero no soy de los que cambian con el viento. Te he dado mi palabra, por tanto dejo ahora este asunto en tus manos. Tú decides. Ven —ordenó Eram alejando al caballo del valle y dirigiéndose hacia Janae, que aún los observaba desde la sombra de un árbol.

La muchacha usaba una capa roja con una corta túnica negra que le cubría protectores de cuero. Extraño, esta capa roja. La brisa le levantaba de los hombros mechones negros de cabello y los envolvía alrededor de un cuello blanco como la porcelana. Samuel le había visto una ligera erupción de la piel en la base del cuello y de las muñecas, similar al sarpullido que él había notado ayer en su propia piel.

Con erupción o sin ella, esta mujer que había acudido a ellos con un desafío de los shataikis era realmente despampanante. Eran sus ojos, pensó Samuel, pues observaban por encima de labios siempre sonrientes, clavándose profundamente en la mente del joven. Con toda franqueza, ella lo amedrentaba, no solo por amenazarle potencialmente la categoría que Samuel tenía entre sus nuevos amigos, sino por la influencia que tenía sobre él personalmente. A diferencia de Eram, a Samuel le molestaba ahora la idea de seducción.

El guardia retrocedió cuando Eram y Samuel se acercaron a la joven que estaba bajo el árbol.

—De modo que la concubina de una reina shataiki ha traído salvación a los eramitas, ¿no es así? —comentó Eram sonriendo como ella.

Janae fijó los ojos en Samuel. Las anhelantes miradas de ella lo habían preferido por encima de Eram desde la primera vez que la patrulla la trajera a la corte de Eram. Por ahora parecía satisfecha con solo mirarlo a los ojos.

—¿Cómo es que una albina se aparee con un shataiki? —preguntó Eram—.

¿Eh?

—¿Cómo es que un albino se convierte en mestizo? —contestó ella, mirando aún a Samuel.

—Ciertamente, el mundo ha cambiado. Ahora lo más hermoso proviene del bosque negro.

—Tus lisonjas no significan nada para mí, Eram, amigo. Estoy fascinada con este semental. El hombre rió, auténticamente divertido, pensó Samuel.

—Y para que conste —añadió la mujer, intercambiando ahora una mirada con el líder—, no soy concubina de ninguna reina. Marsuuv, la reina que me envía, tiene a otro por amante. Billy. Tal vez lo conozcas como Billos. Por mi parte, no vengo del bosque negro. Soy de otro mundo, donde a los de mi clase se les conoce mejor como vampiros. Pero tú me puedes llamar el mesías. Y no soy concubina sino de Teeleh, mi señor y salvador.

Hablaba como recitando poesía, una trovadora del lado oscuro que con cada palabra cautivaba hasta a tipos cínicos como Eram. Una mujer malvada que derretía corazones. Con seguridad el hombre había visto eso.

—Una bruja de otro mundo, viniendo a decirnos que puede liberar a los albinos si simplemente la seguimos —expresó Eram—. A decirnos que si llevamos al círculo todo nuestro ejército, ellos se nos unirán para guerrear. En no menos de tres días.

—Estoy aquí para servirte, mi señor. No para dirigir. Y a menos que mi objetivo fuera seducir al más valiente líder del mundo, sería una tonta en venir solo con palabras.

Janae se metió la mano en la túnica y extrajo una botellita de vidrio, perfectamente elaborada, quizás de diez centímetros de alto. La sostuvo entre el dedo pulgar y el índice, y la hizo girar.

—Esta, preciosos míos, es la respuesta a todas vuestras oraciones.

—¿Nos salvará una botella llena con orina de Teeleh? —objetó Samuel después de aclarar la garganta—. ¿Dime por qué un mestizo que aún sigue a Elyon en los caminos de antaño, y un albino que rechaza a Teeleh, deberían complacer a la concubina del mismísimo Teeleh?

—Te sorprendería saber lo que puede lograr una sola gota de la sangre de Teeleh

—replicó ella haciendo caso omiso a la segunda pregunta, como si fuera demasiado ridícula para tomarla en serio—. Pero por ahora nos quedaremos con la vacuna Raison, un virus brutal e incurable que en cuestión de horas destruye el cuerpo desde el interior.

—Tenemos nuestros venenos —declaró Eram—. Así que tienes otro. ¿Y?

—Oh, es verdad, se me olvidaba que ninguno de ustedes tiene un doctorado en bioquímica.

Samuel no supo qué quería decir ella, pero captó burla en el tono.

—Permitidme plantearlo de este modo: Si yo lograra transmitir al ejército horda lo que tengo en la mano, la condición que ya los aqueja empeoraría. Sería mucho peor. Los inmovilizaría en minutos. Un ejército fuerte podría exterminarlos.

—¿Y cómo propones lograr que tan pequeña cantidad obre en todo el ejército de las hordas sin infectarnos también a nosotros? —inquirió Eram, intrigado.

—Toda bruja tiene sus secretos —replicó ella, y miró a Samuel—. Hagan lo que sugiero y probaré mi poder frente a toda la Concurrencia.

Así que ella poseía más que palabras y belleza. O así lo afirmaba. Eram rió entre dientes y encaró a Samuel.

—Como dije, joven Hunter, la decisión es tuya —manifestó, haciendo girar el corcel y guiñando un ojo—. Les daré un poco de tiempo para... considerar esto a solas.

Eram se alejó al galope, indicándole a su guardia que lo siguiera, y cabalgó sobre la colina, dejando a Samuel a solas con Janae. Probablemente el bribón creyó a Samuel demasiado débil para resistir los planteamientos de esta bruja, pero él no conocía la fortaleza del hijo de Thomas Hunter, ahora, ¿verdad?

Cuando se volvió, la mujer miraba fijamente a la derecha, hacia el horizonte, por lo que pudo darse cuenta. Había desaparecido la sagaz sonrisa femenina, y ahora la apasionada mirada era maliciosa. Por fin era la verdadera mujer despojada de su oculta intención.

—Podrás agarrar al valiente líder por el hocico, bruja, pero yo no tengo intenciones de entregarte el control del ejército eramita.

—Qué gracioso. Ella dijo que tú serías el más difícil.

—¿Quién ha dicho eso?

—Marsuuv —respondió la joven mirándolo—. El hijo del poderoso Thomas Hunter tiene fibra de acero como su padre. Terco como una muía.

—Entonces el viejo murciélago sabe más de lo que yo le habría atribuido.

—Déjame mostrarte algo —expuso Janae desmontándose y yendo hacia los árboles.

Samuel titubeó, luego la siguió al interior de la pequeña arboleda. Ella dejó que la alcanzara y le agarró la mano sin que él se la ofreciera.

—Para ser perfectamente sincera, me ha disgustado la enfermedad que tienen estas apestosas bestias—confesó ella, y le sobó el dorso de la mano con el pulgar mientras lo guiaba entre los árboles—. Qué bueno tocar la carne de un ser humano normal. Lo que dije acerca de que vengo de otra realidad no fue para que me hagas parecer tonta, Samuel. Es la verdad. Vengo del mismo lugar del que una vez vino tu padre. Este mismo planeta, en realidad. Hace dos mil años. El mundo era mucho más avanzado entonces. La maldad no era tan evidente. El bien tampoco era menos obvio. Creo que todo terminó en mala forma, a juzgar por lo que veo aquí. Todas las ciudades y los autos, las carreteras, las selvas de cemento... desaparecieron. Ambos jóvenes salieron de los árboles en el extremo opuesto, y contemplaron los terrenos que se extendían hasta donde podía ver la vista.

—¿Ves este mundo? Es un lugar sencillo comparado con lo que una vez fue. Gobernable.

Y te guste o no, querido Samuel, tú y yo hemos sido elegidos para gobernarlo —anunció ella, soltándole la mano y deslizándole el brazo alrededor de la cintura, mirando aún hacia abajo—. Por lo menos la gobernaremos los pocos días que siguen. El no estaba seguro de qué decir a eso.

—Quizás no te gusten los shataikis, pero tienen algo en común contigo —aseguró ella cambiando de tono.

Estaba claro que él debía preguntar qué, y lo hubiera hecho, pero tenía la mente en la mano de la joven, que ahora le masajeaba suavemente la espalda en una tierna demostración de disculpa. ¿Creía ella que él era un niño fácilmente manipulable?

—Los shataiki, igual que tú, desprecian a las hordas.

—Junto con el resto de la humanidad —completó él.

—De acuerdo. Pero también igual que tú, ellos desean destruir a las hordas, y me han dado poder para ayudarte a hacerlo. Él no supo qué hacer con esta afirmación.

—No tengo interés en ocupar tu lugar, Samuel. Te ayudaré, solo si eso es lo que quieres —declaró ella volviéndose hacia él, acercándosele y mirándolo a los ojos—. Y no mentiré, no me importaría un poco de compañía en el proceso. La proximidad de la mujer era tan directa y tan transparente que él perdió la noción de la motivación de ella por traicionarlo. ¡Debía hacer que le quitara las manos de encima, y pedirle que se fuera! Pero no lo hacía, no todavía. ¿Y si era cierto lo que había dicho?

—Nuestros objetivos son los mismos, Samuel —continuó ella, escudriñándole los ojos de esa manera—. En el fondo somos iguales. Ambos albinos, ambos con el mismo odio por las hordas, ambos llamados por poderes más allá de nuestra comprensión. Estamos hechos para estar juntos.

Ella es una bruja, Samuel. Te usará y te dará por muerto. No obstante, se le entrecortó la respiración.

—Odio a las hordas porque han hecho la guerra a mi pueblo desde que tengo

memoria —afirmó él—. Si has venido de las historias, ¿por qué albergas tanto odio por aquellos que no te han hecho daño?

La mente de él daba vueltas en los ojos de ella; en los suaves labios, en la mandíbula perfecta. Pero, por encima de todo esto, en las palabras. Tan perfectamente ubicadas, tan perspicaces. Lo suficiente para ponerle el alma en vilo.

—No seas tonto, Samuel —anunció ella acercándosele más al rostro; hablaba en voz baja como ronroneando, pero los ojos le refulgían con pasión—. Todos queremos lo mismo, ¿eh? Nacimos para la satisfacción, para el placer, para el poder; para vivir o morir en el intento, ¿no es ese el lema de un luchador?

¿Lo era?

El chico se puso a sudar, sabiendo muy bien que la joven lo estaba manipulando. Pero no lograba recordar qué partes de las sugerencias de ella no coincidían con los propios deseos de él.

Janae le tocó los labios con los suyos, no tanto como un beso sino como un contacto ligero, pero aquello hizo que la mente se le pusiera totalmente en blanco.

—Di que sí, Samuel —susurró ella—. Esto es lo que quieres. Lo que necesitas tanto como yo. Dile a Eram que no debería esperar otro día.

—Llevar hoy el ejército —intentó preguntar él, pero le salió como una declaración.

—Si marchas toda la noche podrías estar en los desfiladeros occidentales mañana al ponerse el sol.

—Los demás se han ido a la Concurrencia. Yo debería hablarles.

—Deberías hablarles —susurró ella—. Samuel, hijo de Hunter.

—Algunos nos seguirían.

—No, Samuel. Muchos te seguirían. Me lo han asegurado.

Los que aseguraran eso solo podían ser shataikis, sus más fabulosos enemigos, pero en ese momento este último detalle parecía extrañamente trivial. El joven le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo. Los labios de ella eran más suaves de lo que él había imaginado, y por unos instantes se sintió como un chiquillo descubriendo el amor por primera vez. Ella lo besó ávidamente, y él supo que no podía negársele a la mujer que tenía en sus brazos.

Peor aún, no quería hacerlo. Cómo habían cambiado las cosas en solo unos cuantos minutos. Eram tenía razón. Janae tenía razón.

El momento de cambiar el mundo no iba a esperar.

—Di sí, Samuel. Dime que sí. Quiero oírlo.

Despojada de toda razón para rechazarla, lo dijo en voz baja y sin oposición.

—Sí.

35

QURONG DESMONTÓ del sudoroso garañón negro, lanzó las riendas a uno de los guturales que lo habían acompañado en la larga cabalgata de vuelta a Ciudad Qurongi y subió las escalinatas del Thrall, aún furioso por haber dejado a su ejército en plena noche. Pero la situación se había complicado y se vio obligado a abandonar su buen sentido por el bien de una mujer y un sacerdote.

Patricia había aparecido después de pasar horas comiendo con Chelise y haber exigido que la llevaran de inmediato a la ciudad. Qurong la habría enviado con una escolta, pero entonces uno de los sacerdotes del templo le informó que Ba'al había regresado del bosque negro con un mensaje que era asunto de vida o muerte para las hordas. Qurong debía acudir inmediatamente. No, Ba'al no podía salir, porque se requerían ciertos rituales.

Por tanto Qurong soportó el silencioso viaje de cuatro horas durante el cual ni él ni su esposa hablaron, cada uno en protesta por la conducta del otro con relación a su hija.

¿Qué quería ella? El tenía principios. Chelise podía ser su hija, pero se había unido a su más grande enemigo, ¡por el aliento de Teeleh!

El comandante de las hordas escupió en los peldaños del templo. Su hija se había casado con su peor enemigo. Le había dado un hijo. ¿Quería ahora Patricia que él, Qurong, líder del mundo, tirara a la basura décadas de conflicto para que ella pudiera abrazar a su nieto albino? ¡Era probable que Patricia se hubiera contagiado con la enfermedad!

Peor que esto fue la posición en que su esposa lo había puesto al insistir en que ellas se reunieran. El corazón de él se le había detenido en el momento en que Chelise entró a la carpa. La había sacado de su mente mucho tiempo atrás. Pero allí estaba ella, carne y sangre de él, de pie, con toda su hermosura, en la entrada. Verla fue un castigo brutal. Qurong había ejercido un autocontrol extraordinario asegurándose que ella no recibiera esperanza de él.

Entonces ella le dijo que lo amaba, y él montó un caballo para internarse solo en el bosque a fin de esconder sus emociones.

El hombre abrió la puerta hacia el santuario del Thrall.

—¿Dónde está Ba'al? —gritó sin molestarse en mirar.

Si hubiera mirado habría visto al siniestro sacerdote directamente al frente, de pie tras un altar de piedra y vestido con su túnica ceremonial morada. Una capa roja que Qurong nunca antes había visto cubría los hombros de Ba'al.

Una cabra muerta yacía en el altar, sacrificada ya. Las antorchas lamían el aire, haciendo resaltar las alas de la serpiente alada a cada lado de la sangrante cabra.

—Aquí estoy —anunció Qurong, andando a grandes pasos—. Y no estoy de humor para quedarme mucho tiempo. Me sacaste de mi ejército en el momento más inoportuno.

—¿El día antes de que sean masacrados? —preguntó Ba'al con voz áspera; el religioso tenía los ojos rojos y había sangre en el labio inferior—. ¿Querías desearles bienestar mientras se iban al infierno?

—Bien, mi querido y siniestro sacerdote —declaró Qurong deteniéndose y cerrando los ojos, resolviendo soportar los juegos del hombre si debía hacerlo—. ¿De qué se trata esta vez?

Ba'al lo miró un largo instante. No tenía su acostumbrada y tímida sonrisa. Otra cualidad respecto de él que obligó a que Qurong hiciera una pausa. Se veía más demacrado en el rostro, quizás. Más sucio, como si hubiera hecho este viaje y regresado sin bañarse. Y no se había molestado en aplicarse suficiente most para ocultar la escamosa piel.

—El mundo se está desmoronando alrededor de ti, Qurong, y no tienes la decencia de oírlo. Sugiero que escuches a los espíritus de temor.

—No gracias.

—Entonces te diré lo que Marsuuv me ordenó decir y dejaré tu destino en sus manos.

Ba'al levantó una botella de cristal burdamente labrada del podio detrás de él y la colocó sobre el altar. Parecía estar llena con un fluido negro.

—Vas a tener que tomar una decisión, mi señor —advirtió Ba'al, concentrado en lo que decía—. Esta noche le darás toda tu lealtad a Teeleh, o sufrirás el mismo destino que los demás.

Había algo diferente en la voz del sacerdote. Absoluta autoridad. Nada de pretensión.

Qurong lo dejó continuar.

—En este mismo instante los eramitas se están reuniendo con los albinos para marchar sobre tu ejército. ¿Sabías eso? Tonterías, pero iba a seguir oyendo.

—Samuel hijo de Hunter se ha confabulado con Eram para luchar juntos contra

las hordas.

—Esto no es nuevo para mí.

—Janae, esa bruja albina del más allá, convencerá a muchos albinos para que se les unan. Quieren atacar en algunos días con un ejército de ciento cincuenta mil mestizos y miles de albinos.

—Eso no es posible —objetó Qurong sintiendo paralizársele las venas—. Precisamente hoy he estado con uno de sus líderes, y no dicen nada de eso.

—Tu hija, Chelise, no sabe nada. Si lo supiera no habría venido a reunirse contigo.

Ba'al sabía de la visita de Chelise. Peor aún, parecía saber más que Qurong. ¡Eran muchos los espías que el tipo tenía!

—Lo que sé viene directamente de mi amada, la reina Marsuuv, la duodécima de doce que sirven a Teeleh. El día del dragón ha llegado, mi señor. Todos aquellos que no lleven la marca de la bestia morirán en el valle de Miggdon... albinos, eramitas mestizos y hordas de pura sangre. Te traigo hoy el medio para tu salvación. El había oído palabras similares de parte de Ba'al, pero a esta hora de la medianoche le resonaron con un innegable tono que golpeaba el corazón de Qurong como un puño.

—Todos hemos tomado la marca de tu bestia —explicó—. ¿Qué más podría exigir ella?

—Tu corazón, mi señor.

—¿Mi corazón? ¡Tiene todo mi cuerpo! —vociferó Qurong—. ¿Qué es esto de Miggdon? Estamos reunidos en Torun, no en Miggdon.

—Entonces están allí. Y te elogio por tu plan; fue una buena idea. Pero no será suficiente.

—¿Cómo sabes todo esto?

Ba'al levantó la botella y la llevó hasta la llama. Lo que Qurong había supuesto que era negro se volvió rojo cuando la luz atravesó el cristal. Sangre.

—Tú miras a lo alto y solo ves cielo. Yo levanto la mirada y veo a los observadores de nuestras almas posados en los árboles y volando sobre nuestras cabezas. Los shataikis lo ven todo.

¿Solo shataikis? Así que Elyon es fábula.

—Solo shataikis —confirmó, llevándose el frasco a los labios—. Por un tiempo, solo shataikis. El sacerdote besó la sangre y susurró afectuosamente.

—Soy tu siervo, mi amada, Marsuuv.

—Dices ciento cincuenta mil —recordó Qurong poniéndose a la izquierda de Ba'al, impactado por el tamaño del ejército mestizo—. Menos de un tercio del tamaño del nuestro.

—No han estado sentados en el desierto engordándose. Y tendrán albinos.

—Unos pocos miles como máximo.

—Suficientes para equilibrar. No subestimes a los albinos, mi señor. Podrán haber abandonado las armas, pero han sido entrenados por Thomas de Hunter —advirtió el sacerdote y escupió a un lado esparciendo saliva por el altar.

—Estoy escuchando.

El siniestro sacerdote volvió a bajar la botella de sangre y la deslizó lentamente a través del altar hasta dejarla frente a Qurong.

—Lleva tu ejército al flanco oriental del valle de Miggdon, donde el terreno te favorece. Oculta trescientos mil detrás del valle y deja el resto para que los vean sobre las colinas.

—Un señuelo.

—Eram llevará su ejército al otro lado del valle de Miggdon —anunció Ba'al mientras trazaba su plan sobre el cuero de la cabra muerta con un largo y torcido dedo cuya uña necesitaba ser recortada—. El individuo morderá el cebo y atacará al ejército en el valle con bastantes guerreros como para destruirlos.

—Y descenderemos con los doscientos mil a la vista de todos.

—Lo cual esperará él, desde luego. Entonces enviará al resto de sus fuerzas contra tu ejército, sin saber que tienes otros trescientos mil en reserva en el terreno alto.

—Los eliminaremos de una vez por todas con un ataque demoledor —expresó Qurong.

—Sí, pero solo si apaciguas a Teeleh —advirtió Ba'al sonriendo y dando un paso atrás.

Qurong no vio la conexión, y claramente dejó ver la confusión en el rostro.

—Es el día del dragón, mi señor. Esto nada tiene que ver contigo. Debes creerme cuando te digo que se está tramando magia negra. Los eramitas no son tontos. Vendrán con sus propios planes para la victoria.

—¿Qué planes?

—Magia negra. Si yo supiera más te lo diría, pero no puedo decir lo que acontecerá si no te pones de lado de mi siniestro amante. Al final es él quien gobernará. No tú, ni yo, ni Eram, y sin duda tampoco Thomas de Hunter.

Qurong miró la sangre. Sangre de Teeleh o de Marsuuv, los dos igualmente aterradores.

Agarró el envase de cristal y lo llevó hacia la luz.

—Beber la sangre sellará tu voto —expresó Ba'al.

¿Qué locura podría resultar de beber sangre?

—¿Un voto? —inquirió Qurong.

—De tu corazón.

Se le presentaba la alternativa de rechazar el rito, lo cual provocaría la ira tanto de Ba'al como de quien lo controlaba, o de ganarse el favor de ambos. La decisión

parecía bastante sencilla.

Qurong retorció el tapón, se llevó el frasco con sangre a las fosas nasales y al instante se arrepintió de su decisión de hacerlo. El apestoso olor podría haber sido de una vieja herida abierta. Tendría que beber rápidamente.

—¿Le entregarás tu corazón a mi amo? —indagó Ba'al.

—Sí.

—Entonces repite mis palabras —pidió el sacerdote levantando ambas manos y expresando el compromiso hacia el techo en voz alta y resonante—. Yo, Qurong, comandante supremo de las hordas, entrego mi corazón y mi lealtad al dragón llamado Teeleh, para llevar a cabo su propuesta únicamente de acuerdo con su voluntad.

—Yo, Qurong, comandante supremo de las hordas, entrego mi corazón y mi lealtad al dragón llamado Teeleh, para llevar a cabo su propuesta únicamente de acuerdo con su voluntad.

—Y sello mi voto con esta sangre, sabiendo que viene de mi amo, Teeleh, hacedor del mal que vive en nuestra carne.

La jerga de magia negra era cómica, pero él sabía que cada palabra sería importante para Ba'al, así que repitió el juramento exactamente como se le instruía.

— ¡Ahora bebe! —gritó Ba'al—. Bebe esta sangre en memoria del día en que abrazaste por primera vez la maldad. Bebe por Teeleh, tu amo y señor.

—Bebo —asintió Qurong, y vació la sangre en la boca.

La tragó rápidamente, como si fuera una bebida fuerte, y arrojó el frasco sobre el altar. Estuvo tentado a escupir, pero no se atrevió. Así que tragó hasta lo último y se afirmó en la piedra.

—¿Satisfecho?

—Más de lo que te imaginas, mi señor —dijo Ba'al sonriéndole.

—Bien.

—¿Sientes algo distinto?

—Solo náuseas.

—No deberías. Las larvas ya se están comiendo tu mente.

Más tonterías de magia. Y se acabó.

—Entonces, si tu señor requiere...

—Tu señor —corrigió Ba'al—. El es ahora tu señor.

—Desde luego. Si mi señor no requiere nada más, tengo que salir de inmediato.

—Hacia el valle de Miggdon —informó Ba'al.

—Hacia el valle de Miggdon.

MIENTRAS QURONG estaba jurando su lealtad a Teeleh a dos mil años en el

futuro, Thomas Hunter, que había venido de ese futuro, andaba de un lado al otro en la biblioteca personal de Monique de Raison, sufriendo una crisis nerviosa, consciente tan solo de que este mundo ya no era su hogar.

—Pero podría serlo —opinó Kara—. Por favor, Thomas, siéntate. No sé cuánto tiempo pueda soportar yo esta prueba.

—¡Estoy perdido, Kara! —exclamó él dando la vuelta y extendiendo los brazos—.

Estoy atascado aquí en este...

Miró alrededor.

—...lugar olvidado por Dios.

—Este lugar olvidado por Dios muy bien podría ser el único lugar en que siempre vivirás. Has afectado esta realidad tanto como afectaste la otra; es hora de que reconozcas eso. Que sepamos, esta pequeña excursión tuya tendrá un profundo impacto en nuestro futuro.

—Sí, por supuesto, el cataclismo se halla solo a la vuelta de la esquina, y está aquí por culpa mía. De acuerdo.

—Tú mismo te lo has estado diciendo: Todo lo que ha sucedido allí tiene una contraparte en lo que ha ocurrido aquí —dijo ella levantándose y yendo hasta donde él para tratar de calmarlo—. Es un débil reflejo que es cualquier cosa menos preciso, Pero la historia se está desenredando en simetría casi perfecta. ¿Qué te espera en la otra realidad?

—No mucho. Solo el fin del mundo.

—¿Y aquí?

Ella tenía su razón.

—Está bien —declaró él levantando las manos en señal de rendición—. Tienes razón, lo mismo me espera aquí.

—Nos espera aquí —corrigió ella.

—De acuerdo, nos espera aquí.

—Ocho mil millones de personas están en la cúspide de un trágico final o de un punto máximo de desarrollo. Que sepamos, estás aquí para marcar el nuevo comienzo. ¿No te parece más bien un factor importantísimo?

Kara tenía razón, muchísima. Pero Thomas no podía confinar el corazón a la importancia de cualquier papel que él pudiera representar en esta realidad. Se alejó de ella, agarrándose el cabello. Sentía que el pecho le iba a explotar. Y entonces, de repente, así fue. Explotó. Thomas vociferó su frustración apretando los dientes y postrándose.

—¡No puedo permanecer aquí! Chelise me necesita. Jake me necesita. ¡Samuel me necesita!

—Yo te necesito —expresó Kara en voz suave.

—Te llevaré, Kara. Juro que te llevaré —prometió él mirándola—. Billy regresará con los libros, ¡porque si alguien tiene un papel que jugar en el final de este mundo es ese pelirrojo del infierno! No me iré de este lugar. No me importa cuánto tiempo me lleve, comeré aquí, dormiré aquí. En el momento en que él aparezca, yo... ¿Él qué? ¿Golpearía al tipo, agarraría los libros y desaparecería? Sí, eso es lo que se necesitaba para volver.

—Nunca sabes cuánto amas a alguien hasta que lo pierdes —comentó Kara—. Cuando nos dejaste creí morir. Comprendo cómo te sientes.

—Ellos son mi vida, Kara. Además Chelise... —balbuceó, sintiendo que se le humedecían los ojos—. Te lo juro, ella es mi aliento. Un constante recordatorio de que Elyon me extraña del modo en que yo la extraño a ella. Sin mi esposa me secaría como un cactus desenraizado.

Pronunció las palabras a toda prisa, avivando su necesidad de expresar lo que lo consumía vivo.

—Ella es agua para mí, mi regalo del Dador de todo lo bueno. Ella es mi cielo, mi suelo, mi razón para despertar y mi motivo para dormir. ¡Ella es mi vida!

—Vaya —exclamó Kara, oscureciendo una persiana.

—Todo tiene que ver con él, con Elyon, por supuesto que sí. ¡Pero lo veo en ella!.

¡Ella se ha convertido en el lago en que me ahogo! —expresó en un estado de desesperación, quizás, pero con severidad—. Preferiría morir que quedarme aquí, ¡separado de la mujer que amo, y del hijo que me dio la espalda! ¡Debo encontrarlos!

—Entonces ruega a Elyon que te salve de una muerte en vida —exteriorizó Kara apretando la mandíbula—. Porque desde mi perspectiva, estás atrapado aquí. En esta muerte.

Ella tenía razón. Oh, Elyon, ¡ella tenía razón!

Thomas se volvió y cayó sobre ambas rodillas. Empuñó las manos, miró al techo y, bañado en lágrimas, rogó a Elyon que le enviara los libros.

Que le enviara los libros o que lo dejara morir.

36

CHELISE HABÍA corrido por el desierto, esperando en cualquier momento ver señales de rezagados a la Concurrencia en el valle de Paradose, albinos que hubieran oído a última hora la convocatoria de Thomas de Hunter de reunir a todo el círculo por primera vez en muchos años; y de exploradores eramitas precediendo a Samuel. Pero no fue sino hasta que se hallaba cerca del valle cuando vio alguna señal de albinos o encostrados, y la escena le hizo detener la montura en seco. El caballo rezongó.

Un grupo de hordas, quizás veinte en total, se volvieron a mirarla. Cabalgaban con uniforme completo de batalla sobre una duna, ni a cien metros de donde ella se había detenido. Exploradores hordas, ¿tan adentro?

Pero estos no eran del ejército de su padre, que ella había dejado anoche. Para empezar, las armaduras eran de color café claro que se camuflaban con las arenas, no armaduras negras como las que había visto ayer. Además, estos guerreros no usaban cascos. El cabello les volaba libremente, no en mechones enmarañados. Lo primero que Chelise pensó era que se trataba de eramitas, aunque nunca antes había visto ninguno de estos guerreros. Y ella supo que no serían exploradores. Estos veinte portaban lanzas, garrotes y mazas con bolas de acero llenas de púas que colgaban de cada silla, no las armas más livianas de un explorador que les permitían moverse más rápido.

Este era un contingente de un ejército completo, ¡cabalgando sin preocuparse a una hora de marcha del valle de Paradose! Le molestó aun más que los guerreros la vieran y no intentaran interceptarla.

Miró en anonadado silencio, confundida por un instante. Los pensamientos de la Concurrencia se le estrellaron en la mente. Sin duda para este momento ya habrían llegado los doce mil.

¿Sabían estos soldados lo cerca que estaban de la más admirada tribu del círculo?

¡Desde luego que lo sabían!

Samuel.

Samuel había hecho exactamente lo que Qurong predijo. Había llevado un contingente de eramitas al círculo. Chelise había salido de la tienda de su madre con la escolta del explorador Stephen y había atravesado el desierto en el menor tiempo posible, esperando que la información de Qurong fuera errónea, o por lo menos distorsionada. Stephen la había dejado sola ante la insistencia de ella casi seis horas antes.

Chelise conocía el camino desde aquí, y este era seguro.

Pero ahora mismo comprendió que solo había una explicación para los veinte mestizos no hostiles en la duna a su derecha. Espoleó el caballo y siguió al galope, bajó la colina y subió por la elevación lejana, con el corazón palpitándole. Subió la colina, rogando a Elyon que le diera tiempo. Los ancianos sabían acerca de Samuel, ¿pero qué dirían a...?

Chelise se deslizó hasta detenerse en lo alto de la siguiente duna y se quedó boquiabierta ante la escena que la recibió. El valle estaba vivo, repleto con un ejército que se extendía hasta el horizonte.

Samuel no solo había traído un contingente de etamitas, ¡había traído todo el ejército de mestizos! Un gentío enorme, de no menos de cien mil valientes capaces de aplastar al círculo bajo los cascos sin aminorar el paso.

¿Y dónde estaba Elyon?

El mundo te espera, Chelise. Las palabras de Michal le susurraron en la mente. Fustigó el caballo y lanzó un grito, instándolo a correr, yendo tan rápido como le era posible a pesar de las patas agotadas al límite.

Debía advertirles que Qurong ya había reunido su ejército.

Que no debían escuchar a Samuel.

¡Que no podían dar ningún paso sin Thomas!

Cien pensamientos le rebotaron en la mente, y dio una palmada más fuerte a la piel del caballo, rodeando a toda prisa el ejército. No importaba; ninguno parecía siquiera un poco molesto por la presencia de una albina a caballo. Solo estaban curiosos. Ya habían visto muchos hoy.

Eran mestizos, pero los ojos grises y la piel con escamas no era distinta de la de los hordas de pura sangre. Estos mestizos eran tan hordas como su propio padre. La observaban desde cierta distancia, y solo ver la gran cantidad de ellos le hizo bajar un estremecimiento por la columna.

Chelise tardó menos de veinte minutos en atravesar las dunas, rodear al ejército reunido, entrar al desfiladero y llegar a los corrales detrás de las tiendas.

El campamento parecía desierto. Pero los albinos debían estar cerca, reunidos en el anfiteatro donde el mismo Thomas había celebrado el Gran Romance menos de dos semanas atrás.

Entonces oyó la voz masculina. La voz de Samuel resonaba sin que lo pudiera ver desde más allá del desfiladero. Chelise se acercó corriendo por el sendero para mirar desde lo alto y se detuvo abruptamente.

Todos los miembros del círculo ya habían llegado. Se hallaban de pie o en cuclillas sobre rocas y sentados en los barrancos, con la atención fija en la plana superficie de piedra donde Marie había peleado con Samuel en el primer intento de detener esta locura.

Aquí estaba él otra vez, este hijo de Thomas, Samuel de Hunter, parado al lado de una mujer albina vestida con armadura de batalla de las hordas y una capa roja. Detrás de ellos, un líder eramita, quizás el mismo Eram, a caballo con otros seis guerreros mestizos.

Los ancianos estaban a la derecha de ellos, con los brazos cruzados, observando con una mezcla de escepticismo e interés. ¿Por qué no estaban deteniendo esto?

—¿No fue este día profetizado antiguamente? —expresó Samuel—. Nos han dicho que cabalgará en un caballo blanco y que libraré a todos aquellos que naden con él, llevándolos a un nuevo mundo, donde no hay lágrimas... Hizo una pausa.

—...Donde su fruto es tan embriagador que hará que el corazón más dolorido ría de gozo. Donde nuestros hijos ya no teman que la espada de las hordas elimine a sus madres o haga rodar por tierra la cabeza ensangrentada de sus padres. Durante diez años, hemos huido del opresor. ¿No nos rescatará Elyon?

—Pero ya lo hizo —objetó Mikil.

—¡Déjalo hablar! —gritó alguien—. Este es el hijo de Thomas, y lo que dice tiene valor.

—Mikil tiene razón —continuó Samuel sin dar oportunidad a la guerrera—. Elyon ya salvó nuestros corazones y ahora extiende la mano para sacarnos a toda prisa de esta vida miserable. Nuestro enemigo no se burlará más de nosotros, no nos ridiculizará más, y solo envidiará el Gran Romance. Soy profeta de Elyon y así lo afirmo.

—¡Así es!

—¡Esa es la verdad!

—No, no, esto no puede ser...

La reacción era una cacofonía de sentimientos mezclados.

—¿Tienen eludas? —gritó Samuel con el rostro encendido, y ellos se apaciguaron poco a poco—. ¿Creen que nací de Thomas de Hunter sin propósito alguno? Si él estuviera aquí, ¿negaría las profecías de antaño? No podemos escapar a nuestro destino.

—Así es.

—Esa es la verdad.

—El día de la ira de Elyon contra las hordas ha llegado, mis amigos.

¡Destruiremos las hordas!

—¿Haciendo alianza con las hordas? —cuestionó Johan—. Esto es absurdo.

—Absurdo —se burló Samuel—. Nuestros ancianos son demasiado intelectuales para seguir las pasiones de Elyon, quien utiliza a quienquiera que él vea apto. Hoy es Eram y los famosos guardianes del bosque.

Denominó a los mestizos como se les conocía antes de contraer la enfermedad de las costras.

—Propongo que para este fin nos aliemos con Eram, que nos necesita tanto como nosotros a él. Permítanme llevar a cinco mil de nuestros más fuertes guerreros, ¡y guiaremos hacia un aplastante y súbito ataque contra las hordas al ejército que todos ustedes han visto justo en las afueras de nuestro cañón!

Eso parecía perfectamente razonable, pensó Chelise, excepto por lo que ellos no sabían. Y de acuerdo con el roush, el mundo la esperaba, a Chelise, que había sido enviada de vuelta por parte de Thomas y en lugar de él, para salvarlos a todos. El círculo la esperaba.

Ella levantó las manos y se dirigió al frente, mirándolos desde lo alto.

—Soy Chelise, esposa de Thomas, ¡y no estoy de acuerdo con este hijo mío! —gritó para que toda la multitud oyera.

Ellos levantaron las cabezas. Se hizo un murmullo a través de la Concurrencia mientras ella saltaba y quedaba de pie sobre una enorme roca a la derecha de Samuel.

—Hola, madre —expresó Samuel.

—He venido del oriente, donde el ejército horda está reunido en el valle Torun . —continuó Chelise haciendo caso omiso al muchacho—. Saben que estamos aquí en este momento, con los eramitas, ¡y ruegan que vayamos para poder aplastarnos y dejar nuestros cuerpos para los buitres!

—Te quiero, madre, pero te equivocas.

—¿Estás afirmando que las hordas no masacrarán a muchos, por no decir a todos, si ustedes marchan ahora? —objetó ella, girándose para encararle. ;

—Bueno, sí, habrá algún derramamiento de sangre. Pero sigues estando equivocada.

Madre. No sabes todo. No sabes que Elyon me ha dado un medio sobrenatural de victoria.

Ella no supo qué contestar.

—Es verdad, soy un profeta para este tiempo, pero no vengo aquí solo con palabras —continuó Samuel dando un paso adelante y dirigiéndose a la muchedumbre—.

¿Cómo podría enfrentarme a la acelerada lengua de mi propia madre? Pero vengo con alguien más.

Miró a la mujer que estaba a su lado.

—Les presento al brazo fuerte del mismísimo Elyon, en carne y hueso, a beneficio nuestro —continuó, agarrándole la mano, besándola y levantándola—. Amigos del círculo, les presento a Janae, un mesías por derecho propio.

Empezaron a oírse aplausos que se hicieron más fuertes.

—Muéstrales, Janae.

La bruja pelinegra parecía una seductora. Tenía una extraña erupción cutánea en el cuello, parecida a la que Chelise veía ahora en el cuello de Samuel. Janae dio un paso adelante y caminó delante de ellos como un general que revisa las tropas. Señaló de manera despreocupada por encima del hombro con un solo dedo.

—Tráiganlo —ordenó.

Dos de los mestizos metieron a empellones al espacio abierto a un encostrado en cadenas. Chelise lo reconoció de inmediato: Se trataba de Stephen, el mismo explorador que como escolta la había tratado tan amablemente.

Los ojos grises de él miraron los de ella.

—Por favor...

—¡Suéltelo! —exclamó Chelise.

—Lo haremos —objetó la bruja volviéndose—. Tan pronto como él les muestre a todos lo que yo ya sé.

Janae extrajo un frasquito y lo levantó para que toda la congregación lo viera.

—En mi mano sostengo el regalo de Elyon para todos nosotros —expresó, entonces le quitó el tapón de la parte superior del tubo de vidrio y lo movió ante su propia nariz como si fuera un valioso perfume—. La fragancia del altísimo. Para ustedes y para mí, que nos hemos bañado en los lagos, mestizos y albinos por igual, es un regalo.

Chelise pudo oler el potente aroma desde donde se hallaba, una mezcla de limón y flores de gardenia, si estaba en lo cierto.

La seductora que vino con Samuel levantó el frasco y caminó hasta el más cercano de los observadores. Se lo extendió.

—Lo único que nos da es fortaleza. Pero la fragancia de Elyon es veneno para este infiel detrás de mí. ¿Sí? Si se acerca a diez pasos de donde estoy, como está ahora, la esencia le entrará a las fosas nasales, le penetrará en la sangre y le avivará la misma enfermedad de costras que lo hace parte de las hordas. Para ser más precisa, la fragancia repele los gusanos que se lo comen vivo, incitándoles a montar en cólera. Harán estragos... El explorador comenzó a quejarse. Se rascaba la piel cada vez con más pánico.

—...en los nervios del hombre —concluyó Janae; entonces señaló a los guardias—.

Suéltelo.

Ellos desataron las cadenas del explorador y lo empujaron hacia delante. Stephen

había pasado de ser una horda aterrada con temor a sus captores, a un hombre debilitado lleno de pánico por lo que fuera que le estaba pasando.

—¿Qué me está sucediendo? —exclamó mientras avanzaba tambaleándose—.

¡Quítenme eso de encima!

—No está encima de él —explicó Janae en voz alta para que todos la oyeran—.

Está dentro de él, y es el aliento de Teeleh, estimulando las larvas que le comen el cuerpo.

Ella se paseó delante de la multitud, revisándola con una mirada serena.

—Pero yo no siento nada. Los mestizos no sienten nada. El consejo no siente nada. Aquellos que están suficientemente cerca para inhalar este aliento del infierno no sienten nada. ¿Por qué? Porque todos nos hemos bañado alguna vez en los lagos y somos inmunes a mi vacuna Raison —explicó, y añadió después de hacer una pausa—. Es el regalo de Elyon para nosotros.

Un barboteo de admiración recorrió la multitud con algunas expresiones bien definidas de protesta, pero aún con más gritos de consenso.

—¡Ella dice la verdad, dice la verdad!

Janae se acercó a Samuel, que la miraba como si ella fuera su propia diosa personal. La bruja se empujó y lo besó en la mejilla, y tomándole luego la mano se volvió hacia la Concurrencia.

—El regalo de Elyon. Él me lo dio y me dijo que yo hallaría a Samuel con los eramitas. Juntos vendríamos al círculo, en paz. Extenderíamos la gracia de Elyon, y luego marcharíamos contra el ejército horda, les suministraríamos el aliento de Teeleh, y los masacraríamos a todos en su estado de debilidad.

Chelise seguía sobre la roca, refrenada por retorcidas cuerdas de objeción. ¿Dónde estaba Elyon en todo esto? Janae hablaba con autoridad. ¿Podría la reciente amiguita de su hijo haber venido de parte de Elyon? Muchos en el círculo tenían desesperada necesidad del mensaje de la fulana. Lo beberían hasta el fondo y satisfacerían de nuevo su sed por el poder de Elyon.

¡Pero esta mujer no podía venir de parte de Elyon! Era una seductora, una ramera con palabras que provocaban comezón de oír. Además estaba pasando por alto el elemento más importante del encargo de Elyon para todos ellos. Chelise gritó ahora, vociferando por encima de Johan y Mikil, quienes habían dado un paso adelante y contradecían.

—¡Amemos a las hordas! —gritó, señalando al explorador horda que ahora se estremecía de temor y dolor—. Esta es nuestra única encomienda con relación a estas pobres almas. Será Elyon quien ejecute el juicio, no nosotros.

—Lo que ella dice es verdad —exclamó Johan.

—No podemos levantar una espada y matar a otro ser humano en el nombre de Elyon—expresó Chelise—. ¡Nunca!

—Eso lo dice la hija de Qurong, el primo de Teeleh.

Chelise no supo quién de la multitud de doce mil había hecho el comentario, pero nadie lo cuestionó. La mujer subió a lo más alto de la roca, mirando a toda la asamblea de albinos, y por primera vez en muchos años se sintió como una extraña en medio de ellos.

Ella, que se había ahogado en el amor de Elyon y fuera lavada de la enfermedad, se sentía más horda que albina en este momento. ¿Cuál era la diferencia entre ellos y Qurong? ¿Entre Samuel y Stephen?

La enfermedad de las costras era la diferencia.

También el entendimiento para reconocer que la condición era maligna, que afectaba tanto la mente y el corazón como a la piel. Además la valentía para seguir a Elyon al interior del estanque rojo, ahogándose a esta vida de enfermedad y resucitando de las aguas como una nueva criatura.

Porque, ¿no era su madre, Patricia, capaz de amar? ¿No era su padre digno de vivir? ¡Ella moriría antes de pensar en empuñar las armas contra cualquier horda!

[P' Todas las miradas se posaron en Chelise. Tanto Samuel como Janae parecían felices de dejarla que se comprometiera por su propio pueblo. Ella le suplicó silenciosamente a Elyon que trajera a Thomas. Ahora. En estos desiertos, el pueblo lo seguiría como a ningún otro. Lo necesitaban desesperadamente.

Ella necesitaba a Thomas. Requería de su amor, de la calidez de su cuerpo, de sus tiernas palabras de ánimo, y de sus sensibles besos de amor.

—Sí —dijo con voz temblorosa—. Soy la hija de Qurong, y sí, mi padre aún está engañado. No puede ver la verdad cuando esta lo mira fijamente al rostro. Sin embargo, ¿no es este el camino del mundo? Solo pueden ver lo común y corriente, y Elyon es cualquier cosa menos común y corriente. Su amor es extraordinario, extendiéndose más allá de ustedes y de mí hacia nuestros propios padres, madres, hermanos y hermanas que aún son hordas.

—El amor de Elyon es extraordinario, madre —comentó Janae—. Pero también lo es su ira.

La recién aparecida se alejó de Samuel y fulminó con la mirada a Chelise.

—¿Desafías mi autoridad como quien ha venido con este regalo de Elyon?

¿Y si la joven tuviera razón? ¿Y si este fuera realmente el regalo de Elyon para todos ellos? Era extraño que esta mujer hubiera venido a ellos de ninguna parte, muy similar a como viniera Thomas la primera vez. Era extraño que ella se hubiera relacionado con Samuel, hijo de Hunter. Algo muy parecido pero muy... diferente. Antes de que Chelise pudiera contestar la pregunta de la muchacha, Janae miró a la congregación.

—¿Y qué dicen ustedes? —desafió, levantando el frasquito que afirmaba ser el aliento de Teeleh—. ¿Cuántos oirán la voz de la que clama en el desierto? «Preparen

el camino para el Señor. Que se levanten todos los valles, y se allanen todos los montes y colinas. Y todo el mundo verá la salvación de Elyon».

—¿Es eso tan imposible? —preguntó en voz baja Vadal, hijo del anciano Ronin.

—Siéntate, Vadal —ordenó bruscamente Marie.

Vadal miró a los ojos de Chelise, y ella vio confusión en él. Cuando se decían las cosas de este modo, ¿cómo las iban a rechazar?

—¿Quién me apoyará? —volvió a retar Janae—. ¿Y quién me desafiará?

Casi la mitad se puso de pie. Una mezcla de apoyo y de rechazo inundó el desfiladero.

Chelise sintió que el mundo se le desmoronaba. Esto era demasiado. Thomas, Thomas, Thomas. ¿Dónde estás, mi amor? Sintió que iba a estallar en lágrimas.

—Yo —declaró claramente, levantando poco a poco una mano al aire.

Mikil, que había estado gritando a la multitud junto con Jamous y Johan, levantó la mirada hacia Chelise. Pero nadie más demostró haber oído a la esposa de Thomas. Los del consejo discutían entre sí. Hasta ellos estaban divididos.

—¡Yo! —gritó más fuerte, agitando el puño en el aire; luego lo vociferó, dejando que se le consolidaran las emociones—. ¡Yo!

Ahora estaban escuchando. Todos ellos. Chelise respiró hondo y señaló a Janae.

—Desafío tu autoridad como quien ha venido con este regalo de Elyon.

Saltó de la roca, caminó aprisa hacia su hijo Samuel. Le arrebató la hoja de la espalda, donde el muchacho se la había colocado, y fue hasta el centro de la losa de piedra.

—Te reto por las mismas reglas que invocó Samuel, y no permito que nadie pelee por mí.

—¿Qué es esto? —preguntó Janae caprichosamente.

Samuel explicó que antaño los duelos dirimían disputas. Se seguiría el camino del ganador.

Chelise no estaba segura de lo que esperaba en el momento: Por lo menos alguna resistencia del consejo, un rato para juzgar la habilidad de la oponente mientras se ponían en guardia. Todo menos lo que sucedió.

Janae le pasó el frasquito a Samuel, fue hasta Eram, que aún observaba con divertido interés, le arrebató la espada de la vaina y dio un brinco al frente. Pero no fue un salto común y corriente. Ella dio dos pasos, se lanzó al aire como un gato, y voló como tres metros antes de aterrizar agazapada frente a Chelise, espada en guardia.

—Tu primer error, madre —comentó Janae—. Y el último.

Chelise bajó la espada al costado como si se rindiera, pero en el último instante se volvió y la levantó hacia Janae mientras se lanzaba en una voltereta aérea con un fuerte grito.

Esta era una de las maniobras básicas de Thomas, enseñadas una vez a todos los guardianes del bosque, sumamente eficaz, porque un oponente debía contender a la vez tanto con la espada como con los pies del atacante. Pero Janae tenía algo que ni el mismo Thomas poseía.

La velocidad de una vampiresa.

¿Cómo se las arregló la bruja para escapar de la espada de Chelise y aparecerle por detrás? Chelise no podía saberlo; aún tenía las piernas en alto cuando Janae se movió.

Pero Chelise no era ninguna discapacitada, y no perdía energía tratando de entender lo que acababa de ocurrir. Antes de aterrizar ya estaba haciendo oscilar la espada con tantas fuerzas como tenía.

Las hojas se toparon con un chasquido que resonó por el cañón. Las manos de Chelise le dolieron con el choque de metal contra metal. Pero las dos mujeres habían escapado ilesas.

Habiéndose ganado cada una el respeto de la otra, Chelise esperó que ambas vacilaran en el silencio de la muchedumbre por un momento antes de... Pero Janae ya se estaba moviendo, esta vez con tanta velocidad que Chelise no pudo reaccionar sino para resoplar e intentar un bloqueo con un salvaje giro de la espada. La hoja de su oponente se deslizó limpiamente por la correa que mantenía en su sitio la armadura del pecho de Chelise.

Janae estiró la mano y de un tirón arrancó la coraza. Las tiras de cuero se deslizaron y la protección del pecho cayó al suelo.

—Perdiste tu parte superior, madre.

Chelise se sintió desnuda con solo una túnica entre ella y la hoja de esta bruja. Es más, ella sabía que estaba más muerta que viva. Era fácil adivinar qué clase de magia negra confería poderes a esta mujer, pero, a menos que el mismo Elyon le proveyera la fuerza y la agilidad de un roush, iba a morir.

Ahora comprendió que pelear con esta mujer fue una total insensatez, pero Chelise era responsable. Y este combate era por su padre, a quien deseaban matar. Si ella debía morir, lo haría sabiendo que murió por él.

—Adelante, pequeña ramera —insultó respirando entrecortadamente—. Mátame. O muere en el intento.

Janae movió la espada a un costado, evadió fácilmente una estocada de la espada de Chelise que habría ensartado a la mayoría de mortales, y le asentó un fuerte puñetazo en la mandíbula.

El mundo de Chelise empezó a girar. Se desvaneció. La tierra detrás de ella se ladeó. Fue a parar al suelo con un golpe sordo.

—No mataré a una hija de Elyon —gritaba Janae a lo lejos—. Nuestra guerra no es entre nosotras. ¡Es con el enemigo de Elyon! Ahora este asunto está resuelto.

Samuel se ha unido a Eram y a los guardianes del bosque que esperan sobre estas colinas.

El mundo de Chelise comenzó a enderezarse otra vez. Intentó levantarse, pero aún estaba demasiado débil.

—Hoy marcharemos al valle de Miggdon, adonde Qurong llevará su ejército. En un par de días más los aplastaremos con un solo golpe de la ira de Elyon, y dejaremos la sangre del dragón en el valle para alimentar las ansias de todos los shataikis. ¡Entonces, y solo entonces, Elyon nos hará entrar en su gloria!

Un rugido explotó espontáneamente.

—¿Quién está conmigo?

No todos, desde luego que no todos. Pero muchos estaban apoyándola a gritos. ¡Chelise debía detenerlos! Esto no podía estar sucediendo, no ahora con Thomas desaparecido.

Intentó gritar, trató de levantarse. Pero entonces Janae le alzó la cabeza por el cabello y se la estrelló contra el suelo, y Chelise pensó que se le había destrozado el cráneo. Doce mil almas que una vez se ahogaran en los lagos y que hallaran nueva vida estaban gritando, pero para Chelise el rugido parecía ahogado, como una voz desde un enorme caparazón. Alguien la estaba sacudiendo, llamándola por su nombre. Entonces los sonidos se desvanecieron por completo, y ella quedó en tinieblas por un rato.

TOTAL SOLEDAD y satisfacción. Chelise estaba libre de todas las preocupaciones por primera vez desde que Samuel entrara a la Concurrencia y lanzara al suelo la cabeza del encostrado. Era sencillamente un momento de absoluta, adorable y tranquila paz.

¿Dónde estaba Thomas?

—...ha muerto.

—No, no, no digas eso... más fruta...

El silencio dio paso a este diálogo en voz baja acerca de ella. La mente de Chelise salió a rastras de la soledad recuperando la consciencia. No estaba sola. Dos personas hablaban de ella. Una creía que tal vez había muerto. La otra quería darle más fruta.

—Debemos hacer que el jugo le baje por la garganta —estaba diciendo una—. Vuelve a sentarla.

—¿Por qué iría a reaccionar ahora? Así ha estado toda la noche.

Esta era la voz de Marie. Marie, la tierna Mar...

¿Toda la noche? ¿Había estado aquí toda la noche? No. No, solo había sido un instante.

—Querido Elyon, ten misericordia de ellos —clamó la voz de Johan.

Chelise intentó abrir los ojos. No pudo. Entonces trató de nuevo. Luz de lumbre le brilló por los bordes de la visión.

—¡Está despertando!

Le presionaron un pedazo de fruta contra los labios. Chelise mordió intensamente y sintió el jugo de un durazno bajándole por la garganta. Luego más, hasta que estuvo comiendo grandes trozos de la pulpa, ansiosa del curativo néctar. La mente se le aclaró y la luz se hizo más brillante.

Se hallaban con Johan en la tienda de Marie. Afuera estaba oscuro, y uno de ellos había dicho que Chelise había estado inconsciente toda la noche. Janae la había golpeado durante el duelo cuando el sol aún estaba en su apogeo, muchas horas atrás. Chelise oía grillos del desierto chillando afuera. Todo el campamento estaba en paz y silencio. Lo cual solo podía significar que...

—¿Cuántos? —preguntó Chelise después de parpadear y carraspear.

Marie miró a Johan.

—Casi cinco mil —respondió él.

—¿Cinco mil? ¿Aquí?

—No, cinco mil se fueron con Samuel y los mestizos —informó Johan.

—Vadal está con ellos —añadió Marie.

—¿Vadal?

Chelise se irguió en la cama, pero una jaqueca de atronadoras proporciones hizo que su mundo le diera vueltas otra vez, y se dejó caer de espaldas.

—No, madre —susurró Marie—. Es demasiado tarde, ellos se fueron y tú estás herida. Dale más tiempo a la fruta.

—Hicimos todo lo que pudimos, Chelise —indicó Johan en voz baja, pero no logró calmar a la mujer—. Después de que perdieras el duelo se debilitó nuestra base, pero el consejo montó una prolongada defensa que ganó a muchos a nuestro lado.

—¿Y los demás? ¿Los cinco mil?

—Fueron engañados por un caso convincente —notificó Johan encogiendo los hombros.

—¿Así que fueron a enfrentarse a las hordas?

—Sí. Fueron a Miggdon, donde van a morir.

—¿Morir? —exclamó ella; pero Johan sabría más que la mayoría... antes de ahogarse había sido un comandante de las hordas de indiscutida habilidad—. ¿Qué te hace creer que Qurong los derrotará?

—Porque Qurong y el amo a quien sirve son demasiado astutos.

Chelise se sentó, esta vez sin problemas. Miró alrededor del salón. No vio indicios de Jake.

—Está con Mikil —anunció Marie—. Aquí hay siete mil, cerca del estanque rojo. Están ensimismados en sus relatos de gloria. Y yo estoy aquí en ascuas por ese

estúpido que iría a ser mi esposo.

—Lo siento —expresó Chelise poniéndose de pie a pesar de las objeciones de Marie—. Lo sé. Créeme, lo sé. Y ahora debo irme.

—No seas ridícula, madre. No irás a ninguna parte.

—Ellos van a matar a mi padre —gritó la esposa de Thomas—. Dame más fruta.

—Y van a matar a Vadal. Iré contigo.

—No voy hacia los eramitas.

—Entonces reuniré... —empezó a decir Johan asintiendo a Marie.

—No —interrumpió bruscamente Chelise—. Esta vez voy sola.

Ellos se miraron, sabiendo que toda objeción sería inútil.

Le volvió a venir el mismo pensamiento que durante todo un día le resonara en la mente: El mundo te espera, Chelise. No había logrado detener a Samuel aquí. La exhortación de Michal se refería claramente a algo más.

—Entonces lleva esto —sugirió Johan pasándole una ampolleta que extrajo del bolsillo.

—¿Qué es? —inquirió Chelise agarrando el frasquito, idéntico al que la bruja había denominado como aliento de Teeleh.

—No lo sabemos. Se le cayó de la túnica a la bruja. La etiqueta dice que es sangre de Thomas. Quizás tenga algún poder. ¿Por qué si no la tendría ella? —indicó Johan; luego se volvió y levantó la solapa de la tienda—. Si ves a esa prostituta, retuércele la garganta por mí.

Marie estaba haciendo pucheros.

—Madre, por favor...

—No. Voy a mi padre, e iré sola.

37

CON CADA día que pasaba, Billy recordaba más por qué amaba a Marsuuv de la manera en que lo hacía. En muchas formas solo estaba haciendo aquello para lo cual fue creado: Amarse a sí mismo.

Naturalmente. Amar a la bestia era amarse uno mismo, porque Marsuuv era tanto un reflejo del corazón de Billy como una bestia, nacida y criada para nutrirse de la sangre de almas mortales.

No estaba seguro de cuánto tiempo había estado en la guarida tras la partida de Janae, unos pocos días al menos. La intimidad que Marsuuv le demostrara a Janae tanto con palabras como con hechos fue al principio como si a Billy le acuchillaran el estómago. ¿Quién era ella para robarle el afecto de Marsuuv después del larguísimo viaje del pelirrojo para hallar a la reina?

Cuando Marsuuv cayó sobre la joven y le hundió los colmillos en el cuello, él casi grita de protesta. Ver a Marsuuv intercambiar de ese modo su sangre con ella... Billy había temblado de ira.

Pero entonces ella fue despachada y Billy tuvo tiempo de reflexionar en lo acontecido.

Janae era una pequeña parte, quizás solo una centésima parte, un shataiki, una cría de alguien mordido por Alucard generaciones antes. Una criatura de la noche. Aunque la mitología relacionada con vampiros estaba tristemente mal informada, había algo de verdad en los rumores. Claro que los vampiros eran reales, pero se habían originado en esta realidad... no en el Drácula de Transilvania, sino de una reina shataiki llamada Alucard. La palabra Drácula al revés.

El cruce entre shataikis y seres humanos produjo los nefdim, a los que la misma Santa Biblia se refiere como «gigantes» Cuando Billy era niño se sentía extrañamente ligado al tema.

Mientras Janae ya estaba cumpliendo su destino, el pelirrojo se preparaba para el suyo, como Marsuuv había prometido.

—Él viene —informó Marsuuv, alejando de Billy el torso.

Habían estado reclinados sobre el lecho de la bestia con la sola compañía de sus respiraciones y el ocasional sonido explosivo de la flema de Marsuuv. Más exactamente, Billy había estado reclinado contra el estómago de la reina mientras esta le acariciaba suavemente el cabello y las mejillas.

De cuando en cuando le impactaba el hecho de que este ambiente debería aterrarlo, pero le horrorizaba menos con cada día que pasaba. Más bien, estaba convencido de hallarse en el cielo, y hasta llegó a descubrir que ansiaba estar más cerca de su amante. Se habían mordido en varias ocasiones, pero Billy quería que lo mordiera de nuevo. Así fue como Billos se había convertido en Ba'al, pensó. Billy se vio soñando con una transfusión de sangre. Si tan solo pudiera deshacerse de todo vestigio de sangre humana y ser shataiki puro...

—¡El viene! —volvió a decir Marsuuv, apartándolo.

Billy se sentó medio grogui y volvió en sí. El hedor del aliento de Marsuuv voló sobre él, y el pelirrojo rechazó el deseo de volver a recostarse contra el estómago de la bestia.

Pero el ruido seco de pisadas de garras sobre piedra le apresó la atención, y se olvidó de la idea. Entonces recordó a quién se estaba refiriendo Marsuuv. Teeleh venía. ¿La mismísima gran bestia?

Teeleh entró a la guarida de Marsuuv, arrastrando las alas. Era más alto que la reina, claramente el amo aquí, aunque Marsuuv no se inclinó ni mostró más respeto que dejar al descubierto los colmillos. La reina puso un ala detrás de Billy y lo acercó contra sí, como si dijera: Este es mío, y Billy halló el gesto tan amable y amoroso como cualquier otro que Marsuuv le había mostrado. Se tragó un manojito de emoción que le surgió en la garganta.

—Billy... —empezó a decir Teeleh.

Billy lo volvió a mirar, observándole esta vez la sarnosa piel en la que se arrastraban diminutos gusanos y moscas. Los enormes ojos rojos no eran atractivos como los de Marsuuv, sino aterradores. Los hombros de Teeleh temblaron, apartando algunas moscas.

—Él es mío —objetó Marsuuv, y Billy se sintió mejor.

Teeleh hizo caso omiso a la reina. Se acercó más a Billy y lo examinó.

—Ponte de pie. Déjame verte.

Marsuuv le quitó el brazo de encima. Billy salió aprisa del lecho y se levantó al lado del altar, a metro y medio de la bestia.

Los saltones ojos rojos de Teeleh lo analizaron de pies a cabeza. Billy aún tenía puesta la túnica negra que le quitó al guardia del templo, pero después de días con Marsuuv tenía muchas manchas.

—Quítatela —ordenó Teeleh en voz baja y cascajosa.

Billy miró a Marsuuv, recibió un asentimiento con la cabeza y se quitó la túnica. Quedó de pie, desnudo excepto por los calzoncillos. Las llagas hechas por los colmillos de Marsuuv le marcaban el interior del brazo y eran claramente visibles en ambos lados del cuello.

—Qué espécimen más hermoso —comentó Teeleh en voz baja y crepitante.

Extendió una larga garra y tocó el blanco pecho de Billy. Luego bajó la zarpa, dejándole un delgado rasguño.

Billy volvió a mirar a Marsuuv, temblando ahora de miedo.

—Sé fuerte.

—Si no te necesitara tanto te extirparía ahora la yugular y me saciaría —expresó Teeleh—. Los humanos me producen náuseas. ¿Por qué les dieron tal poder...? No terminó, pero era claro su desprecio.

La bestia bajó la garra y la hizo reposar sobre el altar, satisfecho de mirar al pelirrojo por un momento.

—Si me fallas te desangraré —advirtió, y con una larga lengua rosada se espantó una mosca de la mejilla—. ¿Entiendes eso?

—Sí. Sí, entiendo.

—Usarás los libros y volverás con una sola ambición. Provocar un tiempo de tribulación en que mi especie reinará. El Gran Engaño dejará a los humanos con la urgente necesidad de un líder.

—Lo que él dice es cierto —afirmó la reina Marsuuv haciendo una reverencia poco característica.

—En ese día muchos huirán y muchos se acobardarán delante de mí, y tú estarás a mi mano derecha.

Las palabras cayeron sobre Billy como si estuvieran cargadas con corriente eléctrica. Volvió a temblar, pero no de miedo. Las expresiones de Teeleh lo embriagaban tanto como los mordiscos de Marsuuv.

—No dejarás que te detenga el otro, Thomas. Lo intentará. Entrará al bosque negro y toda la humanidad estará intimidada. Pero tú, Billy, puedes detenerlo. El tiene que beber el agua.

Teeleh escupió a un lado.

—Dilo. Él tiene que beber el agua.

—Él tiene que beber el agua —repitió Billy.

—Si no bebe el agua, te crucificaré. Debe beber el agua antes de que logre salvar al mundo. Tú debes regresar para obligarlo.

—¿Debo regresar?

La idea lo aterró. Él deseaba estar aquí, con Marsuuv.

—La traición está escrita en el corazón de todos, pero tú, Billy, harás de la traición tu amante —declaró Teeleh, reclinó la cabeza hacia atrás, se tragó la mosca,

y volvió a mirar al humano—. Deberemos extraer tu... belleza interior y volver a crearte como dos. Uno de vosotros irá a Bangkok, el otro volverá al inicio para matar a Thomas antes de que este pueda cruzar.

Billy levantó la mirada hacia Marsuuv y vio que el shataiki había comenzado a temblar. La reina abrió la mandíbula y echó la cabeza hacia atrás como una cría de pájaro, luego permitió que Teeleh le escupiera dentro de la boca. Marsuuv se acomodó con cierta satisfacción.

—Yo... —titubeó Billy sin saber qué decir.

—¿Te molestan nuestros métodos de maldad, Billy? —amonestó Teeleh.

Le molestaban, pero no tanto como había creído.

—No —contestó.

—Deberían hacerlo —objetó Teeleh y enfrentó a Marsuuv, que parecía agitada, emocionada—. Pero los humanos no podéis controlaros. La ceguera es lo que te conviene.

La reina saltó al aire y se posó en el altar frente a Billy. Levantó un frasco que contenía una solución con dos bolas grandes y viscosas parecidas a huevos de pez. En su estupor, Billy había analizado en estos últimos días el contenido del envase y se preguntaba qué pobre bestia había renunciado a sus ojos como trofeo. Ahora Marsuuv, poco ceremoniosamente, echaba el contenido del frasco sobre la mesa. Cuando habló, tenía la voz tensa de deleite.

—Acepta esto como mi regalo para ti y tu descendencia —expresó Marsuuv, levantando las esferas negras—. Mira al interior de mis ojos.

Billy ya estaba mirando. La reina se inclinó al frente como si pretendiera morderle o besarle el rostro, y en realidad a Billy no le importaba lo uno o lo otro. Solo deseaba estar en un lugar de protección.

Lentamente, la bestia levantó la zarpa y se la pasó por las mejillas.

—Después de que yo haya tomado tus ojos y te haya enviado de vuelta, casi no recordarás nada de esto. Solamente lo que debes saber. Solamente los impulsos y las exigencias sobre tu vida. Y podrás seguir a Thomas cuando sueñe —notificó, y se le entrecortó la respiración—. ¿Te puedo cegar?

Billy empezó a llorar. No quería llorar; sabía que derramar lágrimas en un momento como este podría parecer debilidad, hasta ridiculez, pero no lo pudo evitar.

—Sí —contestó.

Marsuuv clavó dos dedos en los ojos de Billy, como púas diseñadas precisamente para dejar ciego. Un dolor candente le resplandeció detrás de la frente, y él mismo se oyó gritar.

Marsuuv sacó bruscamente los dedos de la cabeza de Billy, y luego le asestó algo dentro de las cuencas de los ojos. La vista le regresó borrosa, luego se le aclaró poco a poco. La caverna era visible a través de dos nuevos ojos hechos por su amante. El

dolor cesó.

—Ahora tú eres dos —notificó Marsuuv, fulminando a Billy con una mirada severa—. Serás llamado Bill.

Teeleh permaneció detrás de la reina, con la cabeza inclinada hacia atrás, rugiendo con tal ferocidad que Billy pensó que el techo podría ceder y aplastarlos a todos. El gran embaucador bajó la cabeza y extendió una larga garra hacia la izquierda de Billy.

—Y él será Billy.

Allí, a menos de dos metros, se hallaba otro Billy, casi idéntico, hasta pelirrojo.

Unas líneas rojas le surcaban los ojos, de cuyos bordes le salía sangre.

Soy Bill. Solo Bill, no Billy, pensó.

— ¡Thomas tiene que beber el agua! —exclamó Teeleh volviendo a girar la cabeza hacia Bill—. No me falles esta vez.

Bill se dio cuenta de que el otro Billy tenía sus ojos originales. Marsuuv le había extraído los ojos, su belleza interior, y se los había puesto a esta copia de Billy mismo para duplicarle la esencia.

¿Y los ojos que ahora tenía en el rostro?

Se tocó la cara con las yemas de los dedos. Cuando las retiró estaban ensangrentadas.

Tenía ojos negros nuevos, los del frasco.

—Detén a Thomas —refunfuñó Teeleh en una voz tan grave que los huesos de Bill vibraron.

—Lo haré —gimoteó Bill.

—Si fallas te crucificaré —advirtió nuevamente Teeleh.

—¿Qué hay de mí? —inquirió el otro Billy llorando; el hombre hasta sonaba como Bill.

Teeleh fue hasta donde el otro Billy, caminó alrededor, examinándolo. Recorrió la piel del hombre con la zarpa, se detuvo detrás de él y le imprimió en la base del cuello la marca de las tres garras engarzadas. Entonces hincó profundamente una garra en la columna de Billy y se la retorció lentamente. Billy tembló, llorando.

—Tú, amigo mío, serás mi anticristo.

Bill sintió el dolor del hombre como si fuera suyo. Porque lo era. Quiso gritar y exigir a Teeleh que mostrara alguna amabilidad, pero sabía que en la bestia no existía ninguna fibra de ternura.

—No me falles —insinuó Teeleh silbando en el oído del otro Billy.

—¿Billy? —exclamó el pelirrojo girando la cabeza hacia Bill.

—Bill. Me llamo Bill. Aquí estoy.

—No puedo verte muy bien —expresó, aunque tenía brillantes ojos verdes.

—Está bien, yo tampoco puedo verte. Nuestros ojos son nuevos. Pero estoy aquí

mismo.

Marsuuv señaló hacia los cuatro libros perdidos atados sobre el altar.

—Vayan y hagan lo que deben hacer —ordenó y con una garra les rasgó los dedos a los dos; luego se dirigió a Bill—. Encuentra a Thomas en el lugar llamado Denver cuando cruzó por primera vez. Detenlo. Mátalo. Hazlo beber.

—¿En Denver? Por favor...

—Haz lo que debes hacer —refunfuñó Teeleh—. ¡Rápido!

Los dos hombres avanzaron a tropezones, sangrando. Pusieron juntos las manos sobre la página expuesta.

Por segunda vez en menos de cinco minutos, desapareció la guarida y luces blancas inundaron la mente de Bill. Billy, el de ojos verdes, estaba volviendo a Bangkok para ser el anticristo de Teeleh. En lo concerniente a él, el de ojos negros, se suponía que fuera tras Thomas. En Denver, ¿correcto? Si recordaba correctamente la historia, Thomas había venido originalmente de Denver.

Aunque dejó un mundo y entró al otro, Billy olvidó lo que había visto. Pero sabía algunas cosas.

Sabía que era el amante de Marsuuv, que le había mostrado gran amabilidad y le había dotado de ojos negros.

Sabía que su obligación era detener a Thomas o si no lo iban a colgar de una cruz, donde lo desangrarían hasta que muriera.

Y sabía que ahora era Bill. Simplemente Bill.

38

— ¡ NO LO toleraré! —insistió Monique—. No te puedes esconder en este salón el resto de tu vida, ¡esperando que aparezcan mágicamente unos libros sobre el escritorio!

—No tiene nada que ver con magia —señaló Thomas.

Como prometió, había permanecido inamovible, comiendo y durmiendo en la biblioteca. Había un baño fuera del salón principal, y solo había salido cuatro veces para ducharse.

Thomas había aceptado la oferta que le hicieran de instalarle un monitor y dejar que le mostraran cómo escrutar la Red usando una pequeña pieza en el dedo. Bajo la túnica recién lavada llevaba un par de pantalones militares oscuros, en vez de los jeans y la camiseta a los que se había acostumbrado durante los últimos días. Kara miró el alimentador de Red.

—Ella tiene razón, Thomas, sencillamente no podemos mantenerte aquí para siempre.

—Solo unos cuantos días, no será para siempre. ¿No tenéis misericordia? He sufrido una muerte, ¿no os parece? Chelise podría estar muerta, asesinada por las hordas en este instante. Mi propio hijo, Samuel, podría estar viviendo con Eram. Tengo que hallarlo, por amor de Elyon. No hay tiempo que perder. ¡Michal fue muy claro! Ellas lo miraron como siempre lo hacían cuando él comenzaba una de sus peroratas, las que propiciaban más chachara poética del desierto.

—Si hay solo una posibilidad entre un millón de volver a tener a mi hijo a mi lado, sufriré todas las consecuencias —declaró levantando un dedo al aire—. ¡Se trata de mi hijo!

—Y ahora este es tu mundo —gritó Monique, señalando el dispositivo alimentador de Red—. Hasta donde sabes, eres un profeta enviado a este mundo.

—No soy profeta —objetó—. Nunca he afirmado serlo. No tengo interés en ser profeta. fe.

—Michal te dijo que abrieras brecha. Quizás ya lo has hecho.

Thomas no había considerado esa posibilidad. Michal también le había dicho que podría salvar a su hijo si regresaba rápidamente.

—¡Tonterías! Samuel está esperando...

Hasta ahí llegó Thomas. De pronto, el salón resplandeció con una luz brillante e intermitente, y el hombre se volvió hacia el escritorio.

Kara contuvo la respiración.

Allí estaba Billy, vestido solo con una holgada prenda interior. Le salía sangre de varias heridas en los brazos y el cuello. Un largo rasguño le marcaba el pecho blanco. Y sus ojos verdes... tenían los bordes ensangrentados.

Al lado de él los cuatro libros de historias.

Billy miró a Thomas por algunos segundos, inmóvil. Unas manchas de lágrimas le surcaban las mejillas. El tipo miraba como si hubiera venido de los calabozos de Ba'al o del mismo bosque negro. Incluso de la guarida de Teeleh. Este era el mismo pelirrojo que los había engañado una vez, pero, fuera lo que fuera lo que le había sucedido, parecía haberle vaciado los ojos. Había perdido el alma. Deberían encerrarlo, pensó Thomas, y llevar de vuelta al desierto la llave de la celda. Pero eso no serviría de nada.

—Yo... —titubeó el individuo, con voz chirriante—. Hay otro como yo. Está volviendo al principio para matarte. Tiene ojos negros.

—¿Dónde está Janae? —preguntó Monique dando un paso al frente.

—Yo no soy él. Creo que yo podría ser el anticristo.

Entonces Billy dio media vuelta, caminó hacia la salida, abrió la puerta y desapareció en el pasillo, dejando pisadas negras de sus pies desnudos sobre el piso de mármol.

Los libros...

Thomas reaccionó sin pensar. Se abalanzó hacia adelante, agarró el cuchillo del escritorio y se cortó el dedo. ,,

—¡Espera! —gritó Kara corriendo hacia él—. ¡Espera!

Thomas no estaba muy versado en las reglas de estos libros. Creyó ingenuamente en la posibilidad de que los hubieran alterado para que él no pudiera regresar, y eso le hizo tragar saliva. ¿Por qué si no los habría dejado abandonados Billy?

—¡Rápido!

Alcanzó la mano extendida de Kara. Monique retrocedió, mirando fijamente.

—Córtate —expresó él pasándole el cuchillo a Kara.

Atravesando el salón a saltos, Thomas le agarró el rostro a Monique entre las manos y la besó una vez en los labios.

—Gracias. Estoy en deuda contigo. Pero me tengo que ir.

—Lo sé —contestó ella con ojos humedecidos—. Ve por ella. Encuentra a tu hijo.

Halla a Janae. Por favor. Salva a mi hija.

El la soltó, dejándole una mancha de sangre en la mejilla. Entonces volvió de prisa a los libros, donde Kara esperaba con un dedo sangrando.

—¿Lista?

—Has sido como una hermana para mí —declaró Kara dirigiéndose a Monique.

—Y tú para mí. Creo que volveremos a saber la una de la otra.

Entonces Kara y Thomas presionaron las manos sobre la página abierta, y el mundo alrededor de ellos desapareció.

EL PRIMER indicio de que algo diferente le estaba sucediendo a Thomas llegó casi de inmediato. La última vez que desapareció con Qurong dentro de los libros habían dado vueltas en un remolino que depositó a los dos hombres en la biblioteca de Monique.

Pero lo que esta vez comenzó como un túnel de luz se extendió de pronto y luego entró en un vacío. La violenta transición de un mundo al otro, o de adelantarse en el tiempo, dependiendo de cómo se viera el asunto, fue reemplazada por una perfecta calma.

Se mantuvo en el aire, totalmente ingrávido, como si flotara en el cielo sin un asomo de viento. La luz del sol le calentaba la espalda, aunque no se veía ningún sol. Muy por debajo de él, la curva realidad del desierto giraba lentamente, serena, imperturbable, como si durmiera. Había problemas allá abajo en ese desierto, pero ya no sentía preocupación. Solo perfecta tranquilidad.

Pensó que estaba conteniendo la respiración, tal vez por el asombro ante todo esto. Exhaló, pero en vez de aire le fluyó líquido de las fosas nasales, y sintió una punzada de pánico. ¿Agua? El sobresalto dio paso a la idea de que se hallaba en un lago.

¿El lago de Elyon?

Con recelo, succionó el agua, dejando que el cálido líquido le entrara a raudales en la garganta, las vías respiratorias, los pulmones. Aspiró el agua obligándose a hacer caso omiso al instinto de pánico, luego la exhaló, un ejercicio que requería un poco más de esfuerzo que respirar aire.

Un deleite conocido le recorrió el pecho, suave al principio, luego con más intensidad, hasta que no pudo contener un temblor que se le apoderó de todo el cuerpo. Estaba flotando en el lago de Elyon a cien kilómetros por encima de la tierra, como si estuviera en el mismo cielo.

La presencia de Elyon le chapoteó en la mente, y Thomas se vio riendo con el placer de todo ello. Se arqueó hacia atrás, con los brazos totalmente extendidos, abrumado por una embriaguez que solo había sentido dos veces antes en la vida,

ambas en las profundidades de estas mismas aguas.

La risa aumentó hasta que los sofocados cacareos de deleite se extendieron por el agua. Era como si la mano de Dios le hiciera cosquillas. La mano de Elyon. Aquí en este fabuloso lago de impresionantes placeres.

Los colores aparecieron por la izquierda, flujos de rojo, azul y dorado, corriendo a prisa por las aguas como pintura traslúcida. Lentamente se tragó la risa y observó cómo las coloraciones se retorcían y lo circundaban, estirándose hacia atrás en varias direcciones del camino por donde habían venido.

Direcciones muy extensas. Thomas supo esto porque lograba ver toda la distancia. Es más, no había fin a lo que ahora lograban ver sus ojos. Los flujos de color seguían sin fin. No solo se extendían por kilómetros o años luz; simplemente no terminaban.

Maravillado, alargó la mano y tocó un haz rojo, el cual se dobló con la presión del dedo. Un rayo de corriente eléctrica le recorrió el brazo y le hizo estremecer el cuerpo como si fuera una muñeca de trapo que hubiera insertado el dedo en el orificio equivocado de una pared.

Y con esa corriente vino puto placer, tan fabuloso que ninguna cantidad de esfuerzo humano lo podría contener. Tan grandioso que Thomas creyó por un momento que este placer dominaría su propia vida y lo dejaría muerto en el agua. ¡Tenía que sacar el dedo del color o sin duda moriría!

Pero no murió. Dejó que lo consumiera. Cada nervio, cada célula, cada hueso, gritaba con una satisfacción que reducía todos los demás placeres a una simple sonrisa en una habitación donde uno se ahoga de risa.

Y supo entonces que había hallado la esperanza. Esta era la presencia de Elyon.

Este era un pedazo de cielo, solo un pedazo.

Finalmente sacó la mano. Los colores viraron y corrieron en grandes círculos a cien metros de distancia, como si tuvieran mente propia.

Thomas arqueó la espalda y se zambulló hacia atrás, sorprendido al descubrir que podía escoger a voluntad la velocidad. Se dirigió a prisa hacia la tierra, sintiendo las aguas acercándosele apresuradamente. Estas le acariciaban la piel y le fluían por los pulmones, inundándole cada fibra del cuerpo con felicidad casi incontenible. El suelo no parecía acercarse, así que aumentó la velocidad. Pero cuanto más se zambullía, más profundo parecía ser el lago.

—Thomas...

La voz de un niño susurró a través del agua, y él se detuvo en seco.

—¿Hola?

La voz se convirtió en ataque de risa.

—¿Hola? —repitió Thomas sonriendo.

—Thomas, aquí arriba.

Miró hacia atrás y vio que el lago sobre él era más brillante.

—Sube aquí, Thomas.

Dio zarpazos hacia la superficie, desesperado por estar con quien hablaba. Él conocía el sonido. Había oído esta voz.

—Thomas.

—¿Elyon? —exclamó, y empezó a sollozar espontáneamente—. ¡Elyon!

Gritaba, lloraba y reía a la vez, como si la mente hubiera olvidado cómo separar las emociones que ocasionaban cada acción.

Ágilmente se precipitó hacia arriba, pero la desesperación por estar con el niño lo hacía berrear como un bebé.

—¡Elyon! ¡Elyon, espera! —gritó.

—Aquí estoy, Thomas.

Entonces el muchacho volvió a reír, y Thomas avanzó guiado por la risa hacia la luz por encima de él.

Irrumpió en la superficie del lago y, afirmándose en las rodillas, contempló un deslumbrante cielo azul. Luego bajó chapoteando como un delfín y buscó al niño en el horizonte.

Las nubes flotaban silenciosamente. Unas dunas de arena lo rodeaban. Pensó que estaba de pie en el fondo del lago, a medio metro bajo la superficie roja del agua. Un estanque rojo, de no más de seis metros de ancho en lo alto de una duna.

Al mirar empezó a moverse la tierra bajo los pies, y entonces se elevó hacia lo alto. No solamente la arena debajo del estanque, sino también las dunas alrededor de Thomas se elevaron hacia el cielo.

Se puso en cuclillas para afirmarse, pero rápidamente comprobó que no había amenaza. El desierto subió cientos, miles de metros, y luego desaceleró hasta detenerse.

Pero no era todo el desierto, pudo ver eso ahora. Era una sección circular del desierto, quizás de un kilómetro de ancho, que había ascendido al cielo en una enorme columna.

Y ahora todo estaba en silencio. Sin más movimiento que una ligera brisa. Se volvió poco a poco, analizando este nuevo horizonte. No fue sino hasta que hubo dado un recorrido completo que vio al niño en pie sobre una duna, de espaldas a Thomas, mirando sobre el borde.

Era un muchachito, quizás de doce años, con cabello negro y piel oscura, vestido solo con taparrabos blanco, y no más de metro y medio de alto. Era delgado, y sus delicados dedos le colgaban a los lados.

El corazón de Thomas olvidó cómo palpar en ese momento. Una antigua enseñanza le recorrió la mente, la cual equiparaba a Elyon con un león, un cordero y un niño al mismo tiempo. Todos sabían que él no era un lago, un león o un cordero.

En realidad tampoco era un niño moreno, una chica blanca, un hombre, una mujer o un águila con ojos debajo de las alas.

Él era Elyon, el creador de todo lo que había. El autor y dador de vida. Y por encima de todo, era quien los amaba. La misma esencia del Gran Romance. Con un chasquido de dedos, este muchacho sobre la duna delante de Thomas podía convertir el mundo en una canica y hacer añicos a todo ser vivo. A una sola palabra, un nuevo mundo saldría rodando de la lengua de Elyon y giraría en el espacio. Un guiño de este muchacho y el corazón más endurecido se rompería en pedazos, desbaratado anímicamente por el amor.

Thomas lo pensó todo en un instante, y entonces el corazón se le empezó a derrumbar en el pecho. Tenía que moverse. Debía ponerse de prisa detrás del niño y lanzarse a la arena en adoración.

Pero antes de que pudiera moverse, una velluda criatura blanca se bamboleó hacia el niño por la izquierda. Michal, el roush.

Michal regresó a ver una vez a Thomas, luego fue hasta donde el niño. Sin volverse a mirarlo, el muchacho agarró la mano del roush, más corta que la de él, y juntos miraron hacia abajo. Thomas no lograba identificar qué veían.

Thomas se llenó de valor para moverse, pero con sumo cuidado, pensando que podría ser inapropiado arrastrarse fuera del agua. Salió del estanque y había empezado a bajar la depresión que lo separaba de la duna en que se hallaban Michal y el muchacho, cuando el primer león blanco entró a su visión periférica y se sentó sobre las ancas a la derecha del niño.

Thomas miró hacia atrás y vio que una docena de blancos y enormes leones se habían ubicado como centinelas alrededor de todo el borde, mirando al niño. No había amenaza, solo una sensación de honra. Difícilmente Elyon necesitaba tales criaturas.

Thomas subió la duna y se aproximó al muchacho por el flanco abierto, al otro lado de Michal. Ninguno de los dos se giró a mirarlo.

Quiso hablar, pedir permiso, postrarse sobre una rodilla, cualquier cosa, pero le resultaba difícil pensar con claridad en la presencia del niño. Y entonces vio las lágrimas que sombreaban las mejillas del muchacho, y sintió que la sangre se le escapaba del rostro.

Thomas cayó sobre una rodilla, sofocado por una terrible tristeza. No sabía por qué lloraba el niño, pero la escena le nublabla la mente y le exigía llorar.

—¿Qué ves, Thomas?

¿Thomas? ¿Había pronunciado su nombre el muchacho? ¿Lo conocía personalmente?

Sí, por supuesto, pero oírlo...

Había preguntado: ¿Qué ves, Thomas?

¿Qué veo? Te veo. Te veo solo a ti, y es lo único que necesito ver.

El llanto de Thomas aumentó en serio, cambiando de tristeza a agradecimiento por estar en la presencia de alguien tan grandioso. Supo que debía responder. No hacerlo era un sacrilegio digno de castigo eterno. Quiso contestar, pero estaba demasiado desesperado por la presencia del niño como para desviar la mirada, mucho menos para hablar.

El muchacho extendió la mano hacia la de Thomas. Le agarró los dedos. Se agotaron las últimas reservas de aplomo en Thomas, que cayó bruscamente a un lado y comenzó a estremecerse con sollozos. El niño lo tomó de la mano, y Thomas se agarró de los delgados dedos como si fueran su única hebra de vida. Lloró con sollozos que aspiraban bocanadas de aire.

Oleadas de gratitud le embargaron, y supo que un momento antes había estado equivocado. Las aguas no eran la esperanza por la que el mismo Elyon había muerto.

Esta...

Apenas pudo soportar pensarlo... pero esta... esta era la gran esperanza para la que todos fueron creados. Para este momento.

No había nada más que pudiera importar que sostener la mano de quien lo había formado con su aliento.

Thomas no podía contenerse, simplemente no podía, y el niño no hizo ningún intento para sugerirle que lo hiciera. Se puso en posición fetal, aferrado a la mano del niño, y mojó con lágrimas la arena bajo su cara.

Ahora todo tenía sentido. El dolor, la muerte, los días y las noches de temor mientras las hordas los cazaban al acecho.

El ridículo, la enfermedad, la caída.

Las lágrimas de la madre cuyo hijo había caído rompiéndose la mandíbula. La agonía del padre que perdiera a su hijo a causa de una flecha. Igual que pasó con Elyon mismo, ellos habían soportado todo por el placer puesto delante de ellos. El tiempo pareció atascarse.

Cuando sucedió que el niño soltó la mano de Thomas, este se incorporó hasta quedar de rodillas con la intención de pedir perdón por su alarde, pero eso fue una indiscreción más. Porque era humano, podría decir él, y los humanos tropiezan inesperadamente con sus indiscreciones como cuando se usan botas demasiado grandes. Pero el niño se había ido. En su lugar se hallaba un hombre de mediana edad con barba canosa y mandíbula firme. Llevaba una túnica blanca. Antes que Thomas pudiera hacer la adaptación de Elyon el hijo a Elyon el padre, el hombre se volvió y lo miró con empañados ojos verdes.

—Ellos están rechazando mi amor, Thomas —expresó el anciano.

—No...

Thomas miró abajo al desierto y por primera vez vio lo que ellos habían estado

mirando. Mucho más por debajo había un gran valle ocupado por todos sus lados por ejércitos que se extendían hacia lo profundo del desierto.

El valle de los higos de Miggdon.

—¿Qué puedo hacer? —susurró el hombre.

Pero Thomas aún estaba demasiado abstraído por el amor que flotaba sobre ellos como para considerar seriamente cualquier dilema. Déjalos que se destruyan entre sí, pensó. Deja que aquellos que niegan tu amor se maten unos a otros. Solo déjame estar contigo.

—Ellos se han alejado —expuso el hombre.

Un león blanco pasó al lado de Thomas y miró la escena abajo. Thomas se levantó de un salto. Todos los leones habían cruzado la arena y ahora permanecían en dos filas a lado y lado de su amo, mirando fijamente los ejércitos hordas reunidos. El hombre se alejó de la escena y caminó de un lado al otro, pasándose los dedos por el cabello canoso, absorto en sus pensamientos.

—En lo más recóndito los formé. En lo más profundo de la tierra los entretejé, los formé en el vientre de la madre.

Thomas reconoció las palabras de una melodía que cantaban en el círculo. Un salmo.

—Todos sus días estaban contados, escritos en mi libro. Ellos son mi poema, creados para tales maravillas —continuó el hombre, levantando la mirada para dirigirse a Thomas—. Pero les di su propio libro y les permití escribir en él. Ahora mira lo que han hecho.

Thomas pensó que el anciano se arrancararía el cabello de frustración.

—¿Qué he hecho, qué he hecho? —expresó el hombre y se volvió hacia el desfiladero señalando con el brazo hacia el horizonte—. ¡Mira!

Thomas miró. Algo más se había agregado a la lejana mezcla de hordas listas para emprender la guerra. Era el ejército de Qurong, reunido para luchar contra el de Eram, y por un fugaz instante Thomas se preguntó si Samuel estaría atrapado en el medio. Pero lo que vio ahora lo llenó de preocupación.

Un enorme remolino negro de shataikis circundaba el valle... millones de las bestias negras, ansiosos de la sangre humana que los alimentaba.

—Mira —dijo Michal, señalando hacia el occidente.

Un aluvión blanco se aproximaba como una ola de nubes. Un mar de roushes.

Thomas solo atinó a pensar ahora una cosa: Esto es el fin. Es el fin. El hombre levantó los brazos y lloró al cielo. Los hombros se le sacudían con sollozos y las lágrimas le bajaban por el rostro, humedeciéndole la barba. Los leones se volvieron hacia él y se postraron sobre los rostros, los cuartos traseros levantados mientras se inclinaban. Gimieron como uno solo, un sonido pavoroso que llenó de terror la garganta de Thomas.

El gemido de Elyon comenzó a perder aliento. Poco a poco bajó la cabeza, los brazos aún levantados, el pecho agitándose en busca de aire. Pero la mirada le empezó a cambiar de angustia a otra repleta de ira.

El rostro se le enrojeció y las mejillas le comenzaron a temblar. Asustado, Thomas intentó retroceder, pero los pies no se le movieron.

Y entonces Elyon gritó, a todo pulmón hacia el cielo. Apretó los puños y se sacudió de pies a cabeza con tanta ira que Thomas no pudo evitar que le temblara el cuerpo.

Los leones rugieron al unísono, y toda la tierra fue tragada en un trueno de protesta que la sacudió hasta sus mismos cimientos.

Pero el grito se propagó con inextinguible furia. Thomas se puso de rodillas y lanzó los brazos por encima de la cabeza.

—¡Tráenos a casa! —gritó—. ¡Rescata a tu novia!

Pero estaba gritándole a la arena y nadie parecía escuchar. Apenas lograba oírse a sí mismo.

—Tráenos —repitió, el rugido cesó a mitad de frase—, a casa. Rescáтанos. Por el bien del Gran Romance, rescata a tu novia de este terrible día.

El silencio lo rodeó, interrumpido solo por su propia respiración. Abrió los ojos por completo. Michal se estaba yendo, a quince metros del borde del precipicio. Los leones se habían ido. El hombre...

Thomas se levantó lentamente. ¿Se había ido Elyon?

—¿Thomas ?

Contuvo la respiración y giró hacia la voz. El niño estaba cerca del estanque rojo, mirándolo con mirada desafiante. ¿Cuánto tiempo había pasado?

—Es hora —manifestó el niño.

—¿Ha acabado todo?

El muchacho titubeó, luego habló sin responder directamente la pregunta.

—Cuando todo haya acabado, lo sabrás. Y lo que sentiste... solo fue un juego de niños, amigo mío.

Thomas parpadeó.

Elyon parpadeó.

Y Thomas no lograba mantener quietas las rodillas.

—¡Sígueme, Thomas! —ordenó el niño dando tres ligeros pasos orilla abajo, zambulléndose en el estanque rojo y desapareciendo bajo la vibrante superficie.

Thomas comenzó a correr mientras el niño aún estaba en el aire. Solo cuando estuvo en lo alto, cayendo hacia el agua, se preguntó qué profundidad tendría la laguna.

Descendió rápidamente bajo la superficie y supo que estas eran las aguas de Elyon, y que su lago no tenía fondo.

39

EL VALLE de Miggdon pasaba a través de ochenta kilómetros de elevadas mesetas, donde crecían en abundancia los árboles de higos que le daban el nombre. Pero aquí en la cabecera se asemejaba más a un cañón encajonado. Cuatro laderas descendían hasta una inmensa cuenca de la que se sabía que se inundaba cada pocos años cuando una rara lluvia visitaba esta parte del mundo.

Samuel estaba sentado en un caballo al lado de Eram y Janae, examinando la situación de lo que se había convertido en su campo de batalla. Qurong no había intentado ocultar su ejército sobre la cima oriental. Sus guturales montaban briosos corceles a todo lo largo del valle, mil a lo ancho según los cálculos del joven. Y al menos doscientos hacia el fondo.

Doscientos mil de caballería en la cuesta lejana, solo a mil metros de distancia. Las diferencias entre los tres ejércitos eran pronunciadas. Las hordas usaban toda clase de caballos, no intentando ya confundirse con las arenas del desierto. Tanto eramitas como albinos preferían caballos de color claro. La diferencia se extendía a sus uniformes de batalla. Donde una vez los guardianes del bosque preferían cuero oscuro para mezclarse en los bosques, ahora se defendían con flechas y espadas dentro de vainas color habano, casi igual a los eramitas, cuya infantería principal además usaba cascos.

La pelea era de oscuro contra claro, siendo hordas los oscuros, y los claros tanto eramitas como albinos.

Pero más allá de este contraste, eramitas y hordas parecían casi idénticos. Unos y otros usaban armaduras más pesadas que les cubrían las articulaciones, porque la enfermedad de las costras les hacía doloroso cualquier movimiento apresurado. Los eramitas que masticaban la entumecedora nuez escarabajo sufrían menos dolor, pero no se había comprobado lo ventajoso que podría ser esto en el campo de batalla.

La mitad de guerreros de las hordas portaban altas guadañas y lanzas, levantadas como esqueletos chamuscados de árboles tras un incendio en el bosque. Se hallaban

imperturbables sobre sus caballos oscuros, como si solo verlos sugiriera fatalidad a cualquiera que no se atreviera a huir.

Qurong había dividido su ejército horda en cuatro clases de combatientes:

Los guturales. Combatientes élite de Qurong, que preferían arcos y largas espadas, casi siempre peleaban desde sus cabalgaduras. Estos eran los encostrados que llevaban más de diez años acosando a los albinos con devastadoras consecuencias. Los soldados rasos. Tanto de caballería como de infantería, estos soldados estaban entrenados en el combate cuerpo a cuerpo, usaban lanzas y mazas o espadas largas, toda arma pesada que no requiriera velocidad a fin de matar con un solo golpe. Una bola con púas al final de una cadena de metro y medio no requería reflejos veloces para hacerla oscilar con cierta fuerza. Pero, al ponerse al alcance de una de esas mazas, las afiladas cadenas o las púas mismas podían arrancar un brazo o una cabeza. Arqueros de infantería. Aunque sus flechas de bambú podían ser mortíferas a poco menos de cien metros, no siempre daban en el blanco y eran casi inútiles una vez que dos ejércitos chocaban. En este campo de batalla, Qurong solamente los utilizaría cuando los eramitas estuvieran atrapados en campo abierto, a menos que estuviera dispuesto a sacrificar sus propios guerreros en una descarga cerrada de flechas. Los lanzadores.

El grupo final era considerablemente el más pequeño, quizás de dos o tres docenas de catapultas que arrojaban bolas encendidas de paja humedecida en la resina de árboles de qaurkat. Las bolas de un metro de diámetro se despedazaban al impactar, empapando un radio de cinco metros con el combustible pegajoso y llameante. Samuel contó doce de ellas en el borde oriental. Tendían a averiarse, por lo cual era necesario reemplazarlas rápidamente por otras en reserva. Este era el ejército horda, parecido al eramita, excepto por la diferente protección y la ausencia de artillería, que era muy difícil de transportar.

La habilidad de los cinco mil albinos, por otra parte, ponía en ridículo tanto a las hordas como a los eramitas. Dejaban libres todas las articulaciones para facilitar el movimiento. Ya fuera a caballo o a pie, contaban con velocidad y fortaleza, y preferían espadas de tamaño mediano en manos de expertos combatientes. Llevaban cuchillos para lanzar, de los cuales un solo guerrero llevaba hasta diez a un combate, además de arcos mortalmente exactos con flechas más cortas para confrontaciones de corto alcance.

Nunca en la historia los tres enemigos se habían enfrentado en un campo de batalla, y Samuel consideró ahora la organización de los acontecimientos con una mezcla de orgullo y temor.

Durante meses, Samuel había deambulado por el desierto, evadiendo los bosques con su guardia leal mientras visualizaba el tiempo en que volverían a la guerra. Pero nunca había concebido esta enorme congregación de ejércitos para lo que solo podría

ser un enfrentamiento brutal. Y, sin embargo, aquí estaban, a causa de su exaltado desafío.

Le llegó a la mente una imagen de su padre, pero la rechazó al instante.

—Qurong está allí —comentó Eram, asintiendo hacia el borde sur a la derecha—.

Con por lo menos cincuenta mil de sus mejores guerreros.

—No veo los colores —objetó Samuel, buscando las elevadas banderas moradas que identificaban a la guardia del comandante supremo.

—No, ahora no. Pero créeme, él se encuentra allí. Y desde allí lanzará su primer ataque, no desde el escuadrón principal.

—¿Cómo es eso?

—Quiere replegarnos. Su única ventaja es el tamaño, pero para usarla tiene que hallar la manera de descender sobre mi ejército.

—¿Qué tamaño dirías?

Samuel se rascó la erupción que había empezado a apoderársele de la piel. No había pasado por alto el hecho de que su sarpullido hubiera empeorado, no así el de Janae. Ella aún parecía albina. La piel de él, por otra parte, parecía como si hubiera contraído la enfermedad de las costras. Peor aún, ya no podía negar el dolor que se le extendía por los miembros.

Habían pasado muchos años desde que oyera de algún albino que contrajera la condición después de ahogarse. Ni siquiera había sabido que eso fuera posible. Que él supiera, aquello no ocurría, y esto era algo más que la bruja le había transmitido, algún apestoso mal que ella contrajera de los shataikis al ir a prostituirse. De cualquier modo, él no podía decir una sola palabra de esto. Ser albino era su única gran ventaja.

Eram escupió a un costado jugo rojo de nuez escarabajo. Casi todos los eramitas mordían el suave analgésico entre los molares, que les volvía roja la boca. Parecía como si se alimentaran de sangre, pensó Samuel.

—¿Dónde entonces están los demás?

—¿Cómo podría saberlo yo? —contestó Eram revisando el desierto—. Atrás en Qurongi, atendiéndose las heridas. O sufriendo bajo una de las maldiciones de Ba'al. Aun con la mitad de la fuerza, son el doble de los que vemos ahora.

Samuel bajó la mirada hacia su propio ejército, que se extendía hasta donde podía ver. Los albinos traidores estaban montados en caballos a la izquierda, algunos parecían feroces, otros inseguros. No obstante, todos estaban fuertemente armados, y una vez que dieran el primer golpe atacarían con la ira contenida de un pitbull herido.

—Con la mitad de la fuerza —comentó Samuel—, pero el doble de fortaleza.

—Eso has dicho.

—Y has estado de acuerdo. Yo esperarí que la otra mitad de su ejército estuviera a corta distancia.

—Quizás —expresó el astuto líder eramita asintiendo lentamente con la cabeza —.

No hay informes de nuestros exploradores. Pero diré esto por ese viejo simio:

Él no es tonto. Si yo estuviera en sus botas habría escogido este mismo valle. Estas laderas le permitirán usar su ejército a plena ventaja. Sinceramente, de no ser por el veneno de Teeleh, lo reconsideraría.

Samuel miró a Janae, que, indiferente, observaba el valle. La belleza de la joven a la luz matutina le aceleró el corazón.

—Pero tenemos el veneno —objetó; y esta mujer es mi veneno, pensó para sí.

—Enviarán una pequeña fuerza para seducirnos, y mordremos el anzuelo —conjeturó Eram mirando fijamente el enorme ejército de hordas directamente a través del valle—. Les enviaremos el doble, sin veneno.

—Qurong los aplastará con una segunda oleada.

—Atacaremos con toda nuestra fuerza en ese momento, con veneno. Más vale que este aliento de Teeleh funcione, porque sin él enfrentamos probabilidades en contra. Ba'al no es tonto. Sin duda, ese fantasma que se finge ignorante tiene un as debajo de la manga.

—Para un atrevido líder que una vez desafiaras a Qurong...

—Abandoné a Qurong para vivir, ¡no para morir! No cuestiones mi juicio o te degollaré aquí mismo. Lo que menos necesito es un necio insolente que se está volviendo encostrado.

La referencia a la enfermedad hirió profundamente a Samuel, que sintió una gran tentación de estallar de ira. Pero no podía enfrentarse a Eram por eso, no ahora, no cuando ellos estaban totalmente consagrados a un final sangriento.

—Podrías no necesitar a Samuel —expresó Janae con voz melodiosa—, pero me necesitas a mí. Ahora, si ustedes ya han terminado la demostración de hombría, deberíamos continuar con los rituales. Quiero que los albinos vengan primero a mí.

Luego los demás, hasta que el último guerrero haya hecho el juramento y tomado su veneno.

—¿Albinos? —objetó Samuel mirándola—. Ellos no necesitan tu veneno.

—Todos beben el agua ensangrentada —declaró ella con ojos centelleantes, dejándolo helado—. Todos reciben la marca de la bestia. ¡Todos me juran lealtad! El tragó saliva. Eso era muy equivocado. Sin embargo era correcto.

—Se trata de una enfermedad, no de sangre —corrigió él.

—La enfermedad viene de la sangre de él —advirtió ella, suavizando levemente el tono después de analizar al muchacho—. Seguimos mis instrucciones al pie de la letra. Reunidos ahora.

—Los albinos primero —ordenó Eram, haciendo girar el caballo; naturalmente, él no era de los que respetaban las razas en un momento como este—. Tú eres su líder;

tráelos al estanque.

Entonces se dirigió a su general.

—Prepara a los demás. Si Qurong envía una división al interior del valle, enfréntalos con el doble de su cantidad. Pero ninguno que haya bebido el veneno.

—Entendido.

Samuel le había dado el mando a Petrus, a quien le confiaba la vida, y a Vadal, quien servía como constante recordatorio para los cinco mil de que hasta el hijo de Ronin el anciano se les había unido. Cada uno comandaba la mitad de los albinos, pero al primer aviso Samuel podía intervenir y tomar todo el control. Señaló hacia los dos, y ellos ordenaron que sus combatientes se dirigieran a la retaguardia.

Los caballos parecían sentir el inigualable peligro, donde ejércitos y pueblos completos estaban en riesgo de exterminarse salvajemente. Ninguno dijo nada, pero ahora había susurros entre los albinos. Mil metros separaban a su ejército de uno mucho más grande, y aparentemente tan sediento de sangre como cualquier legión shataiki. Tampoco ayudaba el hecho de que Qurong hubiera escogido el campo de batalla y estuviera esperando aquí.

Pero ellos tenían un regalo de Elyon. El aliento de Teeleh, facilitado por Elyon para aniquilar a las hordas. Algo malo por una buena causa. Guerra. El pensamiento produjo desazón en Samuel.

Pero este era su destino. Esta era su predestinación. El era Samuel Hunter, y todo el mundo conocería su nombre.

Perdóname, Padre, porque he pecado.

Con una sensación de fatalismo, los albinos circundaron el gran estanque a un kilómetro detrás del valle y permanecieron tranquilos, observando todo movimiento e Janae. Dos terceras partes eran hombres y el resto mujeres, y todos eran mejores luchadores de lo que cualquiera de las hordas podría esperar en sus más descabellados sueños.

También eran más inteligentes, pensó Samuel. Sin duda, no pasarían por alto las eriales del malestar de las costras que ahora cubría la piel del joven.

—¿Cuál es el significado de esta dolencia, Samuel? —preguntó Vadal, siendo el primero en expresar la curiosidad general; el hombre estaba masticando nuez escarabajo.

—Es para probarte, mi amor —declaró Janae respondiendo por Samuel y levantando el frasco para que todos lo vieran; luego lo olfateó—. ¿Tengo la enfermedad de as costras? ¿Y vosotros?

Vadal escupió en el suelo y miró alrededor sin contestarle.

—¿No? Sin embargo, estuvisteis en el campamento al lado de este veneno. ¿No tenéis fe en el profeta de Elyon?

—¿Y tú? —preguntó Vadal con la boca roja, mirando a Samuel.

—Ya la has oído —contestó Samuel—. ¿No es verdad que para derrotar el mal es necesario morir primero? Para vencer la enfermedad de las costras debemos pagar un precio. Si dudas, vete ahora.

Los albinos lo miraron como fantasmas perdidos en la llanura. Pero ninguno dio media vuelta.

—Cuando todos hayan participado, hasta el último guerrero, Samuel habrá pagado el precio y la enfermedad lo abandonará. Sacad los cuchillos. Ellos titubearon por un instante, pero lo hicieron.

—Tú también, mi amor —le pidió ella a Samuel.

Él vaciló, luego siguió la orden.

Perdóname, Padre... Perdóname.

—Como señal de tu lealtad a Elyon y a su profeta os haréis tres marcas en la frente o en el brazo —explicó ella desenfundando el cuchillo y haciéndose tres líneas en su propio antebrazo—. Como estas.

Se oyó un estallido de protestas, pero en lugar de reaccionar, ella miró a Samuel y le guiñó un ojo.

—Tres marcas por el Hacedor, el Guerrero, y el Dador, quien os ha traído este regalo para ridiculizar al dragón. Usamos su propia semilla para destruir a sus devotos, ¿no es así?

En diferentes circunstancias algunos, y hasta muchísimos, podrían haber exigido una explicación más extensa. Pero en el valle Paradose se habían tragado el razonamiento de la mujer y por fin tenían a su alcance la destrucción del enemigo. Uno, luego una docena, después todos se pasaron las hojas por la piel como se les había indicado. A la mayor parte les fluía sangre de los antebrazos. Algunos fueron tan valientes que se marcaron la frente.

Con cada corte en su propio antebrazo, Samuel aceptaba el dolor como una forma de absolución.

—Cada uno de vosotros debe beber —expresó Janae escurriendo con mucha ceremonia gota a gota el frasco del aliento de Teeleh en el agua, mientras caminaba a lo largo de la orilla del estanque—. Daos prisa; las hordas esperan su batalla final. Con este veneno en vuestra propia carne, cualquiera que nunca se haya bañado en las aguas de Elyon recibirá su merecido destino cuando se os acerque. Habéis visto el juicio de Elyon en vuestro propio campamento, ahora lo volveréis a ver en un grado que hará que todo el mundo tiemble de miedo ante el mismísimo nombre de Elyon. A medida que cada gota roja salpicaba dentro del agua se esparcía por todos lados con velocidad anormal, dándole un tono morado oscuro a la cenagosa laguna. El aliento de Teeleh parecía estar vivo y nadando en lo suyo.

— ¡Bebed! —gritó Janae, lanzando al agua el frasco, el cual cayó con un sonido sordo; luego ella levantó ambas manos y se volvió para mirarlos—. Bebed, hijos

míos. ¡Bebed esta agua y vivid!

Como en el momento justo, un terrible gemido retumbó en el cielo muy por encima de ellos. Un rugido, un grito, ira y tristeza al mismo tiempo. Samuel sintió que una punzada de terror le recorría los huesos. El estruendo cesó y fue reemplazado por el grito de Janae.

—El final está a la mano, ¡hijos míos! Bebed. Bebed. ¡Bebed! —gritaba ella sonriendo al cielo.

Ellos corrieron al estanque desde todos lados, se pusieron de rodillas y bebieron.

Por temor, por venganza, por dolor, por amor.

Pero amaban a la bestia equivocada, pensó Samuel mirando a Janae, que tenía la mirada puesta en él. El muchacho sintió que el corazón le iba a estallar de deseo por ella. Janae saboreó la sangre de su propio antebrazo, sin hacer ningún intento por ocultar su placer.

El no podía resistirla. No ahora, ni nunca. Samuel bajó a tierra, fue hasta donde Janae, y la besó profundamente.

Era hora de guerrear. Era hora de la matanza.

40

MIKIL ESTABA cerca del estanque rojo en el valle Paradose al lado de Jamous, Johan, Ronin y los demás del consejo. Miraba el horizonte al oriente, donde el sol había salido dos horas antes. El resto del círculo merodeaba por el lugar o dormía en el anfiteatro natural a la derecha, esperando la decisión del consejo. Todos habían bebido de las aguas rojas y habían comido su ración de fruta y cerdo alrededor de una gran hoguera hasta avanzadas horas de la noche. Desesperados por justificar su motivo para permanecer en la verdad, habían danzado y cantado con fuerza, y contado mil historias de gloria, muchas de las cuales empezaban con un elemento de verdad. Dedicándose luego a contar audaces metáforas que deleitaron a toda la multitud.

Pero al despertar, la realidad de su pérdida les había robado la mayor parte de su pasión, y miraban con ojos cansados. ¿Ahora qué?

—Tal vez debimos haber ido —comentó Tubin, uno de los miembros más ancianos del consejo.

—¿Ya estás dudando? —objetó Johan.

—Thomas se ha ido. Chelise se ha ido. Samuel se ha ido. ¡La mitad del círculo se ha ido! —expresó él frunciendo el ceño con disgusto—. Pero nosotros permanecemos aquí, esperando. No voy a sugerir que nos unamos a la batalla, pero muchos de nosotros tenemos allí seres queridos enfrentándose a la muerte. Mikil no lo culpaba. Todos tenían amigos entrañablemente queridos, y en algunos casos familiares, que se habían dejado arrastrar por el llamado de Samuel.

—Elyon sabe que yo misma pensé en ir —confesó ella—. El caso de él era convincente.

Y si nosotros, que hemos visto todo desde el principio, pudimos ser tentados con tanta facilidad, pensad entonces lo que debió haber estado pasando por las mentes de los demás.

Mikil regresó a ver a una madre que los observaba agazapada en el suelo con su

hija al lado.

—Ellas han permanecido en la verdad, pero debemos darles más.

—Entonces permitidme llevar una docena de los exploradores más veloces y traer noticias —pidió Ronin.

El hombre estaba ansioso por ir tras Vadal, su hijo. Pero todos tenían seres queridos que se fueron tras Samuel.

—No. Ya hemos perdido a Chelise en una misión ridícula. El pueblo no necesita ver que sus líderes salgan corriendo. Deberíamos quedarnos, todos.

—¿Y hacer qué? —exigió saber Ronin.

Mikil fue hasta la orilla del lago y se miró el reflejo en las aguas rojas. Muy serenas, sin ningún movimiento. Pero aquí había algo más. Ella miró a los demás del consejo, luego hizo que se fijaran en un niño de piel oscura sobre una roca, que también los observaba. No reconoció al niño. El círculo había aumentado tan rápido en estos últimos años que no reconocía a la mitad de sus miembros. Una enjuta madre con largo y liso cabello oscuro reclinada en una roca alimentaba a un bebé. Niños demasiado impacientes para sentarse tranquilos pateaban de un lado a otro un atado con cascara de frutas tawii, manteniéndolo en el aire. Una muchacha casi casadera, quizás de dieciséis años, trenzaba el cabello de otra chica más joven, que estaba de espaldas a ellos. Un guerrero, interesado en lo que aún denominaban antiguos guardianes, se encontraba sentado con los brazos cruzados, ensimismado en sus pensamientos bajo la sombra de una palmera de charca, llamada así por su proximidad a los estanques rojos.

Pero ninguno hablaba. Ni siquiera una brisa agitaba las hojas. Un extraño silencio se cernía en el aire.

Mikil se volvió otra vez hacia el estanque y miró la sedosa superficie roja.

—¿Qué veis al observar estas aguas? —inquirió.

Los otros nueve se relajaron y miraron la superficie.

—Agua, como cristal —contestó Susan.

—Agua —repitió Mikil—. Con estos ojos eso es lo único que vemos en este instante. Pero si abrimos los ojos de nuestros corazones, ¿qué vemos?

—El ahogamiento que enrojeció estas aguas —terció Johan.

—Y nuestras propias muertes que nos dieron vida—añadió Mikil asintiendo con la cabeza—. Todos los días miramos este estanque y vemos el agua. Agua hermosa, pero simplemente agua. No obstante, ¿qué clase de vida nos ha dado?

—La esperanza de un regreso al sitio de recreo de Elyon —opinó Johan, usando la metáfora que a menudo utilizaban los poetas.

—Toda nuestra esperanza se ve débil a través de este cristal —expresó Mikil, asintiendo hacia el agua—. Está allí, exactamente debajo de la superficie, y todos los días vemos vislumbres de ella. ¿No es esto lo que una vez nos enseñó Thomas? La

mujer se inclinó, agarró un pequeño limón y lo lanzó de una mano a la otra.

—Los regalos de Elyon para nosotros son simplemente un anticipo a Fin de mantenernos ansiosos por el banquete. ¿No es eso lo que nos han anunciado nuestros poetas?

—Es como ella dice —afirmó alguien en voz baja.

—Ella expresa la verdad.

—¿Dónde está por tanto esa esperanza? —continuó Mikil, arrojando el limón.

Ellos miraron el estanque en silencio. Mikil no podía palparla, pero había una inexplicable calma sosteniéndose sobre las aguas. Sería fácil dejar de notarla si Mikil no estuviera fija en las aguas, pero allí estaba. Era demasiado fácil olvidar lo encantadores que eran los estanques rojos.

—Para muchos, la esperanza de obtener paz por medio de la espada es más real de lo que los poetas tienen para ofrecer —opinó Rohan, hablando por primera vez. Nadie discrepó. Todos parecían extrañamente fijos en el agua, quizás sintiendo la misma calma antinatural que sentía Mikil. O quizás se preguntaban si la esperanza de Samuel era después de todo más realista que lo que yacía más allá de esta apacible laguna. El hijo de Thomas había venido con cosas tangibles.

Palabras.

Una espada.

El cabecilla de una horda.

Un ejército, por amor de Elyon. Un ejército bastante grande para obtener la paz que necesitaban a fin de vivir como seres humanos normales.

El estanque a sus pies, por otra parte, estaba en calma como cada mañana. Simplemente una laguna roja sin...

Los pensamientos de Mikil fueron interrumpidos por una débil agitación en el estanque, a menos de tres metros de donde se hallaba. Extraño. No había peces en esta charca como en algunas de las más grandes. Pero el agua se estaba moviendo de veras, hirviendo un poco, exactamente allí. Ella se estremeció.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Johan, retrocediendo un paso—. ¿Qué...?

Brotó agua de la superficie como una fuente. Solo que en esta fuente había una forma. Un muchacho de cabello rubio con la barbilla inclinada hacia atrás, con una gran sonrisa en los labios mientras el agua le bañaba el rostro.

Mikil suspiró y retrocedió de un salto.

El estanque lanzó fuera de la superficie al muchacho, que seguía riendo antes de que los pies tocaran la orilla. Tenía ojos verdes, era rubio, delgado, y estaba exultante con la indescriptible fuerza que así lo desplazaba.

Cayó al lado de ellos con un golpe de pies y levantó la mirada, sonriendo.

—Hola, Mikil —manifestó, pero ella no vio que se le movieran los labios.

El agua le bajaba aún por las yemas curvadas de los dedos y mojó la arena. La

mujer quedó paralizada, sin habla.

El niño miró a los demás, y ella supo que también lo estaban oyendo, hablando a cada uno por su nombre. Mikil estaba tan asombrada por la repentina aparición del niño, que se le paralizaron los miembros.

Este no era un muchacho común y corriente. Para nada era un muchacho. Este era aquel del cual Thomas había hablado muchas veces.

Este era Elyon, y entonces Mikil ya no pudo respirar cuando logró comprenderlo del todo.

El niño dio un salto de tres metros hacia una roca que sobresalía por encima de la laguna, y rebotó hasta una barranca desde donde se divisaba todo el campamento.

El agua volvió a brotar con violencia, y Mikil retrocedió de nuevo. El estanque expulsó de las profundidades a otra figura, y esta vez Mikil medio esperaba ver al Guerrero. Pero no se trataba de Elyon.

Era Thomas, que reía casi con histeria mientras el agua le bajaba por la cara y la boca. Aterrizó en la playa, más empapado que un albino recién ahogado, y movió la cabeza alrededor, buscando.

—¿Dónde está él?

La voz le sonó ahogada por el agua. La escupió, más de la que le pudo haber salido solamente de la boca, como los que emergen después de ahogarse.

—¿Dónde está?

— ¡Seguidle! —gritó el niño, y Thomas levantó bruscamente la cabeza.

La voz resonó por el desfiladero, y todo el campamento se dio la vuelta para ver al muchacho en lo alto del risco. El chico señalaba la laguna abajo.

—¡Oíd a Thomas, vuestro líder! ¡Abrid los ojos y seguidlo a mi lugar de diversión!

—gritó, lanzando el puño al aire con contagiosa euforia.

El niño dio media vuelta y se internó a toda prisa en el desierto, dejando en su estela un entrecortado silencio.

¿Debían seguir? Mikil se volvió hacia Thomas, que permanecía mirando hacia arriba al vacío barranco. Pero, antes de que pudiera explicarles lo que el niño quiso decir, el aire alrededor de ellos comenzó a moverse.

Una brisa azotaba e iba tras el muchacho, como si su invisible ejército lo siguiera muy de cerca. Una larga veta de color rojo barría el cañón como un cometa volando muy bajo. Una columna azul se materializaba al lado de la roja.

Como si el cielo mismo se estuviera enrollando igual que un pergamino para dejar ver sus verdaderos colores, chorros de toda tonalidad fluían directamente sobre las cabezas de ellos, en silencio, pero tan bajo que una persona sobre el barranco podría alzar la mano y tocar uno de ellos.

Las coloridas vetas se levantaron y se dividieron hasta formar un amplio sendero

de nubes blancas que se desenrollaban en el cielo muy por encima. Pero Mikil vio que no eran nubes. Eran roushes. Millones de las blancas criaturas peludas, volando en formación a un kilómetro por encima de las cabezas de los albinos.

El niño había abierto los ojos para apreciar lo que veía.

Thomas estaba trepando las mismas rocas marcadas por las manos y los pies húmedos del niño. El hombre se agazapó sobre el barranco, miró al este por un instante y luego miró a la asombrada multitud.

— ¡Esta, amigos míos, es nuestra esperanza! —gritó a todo pulmón señalando con un dedo el horizonte oriental.

Suaves sonidos de lamentos se filtraron por el anfiteatro. Mikil comprendió el sentimiento porque el propio pecho se le había inundado con una emoción que nunca antes había sentido: Una sensación de puro agradecimiento tan intenso que cualquier clamor de gratitud lo minimizaría multiplicado por diez.

Las lágrimas enturbiaron la visión de la guerrera, y se le entrecortó la respiración. Se sintió débil y deseó caer de rodillas como algunos de los otros; quería lanzar los puños al aire y gritar: «¡Lo sabía, lo sabía!» En vez de eso, dejó que un sollozo le estremeciera el cuerpo.

— ¡Hoy es nuestro día! —exclamó Thomas—. He saboreado y he visto, y ahora Elyon está llamando a su novia a la gran fiesta de bodas.

Una mujer a quien Mikil nunca había visto, vestida con extraños pantalones azules y blusa blanca, dio un paso detrás de él. A diferencia de Thomas, ella estaba seca. Pero, entonces, no había venido a través del agua.

—¿Thomas? —exclamó la mujer.

Él dio media vuelta y la analizó con un sobresalto momentáneo. Luego le agarró la mano y se la levantó para que todos vieran.

—Mi hermana de las historias. Ella está conmigo.

Dos semanas antes, esa habría sido una sugerencia absurda, pero hoy parecía perfectamente natural. Sí, desde luego, esta era Kara Hunter de las historias. Mikil debería haberlo sabido al instante.

Thomas saltó a una roca más baja, prácticamente arrastrando a su hermana con él.

—Montad vuestros caballos más veloces, hombres, mujeres y niños. Dejad todo atrás. ¡Todo! Nada de agua ni comida, solo vosotros y vuestros hijos. Thomas saltó al suelo, los ojos relucientes con un apasionamiento que Mikil había llegado a conocer bien.

—¡Ahora! —gritó él, haciendo girar el brazo—. ¡Seguidme!

Todos corrían como uno. La cruda intensidad del momento no permitía más que algunos gritos, mientras hacían que los demasiado pequeños o los ancianos igualaran el paso de Thomas.

Coloridas cintas flanqueaban el ejército de roushes en lo alto. Y ahora brillaba luz

a cada lado y se extendía todo el trayecto hasta el suelo, formando un túnel que fluía directo hacia el oriente.

— ¡Más rápido! —gritó Thomas—. ¡Corred, corred, corred!

Todos los albinos estaban acostumbrados al veloz galope, listos en todo momento al aviso de cualquier amenaza de las hordas. Y esto... este llamado a seguir a Thomas hacia el lugar de diversión de Elyon hacía parecer cualquier amenaza de muerte como un pastel de barro de un niño.

Saltaron a los lomos de desensillados caballos y los azuzaron a galopar, siguiéndole los talones a Thomas. Y él no se puso a esperar, a pesar de haber ayudado a la desconocida hermana a montar en el caballo. Asimismo, ella parecía haberse puesto tan a la altura en este alucinante encuentro como para no preocuparse de su falta de habilidades ecuestres. Mikil gritó hacia Thomas mientras este pasaba volando, con los ojos fijos en el horizonte.

—¿Dónde está Chelise? —preguntó él deteniéndose en seco y mirando a todos lados.

—Ya salió hacia donde Qurong.

Sin decir nada, el líder albino golpeó ruidosamente los costados del corcel y partió hacia el frente. Entonces Mikil se apuró tras él, tratando de igualar el paso mientras corrían por el valle.

—¡Más rápido! —oía Mikil que Marie gritaba a quienes la seguían—. ¡Más rápido!

Se desparramaron por el cañón al interior del desierto en medio de una nube de polvo, y Mikil se acercó más. Thomas se encontraba en su garañón negro al lado de Kara, mirando a un jinete montado en un corcel blanco sobre la duna siguiente. El túnel de luz fluía alrededor del jinete, azotándole el cabello y la túnica roja alrededor de sus blancos protectores de batalla.

Elyon el guerrero.

El corcel que montaba se levantó sobre las patas traseras y relinchó, lanzando patadas al aire. El guerrero tenía una espada en la mano que ahora levantaba en alto sobre la cabeza, señalando la enorme formación de roushes.

Entonces Elyon gritó hacia el cielo, y Mikil pensó que le iban a estalla! los oídos bajo el poder de este rugido de victoria. El hizo oscilar la espada hacia el horizonte oriental y exclamó con una voz que nadie en un kilómetro confundiría.

—¡Sígueme, novia mía! ¡Sígueme!

Entonces Elyon corrió hacia el este, y los siete mil lo siguieron con el colorido viento en el cabello.

Oriente, novia mía. Hacia el valle de Miggdon. Hacia las hordas. Hacia la batalla.

41

—AHORA, MI señor —susurró Ba'al, encorvado al lado de Qurong en lo alto de la ladera sur—. Debes atacarlos ahora como se te indicó.

—No me gusta esto.

Qurong estaba sobre una roca plana saliente y miraba los dos ejércitos, el suyo a la derecha, trescientos mil fornidos hasta donde Eram sabía, y el ejército eramita a la izquierda a través del valle, la mitad del de Qurong. Pero había albinos con ellos, más de cuatro mil por lo que habían podido determinar los exploradores.

—Esa vieja zorra tenía razón. Esta es obra del hijo de Thomas. Están planeando algo.

—Yo ya he planeado algo, ¡viejo necio impotente! —gritó Ba'al.

Qurong ladeó súbitamente la cabeza hacia el siniestro sacerdote, desconcertado por su pérdida de control. Un terrible sonido tronó en el cielo, bien arriba. El sonido de un fuerte viento gimiendo por un hueco, pero no había viento. El sonido cesó.

—¿Ves? Es una señal —informó Ba'al dejando de mirar con aterrados ojos al cielo e inclinando la cabeza—. Perdóname, mi señor. Te suplico que me perdones. ¡Pero la victoria está en nuestras manos! Ya has oído.

—He oído un viento. Y tu insulto.

—¡Está aquí! —comentó Ba'al haciendo un puño con los blancos y huesudos dedos, y sacudiéndolo—. Está exactamente aquí, y mi amante está muy ansioso de ello. ¡Debemos atacar ahora!

—Tal vez primero debería cortarte la lengua. Y después veremos.

—¿Le hablas de este modo al amante de él? —advirtió Ba'al.

—Le hablo de este modo a mi sacerdote.

—Te recuerdo que prometiste...

—A Teeleh, no a ti.

Cassak se puso al lado de Qurong, con el ceño fruncido.

—El sol está alto, mi señor. Tenemos ocho horas más de luz. Sugiero que

llevemos a cabo nuestro plan antes del anochecer, o que nos preparemos para una larga noche de enfrentamiento con los albinos. Y eso no sería nada bueno.

—Estén preparados para el engaño —comentó Ba'al—. Maten a cualquier albino que se acerque, cualesquiera que sean sus intenciones.

—¿Y si se quieren rendir?

— ¡Mátenlos!

—¿Mi señor? —pidió instrucciones Cassak mirando a Qurong.

—Sí. Maten a cualquiera que se acerque. No confiemos en nadie.

—Transmitiré la orden. ¿Deberíamos ponernos al frente, mi señor?

Qurong luchó con la niebla de confusión que le había surgido en la mente desde que su hija se atreviera a cruzar el desierto para reunirse con él. Hace una semana se habría negado a pensar en ella como hija. Pero ahora...

Era enloquecedor. Los muros que por tantos años había levantado triunfalmente contra el amor se le estaban desmoronando alrededor. Primero Thomas lo había metido con engaños en un estado de alucinación donde nada era como parecía. Luego Chelise le había llevado noticias de su nieto, Jake.

Qurong no tenía más descendencia que un nieto engendrado por su más grande enemigo, Thomas. La incapacidad del comandante supremo de sacudirse los pensamientos de la mente lo ponía furioso.

Chelise, su enérgica hija a quien una vez amara más que a cualquier tesoro en su posesión, había vuelto... exactamente allí, en el horizonte de su mente, invitándolo a que la amara otra vez. Él permanecía de pie mirando un valle en que pronto habría más carne muerta que viva, y solo pensaba en una persona. Por absurda o ingenua que fuera la filosofía de ella, aún era Chelise de Qurong.

—¿Mi señor?

—¡Estoy pensando!

—Se nos acaba el tiempo —advirtió Cassak.

—Ellos están tramando algo. Puedo sentirlo en los huesos. Planean algo.

—Igual que nosotros, mi señor —cuestionó Ba'al—. Como hacemos sin lugar a dudas la mayoría de nosotros.

—¿Qué? ¿Qué tenemos además de otros doscientos mil hombres para enviar a la masacre? No conozco tu verdadero plan, solo que te pasas el tiempo insistiendo en no sé qué magia invisible.

—¡Ten fe! —gritó el siniestro sacerdote, entonces parpadeó y se tranquilizó—. Perdóname.

El religioso se metió las manos entre las mangas de la túnica y lanzó una impávida mirada al ejército eramita.

—Ellos han roto su pacto —continuó—. Esta ramera que ha venido hasta ellos se ha quitado la máscara, estoy seguro de eso.

—¿Es eso todo? ¿Estoy lanzando mi ejército al peligro sobre el lomo de una prostituta y de más jerga religiosa?

—Escucha, tonto —insultó Ba'al volviendo bruscamente la cabeza; le salía baba de los labios dilatados—. Los poderes del aire son más poderosos que tu insignificante ejército. Durante muchos años, los albinos han sido intocables. Los mestizos se bañaron alguna vez, como yo mismo... todos hemos estado protegidos hasta el día de hoy. Todos menos las hordas puras han estado bajo la cobertura de Elyon. ¡Pero ahora ese pacto se ha roto!

Qurong no estaba seguro de haber oído correctamente. Un caballo resolló detrás de él: La cadena de una maza sonó ruidosamente sobre metal. Las fosas nasales de Ba'al se inflaron, sin remordimiento esta vez. Pero fue la afirmación del religioso la que le gritaba desaforadamente a Qurong.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que una vez fuiste guardián del bosque? ¿Que eres mestizo?

—Soy amante de Marsuuv, hecho completo mediante su sangre —expresó el siniestro sacerdote mirando hacia el valle—. Y ahora que lo sabes te tendré que abrir los ojos para que no me aniquiles.

Ba'al se inclinó, agarró un puñado de polvo a sus pies, le escupió encima, y se lo lanzó a Qurong. El pegote de lodo le dio de lleno en el rostro, y el comandante retrocedió horrorizado.

—¿Qué es esto? —resopló.

—Ábrele los ojos, Marsuuv, amada mía.

Qurong se quitó el barro, rojo de ira. Y cuando abrió los ojos descubrió que no podía ver adecuadamente. El valle había oscurecido.

—Mira a lo alto, Qurong. Ve lo que les espera a todos los que han roto el pacto.

Qurong levantó la mirada y contuvo la respiración. Los shataikis que vio en el lugar alto habían regresado. En mayor cantidad ahora. Bloqueaban el sol. Volaban en el cielo a menos de mil metros sobre sus cabezas, con garras extendidas y brillo en los ojos rojos. Volaban solo hacia él, parecía.

—Elyon ayúdanos.

—No, mi señor. Elyon los ayuda a ellos. Pero no lo hará más, pues le han vuelto la espalda. Ahora serán carne para las bestias.

—¿Y yo qué? ¿O tú? ¿No crees que pronto nos harán trizas?

—No. Hemos hecho un trato con los demonios y les hemos prometido nuestra lealtad, así que seremos protegidos junto con nuestro pueblo. ¿Ya lo has olvidado? Esto comenzaba a tener sentido para Qurong. Era la razón que había detrás de su ritual de beber sangre. No entendía la total importancia de lo que estaba viendo y oyendo, pero este sin duda debía ser el día del dragón.

—¿Así que estos shataikis solo pueden ir tras los mestizos?

—Sí. A menos que...

—¿A menos que qué?

—Los asuntos sobrenaturales siempre tienen sus excepciones.

Esto sería el acabose, pensó el comandante.

—Envía la primera oleada —ordenó Ba'al—. Hazlo mientras aún tengamos el favor de los shataikis.

Qurong se volvió hacia Cassak, que miraba a lo alto, claramente confundido en cuanto a lo que el comandante y el sacerdote miraban.

—Envía nuestros primeros veinte mil —ordenó—. Infantería. Prepara a los arqueros. No reserves ninguno.

MÁS ALLÁ de toda duda, Samuel estaba seguro de haberse convertido en horda. Sentía las articulaciones como si le hubieran pinchado los huesos con alfileres, raspándoselos con cada movimiento. La piel le ardía, y solo empeoró cuando trató de eliminar el dolor lavándose con agua.

No asombraba que por lo general las hordas huyeran del agua y solo se bañaran aguantando el dolor. Intentó comer un poco de nuez escarabajo, pero el sabor era muy amargo.

Sin embargo, aun sabiéndose horda, no le resentía su condición. Lo hacía más parecido a Eram. Encajaba dentro del mundo más grandioso. Y en realidad, para empezar, no estaba muy seguro de por qué le había ofendido tanto la enfermedad de las costras.

Se está apoderando también de tu mente, Samuel.

Sí. Sí, eso era.

—¡Ya vienen!

—¡Listos! —vociferó Eram.

El grito hizo regresar al presente a Samuel. Saltó a su silla y galopó hasta las líneas frontales donde Eram, Janae y sus generales estaban montados, con la mirada fija en el valle. Se puso entre el líder eramita y la bruja, con las venas llenas de adrenalina.

—¿Qué pasa?

—Qué bueno que te nos unas, hijo de Hunter —comentó Eram—. Finalmente Qurong se ha decidido y está enviando a la muerte a sus primeros hombres. Un mar de infantería se desbordaba sobre la cima, internándose en el valle.

—¿Cuántos no han tomado el agua? —exigió saber Eram sin preguntar a nadie en particular.

—Cincuenta mil, según las instrucciones —contestó su general.

—¿Portan los demás el veneno en la sangre?

—Sí —respondió Janae—. Todos ellos.

Eram escupió, y antes de caer al suelo el escupitajo rojo se estrelló en la bota de Samuel, que miró al dirigente a los ojos.

—Lo siento mucho —se disculpó Eram analizando al ejército horda que se acercaba al fondo del lejano declive—. Yo diría como veinte mil hombres a pie. Me sorprende que Qurong fuera tan evidente. Exactamente como predije, intenta atraernos.

—No podemos mostrarle nuestra fortaleza todavía —opinó Samuel—. Envía cincuenta mil.

—Sí, mi nuevo general horda. Eso es exactamente lo que haré —comentó Eram, y sonrió burlonamente a Samuel—. Y tú los dirigirás. Samuel parpadeó ante el hombre.

—Lo siento, yo...

—Necesito un general en el valle, amigo mío. Alguien en quien pueda confiar.

He decidido que eres la mejor opción —determinó el líder, y chasqueó los dedos al otro general—. Envíalos ahora, general, los cincuenta mil que no han tomado el veneno. Diles a los capitanes que una vez en batalla estarán bajo las órdenes de Samuel. Y diles que envíen de vuelta al infierno hasta al último de esos encostrados.

—Sí, señor.

Samuel miró a Janae, pero ella no pareció preocupada en absoluto por la decisión. Tenía la mirada fija en el vacío horizonte a la izquierda, donde solo había desierto... y más allá el bosque negro.

Samuel aún no lograba ajustar los pensamientos a la decisión de Eram de enviarlo abajo. Naturalmente, no estaba asustado. Lejos de eso, ya tiraban de él los pensamientos de asesinar hordas y cubrirse de gloria. ¿Pero qué motivos tenía realmente Eram?

—¿Estás cuestionando mi juicio, Samuel? —preguntó Eram.

—No, señor.

—Necesito que tus hombres te vean bajar esa colina, y que te vean matar hordas.

Me acaban de informar que algunos albinos se están quejando respecto de un sarpullido. Yo los enviaría abajo a todos ahora antes de que tengan la oportunidad de comprender que tienen la enfermedad, pero su presencia en el campo de batalla podría intimidar a Qurong, ¿entiendes? Pero un albino, el hijo de Hunter... bueno, eso tentaría a Qurong a enviar de una vez todo su ejército.

—¿Se están volviendo hordas mis hombres?

—¿Se están volviendo hordas? —remedó Eram como si no hubiera esperado menos—. Han aceptado la marca y han entregado los corazones a su hacedor. ¿Qué esperabas?

El tipo sonrió de manera apacible.

—Pero la transición llevará algo de tiempo —concluyó—. Tenemos que pelear antes de que perdamos nuestra ventaja física.

A la mente de Samuel entraron al mismo tiempo dos pensamientos: Que Eram era un brillante estratega y que Janae había traicionado a los albinos. Pero al momento solo el primero parecía terriblemente importante. ¿Había esperado Samuel algo menos de su bruja?

Un aluvión de guerreros eramitas desbordaba la cima a la izquierda. Infantería. El terreno retumbaba con las pisadas de cincuenta mil hombres al bajar la ladera fuertemente protegidos. Ningún grito todavía. Los dos ejércitos se arrojaban uno contra otro.

El pulso de Samuel se acrecentó. Espoleó el caballo hacia adelante, luego lo hizo retroceder.

—Refrena a esos arqueros. No deseo una flecha en la espalda.

—Observa la próxima oleada de Qurong —contestó Eram asintiendo con la cabeza—. Atacará con el grueso de sus fuerzas; sabrás que vienen cuando lance las bolas de fuego. Tan pronto como él muerda nuestro anzuelo, enviaré refuerzos, comenzando con los albinos. Hasta entonces, aguántalos. Una vez que ellos descendan, la enfermedad se extenderá. Veremos lo eficaz que es realmente este veneno.

La estampida de guerreros se apresuraba aún por la cresta. Janae todavía miraba hacia el norte, siempre hacia el norte.

Ahora miró a Samuel y sonrió amablemente.

—Ven aquí, amor.

—Despídanse rápidamente —ordenó Eram, moviendo el caballo alrededor—.

Tu batalla te espera.

Samuel situó la montura al lado de la de Janae, en direcciones opuestas. Impulsivamente se inclinó hacia adelante y la besó en la boca. El olor del aliento femenino lo atrajo como lo había hecho la sangre. Supo que Teeleh la había transformado en algo menos que la mujer que conociera alguna vez, y se preguntó si sería tan afortunado como para experimentar algo parecido.

—Adiós, amor mío —expresó ella—. Ha sido bueno juntarme contigo por un rato.

—No tengo intención de morir —dijo él, mirándola a los distantes ojos—.

Volveré.

—Y yo me habré ido. Ya hice lo que pretendía hacer.

—¿Te habrás ido? No, no, ¡no te puedes ir ahora!

—Pero debo hacerlo. He terminado mi tarea aquí. Ellos están engañados, todos ellos. Ahora mi verdadero amante me llama —expresó la muchacha, y le puso la mano en el antebrazo—. Quizás cuando todo esto termine te me puedas unir, si él lo

permite. Creo que te gustaría.

—¿El bosque negro?

—No. La tierra. Hace dos mil años.

Las historias. El joven no supo qué decir. Un rugido estalló desde el valle detrás de él, y se dio la vuelta para ver cómo colisionaban ruidosamente los dos ejércitos. Sus frentes de ataque se entremezclaron a toda velocidad como dos nubes negras chocando de frente. Pero aquí la unión era brutal y sangrienta, y ya los gritos de los moribundos se mezclaban con otros de bravuconería e ira. ¡Debía irse!

—Entonces espérame —pidió él volviéndose; pero ella ya se había alejado, sentada como una elegante reina en el claro corcel—. ¡Janae!

—Muere bien, Samuel —expresó ella volviéndose para mirarlo con su perpetua sonrisa burlona.

—Janae...

—¡General!

Lo estaban llamando. Pudo ver a Vadal observándolo, igual que los demás guerreros albinos y otros diez mil eramitas. Todas las miradas estaban puestas en él. Su ejército peleaba ahora, asesinando hordas como siempre había soñado. La gloria esperaba.

Samuel hizo girar el caballo, hundió los talones en los flancos con suficiente fuerza para fracturar una costilla y descendió rápidamente al valle de Miggdon.

42

BILL REDIGER, conocido como Billy antes de recibir ojos negros y nuevo nombre, salió de la rampa de pasajeros del Aeropuerto Internacional de Denver, se ajustó los lentes oscuros a la frente, y dobló a la derecha, hacia los trenes que lo llevarían a la calle. Para cualquier transeúnte común y corriente parecería un próspero hombre de negocios con gusto por oscuros trajes finos y costosos relojes, en este caso Armani y Rólex. Tenía el cabello rojo nítidamente peinado hacia atrás, y un buen bronceado le suavizaba las pecas de las mejillas.

Era realmente imposible que alguien supiera con quién se cruzaba en este por lo demás obvio día veraniego en el centro de Estados Unidos. No sabría que el hombre tenía globos oculares negros y que leía las mentes.

Este era un día muy bueno para estar vivo, porque en muchos sentidos Bill ya estaba muerto. Pero ahora, habiendo aceptado su muerte por completo, podía continuar con el asunto a mano. No estaba totalmente seguro de qué le había sucedido, aunque sospechaba que había otro hombre como él en alguna parte, viviendo a muchos años en el futuro.

Sí, así era. Hasta donde recordaba, había estado en Bangkok en busca de los libros de historias, donde conoció a Janae. Ambos habían caído en alguna clase de trance, yendo a algún sitio que él no recordaba bien. Eso le había dejado un sabor a bilis en la boca. Luego había despertado en Washington, D.C., treinta y tantos años atrás en el pasado, lo cual técnicamente era antes de que naciera. Lo habían enviado atrás con un solo propósito: Detener a Thomas Hunter. Y el diablo le había dado los ojos para seguir a Thomas adondequiera que fuera, aun dentro de los sueños de Hunter. Y una vez que lo detuviera, ¿entonces qué? Probablemente tendría alguna muerte horrible, porque no podía haber dos de él andando por ahí.

Tal vez se convertiría en un monje, se teñiría el cabello de negro, buscaría el modo de ingresar en un monasterio en alguna parte, y quizás provocaría algunos pequeños estragos. Ayudaría a promover cosas.

O tal vez no.

Había sido fácil conseguir el dinero que necesitaba para esta tarea. Simplemente había entrado a un banco Wells Fargo, y de la mente del gerente había tomado lo que necesitaba a fin de hacer una inesperada visita a la bóveda antes de que abrieran la institución la mañana siguiente.

Pensó que era buena idea crear una identidad, así que con algunos de sus dólares esforzadamente ganados obtuvo los documentos necesarios, compró un boleto bajo el nombre de Bill Smith, y abordó un avión hacia Denver.

Y aquí estaba, en Denver. Donde cambiaría la historia.

Donde hallaría y mataría a Thomas antes de que este hiciera lo que se supone que debía hacer, y que obligaría a todo el infierno a gritar de ira.

Bill dejó exhalar un suspiro y se ajustó las gafas al entrar en el tren. Sí, era bueno estar vivo. Porque en realidad... no había duda alguna de que ya estaba muerto.

43

ESTA ERA la segunda vez que Chelise hacía el viaje de dieciocho horas a través del desierto para salvar a su padre, pero en esta ocasión estaba sola y asustada, y lo hizo a toda carrera en catorce horas.

El cielo había oscurecido, y ella estaba segura que no era por casualidad. La maldad se suspendía en el aire, amenazando con explotar en cualquier momento. El ejército de Eram había dejado un amplio reguero de basura por todo el desierto, viajando rápidamente sin acampar. Habían comido a la carrera, dejando los desechos de sus alimentos esparcidos por el camino.

Chelise se acercó al valle de Miggdon por el noroeste, siguiendo el rastro de los eramitas, pero en vez de cortar hacia el sur en dirección a la vertiente occidental como ellos hicieran, había girado más al este. Si Samuel y su bruja se hallaban en la ladera occidental, Qurong estaría en la oriental.

Lo que menos quería ella ahora era toparse con Samuel y su pandilla de necios, pues tenía un solo objetivo.

Qurong, su padre, dirigente del mundo, la esperaba. Esto es lo que Michal debió de haber querido decir al expresar: El mundo te espera.

Estos pensamientos recorrían la mente de Chelise mientras se aproximaba a su objetivo. Pero la recorrió un escalofrío en el momento en que tropezó con la amplia escena en el valle de Miggdon.

¡Era demasiado tarde!

El estrépito de metal chocando ruidosamente, unido al rugido de gritos de combate surgía del valle como una colmena de iracundos avispones.

—Tranquilo —dijo dando palmaditas en el cuello del caballo—. Cálmate.

Pero nada en este valle estaba en calma. Rápidamente evaluó la situación de caos.

La batalla principal ya se había iniciado en el fondo del valle con más de cien mil guerreros. De esos, más de la mitad habían sido derribados, heridos o exterminados.

Una de las doce catapultas de las hordas lanzó al aire una bola de fuego. Esta

formó un arco sobre el valle dejando una larga estela de humo aceitoso, y como un cometa se dirigió a toda velocidad hacia los ejércitos abajo. El proyectil golpeó estrepitosamente en un mar de carne y se extendió como una mancha. La resina salpicó en todas direcciones, esparciendo fuego. Hombres en llamas de ambos ejércitos corrían de aquí para allá. Luego vino otra bola de fuego, después otra, y a continuación cuatro más, lanzadas todas en rápida sucesión, cada una flotando perezosamente por el cielo antes de estrellarse en los guerreros abajo. Doce bolas fueron enviadas mientras Chelise observaba, y cada una segaba la vida al menos de cincuenta combatientes fuertemente agrupados: Mestizos, purasangres o albinos, no importaba. Todos ardían como moscas.

El cuerpo principal del ejército de Qurong dividía su posición sobre el borde oriental y comenzaba a entrar al valle. La escena bastó para que el corazón de Chelise dejara de palparle por un momento. Doscientos o trescientos mil, quizás más, todos de negro, se apuraban colina abajo para aplastar al enemigo. Los caballos levantaban polvo al golpear el suelo.

Entonces los gritos llegaron hasta ella, retardados por la gran distancia. Un sordo rugido de ira de muchísimas gargantas humanas que se abrían.

Luego los eramitas, un ejército más pequeño pero aún enorme, salían del borde a la derecha y bajaban corriendo para entrar en colisión. ¡Guiados por albinos! Todo el ejército, sin dejar a nadie para proteger la colina.

Hasta cierto punto, ella había esperado que los albinos entraran en razón y dieran media vuelta. Pero la lengua de la bruja había demostrado claramente ser demasiado astuta.

Esta era la batalla final. Sin duda, trescientos o cuatrocientos mil estarían muertos en el suelo cuando el polvo se asentara.

Chelise observó horrorizada cómo ambos ejércitos chocaban entre sí. Esto tardó unos instantes, y luego ella oyó el terrible sonido de esa colisión inicial, como dos arietes chocando de frente. Pudo ver las arremetidas de lanzas y las oscilaciones de mazas rebotando de modo grotesco contra cuerpos. Desde esta distancia no se veía sangre ni partes de cuerpos volando, solo dos enormes muros de humanidad destrozándose mutuamente.

E incluso, mientras Chelise observaba, una tercera oleada salió de la ladera de las hordas. Otro ejército para unirse al primero, aumentando el total a más de medio millón. ¡Triplicaban a los eramitas!

Pero los eramitas tenían el brebaje de la bruja. El aliento de Teeleh. Y si hallaban una manera de liberarlo, la tendencia cambiaría a toda velocidad. Chelise estaba tan consternada por la demostración de fuerza brutal que no se le vino a la mente qué hacer. Entonces vio sobre la ladera sur los elevados estandartes que mostraban los colores de su padre, y supo que él se hallaba allí, comandando desde lo alto.

Pero este era Qurong, y él se uniría a sus hombres en batalla si hubiera algún indicio de que estos necesitaban su ayuda. Ella tenía que llegar hasta donde él. Debía detenerlo y obligarlo a usar la razón en este momento de desenlaces. La mujer se aproximaría por el este, donde el ejército horda se había colocado en espera. La guardia de su padre no esperaría a alguien desde ese lado, y así ella tendría mejor oportunidad de llegar hasta él. En un momento de guerra tendrían la orden de matar a cualquier albino a la vista. Si ella moría, su padre estaría irremediablemente perdido.

—¡Arre!

Chelise espoléó el caballo y lo obligó a dirigirse hacia el oriente. Tardaría hora y media en llegar al extremo lejano, y solo si pasaba sin ser vista. Quizás, si encontraba un garañón extraviado de las hordas y se vestía con atuendo horda. Llegar hasta su padre era lo único que importaba ahora.

QURONG CAMINABA de un lado al otro en su puesto de observación, furioso.

—¡Ba'al! —gritó, deteniéndose al lado de un criado que se hallaba bajo la sombra de un árbol solitario sobre el borde sur, una antigua y frondosa higuera Miggdon, pero sin fruto.

Desde esta posición estratégica no había señal del siniestro sacerdote.

—¡Trae a ese sórdido brujo —ordenó girando hacia el criado—. Tráemelo a rastras si es necesario. ¡Ahora mismo!

—Sí, mi señor.

El criado salió corriendo, y Qurong dudó que volviera. Cassak ya estaba colina abajo, igual que sus guturales, dejando solo mil guardias para defender el perímetro alrededor de Qurong.

—Dime otra vez lo que les ha sucedido a los guerreros —pidió Qurong volviéndose al mensajero enviado por Cassak—. Esto no tiene sentido, de ninguna manera.

—Un maleficio, una enfermedad, no sé. Pero nuestros hombres en el valle están sufriendo, mi señor.

—¿Sufriendo? —se burló el comandante—. La guerra está llena de sufrimiento.

Pero no se podía negar la facilidad con que los mestizos destrozaban las filas hordas. Por lo que veía, los albinos eran prácticamente imparables, masacraban a los hombres de Qurong con tal alevosía que sus mejores guturales parecían como atados con cuerdas.

—Malestares y dolor —informó el mensajero volviendo frenético los ojos hacia la colina—. Nuestros hombres aúllan como animales heridos.

—¿También Cassak?

—Todos ellos, mi señor.

—¿Y tú? ¿Tú no?

—No. Pero no he estado en la lucha. El mensaje me lo transmitió otro.

—¿Y tenía él esta afección?

—No lo puedo asegurar. No, señor, no me consta.

¡Esto era imposible!

—¡Ba'al! —volvió a vociferar.

Odiaba a ese brujo.

Entonces Qurong vio al siniestro sacerdote en el valle. Había levantado un altar en un enclave protegido más al oriente con una docena de sus perversos subordinados. Parecía estar sacrificando... ¡qué desastre! Una cabra. O un ser humano, estaba demasiado lejos para ver claramente.

Qurong observó incrédulo la distante figura morada que levantaba ambas manos hacia un cielo vacío. Nubes negras se habían acumulado, prometiendo lluvia, pero ya no lograba ver shataikis. No había magia en el aire para matar a los mestizos traidores.

Cuando esto acabara, él mismo separaría de los hombros la cabeza a Ba'al. El hombre podría tener algún túnel personal hacia la guarida de Teeleh, pero era un repugnante fantasma, así como los mestizos. Que Teeleh se alimente de la carne del sujeto. Las hordas necesitaban un hombre de fiar a fin de guiarlos en asuntos espirituales.

—¡Ba'al! —Qurong volvió a gritar su frustración dentro del valle, sabiendo que allá abajo no se podría oír nada más que choques de metal y gemidos de hombres.

Estás gastando saliva en balde, Qurong. Tu ejército está cayendo.

Miró hacia la batalla, con el rostro enardecido. Un albino que se acercó lo suficiente como para que Qurong le distinguiera la oscura y suave piel iba a pie y blandía una espada con ambas manos. La hacía oscilar como si fuera una pluma, cortando y atravesando el pecho de un gutural, y eludiendo luego un hacha lanzada. Como un maestro entre niños. Los hombres de Qurong parecían demasiado lentos.

Se acabó. Te destrozarán de un golpe.

La mente del comandante huyó del valle por un instante y acogió una imagen de Patricia, la sabia mujer que siempre lo había amado. Moriría por ella. Y Chelise...

Querida Chelise, perdóname. Perdóname, hija mía.

—¡Capitán! —llamó Qurong extendiendo el brazo con la mano abierta.

El capitán de su guardia corrió hacia él e hizo una reverencia.

—Dame la espada.

—¿Señor?

—¡Mi espada, Malachi! Dame mi espada. Bajaré. Ordena al resto de tus hombres que entren a la batalla. Hoy viviremos o moriremos.

EL VALLE de Miggdon bien podría haber sido una fosa común y Samuel no habría notado la diferencia. Que se las hubiera arreglado para sobrevivir tres horas de lucha cerrada no era algo tan glorioso como había imaginado.

La sangre de decenas de miles humedecía la tierra; podía sentir lo pegajoso a través de las botas empapadas. El valle era un terreno de carnicería, pura y llanamente, y el ejército de Qurong en realidad había sido el masacrado. Los caballos ya no podían desplazarse entre los cadáveres bajo las patas y se habían ido al perímetro, por donde aquellos guerreros que habían perdido el valor intentaban huir solo para ser decapitados. Según parece, Qurong había perdido la mitad de su ejército, y el resto estaba sintiendo todos los efectos del veneno de Janae. Su propia enfermedad se los estaba comiendo vivos, y un lamento surgía por todas partes mientras las armas les hundían la carne, desesperados por alivio. Pero más de una tercera parte de los mestizos también yacía muerta. Solo era cuestión de tiempo que atacaran la última fuerza masiva de Qurong, pero las hordas ya habían perdido suficientes vidas para dejar llorando por meses a muchas esposas y muchos hijos.

Samuel se agachó rápidamente para esquivar una sibilante maza e hizo oscilar la espada contra el rostro de un encostrado conectado al otro extremo de la cadena. La hoja cortó hábilmente el cuello del hombre, y el cuerpo dio tres pasos más antes de tropezar y caer sobre dos cadáveres.

Perdóname, padre, porque he pecado.

—¡Tu espalda, Hunter! —gritó una voz.

Samuel dio media vuelta a tiempo para desviar una lanza arrojada por un joven encostrado ahora ensartado en el extremo de la espada de Eram. El líder mestizo sostuvo la mirada al hijo de Hunter, luego giró para defenderse de dos encostrados que empuñaban largas espadas.

Las articulaciones de Samuel aullaban de dolor, y los albinos que peleaban alrededor de él estaban cubiertos con la enfermedad de las costras. Con cada giro, Samuel sentía la mirada de su padre sobre él.

No quedarían hombres vivos. Este no era un ataque contra las hordas. Era el acabose de las hordas. La mortandad le producía náuseas.

Samuel se detuvo y permaneció de pie, jadeante en medio de la batalla, como un hombre atrapado en el ojo de una tormenta, tranquilo por el momento. Se volvió lentamente y examinó la matanza. La escena lo sacudió con vertiginosa velocidad. Un hombre sin brazo gritaba, otro se tambaleaba mientras corría, ciego. Un albino lloraba. Lloraba aunque parecía no haberlo tocado espada alguna. La batalla se ganaría pronto. En treinta minutos el ejército del gran Qurong estaría liquidado y pudriéndose en el suelo. Las moscas ya habían llegado por los cientos de miles derribados. Samuel ya se había acostumbrado a la hediondez de la carne horda, pero

era mucho peor la carne horda sangrante, y el olor le obstruía las fosas nasales tanto como la carne podrida.

Por todos lados la masacre se propagaba con furia. Samuel se movió para evitar una lanza arrojada violentamente contra él. El encostrado lo miró, luego cayó de rodillas y comenzó a llorar. Era apenas un adolescente, profiriendo a gritos el nombre de su madre en un gemido lastimero. Martha.

—¡Cállate! —gritó Samuel—. ¡Basta!

El muchacho no lo oía o no quería oírlo. Furioso, Samuel corrió al frente, saltando a su paso sobre los cadáveres. Vociferó su ira e hizo girar la espada a toda velocidad. Se puso en pie por encima de la matanza, agobiado por una oleada de náuseas. Padre. Por favor, padre. Cayó de rodillas al lado del cuerpo asesinado y tocó la carne tibia del muchacho.

Madre... Una profunda tristeza le brotó del pasado. Querida madre, perdóname.

Y entonces se rompió la represa que había separado en Samuel al niño del hombre, y empezó a llorar. Se puso en cuclillas, apretó los ojos en dirección al cielo oscuro, extendió los brazos a lo ancho, y empezó a gemir su angustia.

¿Qué había hecho? ¿Qué clase de engaño había bebido? ¿Cómo podía deshacer esta catástrofe?

Pero era demasiado tarde. Ya estaba hecho. Había traicionado a su padre.

Samuel lloró.

Sería mejor ahora que alguien lo matara allí mismo, llorando como un bebé. ¿Cómo podría vivir sabiendo que había provocado esta matanza? Había nacido a la imagen de su padre, destinado para salvar al mundo. En vez de eso había representado al mismo Judas del que su padre hablaba. Un traidor.

Lentamente, la tristeza se convirtió en ira. Luego en furia. Y entonces el cielo por encima de él ennegreció y el campo de batalla alrededor se silenció, y le cruzó la mente el lejano pensamiento de que podría estar muerto. Abrió los ojos. Una hueste de shataikis, que parecía de un millón de ellos, circundaba a no más de mil metros sobre el valle, como un remolino de alquitrán negro relleno con piel sarnosa y ojos de cereza. Samuel sintió la brisa de las alas de los bichos mientras se movían silenciosamente en lo alto.

La batalla alrededor de él se había detenido; el horror dibujado en los altos cielos estaba expuesto para que todos lo vieran. Y Samuel supo entonces toda la verdad. Habían roto su pacto con Elyon, despejando el camino para que los shataikis los destrozaran a voluntad. El muchacho no sabía qué clase de maldad manejaban Ba'al y Qurong, pero dudaba que las feroces aves los consumieran. No, ese honor les pertenecía a los mestizos, no a los albinos.

Janae los había convencido para que todos rechazaran la protección que venía de bañarse en los lagos de Elyon. Y en realidad Samuel lo había sabido todo desde el

principio, ¿no es así? En lo más profundo de la enfermedad que le nublabla la mente, el chico siempre tuvo la certeza de que la bruja era sierva de Teeleh, porque ella había venido del desierto portando la marca de la bestia.

Janae era criada de Teeleh, y Samuel hijo de Hunter resultó ser el títere de la bruja.

Se puso de pie, mirando al cielo, cegado por una furia debilitadora. Era el acabose. Había venido a matar a Qurong, el padre a quien Chelise amaba más de lo que amaba incluso a los de su propia clase. En vez de eso, el muchacho había matado a todos menos a Qurong.

Había asesinado al mundo.

Samuel tembló, deseando morir. Los muertos eran un festín, una presa fácil, sangre y carne para los shataikis que habían esperado este banquete desde su cautiverio en el bosque negro. Y Samuel hijo de Hunter fue quien les sirvió la comilona. Gritos y caos surgían del valle detrás del rebelde, que se volvió lentamente. Sin excepción alguna, los ejércitos tanto de Qurong como de Eram quedaron paralizados al ver una sola columna de murciélagos negros dirigiéndose al suelo en el lejano costado del campo de batalla, a doscientos metros de distancia.

Como una serpiente llegando a tierra, los shataikis descendieron y comenzaron a alimentarse. Garras por delante, despedazando cabezas o espaldas. Luego colmillos, penetrando en los cráneos de todos los guerreros en pie, que caían en un enredo de sangre y pelaje.

Los restantes guerreros abandonaban las armas y trataban de huir, pero los shataikis los atrapaban y los derribaban. La oscuridad se apoderó del campo de batalla mientras las negras criaturas se precipitaban a través del embudo que se extendía lentamente hacia el norte.

El valle estalló en pánico mientras los vivos huían, unos cien mil aún fuertes. Podían huir... debían huir, pero no lograban esconderse. Samuel se volvió y miró hacia el norte, capaz apenas de mantenerse erguido por el temor que le estremecía los huesos.

No se veía a nadie en la cima. El comandante horda había huido. Y ahora el árbol solitario al lado de los elevados estandartes se mostraba desnudo. Sin hojas. Un puntiagudo cascarón quemado permanecía contra el cielo, extendiéndose como una garra negra.

Lo que fuera verde ahora era negro.

—Padre... —balbuceó Samuel mientras le corrían lágrimas por las mejillas al volverse hacia el valle—. ¡Padre, perdóname! Perdóname, Thomas. Un destello morado se movía a gran velocidad por la lejana ladera sur, un guerrero montado en un caballo negro. Es Qurong, pensó Samuel, dominándose. Y mientras observaba, el cabecilla de las hordas hacía oscilar la espada contra todo enemigo que se le cruzaba

en el camino. El tipo se había vuelto loco y atacaba ahora, sabiendo que todo estaba perdido. Leal hasta la médula.

Aun ahora, el envilecido enemigo de todo lo bueno demostraba ser más hombre de lo que Samuel había sido nunca. El joven lanzó un grito de desprecio por sí mismo.

He aquí la verdadera realeza, en las hordas. Y el heredero de Elyon era un deplorable traidor empapado en sangre.

Samuel gritó su frustración. Agarró la espada, saltó sobre cuerpos caídos, y montó rápidamente sobre el lomo de un aterrado corcel horda.

Moriría, todos morirían, pero primero moriría Qurong.

Y entonces... entonces vendría el fin.

44

EL CABALLO que Chelise había tomado pertenecía a un guerrero horda muerto que aún se hallaba desplomado sobre el animal que iba por el borde oriental cuando ella se lo encontró por casualidad. Rápidamente, había liberado su propio caballo, se había puesto la capa oscura del combatiente y había enfilado hacia la cima a todo galope sobre el más descansado corcel.

Su padre había enviado todo su ejército, y por lo que ella viera mientras corría, estaban sufriendo una masacre total. Excepto por los pocos miles de albinos que infligían graves daños, la leve ventaja de los mestizos como mejores peleadores había sido equilibrada por las cantidades de hordas.

Pero hasta los guturales de su padre se desplomaban donde se hallaban. Algo iba mal. Había maldad en acción aquí, y la preocupación que ella tenía por la vida de su padre aumentaba con cada respiración.

¡El poderoso Qurong estaba derrotado! Quinientos mil estarían muertos, dejando atrás una ciudad de viudas y niños lamentándose. ¿Y qué haría Samuel, meterlos a todos bajo el agua hasta que se ahogaran?

No, eso no funcionaría. El ahogamiento debía ser voluntario para que actuara. Chelise siguió buscando en el fondo del valle alguna señal de los colores de su padre. Sin duda, él se uniría a sus hombres al verlos caer de este modo. Preferiría abrazar la muerte que ir a casa despojado de su orgullo.

Oh, Elyon, ella debía alcanzarlo.

La mujer rodeó el borde sur, espoleando al animal que resollaba. Logró ver a lo lejos los estandartes, pero el ejército había desaparecido. Ningún indicio... El cielo se oscureció, y ella frenó el corcel. ¿Qué era esto?

Los shataikis se propagaban por el alto cielo en un enorme torbellino que se movía lentamente. La batalla se había estancado. El silencio sofocaba el valle. Era el final, entonces. Elyon vendría. Por un breve instante, sintió júbilo, porque eso estaba profetizado. El día del dragón había llegado. Ella no sabía qué iba a ocurrir con los

demás, ni le importaba ya. Solo que Qurong se salvara.

¿Y su madre? Sí, su madre también, por supuesto. ¿Pero cómo?

De repente, los shataikis se lanzaron en el extremo lejano del valle, como la cola de un tornado. El daño que infligían al tocar tierra no era menos destructivo. Comenzaron a devorar a los vivos, y Chelise empezó a llenarse de pánico.

—¡Padre! —gritó, pero el alarido salió tan solo como un susurro en medio del estrépito que resonaba abajo—. ¡Padre! ¡Pad...!

¡Lo vio! Arrastrando una capa morada. Corriendo a prisa por el suelo del valle en un caballo negro. El comandante cortó a tajos a un guerrero albino que huía, pero el objetivo del líder no estaba en la batalla principal. Se dirigía hacia un pequeño grupo de rocas en el costado occidental, donde Chelise logró distinguir varios sacerdotes con sus vestimentas negras.

—¡Arre! ¡Arre! —gritó Chelise espoleando al caballo y metiéndose en el oscurecido valle.

Los shataikis que inundaban el valle se dispersaban como miles y miles de avispones apiñándose para atravesar una hendidura en un precipicio. Elegían a los guerreros que huían y los atacaban mientras intentaban subir las laderas. Ella aún tenía tiempo, quizás diez minutos, antes de que las negras bestias lograran llegar hasta este extremo.

Había un estanque rojo a menos de un kilómetro al oriente; sin embargo, ¿cómo llegar hasta allí?

— ¡Arre! —le susurró al caballo y se apuró para interceptar a Qurong.

No fue sino hasta que estuvo como a cien metros que supuso las intenciones de Qurong. Ba'al, el siniestro sacerdote, estaba de rodillas sobre un improvisado altar, despojado de su manto. Tenía los brazos extendidos hacia el remolino de shataikis, y la mandíbula abierta en una amplia exclamación de deleite. Otros cuatro sacerdotes también se habían desnudado y sangraban por profundas heridas en brazos y costillas. Este era el momento más sublime para el hombre. Tras esta matanza estaban de algún modo tanto Samuel como Janae.

Y ahora Qurong quería descargar su ira sobre el frágil esqueleto blanco de un hombre.

—¡Padre!

Qurong vociferaba, con la espada en alto sobre la cabeza, bramando.

—¡Padre!

Un movimiento muy por detrás de ella le llamó la atención, y al girar logró ver un mestizo corriendo hacia ellos como un dragón saliendo del infierno.

— ¡Padre! —exclamó ella volviendo a mirarlo otra vez.

Sin duda, Ba'al era consciente de que su asesino había llegado, pero confiaba en que solo su amo, Teeleh, lo salvaría. No obstante, era evidente que Teeleh no estaba

hoy de humor para salvar.

Qurong se apeó rodando del caballo, que siguió a todo galope, se puso en pie a menos de diez metros del altar, y se apresuró hacia Ba'al con ambas manos en la espada. Ba'al clamaba ahora con lágrimas hacia los cielos, frenético con su propia clase de placer.

—¡Padre!

Qurong plantó un pie en la base del altar y bamboleó la hoja como un garrote. El acero afilado como una navaja tajó el más cercano de los brazos levantados de Ba'al, luego le cercenó el cuello antes de echar una mirada al aire.

La cabeza del siniestro sacerdote se desprendió del cuerpo y fue a parar sobre la piedra, con la mandíbula aún extendida, ahora en silencio. Los sacerdotes de Ba'al huyeron, clamando a Teeleh como mujeres desesperadas.

— ¡Qurong! —gritó Chelise deteniéndose y apeándose—. Comandante supremo de las hordas, te ruego que me escuches.

Su padre se volvió poco a poco, con la ensangrentada y flácida espada en la mano.

La miró como si no la reconociera, desubicado.

—El fin del mundo ha llegado, padre. Tu ejército ha desaparecido. Tu pueblo se quedó sin esposos.

—¿Chelise? —exclamó él mientras lentamente se le arrugaba el rostro por la angustia, cayendo sobre una rodilla.

—Sí, soy yo, padre —contestó ella, acercándose—. Y este no es el camino de un poderoso líder. Estás llamado al lado de Elyon, como una vez estuviste. El hombre trató de incorporarse, pero no pudo.

—Tienes que ahogarte, padre.

—Nunca —objetó con voz débil, pero las mejillas se le estremecieron con su testarudez—. Nunca me ahogaré como un cobarde.

— ¡Para esta locura! —gritó ella—. Se trata de vivir, ¡viejo tonto! Estás aquí al borde del infierno, ¿y te resistes al llamado de tu Hacedor?

—No sirvo a nadie. El infierno no me puede tocar ahora —declaró y volvió a tratar de levantarse, esta vez con una mueca de dolor. ¿Estaba dolorido? ¿Lo habían herido?

Chelise recordó la escena de Stephen, el encostrado que Janae había expuesto a la botella con el veneno de Teeleh. Su padre había estado en contacto con el líquido al entrar en batalla, y ya estaba moribundo.

—El dolor que sientes es la traición de Teeleh. Su enfermedad te matará aunque estés protegido por los shataikis. ¡Te han traicionado!

—Yo... no... me... ¡ahogaré! —exclamó y se las arregló para ponerse de pie, pero con paso vacilante, como un anciano.

Ella agarró la botella de sangre que Johan le había dado. La sangre de Thomas, la cual Janae debió haber portado sabiendo que afectaría a la enfermedad. ¿Para qué si no conservarla? Chelise rompió la parte superior del frasco, dejando al descubierto un filo puntiagudo, y se lo pasó al comandante.

—Sangre, padre. De Thomas. Limpiada por el primer lago.

—No seas ridícula —manifestó él escupiendo a un lado—. Ba'al me hizo beber sangre de Teeleh; ¿quieres ahora que beba sangre de tu esposo? ¡Aquí estamos en una batalla!

—¡Y tú te estás muriendo! A tu pueblo lo están masacrando los mestizos y se lo están comiendo aquellos que tienen sed de la sangre de Teeleh —explicó ella, y luego hizo una pausa sin estar segura de qué hacer—. Creo que si la sangre de Thomas se mezcla con la tuya se te detendrá la enfermedad.

— ¡Yo escupiría sobre la sangre de Thomas! —retumbó Qurong.

Chelise se ofendió tanto por este despreciable rechazo de su padre a mostrar sentido común que actuó sin pensar. Se abalanzó sobre él y le cortó el antebrazo con el frasco.

Qurong se miró el brazo, horrorizado de que la sangre de Thomas se mezclara con la suya. Chelise retrocedió y dejó caer la botella. Detrás de ella el fragor de la matanza se acercaba más y más. Pero la mujer estaba vestida como un guerrero horda y se hallaba con Qurong. Por el momento estaban a salvo.

—No sé que más hacer, salvo orar porque la sangre de Thomas te proteja. Pero te debes ahogar, padre. Por favor, ¡debes hacerlo!

—No sé qué hacer —contestó Qurong mientras se miraba el brazo y respiraba profundamente; las lágrimas le manaban de los ojos y se le derramaban por las mejillas—. No sé que está sucediendo.

El hombre cayó sobre las rodillas y enterró el rostro entre las manos.

—Perdóname —clamó llorando—. Perdóname.

—Te perdono, padre.

Ahora ella también lloraba. Estaba de pie a menos de tres metros de Qurong mientras las negras bestias arrasaban a las hordas, y rogaba como una madre que suplica por la vida de su único hijo.

—Ahógate, te lo imploro, ahógate. Los shataikis no te consumirán ahora. Estás protegido por la sangre. Podemos ir a un lago rojo cercano. Por favor, por favor, te lo ruego, padre.

Chelise oyó las débiles pisadas de cascos detrás de ella y una imagen le resplandeció en la mente. El mestizo que había visto antes.

Ella giró hacia atrás y vio el caballo que se le venía encima. Divisó la espada que bajaba. Oyó el rugido de protesta de su padre.

En un fugaz vistazo percibió que se trataba de Samuel, convertido en horda.

Sintió el pinchazo de la espada cuando le tajaba el cuello.

Y entonces el horizonte de Chelise de Hunter se volvió azul.

Un cielo brillante se levantaba de un desierto en perfecto silencio. Nada más, solo un blanco desierto ondulado y un cielo perfectamente azul.

En un momento, un dolor punzante mientras el filo metálico de la espada se le deslizaba por el cuello; al siguiente, absoluta paz en este mundo resplandeciente que se extendía frente a ella.

Sin dolor.

Sin tristeza.

Sin sangre.

Varios y prolongados segundos avanzaban con dificultad por el perfecto silencio.

Un niño reía detrás de ella. Se dio la vuelta y vio que no se hallaba sola. Un muchacho delgado de tal vez trece años estaba en la orilla de un estanque verde.

Sí, pensó ella, allí está el estanque.

—Hola, Chelise, hija de Elyon —saludó el niño.

Ella supo al primer sonido de la voz que se trataba de mucho más que de un muchacho común y corriente.

—Hola —contestó ella con voz temblorosa.

El le mostró una sonrisa juguetona, se giró a mirar el agua, y luego a ella, y después otra vez al agua. Finalmente, los brillantes ojos verdes del muchacho se volvieron a posar en ella.

—¿Estás lista?

¿Estás lista? Ella ya no lograba encontrar la voz. Y de repente no pudo ver, porque tenía los ojos borrosos por lágrimas de desesperación.

Incapaz de contener su propia emoción, el niño se volvió y se zambulló. Chelise despegó los pies de la arena, jadeando. Ya había dado tres pasos cuando el cuerpo del muchacho salpicaba en la superficie y desaparecía debajo de las aguas color esmeralda.

Entonces ella se lanzó de cabeza al interior del lago de Elyon, y el placer de su primer contacto la dejó sin aliento.

QURONG HABÍA estado tan ausente, tan dominado por su propia miseria, tan consumido por la autocompasión, que no vio el peligro. Había visto antes al guerrero que se aproximaba a toda prisa, pero solo cuando fue demasiado tarde comprendió que venía a asesinar.

Se puso en pie de un salto y extendió las manos, creyendo que uno de sus hombres había confundido a Chelise con un eramita que lo amenazaba.

—¡Mi hija! —gritó—. Ella es mi...

Entonces vio que se trataba de un guerrero eramita cuya armadura manchada de sangre lo hacía casi idéntico a sus propios guerreros. Sin embargo, en el último instante creyó que el mestizo pondría atención a su grito.

Pero era demasiado tarde. Era imposible detener el impulso de la espada del guerrero.

La hoja cortó limpiamente el cuello de Chelise. La cabeza se le separó del cuerpo, rebotó en el caballo del atacante, y cayó al suelo con los ojos todavía abiertos. Qurong no tuvo tiempo para considerar el horror de este súbito cambio antes de que el guerrero volviera a blandir la espada con un grito de ira, ahora hacia él. El líder horda se agachó esquivando el golpe, consciente de que casi había desaparecido el dolor que sintiera solo un minuto antes. La espada del atacante chocó en la roca detrás de él, y entonces el mestizo hizo retroceder el caballo para atacar de nuevo. Pero allí estaba Chelise, tendida muerta y sangrando por el cuello, y Qurong no pudo soportar verla. El tipo había matado a su propia hija, tan claramente como si el mismo padre hubiera blandido la espada.

Ella sonreía muerta. Un rostro puro y límpido, libre de toda mancha. Esta hija, cuya frente había besado muy a menudo y que tantas veces se había pavoneado anunciando a todos que su papá era el hombre más fuerte y fabuloso del mundo... esta hija llamada Chelise estaba muerta. Por culpa de él.

Qurong deseó morir. ¡Que el mestizo lo acabara ya todo!

LA ESPADA de Samuel oscilaba a toda velocidad cuando el guardia se volvió, entonces vio que el él era una ella.

Vio que esta mujer no era uno de los escoltas de Qurong, como había supuesto por la túnica que usaba y el caballo en que cabalgaba.

Vio que esta mujer era Chelise. Su madre.

Aterrado por la escena quiso echar bruscamente la espada hacia atrás y a lo lejos, pero el impulso era demasiado fuerte, y la hoja desgajó el cuello femenino como si estuviera hecho de arcilla blanca.

Mientras pasaba a toda velocidad, la bota de él se estrelló contra la cabeza que caía. La mente perdió la pista de su mortal enemigo, el padre de Chelise. Sin duda estaba equivocado; ¡esta mujer no podía ser su madre! El podía deshacer esto. ¡Mamá nunca se disfrazaría como encostrada, montada en un caballo de las hordas! Pero, aunque lograra gritar, la mente se le quedó sin sangre y sin razón mientras luchaba por obligar al caballo a dar la vuelta. Retrocedió a toda prisa, detuvo el corcel y saltó al suelo. Qurong estaba allí, de rodillas, pálido por la impresión. Y allí, sobre el suelo, a tres metros de él, yacía... sí. Sí, era ella.

El mundo de Samuel se puso a dar vueltas. El horizonte empezó a desvanecerse,

todo menos los ojos verdes que lo miraban desde el rostro de esta impetuosa mujer, que a menudo lo había regañado, pero que también lo había amado como su hijo.

Chelise. ¡Chelise! ¡Madre! Querida madre.

—¿Madre?

El muchacho estaba frente al valle ensombrecido por los shataikis, pero en ese instante no existía nada más que esta insensatez y el anhelo de unirse a su madre en el suelo, muerta.

EL MESTIZO no acabó con la vida de Qurong. Ni intentó un segundo ataque. En vez de eso, se bajó de la silla y se tambaleó hacia al frente.

—¿Madre?

¿Madre? ¿Madre? Qurong sintió que se llenaba de ira y que el dominio propio se le escapaba.

Los truenos chocaban ruidosamente en lo alto, y el comandante se volvió para mirar las irregulares líneas de relámpagos que serpenteaban en el cielo. El centro del enjambre negro que circundaba el valle se esparció como luz que lo atravesaba. Miles de shataikis empezaron a caer del cielo, chillando. Era como si un amplio rayo de sol al rojo vivo hubiera dado de lleno en medio de los bichos quemándolos totalmente. La luz golpeó ruidosamente en el campo de batalla, y la tierra bajo el cuerpo de Qurong empezó a temblar.

El mundo se estaba acabando.

El comandante de las hordas se volvió lentamente hacia el mestizo. El mundo se estaba terminando, y solo había una tarea que daría la más pequeña medida de paz a un hombre que lo había perdido todo.

Qurong alargó la mano hacia su espada, asió fuertemente la empuñadura y se levantó de sobre las rodillas, temblando de pies a cabeza. Se abalanzó hacia el mestizo que estaba paralizado por la confusión. La ira del líder brotó como un largo y brutal grito desde el fondo de su ser, y con todas las fuerzas blandió la espada para cercenar el cuerpo del hombre, casi por la mitad del pecho.

El mestizo lo miró con ojos desorbitados, luego cayó muerto a los pies del caudillo, llevándose con él la espada de Qurong.

El líder de las hordas se quedó encaramado sobre los cuerpos muertos, aletargado. Entonces cayó de bruces cerca de la cabeza de Chelise y lloró sobre la tierra.

45

HABÍAN CORRIDO por el desierto durante ocho horas, y con cada golpe de los cascos del corcel el corazón de Thomas palpitaba con una expectativa que se había estado fortaleciendo en los últimos veintisiete años.

¡El momento había llegado! Este era el todo.

Todo menos Samuel y Chelise.

Los caballos entraron a una formación natural en total e inagotable galope sobre la arena. Un millón de roushes volaban en lo alto, llenando el cielo hasta donde se lograba divisar. La colorida luz en movimiento continuo formaba un túnel alrededor de ellos, llevándolos hacia adelante. Thomas deseó volver a tocar la luz para nadar en esos colores y zambullirse en las aguas de Elyon llenas de poder embriagador. Pero estos pensamientos eran susurros de promesa; el Guerrero en el corcel blanco que galopaba a toda prisa delante de ellos le acaparaba la mente. No lograba quitar la mirada de Elyon, allí mismo, cien metros adelante, atravesando raudo el desierto con su capa roja volándole por detrás. Al pasar el caballo de Elyon, la arena cobraba vida con la luz, de modo que cuando Thomas y Kara lo alcanzaron parecían estar corriendo a través de una delgada nube de poder puro y claro. Quizás esto era lo que proporcionaba a los caballos esa fortaleza inagotable.

Estaban siendo escoltados en un gran despliegue de prodigio y poder, y ninguno de ellos parecía capaz de pronunciar una sola palabra. No se detuvieron a comer; esta expectativa los alimentaba.

Esta esperanza los sustentaba.

¿Cómo la habían pasado por alto? Como niños deambulando por el desierto, habían perdido de vista la promesa, consumidos con tanta facilidad en la búsqueda de recompensa mediante un sustento diario de migajas desde el cielo. El Israel de Elyon había perdido su sendero.

Pero este poder crujía desde el principio justo al otro lado de la corteza del mundo de ellos. Si solamente lo hubieran visto...

Si el mundo lograra verlo. Pero ellos sí lo vieron, pensó Thomas. Alguien llamado Johnny les había mostrado algunas cosas. El santo les había abierto los ojos. Y pronto Billy, el pecador, los cegaría en una confrontación final.

No estaba seguro de cómo sabía esto, porque este era su hogar y ahora sabía poco acerca del otro mundo. ¿Sabía Kara respecto de Samuel y Paradise? La idea abstracta lo distrajo por un momento. Samuel. ¿Y Samuel? ¡Tan absoluta era su obsesión con el Guerrero que se había olvidado de Samuel y de Chelise! ¡Tenía que salvarlos!

¡Debía encontrarlos y traerlos con él!

Pero entonces supo algo más, como había sabido acerca de alguien llamado Johnny. Había una razón para esta prisa con que corrían por el desierto. Iban tras Samuel y Chelise.

Thomas se inclinó más hacia abajo y presionó con más fuerza; sin embargo, los brillantes colores lo volvieron a engullir, y otra vez se volvió a centrar en su deseo de entrar en el lago de Elyon.

—¡Corre, Thomas, corre!

Miró a la izquierda y vio que Gabil, un esponjoso roush blanco a quien conociera mucho tiempo atrás, volaba a menos de tres metros de distancia. Los redondos ojos verdes de la criatura centelleaban vívidamente con su naturaleza traviesa.

—¡Hurra! —exclamó el ser volador haciendo una voltereta en el aire y lanzando una especie de patada de karate a algún enemigo invisible.

Más que oírlo, Thomas sintió risa que le bullía desde lo profundo del ser.

—¿Impresionado, eh? —declaró el roush, y entonces hizo gala de más habilidades, y Thomas vio a cinco roushes más jóvenes detrás de sí, remedándole cada movimiento—. ¡Hurra!

El guerrero había encontrado algunos aprendices.

Thomas se volvió hacia Kara, pensando en mostrarle lo que pasaba, pero vio que frente a ella se hallaba sentado otro roush ayudándole a sostener las riendas. ¿Había estado el roush allí mucho tiempo? Ella no podía quitar la mirada de la cabeza lanuda de la criatura.

Miles de roushes se habían unido a los siete mil albinos, cabalgando o volando con ellos. Y sobre todos volaba uno. Tal vez Michal, siguiendo al Guerrero que corría presuroso por la arena.

Thomas vio por primera vez la enorme espiral de shataikis cuando aún se hallaban lejos del valle de Miggdon. Las bestias se precipitaban a tierra a través de un embudo, una pasmosa escena incluso desde esta distancia. La batalla estaba allí, desafortunada, y él debería sentir algún sobresalto, pero parecía no poder desarrollarlo. Gabil y sus jóvenes reclutas, que ya casi eran cien, continuaban con sus payasadas muy de cerca. Nadie parecía remotamente preocupado por este torbellino de masa negra.

De pronto, los roushes de lo alto se elevaron más, por encima de la espiral de shataikis que giraba velozmente, y Thomas se preguntó si iban a atacar desde arriba. El Guerrero los había dirigido hacia el oriente, directamente al oriente, pero ahora viraba hacia el sur, donde se abría el valle de Miggdon. La luz cambiaba de dirección a lado y lado del jinete; los roushes giraron hacia el sur; los siete mil alteraron el curso pisándole los talones al Guerrero.

Las blancas criaturas se levantaron aún más, y la luz colorida se extendió más hacia abajo. Entraban a lo más peligroso del ennegrecido valle, directo hacia el centro de los shataikis. En cualquier momento se les uniría Chelise. Saldría corriendo desde una de las colinas con Samuel a su lado.

Thomas lograba ver ahora todo el valle. Incalculables shataikis plagaban el terreno justo delante. Pero no estaban solos. Había cadáveres debajo de las bestias. Los shataikis se estaban comiendo a los caídos, un mar de muertos. La escena le cortó la respiración, y si el caballo no hubiera estado fijo solamente en el Guerrero, Thomas se habría detenido en seco. Gabil y su séquito se habían ido. Los alazanes de los albinos se apresuraban hacia delante, imperturbables por la carnicería que alfombraba el suelo del valle.

Cadáveres yacían sobre cadáveres, y solo quedaban unos miles que huían de los shataikis que los derribaban metódicamente clavándoles los colmillos en la cabeza. El valle gritaba, un agudo e inhumano gemido desde las gargantas de shataikis. Y Thomas supo en ese momento que él había posibilitado esta misma escena al crear una fisura en el tiempo para Billy y Janae.

Las palabras de Michal le resplandecieron en la mente. Anda al lugar de donde viniste. Crea un camino para que el círculo cumpla con su esperanza.

Pero había más. Y vuelve rápidamente antes de que sea demasiado tarde. Hazlo y quizás salves a tu hijo.

¿Dónde estaba él? ¿Dónde se hallaba Samuel?

¿Y dónde estaba Chelise?

El Guerrero que iba al frente no miraba hacia atrás ni aminoró la velocidad, y entonces mandó un estruendo hacia el centro del valle abajo.

—¡Thomas!

El miró a Kara, luego le siguió la mirada hacia arriba. Los roushes se hallaban por encima del enorme torbellino de shataikis girando en el cielo, y una delgada sarta de estas bestias se zambullía directamente en el centro de la negra nube. Los roushes cortaron camino entre las bestias, y todo el enjambre de shataikis cambió de dirección, reaccionando ante la intrusión.

El Guerrero en el corcel blanco se paró en los estribos y se ladeó en medio del viento, aún a todo galope. Alzó al aire un dedo de cada mano y gritó su descarga, entonces palmoteo súbitamente las manos. El sonido del palmoteo llegó como un

trueno que estremeció el valle.

Los relámpagos zigzagueaban en el cielo.

Y el fondo del enjambre de shataikis estalló encendido en sangre cuando los primeros roushes se abrieron paso. Una luz blanca emanó por el hoyo que habían cortado. Cayó una docena, y luego cien, cada uno ensangrentado en gran manera. Murciélagos negros caían por el hoyo a medida que los roushes los golpeaban en el centro ahora por miles, creando una gran cavidad en el eje de la espiral. Chillando de terror, las alimañas negras al descubierto sobre el terreno abandonaban sus presas y aleteaban alocadamente hacia la relativa seguridad de los que estaban arriba. Todo el enjambre estaba ahora confundido, pero los bichos se mantenían unidos como una pasta, renuentes a huir solos.

El Guerrero Elyon se inclinó sobre el caballo blanco, corriendo más rápido y más rápido con la cabeza inclinada. Los guiaba directamente al interior de este baño de sangre.

Los roushes habían creado su propio enjambre, un túnel en medio de los shataikis, y de pronto la línea de luz en el centro se infló hasta ensancharse, extendiéndose hacia abajo al campo de batalla. La luz golpeó abajo la tierra, evaporando toda carne a su paso. La tierra tembló, luego se dividió. Se abrió un abismo directamente frente a ellos.

Los roushes entraron a la enorme abertura con la columna de luz y desaparecieron. Fluían con la luz, atravesando velozmente el furioso torbellino de shataikis y a aquellos que huían para ponerse a salvo, exactamente al interior de la amplia brecha, como de cien pasos de ancho.

La tierra se los estaba tragando a todos.

El túnel de colores alrededor de los siete mil se estrechó cuando entraron al campo de batalla, dirigidos por el Guerrero. Todo lo que allí esperaba mientras pasaban era consumido por la luz. El Guerrero abrió una amplia franja entre los montones de muertos.

Entonces Thomas vio el destino que tenían, y se le cortó la respiración. Manaba agua del abismo. Agua roja, formando un nuevo lago en el centro del campo de batalla. Los roushes entraban al interior de un boquete verde que remolineaba en el centro del lago, y desaparecían en las profundidades.

Ha llegado el momento. ¡Ha llegado el momento!

¿Pero dónde estaba Chelise?

Thomas movió la cabeza en todas direcciones. Allí estaba Kara, a tres metros a la derecha, radiante como una niña. Más atrás se hallaban Mikil, Johan y Marie, viéndolo pasar hacia el nuevo lago. Los siete mil se inclinaron hacia adelante en sus cabalgaduras, con la mirada fija en el agua como almas deshidratadas observando su última esperanza.

Pero no había indicios de Chelise. Ni de Samuel.

El pensó que podrían estar extraviados. ¡Perdidos! La mera insinuación de esto le mandó el corazón al interior de la garganta. Por encima, los roushes se metían en el centro de este nuevo remolino; por detrás, los siete mil se esforzaban por seguir tras el Guerrero cuyo caballo galopaba a toda velocidad; por delante, el lago los atraía. Pero Chelise no estaba por ninguna parte.

—¡Elyon! —gritó Thomas; el Guerrero no se volvió ni disminuyó el paso—.

¡Elyon!

Largas opresiones de pánico le entraron en la mente, y volvió a gritar.

—¡Elyon!

El último de los roushes desapareció bajo el agua, y el agujero en el centro del lago se hundió sobre sí mismo. El agua en la mitad remolineaba en matices verdes, rodeada por un reflejo rojizo.

La luz que se movía continuamente a cada lado de ellos llegó al borde del lago. Curvó hacia abajo y se zambulló en las aguas como si la succionara un poderoso vacío. Un rugido sordo llenó el valle, el sonido de poder puro. Arriba, los negros shataikis se esparcían.

Entonces Elyon llevó al corcel sobre el leve ascenso alrededor del lago, se lanzó desde el lomo del blanco animal y surcó el aire en una zambullida perfectamente ejecutada. El cuerpo siguió a las extendidas manos, y en el instante en que la cabeza entró al agua una brillante luz blanca se extendió bajo la superficie como una onda expansiva.

El Guerrero desapareció en las profundidades.

Thomas iba a seguir a Elyon como lo había hecho antes... Elyon conocía la desesperación con que Thomas necesitaba zambullirse en el agua. ¿Pero dónde estaba Samuel?

—¡Elyon! —le gritó a las aguas vacías—. ¡Elyon!

Dirigiéndose hacia la ladera, un roush solitario le voló sobre la cabeza, tan bajo que Thomas sintió el aire aleteándole en el rostro. Al instante reconoció a Michal, el líder de los roushes, con la piel manchada de sangre. El albino miró hacia la lejana elevación en la dirección en que Michal volaba y vio que había un rudimentario altar erigido. Un hombre se hallaba de rodillas, con los puños levantados hacia el cielo, gimiendo.

¡Qurong!

—Entra —le gritó a Kara—. ¡Zambúllete en el lago tras él! Yo vendré...

Kara giró a la derecha, siguiendo al roush. Ella apenas necesitaba que la animaran más. Llevó el caballo al borde y se lanzó de cabeza en el lago rojo con una poderosa salpicadura. Las aguas de Elyon se la tragaron.

Thomas siguió al roush hasta el occidente del estanque, tentado a regresar y

zambullirse. Pero allí estaba Qurong, justo adelante, y Chelise había venido por su padre.

Ahora los siete mil entraban al agua, oleadas de oleadas, algunos de ellos aferrados a sus monturas, otros lanzándose al aire. Otros más... la mayoría jóvenes, reían desaforadamente dando volteretas en el aire antes de chapotear debajo de la superficie. Todos sabían que había llegado el momento. Elyon los llamaba desde esas embriagadoras aguas.

Thomas espoleó el corcel, haciendo caso omiso de los muertos bajo sus pies. Se precipitó hacia adelante, consciente de que iba en la dirección equivocada. Las aguas aún lo llamaban desde atrás.

Pero Chelise estaba adelante.

Un albino herido que parecía haber contraído la enfermedad de las costras lo pasó corriendo en dirección a las aguas, con lágrimas bajándole por el rostro. Subió torpemente al borde y se lanzó al interior del agua. Un mestizo corría hacia las aguas en la orilla opuesta. Ambos desaparecieron bajo la resplandeciente superficie. Ninguno de los dos emergió. Los siguieron otros a quienes los shataikis habían dejado vivos. Aun otros huían del lago, subiendo a gatas las laderas del valle.

Ahora Thomas vio claramente a Qurong. El líder de las hordas había caído sobre el rostro y se aferraba a una prenda de ropa. Detrás de él sobre una roca plana yacía el cuerpo desnudo del siniestro sacerdote, Ba'al, ahora decapitado. A la derecha, un mestizo caído, bocabajo.

Pero ninguna señal de Chelise. Ni de Samuel. ¡Ninguna!

Detuvo el caballo, se lanzó a tierra y corrió hacia Qurong.

—¿Dónde está ella?

El líder no parecía lúcido. Había estado llorando un buen rato. Thomas lo agarró de las enmarañadas mechas y le echó la cabeza hacia atrás.

—¿Dónde está mi esposa? ¡Dímelo!

—¡Desapareció! —gritó el hombre, mostrándole la prenda—. ¡Se esfumó!

Thomas estaba a punto de abofetearlo para hacerlo entrar en razón en medio de la ansiedad por saber, cuando reconoció la túnica ensangrentada debajo de la capa horda a las rodillas de Qurong. Y los pantalones de montar, aún metidos en la parte alta de las botas.

Las botas... Estas eran botas que él mismo había hecho. Las botas de Chelise.

¡Ella había estado aquí!

Se volvió hacia el lago, y la mente se le llenó con el significado de lo que había acontecido. Chelise había estado aquí, había perdido la vida en la batalla, pero Elyon se la había llevado.

—¡Mi hijo! —exigió saber, volviéndose otra vez hacia Qurong—. ¿Dónde está mi hijo, Samuel? Estaba con los eramitas.

Los ojos de Qurong se abrieron de repente, y el rostro se le iluminó al comprender.

Volteó a mirar hacia la derecha y vio al mestizo que había matado.

—Allí. Allí está tu hijo, el que mató a mi hija.

Thomas se puso en pie lentamente, luchando por mantenerse firme mientras se volvía hacia el cuerpo que yacía bocabajo. Caminó hacia delante, agarró la espada que sobresalía del pecho del guerrero, y lo hizo girarse.

Tenía la piel cubierta de costras, y la armadura era claramente horda, pero no había duda del rostro de este hombre. Samuel. Samuel, que se había vuelto encostrado, yacía muerto. Y su cuerpo, a diferencia del de Chelise, aún estaba aquí, atrapado en este mundo.

Una sensación de calor le bajó a Thomas por el rostro y el cuello, y luego se le irradió por el cuerpo, impidiéndole respirar. Las fuerzas para permanecer de pie lo abandonaron, y cayó de rodillas.

¿Cómo podía ser esto? ¿No había podido salvarlo Chelise?

El cielo se había vaciado de shataikis. Abajo en el lago, los últimos de los siete mil se lanzaban a las profundidades. El campo de batalla había quedado quieto. Pero aquí, en la cabeza de Thomas, un gemido lo invadía como las voces de mil muertos.

El corazón se le destrozaba y la mente se le desmoronaba, y ya no le importó vivir.

Se cubrió el rostro con ambas manos, levantó la barbilla y gimió hacia el cielo.

—Samuel... Samuel. Samuel, hijo mío, ¡hijo mío!

Se rasgó la túnica, abriéndola del todo, y gritó sin reserva.

—Elyon, salva a mi hijo...

El aire permaneció en silencio.

La más vaga idea del paraíso sin Samuel era más de lo que podía soportar. ¡Esta era obra de Teeleh!

—Elyon no tiene oídos —afirmó Qurong a la derecha.

— ¡No! —rezongó Thomas, girándose—. Te equivocas.

Entonces señaló el lago rojo con el dedo.

—¡Ahógate! Ahógate, viejo tonto. Mi esposa y mi hijo han dado sus vidas; ¡ahógate ahora! Zambúllete en el estanque, ¡mete en tus pulmones el agua de Elyon y ahógate!

Thomas se puso de pie tambaleándose, con el rostro encendido, sacando energía de su tristeza. Luego miró al cielo y gritó.

—¡Elyon! Elyon, óyeme. ¡Salva a mi hijo!

El cielo permanecía en silencio.

Un nuevo sentido llegó hasta él. Extendió los brazos al frente y escudriñó el cielo.

—Permíteme volver. Déjame hallar a mi hijo. Te lo ruego, Elyon. Cualquier cosa,

¡lo que sea! Solo déjame salvar a mi hijo.

Nada.

Cerró con fuerza los ojos y extendió los brazos a los costados.

—¡Elyon! —gritó—. ¡Elyon!

Las palabras que Michal le declarara una semana antes le entraron en la mente:

Sigue tu corazón, Thomas, porque el momento ha llegado... porque él te dará lo que pidas en ese instante en que todo esté perdido.

Con todas las fuerzas, desde lo profundo del estómago, gritó hacia el cielo.

—¡Elyon! ¡Cumple tu promesa!

QURONG ESTABA perdido en su propia miseria tenebrosa, pero este simple hecho resaltado por Thomas se acrecentó como un faro de luz en el sombrío horizonte:

Chelise, su propia hija, había entregado la vida por él.

Y ella le había exigido que se ahogara.

Thomas estaba exigiéndole lo mismo. ¡Ahógate! Ahógate, viejo tonto. Ahogarse era una insensatez. Sin embargo, él ya estaba muerto, rodeado de muertos.

Ahógate, padre. Ahógate, ¡ahógate!

Thomas volvió a extender los brazos a lo ancho.

— ¡Elyon! —gritó lleno de ira hacia el cielo, luego repitió, con tal fuerza que Qurong pensó que el hombre podría dañarse los pulmones—. ¡Cumple tu promesa! Entonces sucedió por segunda vez en el espacio de diez minutos. En un momento, Thomas estaba de pie allí; al siguiente, nada más que aire rellenaba su ropa. Simplemente desapareció igual que había pasado con Chelise. Y ahora la túnica de Thomas caía flotando al suelo, vacía.

Qurong miró el montón de ropa, pasmado por lo inexplicable. ¿Podría ser que esto no fuera obra de Teeleh? ¿Que tanto Chelise como Thomas supieran lo que él no sabía? ¿Que el ahogamiento fuera un regalo de Elyon para las hordas? Se volvió y miró el estanque rojo, el corazón y la mente oprimidos por la pérdida. Ninguna alma permanecía con vida. Todos habían muerto, habían huido o se habían ahogado en el interior del lago. Los shataikis avanzaban hacia el sur, en lo alto del cielo. Para alimentarse en la ciudad de Qurong.

Al anoecer, toda alma viva sería consumida por shataikis. Este era el regalo de Ba'al para ellos. A pesar de todo, él, Qurong, seguía vivo. ¿Por qué? Se miró la herida en el brazo, donde la sangre de Thomas se había mezclado con la suya propia, ofreciéndole alguna protección contra la enfermedad y las bestias. Y ahora ese hombre se había desvanecido ante sus ojos.

Ahógate, Qurong. Por amor de Elyon, ¡ahógate!

Se volvió colina abajo, y tragándose un nudo que se le había formado en la garganta siguió hacia adelante. Para esto fue para lo que naciste. Para ahogarte. Para zambullirte en el lago y reír con Elyon.

La desesperación lo inundó y avanzó pesadamente, corriendo ahora. Sobre cadáveres caídos.

Ahógate, viejo tonto. Simplemente ahógate.

Salió a toda velocidad, y ahora no lograba llegar con suficiente rapidez al borde del agua. De pronto, nada más importaba. Todo estaba perdido. Pero allí, precisamente allí, había un lago rojo con un centro verde, y él no lograba correr con suficiente rapidez. Empezó a llorar mientras corría, cegado por sus propias lágrimas.

—Me ahogaré. Me ahogaré —musitó—. Me ahogaré por ti, mi Hacedor. Me ahogaré por ti, Elyon.

Entonces Qurong, comandante supremo de las hordas, se zambulló en el lago. Inhaló las amargas aguas de la muerte de Elyon, y se ahogó en un foso de tristeza.

Y halló vida en un mundo inundado de colores, risas y más placer del que tal vez su nuevo cuerpo podría controlar.

DE PRONTO, el mundo alrededor de Thomas se apagó, se volvió a encender, y entonces él se vio de pie sobre la arena blanca, mirando un brillante horizonte azul en perfecto silencio.

¿Aquí? ¿Solo? El corazón le palpitaba como un puñetazo que le hacía sangrar las venas. El tiempo parecía haberse estancado.

Pero supo que no podía estar solo. El niño...

El niño, debía estar aquí.

Se volvió muy lentamente. El niño se hallaba como a siete metros de distancia, con brazos cruzados, labios aplanados y mirada fija. Detrás de él, un lago verde reflejaba el cielo claro, como un reluciente espejo.

—¿Quieres salvar a tu hijo? —inquirió el niño.

—Sí.

—¿Quieres salvar a Samuel?

—Chelise... —balbuceó mientras el rostro de su amada le inundaba la mente.

—Está conmigo —explicó el muchacho.

Lo cual solo podía significar que Samuel no estaba con él.

—No... no puedo vivir sin él.

El niño lo miró por algunos prolongados segundos, luego se volvió para mirar hacia el horizonte.

—Sé cómo te sientes.

—Sé que esto está dentro de tu poder —declaró Thomas—. Si hubieras salvado a

todos los de Sodoma por diez almas, me darás la oportunidad de salvar a mi propio hijo.

—Es mucho más peligroso de lo que te das cuenta —afirmó el niño, mirando hacia atrás.

—Me arriesgaré. Yo...

—No tú, Thomas. El riesgo es para los demás. Esto no es acerca de ti y de tu hijo. Si te envío de vuelta podrías salvar a tu hijo, ¿pero a qué precio? El coste de salvar aunque sea a una sola persona está más allá de ti.

Él no había pensado en estas condiciones. Pero no podía echarse para atrás, no ahora.

—Ven conmigo —pidió el niño descruzando los brazos.

Thomas avanzó de prisa sobre sus débiles piernas. Se unió al muchacho, que alargó la mano y agarró la de él mientras caminaban a lo largo de la orilla del lago.

—Toda decisión que tomes tendrá consecuencias trascendentales —anunció el niño—. A la larga lo cambiarás todo.

—¿Será mejor o peor?

—Depende.

—¿De qué?

—De ti.

Anduvieron diez pasos en silencio. Thomas sentía en la mano los pequeños dedos del niño. Miró el agua y por unos instantes consideró retirar su solicitud para unirse a los demás. Chelise y Mikil... Kara. Solo podía imaginar el placer de ellos ahora, danzando y girando como niños.

—Está bien, Thomas. Pero tengo dos condiciones.

¿Estaba asintiendo Elyon?

—Las que sean.

—Te enviaré de vuelta al lugar y al momento que yo decida.

—Sí. Sí, por supuesto.

—No recordarás nada de lo acontecido. Tendrás tu oportunidad, como nadie más en la historia, pero sin el beneficio de saber que se trata de una segunda oportunidad. No conservarás ninguno de los conocimientos obtenidos aquí —declaró el muchacho, hizo una pausa y lo miró con sus verdes y redondos ojos—. ¿Asimilas la idea? Thomas lo intentó. ¿Pero importaba? De todos modos no recordaría. Si Elyon requería esto, entonces él aceptaría, y rápidamente.

—Creo que sí, sí.

—Despertarás en un lugar llamado Denver, sin ningún recuerdo de esta realidad. Tus sueños serán afectados.

—¿Sueños?

—Serán reales. Por desgracia, no lo sabrás.

—¿Cómo... cómo funciona eso?

—Mejor de lo que te podrías imaginar —expuso el muchacho sonriendo por primera vez, aunque apenas levemente. Después el rostro le volvió a quedar serio.

—El destino del mundo dependerá de cada decisión que tomes —continuó, mirando hacia el horizonte—. Tú y yo volveremos a hacer historia, Thomas. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí.

—Bien —asintió el niño, y volvió a mirar a Thomas—. De todos modos, eso es lo que hago con cada ser humano. Esperemos que tomes las decisiones correctas.

—¿Qué hay de Chelise?

—Creí que deseabas empezar de nuevo.

La mente se le llenó de confusión.

—Sí, pero... ¿qué hay con Chelise?

—Creí que deseabas salvar a tu hijo —manifestó el muchacho.

—Lo deseo.

—Regresa entonces.

—Sí —contestó Thomas—. A menos que haya otra manera.

—No que yo sepa. Y conozco muchísimas.

Thomas volvió a pensarlo, y tomó rápidamente la decisión. De modo impulsivo.

—Sí. Envíame de vuelta. Por el bien de mi hijo.

—Entonces sumérgete, amigo mío —expresó el niño haciéndose a un lado y guiñando un ojo.

—¿Sumergirme? —preguntó Thomas mirando el cristalino estanque—. ¿Aquí?

—A la profundidad —confirmó el niño.

Thomas aspiró hondo, asintió al muchacho, y se sumergió en lo profundo. Muy, pero muy profundo.

46

EL AGUA caía en cascada sobre la cabeza de Thomas y le bajaba por la cara como un cálido guante. Era solo eso, agua, pero le limpió toda preocupación y ansiedad, y le liberó la mente por algunos minutos. Había estado aquí durante un buen rato, absorto en un mundo lejano que con persistencia le volvía a la mente sin ningún detalle ni significado. Simple escape. Puro escape, lo más cerca que había llegado al cielo en estos días.

—¡Thomas! —exclamó una voz después de que un puño diera unos toques en la puerta—. Ya me voy. Se te va a hacer tarde.

Una imagen mental de una Kara mucho mayor le resplandeció en la mente. Tenía el cabello canoso, tal vez entre cincuenta y sesenta años, y le pedía que la llevara con él. Solo eso: «Llévame contigo, Thomas».

Entonces desapareció la imagen. Él parpadeó bajo chorros de agua, desorientado de repente. ¿Cuánto tiempo había estado aquí? Por brevísimos instantes estuvo confundido respecto a cómo había llegado aquí.

Entonces todo le vino precipitadamente. Se hallaba en la ducha. Era tarde, por la mañana. Su turno en Java Hut empezaba al mediodía. ¿Correcto? Sí, por supuesto. Se sacudió el agua de la cabeza.

—Está bien —contestó, luego añadió—. Te veré esta noche.

Pero probablemente Kara ya estaba fuera de la puerta, dirigiéndose a su turno en el hospital. La realidad acerca de su hermana es que podría tener poco más de veinte años, igual que él, pero lo que le faltaba en edad le sobraba en madurez. No es que él fuera un irresponsable, pero pasar de vivir en las calles de Manila a vivir en Estados Unidos no había resultado tan fácil para él como lo fue para ella. Salió de la ducha y con el antebrazo secó el empañado espejo. Se pasó ambas manos por el cabello húmedo y se examinó el rostro lo mejor que pudo entre los hilillos de agua sobre el cristal.

Nada mal. Nada mal. Las chicas se fijan en una barba de varios días, ¿verdad?

Thomas había perdido un poco de su habilidad durante los últimos dos años en Nueva York, pero Denver sería diferente. Ya habían quedado atrás los problemas con usureros y compañeros sospechosos en los trámites de importación. Tan pronto como volviera a levantarse, se reinsertaría en la sociedad y hallaría la manera de sobresalir en algo.

Mientras tanto, estaba la cafetería donde trabajaba, y el apartamento, gratis, gracias a Kara.

Se vistió rápidamente, al salir agarró una rosquilla dulce del día anterior, y se dirigió a la Novena, luego tomó el callejón hacia Colfax, donde se hallaba la cafetería de moda, más conocida como Java Hut. Las Montañas Rocosas se elevaban contra un cielo azul, visibles solamente entre rascacielos de apartamentos mientras él recorría la calle. Mamá aún estaba en Nueva York, donde se había establecido después del divorcio. Había sido un camino difícil, pero ahora se encontraba estable.

En realidad, el mundo se encontraba estable. Él simplemente debía esperar algo de tiempo, buscar nuevas relaciones y dejar que la vida llegara como siempre lo había hecho, con puñados de dólares y una mujer que apreciara las cosas exquisitas de la vida. Como él.

Está bien, solo en sueños por el momento, pero las cosas estaban mejorando. Tal vez finalmente lograría resarcirse con una de esas novelas que había escrito cuando su sueño de conquistar el mundo editorial aún estaba vivo y coleando. Thomas entró en la cafetería dos minutos después del mediodía y dejó que la puerta golpeará detrás de él.

—Hola, Thomas —lo saludó Edith, la recién contratada pelinegra, con una sonrisa y guiñándole un ojo.

Muy bien... interesante. Bastante bueno. Pero, siendo un imán para los problemas, Thomas no tenía el hábito de flirtear con mujeres de las que no sabía nada.

—Hola —contestó.

—A Frank le gustaría que me enseñaras los trucos —informó ella lanzándole un delantal verde.

—Está bien —asintió él rodeándola y poniéndose detrás del mostrador.

—Cerramos juntos esta noche —dijo ella.

Perfecto. Frank había empezado estos turnos de diez horas una semana antes.

—Está bien.

—Sí.

No quiso mirarla, sabiendo desde y a qué es lo que ella tenía en mente. Lo cual era lo más lejano en la mente de él.

HABÍAN TRANSCURRIDO dos días y Bill sabía ya lo que necesitaba saber,

gracias a Tony, el insignificante delincuente con acento neoyorkino que había convenido en actuar según las reglas de Bill por diez mil dólares al día. Tony había estudiado los movimientos de Thomas, enterándose de que al salir del trabajo cruzaba el callejón en cualquier momento después de las diez.

—Atento, Tony —expresó Bill de pie en lo alto del edificio y señalando hacia la callejuela—. Solo asegúrate que entre a este callejón sin salida.

—Por favor Bill, no me menosprecies. ¿Después qué?

Se preguntó si se arrepentiría de haber contratado al tonto, pero esta no era la clase de proyecto al que se le hacía publicidad a menos que se tuviera tiempo.

—Después vas tras él. Mantente en la radio, te dirigiré. Quiero hacerle creer que tenemos bloqueadas las calles. Que la única salida es subir una de las escaleras.

—Y entonces es tuyo.

Bill se ajustó las gafas de sol, cuidando de mantener ocultos los ojos negros, y examinó los techos planos al otro lado de la callejuela.

—Entonces es mío —respondió asintiendo con la cabeza.

—Y los polis, ¿qué?

—¿Qué pasa con ellos? Usaremos silenciadores.

—Yo podría conseguir un poco de ayuda —respondió el neoyorkino asintiendo—.

Solo para estar seguros. Si tenemos la oportunidad, ¿quieres que lo eliminemos?

Porque eso te costará más.

—No, Tony. Lo quiero en lo alto del techo.

El estuche del rifle se hallaba a los pies de Bill, donde tomaría posición y esperaría. Una bala en la cabeza, nada más, nada menos. No podía arriesgarse a poner en peligro la misión hiriendo a Thomas y sacarlo corriendo.

Él tiene que beber el agua, le susurró una voz de su pasado. No tenía idea de qué significaba eso.

—Entendido, Bill —consintió el hombre con una sonrisita burlona—. ¿Cuándo recibo mi paga?

—Tan pronto como él esté muerto, Tony —contestó Bill forzando una sonrisa—.

Tan pronto como esté muerto.

EL DÍA pasó rápidamente, y Thomas se las arregló para enfrentarse a Edith sin delatar su desinterés general en ella ni brindarle ninguna esperanza. Pero enseñarle los trucos, como ella lo llamaba, había tardado más de lo acostumbrado, y esa noche no pudo salir antes de las diez y media.

El joven recorrió la calle, dirigiéndose al apartamento. Otro día, otro dólar. No a puñados, pero al menos el ingreso era constante. Más de lo que podría decir de sus,

este... trabajitos más ambiciosos. Todo estaba bien. Todo estaba... Pero de repente no todo estuvo tan bien. Caminaba por la misma callejuela mal iluminada que siempre tomaba en su camino a casa cuando un ¡tas! interrumpió el zumbido del lejano tráfico. Unas salpicaduras de ladrillo rojo brotaron de un hoyo de poco más de dos centímetros como a medio metro de su rostro. Thomas se detuvo a mitad de un paso.

¡Tas!

Esta vez vio que la bala se estrellaba en la pared. Esta vez sintió en la mejilla el pinchazo de diminutos fragmentos de ladrillo que salieron disparados por el impacto. Esta vez se le paralizó cada músculo del cuerpo.

¿Le acababa alguien de disparar?

¿Le estaban disparando?

Thomas saltó hacia atrás y quedó agazapado, pero sin poder dejar de mirar esos dos hoyos en el ladrillo, inmóviles al frente. Debió de ser alguna equivocación. Un producto de su febril imaginación. Sus aspiraciones de novelista finalmente habían traspasado la línea entre la fantasía y la realidad con esos dos hoyos vacíos que lo observaban desde el ladrillo rojo.

—¡Thomas Hunter!

Eso no era su imaginación, ¿verdad que no? No, era su nombre, y aún resonaba por el callejón. Una tercera bala se estrelló en la pared de ladrillo. Saltó hacia la izquierda, aún agazapado. Dio un largo paso, se dejó caer sobre el hombro derecho, rodó. El aire se partió otra vez por encima de su cabeza. Esta bala repicó en una escalera de acero y resonó por el callejón.

Se enderezó y corrió a toda prisa en dirección al sonido, impulsado tanto por el instinto como por el terror. Ya antes había vivido esto, en los oscuros callejones de Manila. Entonces era adolescente, y las pandillas filipinas se armaban con navajas y machetes en vez de pistolas, pero en ese momento en que hacían trizas el callejón detrás de la Novena y Colfax, la mente de Thomas no establecía ninguna diferencia.

—¡Eres hombre muerto! —gritó la voz.

Ahora supo quiénes eran. Los de Nueva York. ¿Verdad? Que supiera, no tenía enemigos en Denver. Nueva York, por otra parte... Bueno, es verdad que en Nueva York había cometido algunas estupideces.

Esta callejuela llevaba a otra a veinticinco metros adelante, a la izquierda. Una simple sombra en la débil luz, pero él conocía el atajo.

Dos balas más pasaron volando muy de cerca, una tan cerca que sintió el golpe del viento sobre la oreja izquierda. Unas pisadas sobre el asfalto retumbaron por detrás. Thomas se metió en las sombras.

—Cortadle la retirada. Informadme por radio.

Giró sobre la punta de los pies, y salió a toda velocidad, con la mente dándole vueltas. ¿Radio?

El problema con la adrenalina —le susurró la débil voz de Makatsu—, es que te debilita la mente. Luego el instructor de kárate se señalaría la cabeza y guiñaría un ojo.

Tienes suficientes músculos con qué pelear, pero ningún poder efectivo con qué pensar.

Si ellos tenían radios y le podían cortar la retirada más adelante, se le presentaba un problema muy grave.

Un acceso al techo en medio de la callejuela. Un enorme contenedor de basura demasiado lejos. Cajas tiradas a su izquierda. Ninguna protección verdadera. Debía hacer su movimiento antes de que entraran en el callejón.

Le entraron brotes de pánico en la mente. La adrenalina entorpece la razón; el pánico la mata. Otra vez Makatsu. Thomas fue una vez vapuleado por una pandilla de filipinos que había prometido matar a cualquier mocoso estadounidense que se atreviera a entrar en su territorio. Habían convertido en su territorio las calles adyacentes a la base del ejército. Su instructor lo había regañado, insistiendo en que él era suficientemente bueno para haber escapado esa tarde del ataque. El pánico le había costado caro. El cerebro se le había vuelto pastoso, y se mereció los moretones que le hincharon los ojos.

Esta vez eran balas, no patadas y palos, y las balas le dejarían más que moretones. Se acababa el tiempo.

Con pocas ideas y mucha desesperación, Thomas se lanzó a la cuneta de la calle. El áspero asfalto le rasgó la piel. Rodó rápidamente a la izquierda, tropezó contra la pared de ladrillo y se tendió bocabajo en la profunda sombra.

En la esquina retumbaban pisadas dirigiéndose hacia él. Un hombre. No tenía idea de cómo lo habían encontrado en Denver. Pero si se habían tomado todas estas molestias, no se iban a ir tan fácilmente.

El individuo corría con pasos veloces, casi sin aliento. La nariz de Thomas estaba enterrada en el húmedo rincón. Las ruidosas ráfagas de aire de la nariz le sacudían el rostro. Contuvo la respiración; al instante le comenzaron a arder los pulmones. Las resueltas pisadas se acercaron, y pasaron corriendo.

Se detuvieron.

Un leve temblor recorrió los huesos de Thomas. Luchó contra otra ola de pánico.

Habían pasado cinco años desde su última pelea. No tendría ninguna posibilidad contra un hombre con una pistola. Desesperadamente, deseó que las pisadas de su perseguidor siguieran adelante. Adelante. ¡Vamos, adelante!

Pero esos pies no caminaron. Se acercaron silenciosamente un poco. Thomas debía moverse ahora, mientras aún tuviera la ventaja de la sorpresa. Se lanzó a la izquierda, y rodó una vez para ganar impulso. Luego dos veces, poniéndose primero de rodillas y después de pie. Su atacante estaba frente a él, con la pistola extendida,

inmóvil.

El impulso de Tom lo lanzó de lado, directamente hacia la pared opuesta. El destello del cañón de la pistola iluminó por un instante el oscuro callejón, y escupió una bala que pasó de largo. Pero ahora el instinto había reemplazado al pánico.

¿Qué zapatos llevo puestos?

La pregunta centelleó en la mente de Thomas mientras se lanzaba hacia la pared de ladrillo, el pie izquierdo por delante. Una pregunta crucial.

Su respuesta llegó al plantar el pie en la pared. Suelas de caucho. Un paso más sobre el muro, con agarre de sobra. Echó la cabeza hacia atrás, se arqueó con fuerza, se impulsó en el ladrillo, luego realizó un medio giro a la derecha. El movimiento era sencillamente una chilena invertida, pero no la había ejecutado en media docena de años, y esta vez no tenía la mirada puesta en un balón de fútbol lanzado por uno de sus amigos filipinos en Manila.

Esta vez era una pistola.

El hombre logró disparar antes de que el pie izquierdo de Tom le golpeará la mano y lanzara la pistola ruidosamente por la callejuela. La bala le dio un tirón en el cuello.

Thomas no tocó tierra suavemente sobre los pies como esperaba. Cayó de pies y manos, rodó una vez, y se puso en la séptima posición de pelea frente a un hombre musculoso de pelo negro muy corto. Una maniobra no precisamente ejecutada a la perfección. Ni tan mala para alguien que no había peleado en seis años.

Los ojos del hombre se desorbitaron por la sorpresa. Era obvio que su experiencia en artes marciales no iba más allá de Matrix. Thomas estuvo brevemente tentado a gritar de alegría, pero ante todo debía silenciar a este tipo antes de que fuera él quien gritara.

El asombro del sujeto se transformó de pronto en un refunfuño, y Thomas vio el cuchillo que esgrimía en la mano derecha. Pues bien, quizás el hombre sabía más de peleas callejeras de lo que parecía a primera vista.

Thomas eludió el primer lance del cuchillo y le propinó un puñetazo a la barbilla.

Le fracturó el hueso.

No fue suficiente. Este tipo pesaba el doble, con el doble de musculatura, y diez veces más malas intenciones.

Thomas se lanzó verticalmente e hizo girar las piernas en una voltereta completa, gritando a pesar de saber que era un error. El pie debió llevar una buena velocidad de ciento veinte kilómetros por hora al chocar contra la mandíbula del hombre. Los dos golpearon el asfalto al mismo tiempo: Thomas sobre los pies, listo para lanzar otro golpe; su asaltante sobre la espalda, respirando con dificultad, listo para la tumba. Metafóricamente hablando.

La pistola plateada del individuo yacía cerca de la pared. Thomas dio un paso

hacia ella, y luego rechazó la idea. ¿Qué iba a hacer? ¿Devolver el disparo? ¿Matar al tipo? ¿Incriminarse? Nada inteligente. Dio media vuelta y se volvió corriendo en la dirección en que habían venido.

La callejuela principal estaba vacía. Se ocultó rápidamente dentro, se arrimó a la pared, agarró las barandas de acero de una escalera de incendios, y subió a toda prisa. El techo del inmueble era plano y daba a otro edificio más elevado hacia el sur. Se columpió hacia lo alto del segundo inmueble, corrió agachado y se detuvo ante un enorme conducto de ventilación, casi a una cuadra del callejón donde había noqueado al neoyorquino.

Cayó de rodillas, se metió de nuevo en las sombras y oyó cómo se le tranquilizaban las palpitaciones del corazón.

Oyó el zumbido de un millón de llantas girando sobre asfalto, el lejano rugido de un jet en lo alto, el débil murmullo de una conversación vana, el chisporroteo de alimentos friéndose en una sartén, o de agua lanzada desde una ventana. Lo primero, considerando que estaban en Denver, no en Filipinas. Tampoco eran sonidos de Nueva York.

Se reclinó y cerró los ojos, conteniendo la respiración.

Una cosa eran las peleas de adolescentes en Manila, ¿pero aquí en los Estados a punto de cumplir veinticinco años? Toda la secuencia le pareció surrealista. Le costaba creer que le hubiera ocurrido esto.

O, más exactamente, que le estuviera ocurriendo. Aún debía encontrar una salida a este caos. ¿Estaban enterados de dónde vivía? Nadie lo había seguido hasta el techo.

Thomas se arrastró hasta la cornisa. Justo abajo había otro callejón, colindante con atestadas calles a lado y lado. El luminoso horizonte de Denver resplandecía directamente al frente. Un extraño olor le llegó a la nariz, dulce como algodón de azúcar, pero mezclado con caucho o con algo que se quemaba.

Paramnesia. Ya antes había experimentado esto, ¿verdad que sí? No, desde luego que no. En el cálido aire veraniego centelleaban luces rojas, amarillas y azules, como joyas esparcidas desde el cielo. Podía jurar que había estado...

La cabeza de Thomas se sacudió violentamente hacia la izquierda. Extendió los brazos, pero el mundo le empezó a dar vueltas de forma insoportable y supo que estaba en problemas.

Algo lo había golpeado. Algo como un mazo grande. Algo como una bala.

Sintió caer, pero en realidad no estaba seguro de si caía o si perdía el conocimiento. Algo terriblemente malo le pasaba a su cabeza. Aterrizó de lleno sobre la espalda, en una almohada de sombras que le tragaron toda la mente.

Y entonces...

Entonces Thomas Hunter soñó, y el mundo nunca volvería a ser igual.

El viaje continúa con NEGRO...